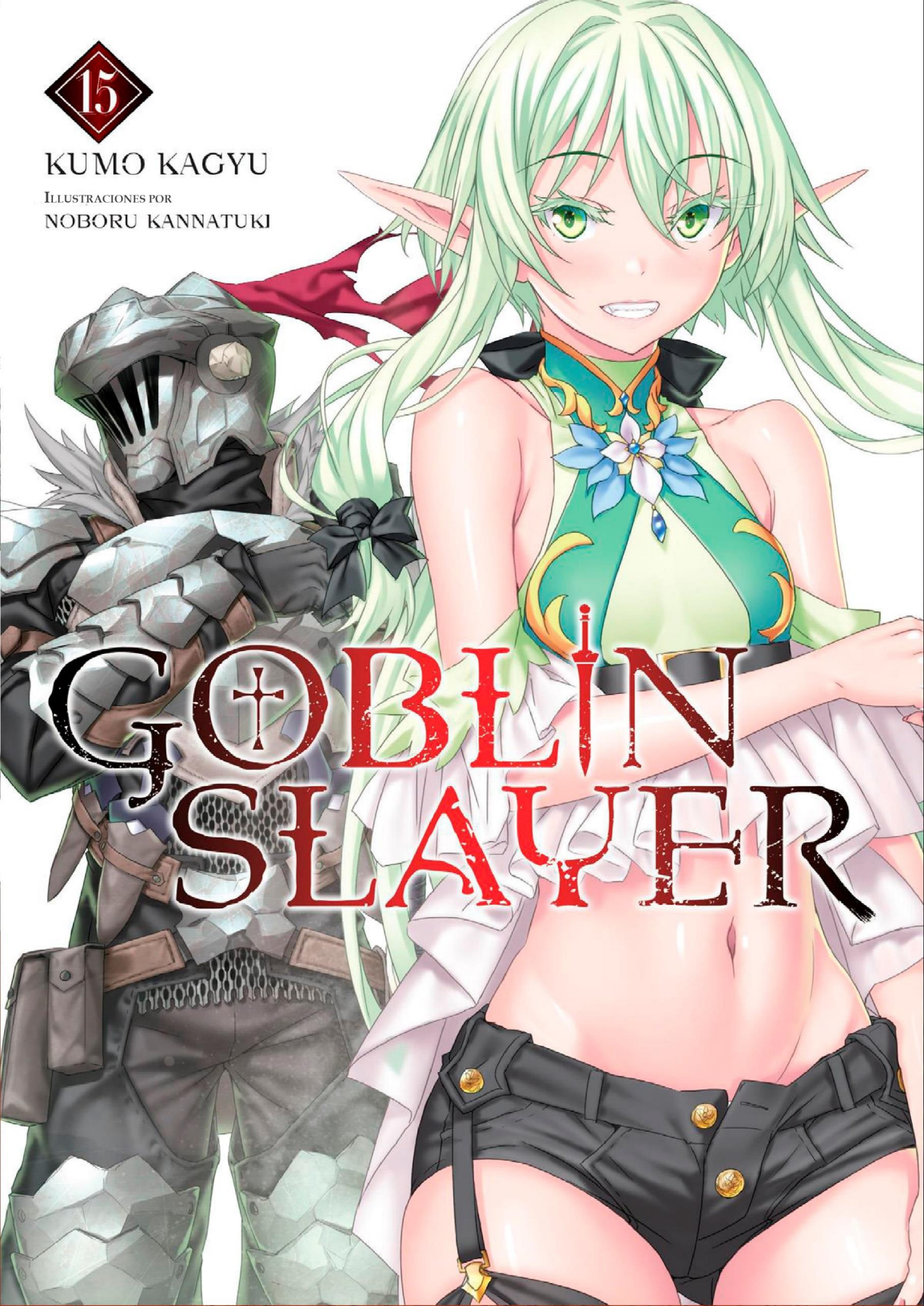
15

KUMO KAGYU

ILLUSTRACIONES POR
NOBORU KANNATUKI



GOBLIN SLAYER

©Noboru Kannatuki
15
GOBLIN SLAYER

Ella era como
un vendaval morado
un rayo de luz cerúlea
rasgando el verde
del campo.
"¡Conduce
como el
viento,
Maestro
Lagarto!"
©Noboru Kannatuki

Índice

Capitulo 1 ¡Rescata a la Princesa!

Capitulo 2 ¡Aléjate de los Goblins!

Interludio No Hay Que Perder Contra un Oponente Digno

Capitulo 3 ¡Encuentra a Silver Blaze!

Interludio Ten Cuidado de Tus Contactos

Capitulo 4 ¡Acaba Con La Mente Maestra!

Interludio ¡Acorrala Al Asesino!

Capitulo 5 ¡Déjaselo A Un Aventurero!

©Noboru Kannatuki

Rey

Del Servicio Secreto de Su Majestad

©Noboru Kannatuki

©Noboru Kannatuki
Hermina Rel

GOBLIN SLAYER

Personajes

"Soy para los goblins lo que ellos son para nosotros."

Goblin Slayer

Un extraño aventurero activo en la frontera. Es famoso por alcanzar el rango Plata 3) cazando solo goblins.

"Proteger, curar, salvar".
-Los tres principios sagrados de la Madre Tierra.

Sacerdotisa

Acompaña a Goblin Slayer. Una dulce joven que debe aguantar los disparates de su compañero.

"Antes de pulirlas, las joyas y los metales preciosos son como una piedra. Ningún enano juzgaría una cosa sólo por su apariencia".

Chamàn Enano

Un lanzahechizos enano que vive aventuras junto a Goblin Slayer.

"Un naga no huye del combate."

Sacerdote Lagarto

Un sacerdote lagarto que vive aventuras junto a Goblin Slayer.

"Entrénate: mata con la espada. Si corre sangre, que sea la del enemigo". --Primero de los "Secretos del Acero".

Guerrero Pesado

Aventurero de rango Plata asociado al Gremio de la ciudad fronteriza. Junto con la mujer caballero y sus otros compañeros, su grupo es uno de los mejores de la frontera.

"La ignorancia es una bendición, porque aprender es la mayor alegría" -Proverbio élfico

Alta Elfa Arquera

Una chica elfa que vive aventuras junto a Goblin Slayer. Es una Guardabosques y arquera experta.

Lo único que le importa a ella es el clima, los animales, las cosechas... y él.

Vaquera

Una chica que trabaja en la granja donde vive Goblin Slayer. Los dos son viejos amigos.

"¿Cómo se puede ir de aventuras sin lápiz y papel?".

Recepcionista del gremio

Una chica que trabaja en el Gremio de Aventureros. La preferencia de Goblin Slayer por la caza de goblins siempre la ayuda.

"Sólo una madeja enmarañada espera a quienes hilan sin cuidado cuentos sobre el amor o los misterios del universo... por no hablar de la belleza de una mujer".

Bruja

Aventurera de rango Plata asociada al Gremio de la ciudad fronteriza

"No me haré amigo mañana de un enemigo al que respeto. Lo haré hoy".

Lancero

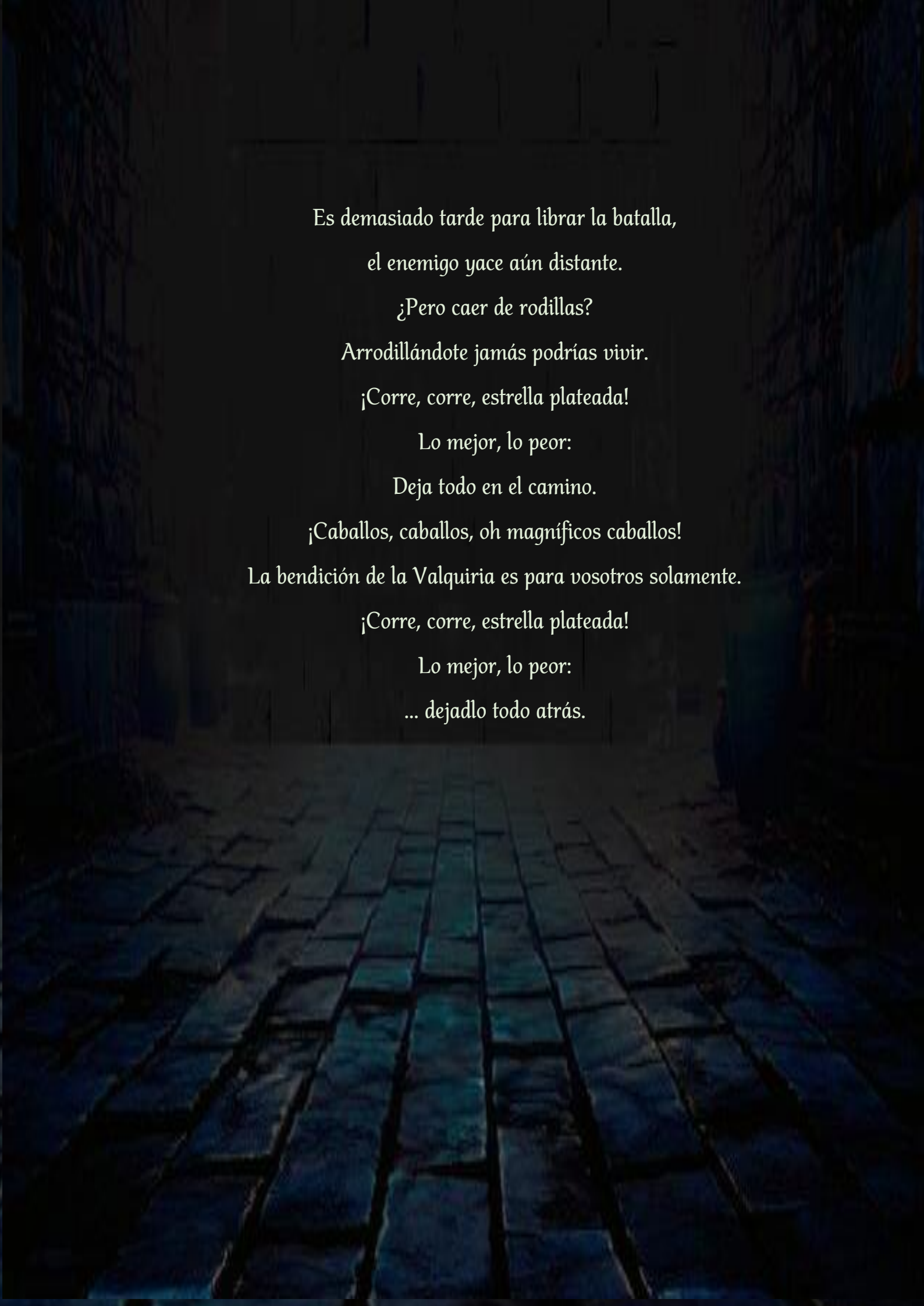
Aventurero de rango Plata asociado al Gremio de la ciudad fronteriza

"El amor no consiste en mirarse el uno al otro, sino en mirar al exterior en la misma dirección."--Un poeta

Doncella de la Espada

La Arzobispo del Dios Supremo en la ciudad del agua. También es un aventurera de rango Oro que una vez luchó contra el Señor de los Demonios.

©Noboru Kannatuki



Es demasiado tarde para librar la batalla,

el enemigo yace aún distante.

¿Pero caer de rodillas?

Arrodillándote jamás podrías vivir.

¡Corre, corre, estrella plateada!

Lo mejor, lo peor:

Deja todo en el camino.

¡Caballos, caballos, oh magníficos caballos!

La bendición de la Valquiria es para vosotros solamente.

¡Corre, corre, estrella plateada!

Lo mejor, lo peor:

... dejadlo todo atrás.

CAPITULO 1

¡Rescata a la Princesa!

La primera puerta de una ciudad que vio en su vida era mucho más grande de lo que había imaginado. Era tan alta que tuvo que estirar el cuello para mirarla, lo que hizo durante un largo momento antes de armarse de valor y dar un paso adelante.

Caminaba resueltamente, sus pasos repiqueteaban sobre las piedras duras y apretadas. ¿Fueron los pasos galantes o la gran katana y el gran arco que la chica llevaba en su espalda, prácticamente empequeñeciéndola? Algo hizo que los transeúntes la miraran con interés, sus miradas eran lo suficientemente agudas como para penetrarla. Pero cuando se trataba de miradas penetrantes, la de la chica era tan aguda como la de cualquiera. Hizo que los espectadores interesados apartaran la mirada, inquietos, y eso fue suficiente; La muchacha los ignoró y siguió caminando.

Estaba prácticamente en territorio enemigo aquí. Todo el mundo estaba en guardia; No se le daría cuartel. Y si dejaba escapar su propia vigilancia, aunque fuera por un segundo, esta manada de lobos se le echaría encima; la destrozarían.

Al menos, eso creía la muchacha. En su mente, no había lugar para la duda.

Todavía... Aun así, el lugar fue suficiente para marearla. El camino era de piedra. Los edificios eran de piedra. El cielo parecía pequeño y estrecho, muy por encima de los imponentes edificios. Era extraordinariamente inquietante no poder ver el horizonte. La brisa era fétida y el calor corporal de la multitud era abrumador. Sus oídos fueron asaltados por una cacofonía de sonidos; Era caótico, sin un espacio libre por ninguna parte. Una persona podría volverse loca en un lugar como este.

La muchacha negó con la cabeza y aceleró el paso, como si supiera que se arrepentiría de haberse detenido, aunque fuera accidentalmente. Su destino, todo estaba bien. Sabía a dónde iba. Al menos... Estaba bastante segura de que

sí. Había imaginado que lo encontraría de inmediato, pero esta ciudad de piedra estaba empezando a minar su confianza. Sin embargo, no podía mostrar debilidad. Sus labios se pusieron rígidos.

Se abrió camino a través de lo que le pareció un laberinto. Sin flaquezas. Sin puntos débiles. No podía parecer un blanco fácil.

Afortunadamente, no tardó tanto como temía en encontrar su destino, y llegó allí antes del crepúsculo. Eso se debió en parte al hecho de que todas las calles tenían nombres, y había muchos letreros que decían cuál era cuál. ¿Significaba eso que se trataba de una trampa? ¿O que ni siquiera las personas que vivían aquí podían recordarlas todas?

Bueno, incluso si era una trampa, no había nada que hacer más que atravesarla. La muchacha se paró frente al edificio que había estado buscando, una taberna con un letrero en forma de hacha, y sacó un pedazo de papel de su bolsa: una carta, arrugada y desgastada de tanto abrirla y doblarla.

La muchacha estudió atentamente los dibujos, mirando de un lado a otro entre el papel y el letrero para asegurarse de que lo había hecho bien. Lo hizo. Este era el lugar.

Había un par de puertas de salón a la altura de su pecho, que se abrían y cerraban suavemente. Apenas parecían lo suficientemente grandes como para servir de puertas. De la entrada llegaba el sonido, la luz, el ruido y un aroma a hierbas y especias que nunca antes había olido. La muchacha, con los sentidos abrumados, empezó a pensar que tal vez no tendría el coraje de dar el siguiente paso.

Pero ahora no podía dejarse vencer. Eso era exactamente lo que querían sus enemigos.

La muchacha apretó el puño, echó a correr y se lanzó a la vorágine.

La bisagra chillo ante su asalto, atrayendo otra ronda de miradas de los que estaban dentro, pero la chica respondió con su propia mirada como una espada afilada, barriendo las miradas demasiado interesadas sobre ella. Al

mismo tiempo, miró alrededor de la taberna y, finalmente, su rostro tenso floreció como una flor.

¡Estaba tan hermosa como siempre!

Con su exuberante cabello atado fácilmente en su cabeza, era como si la atmósfera bulliciosa no tocara su belleza. Su figura era robusta y, sin embargo, femenina, lo que mostraba lo patético que era el cuerpo delgado de la niña. Tenía el pelo recogido de la misma manera, a imitación de la mujer mayor, pero no pudo evitar pensar que no había comparación entre las dos.

¿Qué debería decir? ¿Debería llamar a la mujer? Su mente daba vueltas, pero no debía entrar en pánico. Reprimió el impulso de gritar y corrió hacia la mujer, dando en su lugar un paso serio y cuidadoso hacia adelante. Le dio tiempo para que, de alguna manera, borrara la sonrisa de su rostro mientras caminaba al ritmo del crujido de las tablas del suelo.

La otra mujer aún no se había fijado en ella. Perfecto.

Sin embargo, su alivio duró poco. La otra mujer vestía, increíblemente, lo que parecía ser el atuendo de un trabajador servil.

De alguna manera, la muchacha fue capaz de frenar el torrente de sangre que le subía a la cabeza, pero eso también fue solo por un momento, hasta que vio la forma en que el borracho de la mesa se acercaba a la mujer, demasiado amigable. Cuando la niña vio que la mujer intentaba apartar la mano del hombre, disgustada, finalmente perdió el control.

Corrió hacia adelante con tanta fuerza que parecía que iba a dejar huellas en el suelo de madera, y buscó la katana que llevaba en la espalda.

El hombre la vio justo antes de que ella desenvainara su espada. A ella no le importaba. ¿Cómo podría importarle?

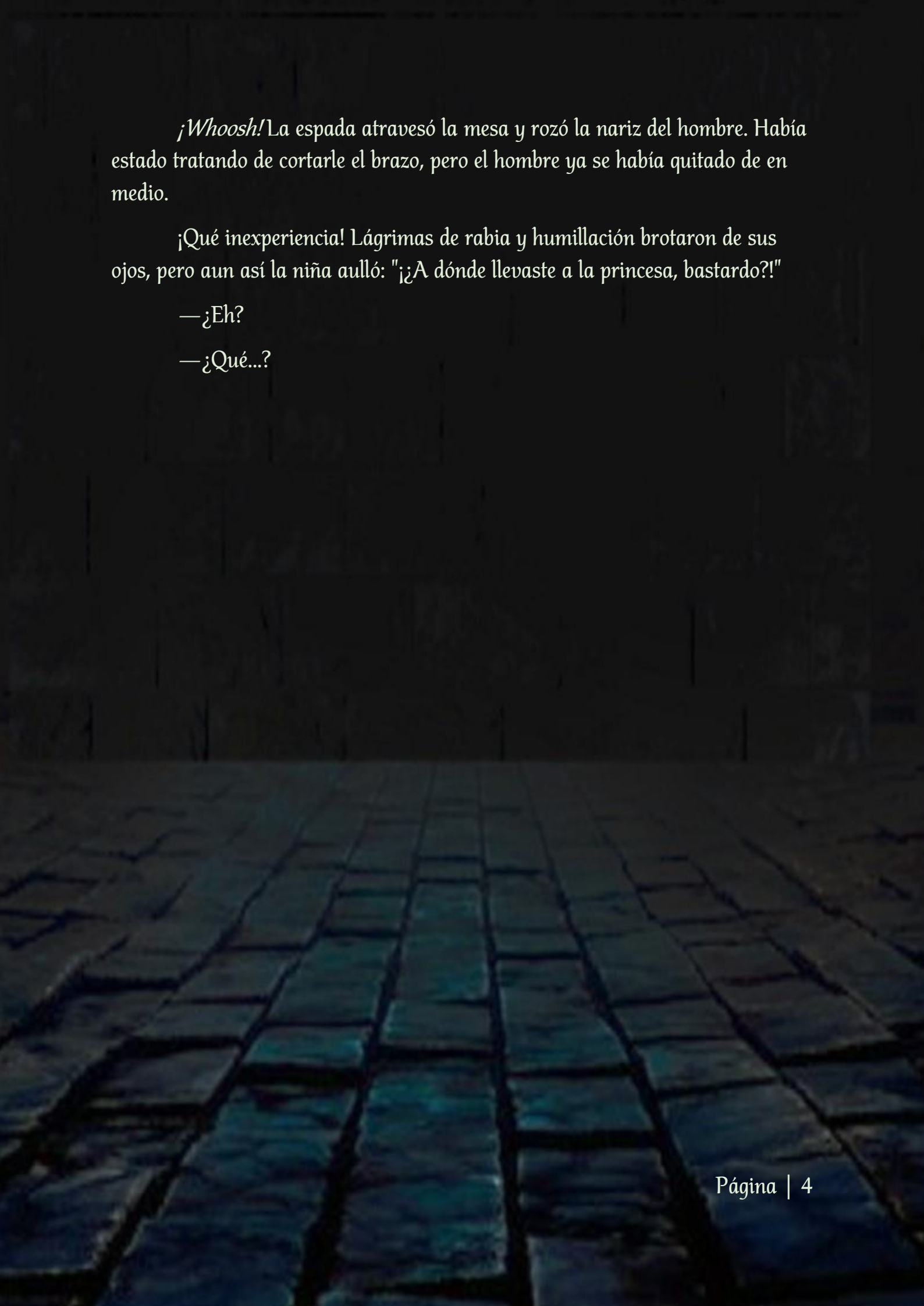
"¡Aléjate de mi hermana!"

¡Whoosh! La espada atravesó la mesa y rozó la nariz del hombre. Había estado tratando de cortarle el brazo, pero el hombre ya se había quitado de en medio.

¡Qué inexperiencia! Lágrimas de rabia y humillación brotaron de sus ojos, pero aun así la niña aulló: "¡¿A dónde llevaste a la princesa, bastardo?!"

—¿Eh?

—¿Qué...?



©Noboru Kannatuki

El Guerrero Pesado y la Camarera Centauro se miraron, ambos completamente confundidos.

§

"... Realmente no soy muy partidario de las aventuras urbanas".

—Ya veo. La respuesta más contundente posible. El mugriento casco metálico de Goblin Slayer se sacudió de un lado a otro.

El Gremio de Aventureros se llenó de un agradable murmullo que era, efectivamente, paz. En la sala de espera, los aventureros vestidos y cargando todo tipo de equipo imaginable se sentaban en los bancos o se congregaban de otra manera. Todos y cada uno de ellos parecían estar mirando al Guerrero Pesado, que parecía debilitado y fuera de lugar. Prácticamente nadie fuera de su grupo lo había visto de esta manera, porque las únicas veces que había actuado de esa manera fueron quizás en su primera aventura, cuando golpeó su enorme espada directamente contra una pared, y cuando había estado sudando la gota gorda por un ascenso.

Estaba claro que la causa de su angustia en esta ocasión era la Mujer Caballero, que estaba de pie detrás de él y parecía realmente enojada. ¿O tenía que ver con las dos mujeres centauros que estaban a cierta distancia? La más pequeña miraba a su alrededor intimidantemente, tratando de proteger a su hermana mayor, bastante confundida.

La joven centauro tenía el pelo negro recogido y llevaba una enorme katana y un arco gigante en la espalda. Sus manos y sus cuatro piernas estaban blindadas con cuero, ligeramente, según los estándares humanos.

"Se parece un poco al tipo de equipo que usaría un elfo," observó la Sacerdotisa con cierta admiración.

—Creo que esas son las armas y armaduras de la gente de la llanura —dijo el Sacerdote Lagarto, sacudiendo la cabeza sobre su largo cuello—.

No hace mucho, la joven clériga podría haber estado nerviosa por esto, pero ahora no se inmutaba.

El Guerrero Pesado lanzó una mirada resentida a Goblin Slayer. ¡La influencia maligna que estaba teniendo en esta joven de corazón puro!

"No conozco las circunstancias," dijo Goblin Slayer.

—¡Bueno, yo tampoco! El Guerrero Pesado insistió. Suspiró, claramente con un hilo de voz. Si él no sabía lo que estaba pasando, por supuesto que Goblin Slayer tampoco iba a saberlo.

El aventurero mugriento y el aventurero cuyas armas le habían sido arrebatadas: Uno nunca hubiera imaginado que ambos tenían rango de Plata. Se miraron en silencio.

Reconociendo lo improductivo que era el momento, la Mujer Caballero finalmente se acercó y golpeó al Guerrero Pesado en la parte posterior de la cabeza. "Esto es tu culpa, explícalo".

"¿Cómo es esto mi culpa?"

"Tú eres el que trató de poner una mano sobre la hermana mayor de esa niña y su princesa".

"¡No traté de *meter mano* en nada!" El Guerrero Pesado gimió. "Ni en la hermana mayor de nadie ni en ninguna princesa".

La Mujer Caballero lo fulminó con la mirada como diciendo: *¿Disculpa?* El Guerrero Pesado solo pudo suspirar por enésima vez.

El derramamiento de sangre en una taberna no era inusual, pero nadie quería que las cosas se salieran de control. Le había dado al tabernero unas monedas por la molestia, había dejado que la camarera centauro pidiera disculpas por su hermana pequeña y se retiró. Había calculado que todo el

mundo se habría olvidado del asunto a la mañana siguiente. Y, sin embargo, ahora estaba allí.

Se había encontrado a la Mujer Caballero entrando en su habitación por la mañana, agarrándolo por la nuca y arrastrándolo al Gremio...

"¿Y cómo se supone que voy a encontrar a esta princesa?" —preguntó el Guerrero Pesado.

Este guerrero desaliñado era la única persona a la que podía recurrir, ¿qué se suponía que debía hacer? La muchacha Alta Elfa observaba la escena con indisimulada diversión, mientras que el Chamán Enano parecía tratarlo como un espectáculo para acompañar su comida. El explorador del Guerrero Pesado y los niños lo habían mirado como a un paria y se alejaron rápidamente de él.

Tal vez si el Lancero hubiera estado aquí...

No. Se habría reído a carcajadas por esto.

Pero el Lancero no era una opción, porque no estaba allí. Él y su compañera Bruja estaban en una aventura en ese momento. Gracias a los dioses.

—¿Está buscando una princesa? Preguntó Goblin Slayer.

"Eso es lo que ella dice," contestó el Guerrero Pesado.

"Mmm."

"¡Solo estaba tomando una copa! Solo dije que finalmente había terminado de afilar mi espada y que podría emprender una aventura mañana".

—Ya veo.

El Guerrero Pesado asintió con la cabeza a Goblin Slayer, quien murmuró sus diversas respuestas, y repitió: "Realmente no soy bueno con las aventuras urbanas..."

—Ya veo. El casco volvió a crujir, y luego los dos hombres se quedaron en silencio. Si se les dejaba a su suerte, parecía probable que siguieran así para siempre, hasta el fin de los tiempos.

La Mujer Caballero, sin embargo, finalmente había tenido suficiente de ello. "¡Argh! ¡No vamos a llegar a ninguna parte!".

Tal vez fue su deseo de una explicación lo que impulsó a la Camarera Centauro a aprovechar el momento. Se acercó al grupo, sosteniendo a su hermanita de la mano, bueno, más bien, era como si su hermana se negara a soltarla. "Uh, lo siento por ella. De verdad".

"¡Hermana! ¡No tienes que disculparte!", gritó la joven centauro, como si fuera a desenvainar su espada en cualquier momento. Obviamente no estaba de humor para la discusión. "¡Este hombre tiene la culpa, y solo él!"

"Mira, todo esto *es* tu culpa," dijo la Mujer Caballero con una mirada al Guerrero Pesado, quien miraba impotente hacia el techo. Nunca había deseado tan desesperadamente que el Dios Supremo viniera y lo juzgara él mismo. Pero la deidad del caballero había confiado la rectitud, la justicia y todo lo demás a los humanos. Tal vez esta es solo otra prueba divina...

"Um..."

El Dios Supremo se negó a intervenir, pero la Madre Tierra lo defendió.

"Tal vez podríamos empezar por repasar exactamente lo que está pasando. Despacio. Desde el principio". La sacerdotisa estaba hablando con la chica centauro, nerviosa pero no vacilante en absoluto. Su colección de aventuras y experiencias la había convertido progresivamente en una verdadera aventurera por derecho propio. "Pelear aquí solo va a causar problemas para todos..."

De acuerdo, su motivo no era una profunda compasión por el Guerrero Pesado, sino que echó un vistazo rápido al mostrador de la recepción del gremio. La recepcionista estaba parada allí con una llave en la mano y un tipo de sonrisa que el Guerrero Pesado nunca le había visto hacer.

—Ella tiene toda la razón —dijo la Recepcionista—. —¿Quizás podrían hablar por aquí? Su lenguaje era muy cortés, pero no admitía discusión.

La Mujer Caballero actuó antes de que el Guerrero Pesado pudiera siquiera intentar detenerla. "Sí, gracias, suena como una gran idea".

"En absoluto. Por favor, avísenme si puedo ser de ayuda de alguna manera". La llave de la sala de reuniones pasó reverentemente de la mano de la Recepcionista del Gremio a la de la Caballero.

"Está bien, arriba. Panda de sinvergüenzas..." La Mujer Caballero parecía triunfante, agarrando el brazo del Guerrero Pesado con un agarre tan irrefutable como las bromas de la Recepcionista del Gremio. El hecho de que el Dios Supremo no considerara oportuno castigarla implicaba que esto estaba de acuerdo con su voluntad...

Parece que soy yo contra el mundo en este momento, pensó el Guerrero Pesado. Asintió con la cabeza a la Mujer Caballero, parecía un prisionero a punto de ser llevado a su ejecución.

§

"Está bien, ¿qué está pasando aquí?"

—Sí, cuéntalo.

"¡Oye, no me preguntes a mí!" El Guerrero Pesado se hundió en el banco, derrotado, mientras la Alta Elfa Arquera y la Caballero lo interrogaban, los ojos de la elfa brillaban y los de la Mujer Caballero estaban afilados como el acero.

La sala de reuniones en el segundo piso del Gremio de Aventureros no era de ninguna manera un espacio pequeño, pero con dos centauros y un hombre lagarto apiñados en ella, comenzó a sentirse un poco claustrofóbico. La habitación había sido diseñada por humanos, y aunque personas de todo tipo pasaron por el Gremio, los constructores probablemente no habían diseñado el

lugar pensando en los centauros. Y si lo hubieran hecho, los humanos probablemente habrían encontrado los resultados bastante incómodos.

"Uh... Jajaja... Lo siento, ¿saben?, De verdad —dijo la Camarera Centauro, cuyas piernas estaban dobladas incómodamente para caber en su asiento—.

El Sacerdote Lagarto, siempre caballeroso, respondió con un amistoso movimiento de cabeza.

"Dios mío, no temas. Parece que simplemente fuiste arrastrada a esto". Pero ni siquiera la decencia del hombre lagarto pudo evitarle la mirada de la hermana menor de la Camarera Centauro, que aún no se había separado de su lado.

El Guerrero Pesado esperaba que la joven hubiera entrado en razón después de pasar la última noche con su hermana mayor, pero no había hecho nada de eso. De hecho, parecía dispuesta a desenvainar su espada en cualquier momento, como si estuviera a punto de enfrentarse a un ejército. En su mente, este era territorio enemigo, y ella estaba justo en medio de él.

"Desde anoche, no ha dejado de hablar de cómo la princesa ha desaparecido y ha venido a buscarla", dijo la Camarera Centauro, sonando francamente desesperada.

"Mmm." El Chamán Enano, que había estado escuchando durante el transcurso de la conversación, tomó una bebida y luego preguntó: "Esta princesa, ¿pertenece a tu pueblo?"

"Sí, así es. Es como..." La Camarera Centauro hizo un gesto hacia el cabello junto a su frente, luego lo trazó a lo largo de su nariz. "Tenía un mechón de pelo blanco en el flequillo. Parecía una estrella plateada. Hermosa e impresionante".

—¿Y ahora se ha ido?

"Ella siempre fue un poco..., ¡no es que yo pueda hablar por mí! ¡Jaja!" La Camarera Centauro se río a carcajadas, pero ni siquiera su intento de alegría pudo quitarle el filo a la atmósfera de la habitación.

—Muy bien, escúpelo —dijo la Mujer Caballero, acercándose al Guerrero Pesado, a pesar de que parecía cada vez menos probable que tuviera algo que ver en este asunto. Al menos, eso es lo que pensaban los otros aventureros (excepto tal vez Goblin Slayer; era difícil saber lo que él pensaba). Ellos se asintieron los unos a los otros.

Solo una persona en la sala sabía lo que realmente estaba pasando.

La arquera de los altos elfos volvió sus ojos con su brillo estelar hacia la Centauro más joven. "Supongo que no hay nada más que hacer que..."

"...!"

"... preguntarte..." La arquera elfa se quedó callada, sonriendo con tristeza ante la brutal mirada que recibió a cambio. Agitó la mano con desdén, como si dijera que no había esperanza aquí. Si la Centauro estaba dispuesto a adoptar esa actitud incluso con una Alta Elfa, al menos demostraba que no le faltaba coraje.

Sin embargo, esta no era la forma de tener una conversación. Y si no podían hablar, entonces no se iba a resolver nada. Justo cuando estaban tratando de pensar qué hacer:

"Um..."

Se oyó un crujido de tela y, como es natural, la Sacerdotisa estaba arrodillada frente a la Centauro más joven. La joven Centauro, que se había arrodillado sobre la alfombra, gritó un "urk" y pareció sorprendida al encontrar a alguien a la altura de los ojos.

"Estoy segura de que estás preocupada por tu princesa. Pero no puedes averiguar qué hacer por tu cuenta, ¿verdad?" —preguntó la Sacerdotisa.

"..."

La joven Centauro no respondió, pero la Sacerdotisa, tomando esto como confirmación, dijo: "Eso pensé". Ella asintió brevemente y sonrió. Si la niña no hubiera necesitado ayuda, ¿por qué habría venido hasta un asentamiento humano desconocido para buscar a su hermana mayor?

La sacerdotisa no dijo nada como, *"Cálmate"* o *"Todo Estará Bien"*. En cambio, susurró: "Ven", y colocó la palma de su mano sobre el puño cerrado de la niña centauro. "¿Crees que podrías decirnos qué está pasando? Tal vez podamos ayudarte de alguna manera".

"....."

La chica permaneció en silencio durante un largo momento, encontrándose con los ojos azules de la Sacerdotisa con una mirada a corta distancia, pero finalmente preguntó vacilante: "¿Cómo crees que puedes hacer eso, exactamente?"

—Bueno, veamos... —dijo la Sacerdotisa, llevándose un dedo delgado a los labios y luciendo teatralmente pensativa—. "Por lo menos, si compartes tu historia con nosotros, todos podemos pensar en qué hacer juntos".

"....."

Una vez más, la joven Centauro guardó silencio. Miró a la Sacerdotisa, que esperaba ansiosamente su respuesta, y luego a su hermana mayor, de pie a un lado. La Camarera Centauro rozó la mejilla de la chica, luego dejó que su mano recorriera su cuello, como diciendo: *Habla con ellos*. Las orejas de la muchacha, que se movían inquietas sobre su cabeza, finalmente quedaron planas. —Está bien —dijo ella—.

—Hablaré.

¿Era esa resignación en su voz o su determinación? Apretó los puños y sus labios formaron una sola línea recta. Pensó en silencio durante unos instantes, y luego comenzó sin preámbulo: "..... La princesa partió de nuestro *ulus*, nuestra tribu, diciendo que iba a ser una aventurera, y ahora no sabemos dónde está".

– Hmph. No es una historia fuera de lo común.

El comentario provino de la Mujer Caballero, que todavía tenía al Guerrero Pesado acorralado. De hecho, todavía lo tenía levantado por el cuello, y había una sorprendente cualidad de emoción en su voz. Solo la Sacerdotisa parecía entender por qué, pero se limitó a sonreír.

—Tal vez para ti, pero es bastante raro para nosotros —dijo la joven Centauro con un firme movimiento de cabeza que hizo temblar sus largas orejas y su melena trenzada y la espada y el arco sobre su espalda crepitaron audiblemente. "Es más, la princesa no estaba sola. Fue tentada por un aventurero.

—¿*Este* aventurero? —preguntó la Mujer Caballero, levantando aún más al Guerrero Pesado y provocando un sonido como el de una rana aplastada.

La muchacha lo estudió atentamente y luego anunció con absoluta convicción: "El aventurero llevaba un mandoble". "¡Bueno, ahí está!" —dijo la Caballero—.

—¿Ahí *qué*? El Guerrero Pesado estalló. Luego agregó: "¡Déjame ir ya!" Él la tomó del brazo y la retorció suavemente, y los principios simples del peso corporal hicieron que su agarre se abriera.

—Hrm —gruñó ella, pero el Guerrero Pesado estaba ocupado frotándose el cuello.

"Debe haber un trillón de aventureros que se visten como yo", dijo, hinchando las mejillas ante la idea de que pudiera ser víctima de una acusación falsa. "Mucha gente lleva espadas anchas, incluso si la mayoría de ellos son solo trozos de metal".

"Solo están imitando la saga, ese espadachín vestido de negro ha sido una leyenda durante mucho tiempo," dijo el Chamán Enano con facilidad, riéndose entre dientes ante la inusual visión del abatido aventurero de Plata.

Es cierto que el "espadachín vestido de negro" que había sido tan popular se suponía que era un hombre atractivo que empuñaba *dos* espadas, pero los tiempos cambian. Sin embargo, seguía siendo cierto que el Guerrero Pesado estaba entre los que habían intentado seguir los pasos del espadachín. ¿Cuántos aventureros, inspirados por la forma en que la leyenda les hacía latir el corazón, habían intentado trazar su camino, descubrir si lo podían alcanzar?

Ahora nadie podía saberlo. El Guerrero Pesado tuvo que darse cuenta de que nunca llegaría a ese lugar, pero aun así siguió mirando silenciosamente hacia adelante. Era un aventurero, y por muy patético que pareciera, por inexperto que fuera, eso era lo único que podía hacer.

"Solo necesitas usar un casco, como Orcbolg," dijo la Alta Elfa Arquera rompiendo la tensión (a propósito, o no).

El dolor palpable de la niña centauro pesaba en la habitación, y la alegría incontenible de la elfa era como una brisa refrescante que soplaba. Es difícil saber si estaba actuando según su comportamiento de noble o si era algo instintivo para los elfos nobles, pero, en cualquier caso, dibujó un círculo en el aire con el dedo índice, el gesto fue inmensamente refinado. "Así la gente no te confundiría con nadie más".

"También me dijeron que siempre recordaran mi casco," murmuró Goblin Slayer (un comentario muy serio).

—¿Sí? Respondió el Guerrero Pesado.

Había sabiduría, a veces, en lo que decía el hombre de la mugrienta armadura, pero por el momento, no parecía que fuera a ser muy útil. De hecho, el Guerrero Pesado sospechaba que la chica clériga de aspecto problemático era su mejor opción. Hace un par o tres años, probablemente habría estado allí presa del pánico, pero ahora parecía francamente capaz.

Supongo que la propia persona siempre es la última en darse cuenta, reflexionó el Guerrero Pesado.

Pensó en los niños de su propio grupo y se preguntó si tal vez podría soportar ser un poco más duro con ellos.

En cualquier caso, le lanzó a la Sacerdotisa una mirada aguda para mantener las cosas en movimiento.

—Bien —dijo ella, y asintió—. "Si eso es todo, entonces estoy segura de que hay... alguna cosa que podamos hacer".

Si la chica centauro quería que trajeran de vuelta a la princesa, eso podría ser una cosa. Pero si la Sacerdotisa hubiera estado en condiciones de poner a la gente a trabajar, no habría dejado las cosas en manos de esta chica.

—¿Vas a contratar aventureros?

Cuando recordó el alboroto que rodeaba a la hermana menor del rey, la Sacerdotisa se estremeció ante la idea de que se le confiara todo. Sin embargo, no era tan simplista como para dejar que esos sentimientos se mostraran aquí y ahora. En cambio, mantuvo una actitud seria y, en un intento de hacer que la chica centauro siguiera hablando, le había hablado con gravedad.

"No hemos sabido nada de ella desde entonces", dijo la niña centauro.

"Es posible..." *Es posible que haya fracasado.* No es que la Sacerdotisa se atreviera a decirlo en voz alta.

Los aventureros emprendían peligrosas misiones, eso era lo que los convertía en aventureros. No había misión que no conllevara peligro de muerte. Si pudieras ganar dinero con total seguridad haciendo este trabajo, ¿quién contrataría aventureros para nada? No, ya fuera matando a un dragón, limpiando las alcantarillas o cazando duendes, el peligro siempre estaba al acecho. A veces era mayor y a veces menor, pero incluso los Goblins, que se suponía que eran las criaturas menos amenazantes del mundo...

"Nuestra princesa era una luchadora consumada por derecho propio. ¿Te atreves a sugerir que se dejaría vencer de esa manera?", gritó la niña centauro por reflejo, pareciendo intuir lo que la Sacerdotisa estaba pensando.

"¡Nunca llegó al punto de ir a la aventura! Se suponía que debía enviar un mensaje cuando llegara a la ciudad, ¡y ni siquiera hizo eso!"

"... Lo admito, eso es un poco extraño", dijo Sacerdotisa.

El Mundo de las Cuatro Esquinas estaba lleno de aventuras y peligros, Destino y Azar, tanto en campo abierto como en cualquier otro lugar. De acuerdo, tal vez no todo el mundo se iba a topar con un dragón en el camino, pero ciertamente podrías tener un encuentro desafortunado con un monstruo.

Aun así, se trataba de una joven que había ido a la ciudad en compañía de un verdadero aventurero, con la esperanza de convertirse ella misma en una aventurera. ¿Alguien así desaparecería sin dejar rastro, sin pedir ayuda a nadie en algún lugar?

Creo que esto podría convertirse en toda una aventura, pensó la Sacerdotisa. Algo mucho más allá de una caza de Goblins, ya sea obra de monstruos o de personas. Sin embargo, no podía evitar esperar que no fuera más que un simple caso de una joven que se escapaba de casa. Y eso llevó a la esperanza de que, si eso era así, la joven podría reconciliarse con su familia. Las familias no siempre tenían la suerte de llevarse bien todo el tiempo, pero había mejores maneras de sobrellevar la ausencia.

"¿No se preocupan los centauros cuando la hija mayor se va de la casa?" El Chamán Enano se acercó, ignorando más o menos al Guerrero Pesado, que todavía estaba siendo acorralado por la Mujer Caballero, que todavía estaba convencida de que, de alguna manera, había atraído a la chica hacia él. —Me refiero a ti y a tu princesa.

"¿Por qué deberíamos preocuparnos? Es el más joven el que hereda", dijo la Camarera Centauro, como si debiera haber sido obvio.

"De la princesa nació una hermana menor, así que pudo irse sin preocupaciones ni remordimientos", agregó la hermana de la camarera, igualmente contundente.

—Hoh —entonó el chamán enano, impresionado—.

"Los niños nacen más fuertes después de que los linajes ya se han unido", continuó la Camarera Centauro. "No lo resuelve todo, pero así es como piensa nuestro urus, al menos".

—De hecho, hay muchas y variadas costumbres —dijo jovialmente el Sacerdote Lagarto—.

—Mira quien habla —dijo la Alta Elfa Arquera con una leve sonrisa—. "¿No secuestras a tus novias o algo así? Tengo muchas preguntas".

"¿Qué puedo decir?". Los ojos del Sacerdote Lagarto se pusieron alegremente en blanco. Enseñó los colmillos. "He oído que los centauros hacen lo mismo".

—¿En serio?

"¡Mm!", dijo la chica centauro con confianza, inflando su tonificado pecho con orgullo. "Obtener un excelente cónyuge y hacer que el linaje sea cada vez más fuerte ayuda a la tribu a alcanzar la gloria y la victoria".

"El punto es que esta chica es la más joven, así que heredará nuestra casa", dijo la Camarera Centauro. Golpeó a su hermana pequeña en la frente y bromeó: "¿Qué estás haciendo, tonta?"

—¡Pero, mi honorable hermana! —exclamó la muchacha, llevándose una mano a la frente—. "¡Ya soy una *baturu consumada*! ¡Una guerrera!"

Podía protestar que era una noble guerrera centauro todo lo que quisiera, pero eso no cambiaba el hecho de que era la hija menor.

—Tonta —repitió su hermana y volvió a empujarla, esta vez provocando un "¡ay!" de la consumada guerrera.

La Caballero y el Guerrero Pesado estaban parloteando, al igual que el Sacerdote Lagarto y la Alta Elfa Arquera, y el Chamán Enano, naturalmente, no estaba dispuesto a detenerlos. La atmósfera sombría de hace unos momentos fue barrida, reemplazada por animadas charlas y ruidos.

Goblin Slayer, que había estado en silencio hasta entonces, observó la habitación por un momento y luego dijo: "Esto es muy familiar".

—Sí —dijo la Sacerdotisa, que observaba a todos con algo parecido al orgullo—. "Todos estos jóvenes que terminan con nosotros son así, simplemente esta nerviosa. Además... —añadió—, no da más miedo que un vikingo". La Sacerdotisa estaba haciendo una broma, más o menos, era la verdad, pero no toda.

Probablemente.

La princesa centauro había desaparecido, y esta chica había venido tras ella, pero no tenía a nadie a quien recurrir. Esos eran sentimientos con los que la Sacerdotisa podía simpatizar. Era como estar en un templo donde no conocías a nadie, donde te veías obligado a enfrentarte al hecho de que estabas solo en el Mundo de las Cuatro Esquinas. Era como sostener a un compañero herido, dejando a otro de tus amigos gritando detrás de ti mientras te arrastrabas a través de una cueva oscura.

La sacerdotisa conocía en su piel la ansiedad de esos momentos, el terror que arrastraba.

"Ya veo" fue todo lo que dijo Goblin Slayer. Se quedó en silencio durante un momento más, observando a sus amigos y colegas charlar bulliciosamente. La sacerdotisa, sentada a su lado, sabía lo que estaba pensando en esos momentos. Incluso si no podía ver lo que había detrás de la visera de ese mugriento casco de metal. Después de un rato, levantó la cabeza y dijo con gravedad: "... ¿Crees que los goblins están involucrados?"

Todas las miradas de la habitación se dirigieron a él.

El casco de Goblin Slayer se giró para atrapar al Guerrero Pesado, a quien la Mujer Caballero tenía una vez más en sus manos. "Te debo un favor".

"Te voy a deber un favor para cuando esto termine". El Guerrero Pesado apartó los brazos de la Mujer Caballero de nuevo y continuó frotando su cuello, sus labios se volvieron hacia arriba en una sonrisa. "Te lo pagaré en algún momento".

—Muy bien. Goblin Slayer asintió. Tendrás que invitarme a una copa o algo parecido. Creo que esa es la tasa actual". Pensó por un momento; Entonces su casco se inclinó con curiosidad. —¿Pero por qué a mí?

"No hay otros buenos exploradores alrededor".

"..." Goblin Slayer se quedó en silencio por un momento, luego dijo: "... Me considero un guerrero".

La Alta Elfa Arquera dejó escapar el suspiro que había estado conteniendo, atrayendo una mirada en blanco de la Baturu.

§

"¡Dios mío, eso suena terrible!" —exclamó la Recepcionista del Gremio, y no estaba siendo exagerada, esto era realmente un asunto serio.

¿Un aventurero que comete un secuestro?

Eso era un problema. Un gran problema. Un problema con culpables. ¿Quién sabía hasta dónde podrían llegar las repercusiones?

Todo el propósito del Gremio de Aventureros era certificar que los aventureros, tan a menudo considerados como chusma y sinvergüenzas, no eran nada de eso. Esa era la razón por la que el país había hecho todo lo posible para establecer el sistema de gremios. Si la gente se enteraba de que el Gremio había dado su aprobación a alguien que resultó ser un secuestrador, eso sería un problema importante. Si resultara ser alguien de lejos, que no supiera cómo se hacían las cosas por aquí, podría ser capaz de suavizar las cosas, al menos... *¡No, no!*

Alguien realmente estaba desaparecido, así que lo mejor que podían esperar era que ella regresara ilesa.

"De todos modos, todo lo que puedo decirte es que no ha habido ningún centauro que se haya registrado como nuevo aventurero recientemente". La Recepcionista hojeó algunos discos mientras hablaba.

—Ya veo.

Los centauros se destacaban entre la multitud. Si uno hubiera estado en el Gremio, eso solo habría sido suficiente para que la gente hablara.

Goblin Slayer asintió. – Entonces, ¿debería interpretarlo como que ella no está por aquí?

"Ella no se registró como aventurera aquí, al menos".

Pero entonces, esta ciudad no era tan grande. Si una princesa centauro con un distintivo mechón de cabello plateado en la frente (así la describió la chica centauro) apareciera aquí, alguien se habría dado cuenta. Lo que implicaba...

"No puedo imaginar que haya llegado hasta la capital", dijo la Recepcionista. —Pero eso todavía deja...

"La ciudad del agua".

—Sí, exactamente. La Recepcionista del Gremio asintió.

Había, por supuesto, muchas aldeas pequeñas y asentamientos pioneros que salpicaban la frontera donde se necesitarían aventureros. Pero si una joven centauro, con la idea de convertirse en una aventurera, hubiera venido aquí, probablemente solo habría ido a un número limitado de lugares.

Tal vez estoy estereotipando, pero..., pensó la Recepcionista. Le parecía que un centauro, cuya gente vivía en la llanura abierta, no estaría particularmente impresionado por la vida entre los pioneros de la frontera.

"Sin embargo, tendría que volver a comprobarlo para estar completamente segura. Déjame echar otro vistazo a las Hojas de Aventurero", dijo. Se puso de pie y, después de pensarlo un momento, añadió: "También buscaré a este aventurero que supuestamente empuñaba una espada ancha".
"Sí, por favor," dijo Goblin Slayer.

—Por supuesto. Ella le sonrió y luego volvió a correr detrás de la cortina sin parecer nada menos que refinada y elegante.

Su colega alzó la vista. Su cara estaba llena de dulces; Era difícil saber si estaba en un descanso o si se trataba de un poco de holgazanería. "¿Qué pasa? ¿Problemas?", preguntó.

"Dicen que un aventurero ha desaparecido junto con la persona que vino a la ciudad con él", respondió la Recepcionista del Gremio.

"¡Blargh!", exclamó su colega, un sonido no muy apropiado ni para un discípulo del Dios Supremo ni para un empleado del Gremio de Aventureros. Es cierto que la Recepcionista habría hecho el mismo sonido si su posición se lo hubiera permitido. Pero no era así.

La inspectora se metió la última de las golosinas en la boca y las lavó con un poco de té oscuro, luego dijo: "Si nuestra *colega más experimentada* se enterara de esto, nos haría pasar un infierno". Ni siquiera trató de ocultar su molestia.

"Ella no tiene por qué saberlo".

—Tienes razón. Que ingenua.

A veces, bromear era la única forma de sobrellevar la situación.

En cualquier caso, la Recepcionista estaba agradecida con su amiga, quien inmediatamente barrió las migas de su bocadillo y se puso de pie. Sacó las hojas de aventurero de los aventureros que habían estado activos recientemente, y las dos comenzaron a hojear las páginas. Un centauro aventurero y alguien que llevaba una enorme espada se habrían destacado.

Dios mío...

Descubrió que no faltaban aventureros que quisieran blandir una espada ancha. Las razones variaban: era genial, o glorioso, o los hacía parecer fuertes, y así sucesivamente. El hecho de que no se tratara solo de hombres, sino también de algunas mujeres, tal vez fue una muestra de la gran gloria del Dios Supremo. Quizás.

La Recepcionista del Gremio creyó recordar canciones sobre uno de los seis miembros de los All Stars que era un guerrero, un mercenario extranjero pelirrojo que llevaba una espada enorme.

Estoy bastante segura de que era una mujer de pelo negro, ¿no?

Mientras la Recepcionista escaneaba las páginas, con los ojos, las manos y el cerebro trabajando, su mente desechaba todo pensamiento superfluo.

—Mm, aquí no hay nada —dijo la inspectora—.

La Recepcionista levantó la vista cuando su colega habló, y luego agregó: "Parece que sí". Ella asintió, cerrando un cuaderno. "Tal vez realmente se fue a otra ciudad".

—Sí, probablemente. La inspectora también asintió, luego se estiró y volvió a colocar los papeles en el estante. "Supongo que esta es una de esas cosas que será mejor que informemos al presidente del gremio, ¿eh?"

– ¿Podrías encargarte de eso por mí? —preguntó la Recepcionista. Una clériga del Dios Supremo estaría en una mejor posición en una discusión como esa.

"No me importa, pero seguro que me gustaría intentar usar Sentir Mentiras con esta chica centauro". La inspectora se secó un poco de sudor de la frente cuando finalmente terminó de volver a colocar todos los papeles. Parecía muy seria. "No es que crea que esté mintiendo necesariamente, pero necesito poder decir que me aseguré de que no lo hiciera".

—Lo entiendo. La Recepcionista sonrió y soltó una risita, apartando su trenza, que se había posado sobre su hombro. Sabía muy bien que su colega no estaba ebria de poder, ejerciendo su autoridad sospechando de todos y de todo. Si ella fuera ese tipo de persona, la Recepcionista del Gremio dudaba que alguna vez hubiera recibido un milagro del Dios Supremo. "Lo consultaré con Goblin Slayer, pero creo que debería estar bien".

La Recepcionista reapareció en un trote rápido, luciendo tan enérgica como un cachorro; cuando ella le explicó la petición a Goblin Slayer, él dijo: "Ya

veo", y asintió. "No creo que me escuchara si se lo pidiera, pero si la petición viniera de nuestra clériga, dudo que hubiera un problema".

"Muchas gracias. Teniendo en cuenta lo que está pasando, prepararé las cosas para que esta sea una misión adecuada del Gremio". Parte de esto se debe a que incluso los aventureros de rango Plata no trabajaban gratis, pero, sobre todo, se debió a que este incidente afectó la credibilidad del gremio. Al menos tendrían que emitir una solicitud de encuesta. "Prepararé una carta de presentación de la ciudad del agua para ti; Puedes mostrársela cuando llegues".

"Sí, por favor," contestó Goblin Slayer.

Todavía...

Incluso mientras completaba laboriosamente el papeleo y charlaba con Goblin Slayer, la Recepcionista no pudo reprimir una sonrisa. Sabía que debía parecer fuera de lugar. Sabía absolutamente que este no era el momento. Todavía. Sí, aun así, y, sin embargo, la hacía tan feliz.

—Creo que has cambiado, Goblin Slayer —dijo—.

"¿Cómo es eso?", preguntó.

"Quiero decir..." la Recepcionista sostenía algunos papeles frente a ella para ocultar su sonrisa; Parecía tan complacida como si hablara de sí misma. "Pareces interesado en una aventura que involucre algo más que Goblins".

"..."

Te has convertido en un aventurero excepcional. Eso era esencialmente lo que ella le había dicho, pero él solo se hundió en un breve silencio, casi hosco. Finalmente, gruñó y dijo: "... No lo creo".

§

"No hay necesidad, no tengo que involucrarme en tales payasadas para saber que lo que estoy diciendo es la verdad. Si lo sé, es suficiente".

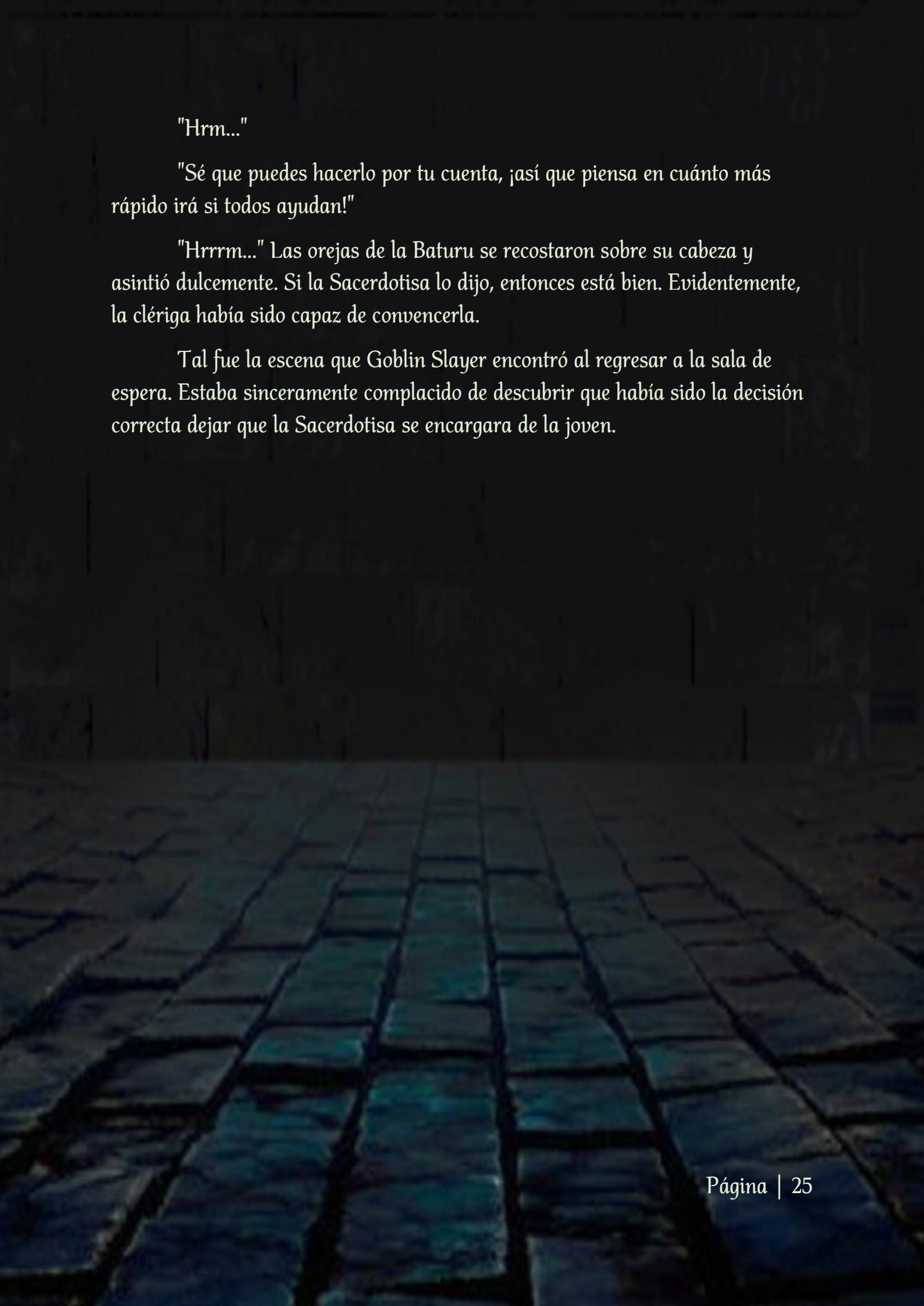
"¿Pero no crees que, si mucha gente supiera que estás diciendo la verdad, te ayudaría a encontrar a tu princesa?"

"Hrm..."

"Sé que puedes hacerlo por tu cuenta, ¡así que piensa en cuánto más rápido irá si todos ayudan!"

"Hrrrm..." Las orejas de la Baturu se recostaron sobre su cabeza y asintió dulcemente. Si la Sacerdotisa lo dijo, entonces está bien. Evidentemente, la clériga había sido capaz de convencerla.

Tal fue la escena que Goblin Slayer encontró al regresar a la sala de espera. Estaba sinceramente complacido de descubrir que había sido la decisión correcta dejar que la Sacerdotisa se encargara de la joven.



©Noboru Kannatuki

"Incluso los enanos y los hombres lagarto suelen asustarse cuando ven algo que creen que es una armadura viviente," dijo la Alta Elfa Arquera, pateando con las piernas, divertida y entrecerrando los ojos como un gato. "Pero incluso puedes mirar fijamente a una Alta Elfa. Verdaderamente, eres una intrépida guerrera centauro".

—Hrmph —gruñó la Baturu, mordiéndose el labio ante las suaves burlas de la elfa—. Miró a la aventurera. "Me han dicho que tu clase engaña a la gente para que se pierda en el bosque, y luego los embosca con una lluvia de piedras desde las copas de los árboles. Dicen que no se puede tener demasiado cuidado con los elfos".

—¿Segura que no estaban hablando de algún tipo de hada? La Alta Elfa Arquera soltó una carcajada y termino el asunto, a pesar de la expresión de exasperación en su rostro. "De todos modos, no importa. Va a haber una búsqueda formal, y la hemos aceptado. ¡Ahora puedes dejárselo a los aventureros!"

—No estoy diciendo que confíe en ti —dijo la Centauro con un puchero—. "Yo también voy".

"Esa *no es* una demanda que la heredera del patrimonio de nuestra familia pueda hacer", dijo la Camarera Centauro. ¡Se escucho un *gong!* mientras ella golpeaba a la Guerrera Baturu en la cabeza; la Baturu se agarró la frente y exclamó: "¡Ay!" La Camarera Centauro resopló y la fulminó con la mirada, pero su expresión se suavizó rápidamente. Su personalidad, junto con su experiencia, debe haber sido lo que le permitió cambiar entre la reprimenda doméstica y la cortesía externa tan rápidamente. "Desafortunadamente, sé que una vez que esta chica dice que va a hacer algo, no escuchará la razón, así que si no te importa..." Ella inclinó la cabeza respetuosamente.

—Mm, mm —dijo el Sacerdote Lagarto con un amplio gesto, en señal de aceptación—. A veces, esa actitud deferente formaba parte de responder

adecuadamente a los sentimientos de otra persona. La Camarera Centauro solo se habría puesto más ansiosa si los aventureros que estaban a punto de llevarse a su hermana pequeña hubieran actuado con demasiada humildad o carecieran de confianza. "Haremos todo lo que esté a nuestro alcance. Puedes estar tranquila".

"Gracias. Yo también estoy preocupada por la princesa. Espero que todos puedan enterarse de lo que está pasando", dijo la Camarera Centauro. —Vamos, tú también —añadió en dirección a la Baturu, que bajó la cabeza de mala gana—.

"Gracias por su ayuda", dijo, sin poder ocultar el disgusto en su voz. Estalló una discusión entre las hermanas: la mayor exclamó: "¡Sé amable!" y la menor replicó: "¡Lo dije, ¿no?!" Su desacuerdo fue ruidoso, pero Goblin Slayer guardó silencio mientras observaba a las hermanas parloteando entre sí. No dijo nada, ni siquiera murmuró nada. Ni siquiera gruñó suavemente, como solía hacer. Nadie en el grupo podía adivinar qué expresión estaba haciendo bajo ese casco de metal.

—¿Qué te parece, Cortabarbas? ¿Qué piensas hacer? —preguntó el Chamán Enano, juzgando el momento oportuno.

"Hrm...," murmuró Goblin Slayer, como si solo ahora registrara la presencia de otras personas a su alrededor. Su casco se movió. "¿Qué planeo hacer con qué?"

"Quiero decir, ¿qué vas a hacer ahora?"

"Ah..."

Seguramente al menos lo había estado considerando, pero Goblin Slayer se cruzó de brazos como si estuviera pensando.

Una princesa desaparecida. Un aventurero que podría haberla secuestrado. Ubicados en la ciudad del agua.

No hubo comunicación desde la desaparición de la princesa, habrían pasado unos días antes de que esta chica centauro decidiera actuar. Lo

suficiente como para que, si la princesa estaba en peligro de muerte, asumieran que ya era demasiado tarde.

Pero, ¿y si no lo fuera?

"Tenemos que darnos prisa, pero será más rápido coger el primer carruaje de la mañana que ir caminando ahora mismo", dijo.

"Buen punto. No necesitaremos provisiones, pero ¿tienes esa carta de presentación para la oficina de la Ciudad del Agua? —preguntó el Chamán Enano.

"Mm." Goblin Slayer asintió. "Y tengo conocidos en esa ciudad. Nos las arreglaremos".

—Te refieres a la señora arzobispo —dijo el chamán enano—. "Y esa joven. He oído que le va bastante bien en el mundo del comercio".

La Sacerdotisa retomó el hilo: "¡Últimamente ha estado en el palacio del rey casi todo el tiempo!" Parecía tan complacida como si estuviera hablando de sí misma.

—Parece que se mantiene ocupada —dijo la Alta Elfa Arquera con un movimiento de orejas—. "¿Por qué a ustedes, los humanos, les gusta tanto recolectar dinero? Son solo piezas redondas de metal".

"Te permite tener buen vino y buena comida, incluso si no puedes prepararlos tú mismo. Ese es el poder del dinero en efectivo". El chamán enano asintió con complicidad y tomó un trago de vino de fuego del frasco de calabaza que tenía en la cadera. "El dinero te ayuda a manejar lo que no puedes hacer por tu cuenta. Es muy conveniente una vez que entiendes el principio".

"Eh. ¿Es así como funciona?"

—*Tienes* dinero —dijo el Chamán Enano, frunciendo el ceño a la Elfa—. "¡Es por eso que puedes malgastarlo jugando!"

"Claro, claro... ¡Espera, no lo estoy malgastando! La elfa trató de alejar las palabras hirientes con un gesto indeterminado; El comentario pareció herir incluso sus largas orejas.

"... Hablas de *jiaochao(*Chino, moneda en billetes), ¿verdad?" Dijo la Baturu con una expresión seria, sus pezuñas golpearon en el suelo. Parecía sentir que esta era la excusa perfecta para escapar del sermón de su hermana. "Parece que nos van a ayudar, por mucho que me gustaría que no fuera así. Estoy más que dispuesta a compensarlos". (Por otra parte, tal vez fue la presencia de su hermana mayor lo que la hizo tratar de actuar lo más madura posible). Ignorando la leve sonrisa de la Camarera Centauro, la Baturu metió la mano en su equipaje y sacó una bolsa. "¿Cuánto será? ¿Será esto suficiente?"

Lo levantó con orgullo. El chamán enano lo tomó entre sus dedos, sus ojos se abrieron de par en par. "No puedo creer esto..."

Era un proyecto de ley. Un billete de papel, hecho de algún tipo de hierba ("Pieles de morera", comentó la Alta Elfa Arquera). Era un espectáculo digno de contemplar, cubierto de letras y elaborados patrones en tinta.

Pero eso era todo. Puede que la Alta Elfa Arquera no se haya dado cuenta, pero la Sacerdotisa sí; ella dijo: "Eh, *ejem*", y parecía incómoda.

La Baturu movió la cola molesta ante las miradas incómodas de todos. "¿Qué, necesitas más?"

"¡Necesitamos una moneda que podamos usar!" Dijo el Chamán Enano. "Quiero decir, claro, el buen papel tiene su valor, pero el papel no es oro ni plata". Acercó el billete a una linterna para que la luz brillara a través de él, y sacudió la cabeza.

"... Bárbaros", escupió la Baturu y le arrebató el billete.

La Camarera Centauro, que sin duda lo había visto venir, estaba a punto de ofrecer una palabra fraternal de exasperación, pero entonces Goblin Slayer dijo: "No me importa. Ya se ha prometido una recompensa, y no busco más que eso".

"... ¿Está seguro, señor? —preguntó la Camarera Centauro.

"Lo dije en serio," contestó Goblin Slayer. Antes de que la Camarera Centauro o la Baturu pudieran hablar de nuevo, miró a todos en la habitación y dijo: "Pase lo que pase, nos vamos mañana. Deberían ir todos a prepararse".

§

¿Quién habla así? Era casi como si yo fuera... su líder, Goblin Slayer, reflexionó reprendiéndose a sí mismo. lba camino a casa, y la luz roja del sol poniente tiñó la ciudad de naranja y brilló sobre el camino hacia la granja. Caminaba despreocupadamente, zigzagueando entre la gente que lo rodeaba, abriéndose paso a través de una escena que había experimentado muchas veces antes.

Saber que había una parte de él que estaba complacida era profundamente incómodo.

Un aventurero... ¿No le ponía nervioso ser visto como tal?

Temo dejar de prestar atención a dónde voy.

Nunca debe empezar a pensar que de alguna manera era especial. Simplemente debía recordar que había hecho todo lo que podía hacer y que era a donde lo había llevado. Ese era el simple hecho; No despreciaba ni envidiosa a nadie más.

Y, sin embargo, le molestaba que nadie se hubiera opuesto a las palabras que había pronunciado antes.

¿Sus percepciones estaban cambiando con el tiempo, dejándolo atrás? ¿Era realmente *él lo que* estaban viendo? ¿Podría ser que después de años de ignorarlo, lo iban a admirar de un plumazo? ¿No se Dieron cuenta de que tenía las manos ocupadas simplemente manejando lo que estaba frente a él, que eso era lo máximo que podía manejar?

Hmm.

¿Significaba eso que deseaba ser considerado como alguien importante? ¿Alguien especial?

Qué idea tan ridícula. Verdadera y profundamente estúpido.

El mero hecho de que estuviera gastando energía pensando en esto era el colmo de la estupidez.

"... Es muy difícil", dijo lentamente. Una búsqueda en busca de una princesa centauro era lo último para lo que estaba preparado. Y cuando lo pensó, se dio cuenta:

Misiones como esa parecen haberse convertido en mi pan de cada día últimamente. Desde llevar a cabo el concurso de exploración de mazmorras hasta inspeccionar los confines del norte, incluso, retrocediendo un poco, la exploración de la ciudad subterránea. *Cuando esto termine*, pensó, *me centraré en la caza de Goblins por un tiempo.*

La caza de Goblins ciertamente no era un picnic (ni tampoco lo era ninguna aventura). Pero todos tenían fortalezas y debilidades específicas, al igual que el Guerrero Pesado dijo que no era adecuado para aventuras urbanas. Desde esa perspectiva, la caza de Goblins era buena. Había menos cosas que no sabías, menos cosas de las que preocuparte, como qué estaba dónde o qué pasaría en el siguiente instante. Los nidos de Goblins eran lugares familiares para Goblin Slayer. Casi se sentían como en casa.

Ahora que lo pienso...

Se le ocurrió que había pasado más tiempo en nidos de Goblins que en su propia aldea. Al darse cuenta, sintió que sus labios se tensaban, tensándose en una sonrisa deformada bajo su casco.

Eso era vivir; Eso era todo. No siempre salía como querías.

"... ¿Has vuelto?

Se detuvo, sorprendido por la voz que le llegaba desde el crepúsculo. A la luz del sol salobre había una figura perfilada: el dueño de la granja.

—Sí —respondió después de pensarlo un momento—. Luego agregó en tono respetuoso: "Estaba pensando en lo que haría en mi próxima aventura". Sonaba como una excusa. El dueño no le había preguntado sobre eso.

El hombre balanceaba un apero de labranza con desgana a través de un poco de heno. En medio del trabajo de campo, tal vez. Suspiró y se puso la horquilla en el hombro con un movimiento que sugería que era un gran esfuerzo. "¿Otra cacería de Goblins?", preguntó.

"No, señor," contestó Goblin Slayer. Después de pensarlo un momento, negó con la cabeza. "No parece serlo". Luego incluso agregó que le habían pedido que encontrara a alguien.

No dijo nada más, no podía. No sabía cómo explicarlo. Cómo decirle al otro hombre que le habían pedido que encontrara una princesa centauro, como si fuera un aventurero medianamente decente. Aceptó que algunas personas se reirían en su cara si lo oyeran, no es que pensara que este hombre a quien tanto debía lo haría necesariamente.

—¿Verdad...? El dueño casi parecía aliviado. Aunque Goblin Slayer no entendía por qué se sentiría así. —¿Un trabajo duro?

"Me temo que aún no lo sé".

Se abstuvo de mencionar que dependería de las circunstancias. Que el escenario más optimista era que la princesa centauro simplemente se había olvidado de enviar su carta después de que se fue de casa y ahora era una aventurera en la ciudad del agua. Eso todavía no estaba fuera del ámbito de la posibilidad, por lo que tendría que investigar antes de poder decir algo con certeza.

La Baturu insistió en que la princesa no habría sido tan negligente con sus compromisos, pero... *No estoy tan seguro.*

No llegarían a ninguna parte excepto probando cada posibilidad, una cosa a la vez.

"Sin embargo, ella no parece estar en esta área," continuó Goblin Slayer. "Creo que terminaré yendo a la ciudad del agua".

"Ya veo..."

El dueño y Goblin Slayer comenzaron a caminar uno al lado del otro. No estaba lejos de la casa principal. El dueño probablemente se dirigía a poner sus herramientas en el cobertizo (no el que estaba usando Goblin Slayer). Goblin Slayer no esperaba que la conversación durara mucho.

"Las cosas se pondrán más ocupadas al final del verano", dijo el propietario. "Si hubieras regresado para entonces, sería de ayuda".

—Sí, señor.

Arrastró los pies junto al hombre, sintiéndose como un niño cuyos padres le pedían ayuda. Le resultaba difícil afirmar que era particularmente bueno en el trabajo agrícola, especialmente con este profesional experimentado a su lado, pero había aprendido lo básico.

Mover su cuerpo sin tener que pensar era relajante para él. Nunca seguiría el ritmo de la gente si tuviera que estar constantemente usando su ingenio. Estaba convencido de que era más adecuado para un trabajo que no requiriera tanto esfuerzo mental.

"Haré lo que pueda", dijo.

No estaba seguro de lo que el viejo granjero pensaba sobre eso, pero el hombre dijo: "Ah... No lo quise decir así. No quise decir que tuvieras que apresurar tu trabajo..."

La puerta de la casa principal estaba delante de ellos, pero la Vaquera, cuya cocina era presumiblemente la fuente del humo que salía de la chimenea, no podría oírlos desde allí. El dueño de la granja se detuvo y miró el casco de metal de Goblin Slayer. Finalmente, dijo lentamente: "El trabajo es el trabajo. Alguien te pidió que lo hicieras y aceptaste, ¿sí?"

—Sí, señor.

"Entonces asegúrate de hacerlo bien".

Desde detrás de su visor, Goblin Slayer miró al granjero. El granjero le devolvió la mirada, directamente hacia él, como si su armadura no estuviera allí.

"Ellos sabrán si tomas atajos", dijo el hombre.

"... Sí, señor.

Unas manos gruesas cubiertas de suciedad y arañazos le dieron una suave palmadita a la armadura de cuero de Goblin Slayer. Goblin Slayer observó al anciano mientras se alejaba hacia el almacén. Dejó que sus propios dedos rozaran el polvo donde la mano del granjero había tocado su hombro.

Estaba convencido de que sus propias manos nunca serían así.

§

—¿Así que te vas de nuevo?

—Parece que sí.

Sabía que debía de estar asintiendo con la cabeza desde su lugar en la mesa detrás de ella. A la Vaquera siempre le encantaron estos momentos tranquilos cuando los dos estaban solos mientras preparaba la cena.

Supongo que el tío es lo suficientemente amable como para dejarnos solos...

La idea la hizo sentir avergonzada, o tal vez un poco tímida, así que decidió no pensar en ello.

Una olla de estofado, rica en leche, se calentaba en la estufa; Lo revolvía ociosamente de vez en cuando. El humo de la estufa y el vapor de la olla se combinaron para sentirse cálido y amigable. Los platos y la vajilla habían sido pulidos con arena de limpieza hasta que brillaron; Era como si estuvieran esperando ansiosamente su turno para servir.

Tampoco podía esperar. Este era uno de los momentos que más le gustaba.

A él le gustaba mucho el estofado, y a ella le gustaba servírselo. Además, se suponía que la cena de un granjero era un guiso; Era prácticamente un cliché. Solo en la ciudad se podía tener una comida rica y elaborada para cada una de las 3 comidas. Una ciudad como...

—¿La Ciudad del Agua, por ejemplo?

"Mm."

Casi había estado hablando sola, pero él respondió de todos modos.

La Vaquera sonrió feliz, igual de contenta de estar de espaldas a él.

"Sin embargo, no sé cuánto tiempo tomará".

—¿No?

"Estaré buscando a alguien", dijo. "No terminará hasta que los encuentre".

"Suena duro...", dijo, aunque no tenía ni idea de lo duro que podría ser en realidad. Una vez, había visitado una aldea de elfos (¡ah, eso había sido como un sueño!). Y no mucho antes, había sido atacada por Goblins en un pueblo abandonado en invierno (¡ah, eso había sido como una pesadilla!). Pero esto por sí solo no le daba ninguna comprensión de las dificultades de la verdadera aventura, y mucho menos de hacer algo que alguien te había pedido que hicieras. Eso solo lo sabía por lo que él le había contado.

"Pero me gustaría intentar terminar la misión y estar de vuelta antes de que termine el verano", añadió.

—Claro. Ella asintió, revolviendo el guiso. No era para tanto.

Creyó entender, más o menos, lo que estaba tratando de decir. Pero en lugar de señalarlo, a menudo le gustaba esperar en silencio. Mantuvo un ojo en él mientras miraba la comida o abría y cerraba el armario sin ningún propósito real.

Todavía con su casco de metal como siempre lo hacía, su amigo de la infancia continuó lentamente. "Así que estaré fuera de nuevo a partir de mañana".

Se detuvo allí y se sumió en una especie de silencio hosco. No señalaba el final de la conversación, eso era lo que había aprendido hacía mucho tiempo. Así que simplemente miró hacia abajo en la olla, considerando lo que diría, cómo respondería...

—Volveré —dijo finalmente—.

"Que tengas un buen viaje", respondió. Esperaba que su voz no se hubiera quebrado mientras hablaba. No estaba segura. Su propia voz había sido más tensa que de costumbre; Parecía hablar todo en un solo suspiro.

"..."

Al final, la Vaquera no pudo soportar solo robarle miradas de reojo y se giró para mirarlo. Ella se apoyó en el borde de la estufa, casi sentada en ella (no muy cortés de su parte), y lo miró. Estaba sentado en silencio a la mesa, mirándola fijamente.

Miró detrás de su visera. Conocía la expresión que debía tener en su rostro, como si pudiera verlo con sus propios ojos.

El canario gorjeó débilmente desde un rincón de la casa.

La Vaquera fue la primera en hablar al oír el sonido, incapaz de contenerlo por más tiempo. "... Supongo que este no es exactamente el momento para esta conversación, ¿eh?", dijo, riéndose.

"Mm", respondió y asintió muy seriamente. "Aunque no estaba seguro de cómo decirlo de otra manera".

—¡Yo tampoco! Ahora, riendo a carcajadas, se volvió hacia el guiso. Su tío vendría a cenar pronto. Sería la última vez que comieran juntos en familia por un tiempo.

Tal vez debería haber hecho algo más elegante, pensó.

Pero a él le gustaba el estofado, y a ella le gustaba hacérselo. Pasaría un tiempo hasta que ella también pudiera volver a hacerlo, y la idea le hizo sentir que "lo de siempre" era lo mejor esta noche.

Un agradable aroma flotaba en el guiso; Tendría un sabor maravilloso y sería abundante en sus estómagos.

Tendrá que pasar un tiempo sin esto...

Eso era parte de lo que hacía que la aventura fuera tan difícil, pensó. Eso le pareció poco modesto, y se echó a reír de nuevo.

¿Habría sido demasiado ordinario decirle que tuviera cuidado? *¡Haz tu mejor esfuerzo!* mientras tanto, parecía de alguna manera irresponsable. ¿No estaba siempre haciendo lo mejor que podía?

La Vaquera dejó volar su imaginación mientras servía el guiso en sus tazones. Pensó en cómo pasaría el tiempo hasta que él volviera; Se preguntó si su tío ya sabía de este viaje.

La Ciudad del Agua: Había estado allí una vez antes. Era una ciudad grande. Había ido varias veces, según ella recordaba.

¡Venga, ya! Incluso mientras conversaba con él, la mente de la Vaquera no dejaba de funcionar. Había cosas que tenía que hacer. Como, por ejemplo...

"Eres bienvenido a traerme un recuerdo, pero esta vez, que no sea un animal, ¿de acuerdo?"

"..." Gruñó suavemente, luego inclinó la cabeza, perplejo. "No creo que te traiga animales tan a menudo".

Hacer lo que había que hacer cada día mientras lo esperaba sería suficiente trabajo.

§

"... ¡*No* montaré en ningún vehículo tirado por caballos!"

Bueno, probablemente deberían haberlo visto venir.

Era la mañana siguiente, y estaban en la estación de carruajes en las afueras de la ciudad fronteriza. La cálida luz del sol brillaba sobre las personas que se dirigían hacia el este, hacia la capital, y sobre las que se dirigían aún más hacia el oeste, hacia los asentamientos de los pioneros. Algunos de los viajeros parecían ser familias de agricultores con sus vidas a cuestas, mientras que otros eran montañeros que llevaban equipos de excavación.

Mercaderes con cargamentos, predicadores con libros sagrados y una mujer que viajaba en circuito también estaban allí. Al igual que, por supuesto, los aventureros en su panoplia de equipo que servían de guardaespaldas a todos estos. Las botas, los cascos y, por supuesto, las ruedas de los carruajes repiqueteaban sobre las losas. Hubo un animado murmullo de conversación.

El lugar era pequeño para una estación, pero seguía siendo el lugar más concurrido de la ciudad. Y de pie allí, haciendo una declaración inquebrantable sobre su voluntad (o no) de viajar en carreta, estaba la joven centauro Baturu. Miró con asombro a los caballos enganchados a la carreta, que eran más altos que ella.

—No vas a llegar allí andando —dijo el Chamán Enano, que había hecho su proverbial magia para organizar el viaje—. De hecho, tenía una figura bastante elegante sentado en el asiento del conductor, sosteniendo las riendas.

"Vaya, ¿nos alquilaste esto?" —le preguntó la Sacerdotisa.

"Pensé que sería mucho más conveniente que compartir un viaje".

Para la Sacerdotisa, el caballo parecía estar en excelente forma, sus patas grandes y fuertes, su crin brillante, sus ojos brillantes. Le dio unas palmaditas en la nariz y le dio una palma amistosa con la palma de la mano. la Sacerdotisa sonrió.

"Se ve muy inteligente y muy fuerte... Probablemente sería apto para montar", dijo.

La carreta que el chamán enano había adquirido era igual de magnífica, un vehículo grande con una cubierta. Parecía que tal vez estaba destinado a

transportar carga en lugar de pasajeros, pero las ruedas parecían un poco elaboradas para eso...

"Es para transportar vino," explicó el Chamán Enano cuando vio a la Sacerdotisa mirando las ruedas. "Y el temblor es enemigo del buen vino". Sonrió con picardía. "Después de lo que pasó con la cosecha temprana y la bebida sagrada, pensé que el comerciante de vinos podría estar abierto a negociar. Digamos que tomé prestada esta cosa".

"Ahhh..."

La Sacerdotisa se sorprendió al darse cuenta de que ahora recordaba con casi cariño los acontecimientos a los que se refería. La conmoción que rodeaba al vino sagrado, algunas cosas en él habían sido desagradables, pero a medida que avanzaban las aventuras, todo había terminado más o menos felizmente. Recordó que la hermana Vitícola se había hecho muy amiga del joven comerciante.

Supongo que esas también son conexiones importantes. ¿Quién sabía cuándo podrían ser útiles en una aventura? Ella asintió para sí misma: tendría que recordarlo.

"¡No necesito esto!" Declaró la Baturu, ignorando la conversación entre el Chamán Enano y la Sacerdotisa. Estaba raspando el suelo con enojo, como para comunicar que quería irse *ahora mismo*. La piedra se sentía tan diferente bajo sus pezuñas que la hierba del campo, y eso solo la molestó más. "Soy perfectamente capaz de recorrer la distancia hasta la Ciudad Acuática o donde sea. A diferencia de ustedes, los humanos".

—¿Por qué complicar las cosas cuando puedes hacerlas más fáciles? —dijo la Alta Elfa Arquera, mirando por debajo de la cubierta de la carreta, en la que se había deslizado casi sin que ellos se dieran cuenta. Ya había marcado su lugar, tirando su equipaje al suelo y devolviéndose.

Debió de haber captado alguna provocación del Chamán Enano en el asiento del conductor, porque sus oídos se le hincharon; Echó la cabeza hacia atrás debajo de la sábana y gritó: "¡Puedo oírte, Enano!", tras lo cual volvió a

aparecer. "Esa es una filosofía humana de la que creo que podemos aprender", dijo antes de agregar, "¡porque los humanos son expertos en ser perezosos!". Incluso la forma en que cacareaba sonaba como una campana tintineando.

—No creo que sea pereza... —comentó la Sacerdotisa, pero lo único que pudo hacer fue sonreír.

Trató de encontrar un ángulo en el que pudiera encontrarse con los ojos de la Baturu, tal como lo había hecho el día anterior, pero a diferencia de cuando la otra chica había estado sentada, ahora tenía una cabeza más que la altura de la Sacerdotisa. Tendría que estirarse y ponerse de puntillas como pudiera, la Sacerdotisa no podía mirar a la Baturu a los ojos; Finalmente recurrió a subirse a una caja de madera.

Cuando la Baturu vio eso, su cabeza se inclinó ligeramente, aunque la Sacerdotisa no parecía mucho más feliz. "Supongo que es... No es imposible. Los caballos son caballos. Ellos no son oradores..."

Era muy parecido a cómo un humano no sentía ninguna incomodidad particular al ver a un mono ser obligado a actuar. (Aunque para ser justos, la idea de que los humanos y los monos compartían algún tipo de relación de sangre era solo una de esas cosas absurdas que los hombres lagarto eran dados a decir...)

"Sin embargo, ¿no es el colmo de la locura confiarse a las espaldas de otro?" —preguntó la Baturu.

—De hecho, hay algo convincente en esa lógica —dijo el Sacerdote Lagarto, deslizándose para mirar debajo de la carreta—. Sus ojos de guerrero entrenado no pasarían por alto nada que no hubiera sido preparado. Él y Goblin Slayer parecían satisfechos con su inspección del vehículo.

No es que no confiaran en el Comerciante de Vinos o, para el caso, en el Chamán Enano, pero siempre existía la posibilidad de problemas en los que nadie había pensado.

"Por ejemplo, me estaba congelando durante nuestra batalla en el agua", continuó el Sacerdote Lagarto. Su sangre, les informó, se había ralentizado

bastante. Sonaba como si estuviera haciendo algún tipo de broma, pero el humor del hombre lagarto podía ser difícil de entender. Sin embargo, debe haber sido incómodo saber que todo su destino estaba en manos de otros.

"¡Razón de más para que camine...!" —dijo la Baturu—.

"Pero no te servirá de nada desperdiciar tu resistencia," contestó Goblin Slayer mientras desempolvaba sus guantes, evidentemente encontrando aceptable el estado de la carreta. "Un humano puede recorrer cien kilómetros caminando dos noches, pero nosotros usamos caballos".

"Hrm..." La Baturu parecía querer decir algo a eso, pero no podía pensar en una respuesta adecuada; Lo único que podía hacer era refunfuñar. Entonces, ¿No podrían los centauros alcanzar esa velocidad? De hecho, ¿Podrían los humanos?

La Sacerdotisa miró de la Baturu a Goblin Slayer y viceversa, y finalmente hizo la pregunta: "... ¿Es eso cierto?

"Un humano puede igualar a un caballo en velocidad, al menos en una larga distancia como esa," contestó Goblin Slayer.

En carreras cortas, un caballo o un centauro podrían usar su poder explosivo (literalmente caballos de fuerza) para ser mucho más rápido que un humano. Mientras tanto, a través de largas distancias, un humano podría prevalecer usando su rasgo más ordinario: una resistencia casi inagotable. En el Mundo de las Cuatro Esquinas, los humanos eran, después de todo, reconocidos como las personas más tenaces, las que eran las peores para saber cuándo rendirse.

"Eso, sin embargo, suponiendo que uno no guardara nada en reserva. Si quieres estar listo para una pelea, entonces debes conservar la resistencia que puedas", dijo Goblin Slayer.

Es cierto.

La Sacerdotisa agarró su sonoro bastón firmemente con ambas manos y asintió. "Si puedes ganar haciendo algo imprudente o escandaloso, entonces hace que las cosas sean más fáciles... ¡Como siempre dices!"

Goblin Slayer guardó silencio. La Alta Elfa Arquera estaba en el portaequipajes de la carreta, sonriendo como un gato. La Baturu, sin estar segura de lo que se suponía que eso significaba, simplemente parecía confundida.

Goblin Slayer gruñó en voz baja, y luego, antes de que Sacerdotisa o cualquier otra persona pudiera decir algo, continuó en un tono rápido y bajo. "... También hay que tener en cuenta la lluvia y el viento. Y ni tú ni yo queremos quitarnos la armadura, ¿verdad?

También en este caso, la Baturu parecía no tener respuesta.

La Sacerdotisa solo podía imaginar una vida corriendo libremente por campos cubiertos de hierba, pero estaba familiarizada con los elementos, ya que los había encontrado muchas veces en sus aventuras. No solo el viento y la lluvia, sino también la nieve y las tormentas. Los aventureros más viejos y experimentados le habían advertido que no se atreviera ni siquiera con un chaparrón pasajero. Alguien podría decirse a sí mismo que solo era un poco de lluvia, y que la siguiente ciudad estaba cerca, y que simplemente se mojarían mientras caminaban hacia allí, solo para desplomarse junto al camino y morir. Sí, podría suceder bajo la lluvia, no solo con ventiscas. Nunca se sabía lo que el destino y el azar nos deparaban.

La Baturu debe haber estado bien familiarizado con las crueldades de la naturaleza. "..... Está bien —dijo al fin—. —Sí, lo entiendo. Hinchó las mejillas como una joven regañada por sus padres o su maestro. "No soy lo suficientemente niña como para seguir quejándome".

Trotó hasta la carreta (clop*, clop*), donde se irguió y puso las patas delanteras en la carreta. La Alta Elfa Arquera rápidamente extendió la mano y tomó su mano para ayudarla, pero incluso para un alto elfo, un Centauro era

pesado. La Sacerdotisa se movió rápidamente para apoyar la parte trasera de la Baturu, pero luego se dio cuenta de que no estaba segura de cómo ayudar.

"Uh, ¿puedo tocarte aquí...?", preguntó.

"... Sí, está bien".

Así que, con cierta vacilación, la Sacerdotisa empujó las bien formadas nalgas de la Baturu. No le habría molestado hacerle esto a un caballo, pero estaba tratando con un Centauro, con una joven tonificada. Miró al suelo para ocultar el rubor de sus mejillas; La sensación aterciopelada bajo sus manos le dio la sensación de que estaba haciendo algo mal. No podía ver la cara de la Baturu, pero tal vez eso era lo mejor.

"Y... ¡Hup!" —dijo la Baturu—.

La visión de un centauro trepando a un vagón debió de ser realmente extraña, porque muchos transeúntes de la estación se volvieron y se quedaron boquiabiertos. Sin embargo, una mirada del Sacerdote Lagarto los persuadió de seguir con sus asuntos.

Afortunadamente, la Baturu pudo subir a la carreta con bastante facilidad, aunque no con gracia. Sin embargo, incluso el vehículo relativamente espacioso se sentía un poco estrecho con un centauro del tamaño de un caballo joven en él. No ayudó que, aunque se agachó para caber debajo de la sábana, permaneció de pie. La Alta Elfa Arquera parecía perpleja, pero el Sacerdote Lagarto asomó la cabeza bajo la cubierta del carro y dijo: "No estaba seguro de lo que hacen los centauros en tales situaciones, ¿sabes? ¿Te traigo paja?

"... No soy un caballo —respondió bruscamente la joven centauro, sin hacer ningún esfuerzo por ocultar la molestia en su rostro—. Sin embargo, no abandonó por completo su cortesía, ya que el Sacerdote Lagarto se comportó como si estuviera tratando con la nobleza. Los humanos tenían una tendencia a ver a los hombres lagarto y a los centauros (por no hablar de los fronterizos) como simples bárbaros, pero aquí estaban.

"Olvidar tus modales cuando la otra persona podría matarte en cualquier momento sería tomar tu vida en tus manos", había dicho el Sacerdote Lagarto. Y, sin embargo, la Sacerdotisa a veces se encontraba pensando que su falta de vacilación al decir esto tal vez demostraba que él era el más civilizado.

"Colocamos un *khivs* en el suelo de nuestro *ger* para alfombras", dijo la Baturu. "Pero... Como aquí no hay *jivs* , la paja servirá". —Espléndido —dijo el Sacerdote Lagarto—.

"¡Iré a buscar un poco!" La sacerdotisa se ofreció, y luego se puso en marcha, repiqueteando como un pajarito. Debía de haber algo de paja cerca de una estación como ésta.

Goblin Slayer la vio irse, llena de energía y vigor y francamente emocionada ante la idea de una aventura. Luego colocó la bolsa que ella había dejado en el portaequipajes. Estudió a la Baturu de cerca desde detrás de su visera (ella hizo un pequeño "erk") y se dirigió al asiento del conductor. Como el explorador se encargaba de vigilar a los enemigos mientras se abrían paso a través de la llanura abierta, sería mejor para él estar en algún lugar con un campo de visión amplio y abierto. El papel de Goblin Slayer siempre fue turnarse con la Alta Elfa Arquera, cada uno de ellos manteniendo los ojos bien abiertos por turno.

Usando el escalón, se balanceó al lado del Chamán Enano, pareciendo acostumbrado al acto, aunque no del todo elegante.

—Ho, Cortabarbas. Esto se perfila como toda una aventura".

"Una aventura..."

"¡Claro! ¡Encontrar una princesa perdida! Aunque tengo que decir... No se oye hablar mucho de centauros en las sagas". Sonrió y le ofreció un sorbo de vino de fuego a Goblin Slayer, quien lo rechazó en silencio. —¿No? —preguntó el Chamán Enano, pero él lo acompañó con una gran carcajada, sin molestarse en lo más mínimo. Él mismo bebió un trago dramáticamente.

Finalmente, limpiándose las gotas de la barba con la manga e iluminando su rostro rojo con una sonrisa, dijo: "... ¿Decepcionado de que no sean Goblins?"

"No", fue todo lo que le dijo Goblin Slayer.

Goblin Slayer negó con la cabeza y miró a su alrededor a la masa de gente que pasaba. Charlaban amistosamente bajo la brillante luz del sol; Las botas chocaban contra las losas, casi como si empujaran a sus dueños hacia adelante a través de la ciudad. Algunos de ellos estaban saliendo del Gremio de Aventureros, revisando su equipo, charlando con los miembros de su grupo, vestidos con todo tipo de equipo mientras salían. Pertenecían a todas las razas, edades, trabajos y géneros, a los que pasaban por allí, y ninguno de ellos dudaba de hacia dónde conducía su camino.

Ninguno de ellos avanzó asumiendo que fracasarían en su próxima aventura.

Si uno sólo quisiera ganar dinero para sobrevivir, podría ser fácilmente un granjero o, para el caso, una prostituta. Había muchas opciones. Si uno solo quería lograr la victoria y ganar la gloria, podía ser un caballero, un mercenario o un espadachín.

Había algo más. Algo que esas vocaciones no tenían. Eso fue lo que llevó a la gente a arriesgarse en aventuras. Eso fue lo que los convirtió en aventureros. Si no buscaran esa cosa, no serían aventureros.

"..." Goblin Slayer suspiró. "Creo que... Tal vez sería bueno probar otra cosa".

"Bueno, te lo preguntaron personalmente. Tienes todas las razones para mantener el pecho en alto y hacerlo".

"Eso es bastante fácil de decir".

El Chamán Enano no respondió, pero esperó pacientemente las siguientes palabras de Goblin Slayer. La Alta Elfa Arquera, bajo la sábana, probablemente podía oír lo que decían, pero prefirió no intervenir. ¿Qué pasa

con el Sacerdote Lagarto? No se podía estar seguro, pero, en cualquier caso, se ocupaba de la Baturu.

Goblin Slayer estaba dolorosamente agradecido por el decoro de los miembros de su grupo.

Suspiró. ¿Cómo, se preguntó, podría pagarles por eso?

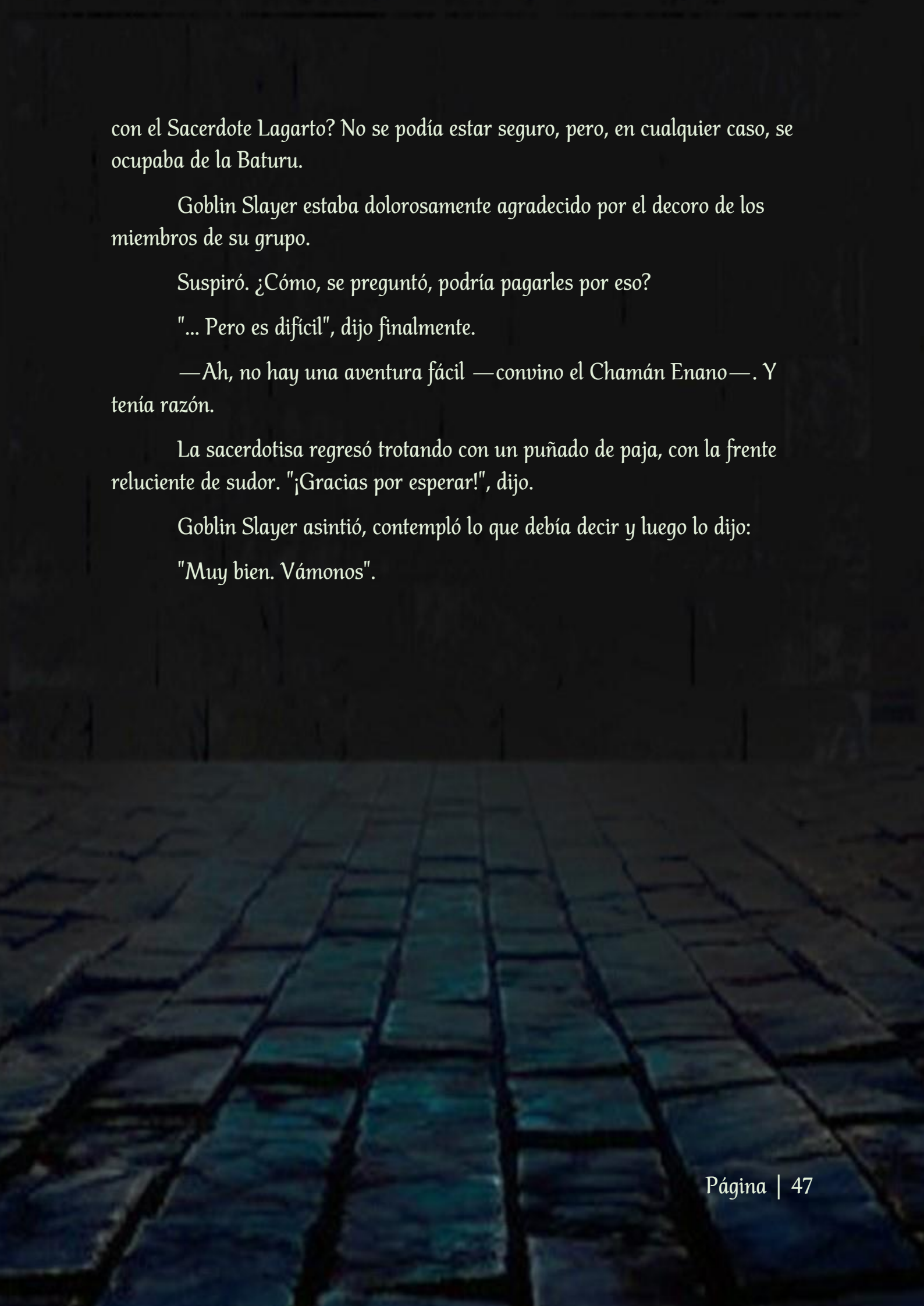
"... Pero es difícil", dijo finalmente.

—Ah, no hay una aventura fácil —convino el Chamán Enano—. Y tenía razón.

La sacerdotisa regresó trotando con un puñado de paja, con la frente reluciente de sudor. "¡Gracias por esperar!", dijo.

Goblin Slayer asintió, contempló lo que debía decir y luego lo dijo:

"Muy bien. Vámonos".



CAPITULO 2

¡Alèjate de los Goblins!

"¿Qué? ¿Puedes mantener esos burros jorobados incluso en tus campos cubiertos de hierba?" —preguntó la Sacerdotisa.

"... Se llama camello", dijo la Baturu.

La conversación de las muchachas era casi tan ruidosa como el tintineo de las ruedas de la carreta.

Había empezado cuando... Bueno, ¿qué *lo había* empezado? la Sacerdotisa había hablado con la Baturu, había seguido devolviéndole la conversación, mientras la Baturu le daba respuestas cortantes. Esto había sido bastante fácil cuando salieron de la ciudad y salieron a campo abierto. Era demasiado pronto para decir que la Baturu se había abierto a la Sacerdotisa, pero ya no la estaba ahuyentando.

Poco a poco, muy poco a poco, acercándose al corazón de alguien, esa era la manera de la Sacerdotisa. Algo que había aprendido de su entrenamiento en el Templo de la Madre Tierra.

O tal vez más exactamente, es simplemente su forma de ser, pensó ociosamente la Alta Elfa Arquera desde su lugar junto al Sacerdote Lagarto en el asiento del conductor.

Los humanos maduran muy rápido. Apartaste la mirada por un segundo, y de repente han crecido. A los ojos de la Alta Elfa Arquera, al menos, la niña que solía acobardarse ante las cacerías de Goblins se había ido. Ya sea que ella misma se diera cuenta o no, se había convertido en una verdadera aventurera.

"... Proporcionan cabello e incluso leche. Y son esenciales para llevar cosas".

Además de la personalidad natural de la Sacerdotisa, estaba el hecho inequívoco de que la Baturu estaba buscando una manera de sentirse un poco mejor. Estaba en el campo, a cielo abierto, pero estaba atrapada bajo una manta, apretujándose para poder caber. Ser incapaz de sentir el viento contra su piel debe haber sido intolerable para un centauro.

Sobre todo, ¿a quién no le gustaría que alguien preguntara dulce e inocentemente sobre su casa? Detectar la oportunidad y comenzar una conversación sin problemas, esa era una de las fortalezas de la Sacerdotisa.

Probablemente solo piensa que está "haciendo lo mejor que puede".

—¿Llevar cosas...?

Un susurro repentino y sorprendente se oyó en medio del traqueteo de la carreta. Procedía de Goblin Slayer, que estaba sentado en una esquina del portaequipajes ahora que había intercambiado el servicio de guardia con la Alta Elfa Arquera. Era difícil incluso saber si estaba despierto o dormido bajo ese casco.

La Baturu casi se había olvidado de la armadura; La forma en que la voz emergió de ella tan abruptamente le provocó un escalofrío en los oídos y la cola.

"Esa cosa tiene jorobas. No debe ser fácil apilar objetos en él", dijo Goblin Slayer.

"Yo-no es tan difícil..." Baturu no pudo ocultar el quiebre inicial en su voz a pesar del ruido del vehículo. "Simplemente envuelves *un tereg*, una tela de algodón, entre las jorobas y pasas *un shata,* un marco estructural, a través de él. Constituye un lugar excelente y estable para las mercancías".

—¿Entre las jorobas? Goblin Slayer gruñó suavemente. "Solo tiene una joroba, ¿no?"

"No, dos," contestó la Baturu. "No tienes ningún sentido".

"Mmm..." Goblin Slayer se quedó pensativo en silencio por un momento, luego dijo rápidamente: "¿Cómo los manejas?"

"Usamos un *morin khuur*. Tiene un efecto calmante en los camellos".

"*Morin khuur*".

"Es un instrumento musical. Exactamente de este tipo..." La Baturu movió las manos en el aire, esbozando la forma del instrumento, pero sus orejas se apoyaron en su cabeza. "... No puedo describirlo del todo".

—Ya veo —dijo Goblin Slayer, y luego volvió a quedarse callado—. La Baturu lo observó con recelo, sin saber si la conversación había terminado.

Ah, pensó la Sacerdotisa, y se le escapó una risita. Podía imaginar fácilmente el camello que tenían en la granja. Si el Chamán Enano estaba jugando a la zarigüeya (¿tenían zarigüeyas en esta parte del mundo?), también debe haberlo notado, y si esa era la razón por la que se mantenía callado...

—¿Y cómo se usa la leche y el pelo de camello? La Sacerdotisa, sospechando que se suponía que debía hacer el siguiente movimiento, le preguntó a la Baturu.

"Bueno... Cuando piensas en camellos, piensas en *airag*".

"Um... ¿Lo que significa...?"

"Es un alcohol hecho de leche. Pero por sí solo, es muy ácido, así que le agregamos azúcar y también lo destilamos".

La sacerdotisa ofreció un "ahhh" genuinamente impresionada. Se preguntó si el Sacerdote Lagarto podría oírlos desde el asiento del conductor. Sin duda, el tema le parecería muy interesante.

No estaba claro qué pensaba la Baturu de la reacción de la Sacerdotisa, pero se río. "Así que ya sabes lo que es destilar. No estaba segua de que tuvieras la tecnología aquí".

Sí, la Sacerdotisa lo sabía, aunque no lo dijo. Ella lo sabía, pero en realidad no sabía cómo se hacía. En su mente, era similar a la alquimia. Estaba

segura de que un clérigo del Dios del Conocimiento, o tal vez del Vino, lo sabría todo. O tal vez un seguidor del dios sádico como la *húsfreya* del norte... Pero no tenían una de esas personas cerca.

De todos modos...

"Es realmente sorprendente que puedas hacer eso en la llanura", dijo.

"Bueno, requiere algunas herramientas", respondió la Baturu.

De todos modos, este no era el lugar para un concurso intelectual. Y la Sacerdotisa estaba realmente impresionada.

"Luego está el pelo", dijo la Baturu. Ahora parecía estar de mejor humor, sus mejillas enrojecidas y las palabras llegaban cada vez más fácilmente. "Pelo de camello. Es un material muy bueno, suave y espeso. Hacemos hilo con él y lo usamos para tejer".

—Suena muy diferente a la lana de oveja —dijo la Sacerdotisa—.

"Es completamente diferente", dijo la Baturu. No pareció darse cuenta de la expresión que había estado en su rostro hasta ese momento, pero de repente pareció pensar que había hablado demasiado. —Completamente diferente — repitió ella, apartando la mirada intencionadamente—.

Ya está molesta, pensó la Alta Elfa Arquera. Toda la escena le pareció divertida, divertida e infinitamente emocionante. Agarró una hoja que pasaba revoloteando con el viento y se la llevó a los labios, soplando a través de ella para crear un lindo sonido que se elevó hasta el cielo.

"Eres bastante buena en eso," comentó Sacerdote Lagarto.

La Alta Elfa Arquera abrió la boca lo suficiente como para decir: "Eh, ya sabes", moviendo sus largas orejas, pareciendo hojas.

Sonrió como un gato ante la forma en que el Sacerdote Lagarto puso los ojos alegremente en blanco a su lado y luego mordió la hoja. Balanceando la pierna, que colgaba perezosamente del asiento del conductor, allí, bajo el cielo azul, tocó una melodía que parecía estar más allá de todo lo que pudiera

provenir de una simple hoja. Captó la atención de todos los que estaban bajo la cubierta, la Baturu y todos los aventureros, así como de todos los seres vivos en el amplio campo exterior. En manos de un alto elfo, al parecer, incluso una flauta de hojas podía producir música celestial. Todo parecía tranquilo, pacífico y cálido; todo el Mundo de las Cuatro Esquinas parecía bendecirla a ella y a su música en ese momento.

Fue uno de esos raros momentos, como flotar en la superficie del agua, que parecía que iba a durar para siempre. Incluso los elfos, con su vida casi inmortal, no se encontraron con muchos momentos como este.

El tiempo en sí mismo puede ser interminable, pero el tiempo que podemos pasar con nuestros seres queridos es limitado. Así, lo único que podría poner fin a esta escena sería la llegada a su destino...

—¡Oh, por...!

... o si sucedía algo que ella ciertamente no deseaba.

Frunciendo el ceño poderosamente y soltando su hoja al viento, la Alta Elfa Arquera se puso de pie en el banco del conductor. El primero en reaccionar fue Goblin Slayer, que había estado sentado en silencio escuchando su tocada. Agarró la espada en su cadera, se sentó y preguntó bruscamente: "¿Goblins?"

—Lamentablemente —exclamó la Alta Elfa Arquera, dejando a un lado cualquier elegancia de los Altos Elfos—, ¡tienes razón!

§

"¡Si tuviéramos que tener un encuentro al azar, ojalá hubiera sido un dragón!" —exclamó la Alta Elfa Arquera—.

"¡Sí, de hecho, podría ser muy interesante ser aniquilados por uno!" —dijo el Sacerdote Lagarto—.

La Alta Elfa Arquera logró subirse a la cubierta de la carreta mientras se quejaba; El Sacerdote Lagarto chasqueó las riendas y se echó a reír.

La carreta rebotó por la carretera, yendo... Bueno, no como el viento, exactamente. Y definitivamente podían ver enemigos alrededor. Sin embargo, solo eran Goblins y no podían alcanzar una carreta a pie.

“GROOORGB!!”

“GBOG! GRORGB!!”

“GRBBB!!”

Sin embargo, si habían robado el secreto de la equitación, eso era diferente.

Los goblins cabalgaban aferrados a las espaldas de sus lobos —en realidad, huargos— cerrando la brecha de forma lenta pero segura. ¿Se comunicaron de alguna manera con los caninos caídos, o simplemente tomaron las riendas y esperaron lo mejor? Puede que eso siga siendo un misterio para siempre, pero *goblins* seguía siendo una palabra peligrosa.

El Chamán Enano le devolvió la mirada desde debajo de la cubierta del vagón, aunque el ceño fruncido en su rostro no le impidió beber su vino de fuego. —Tal vez tus silbidos los trajeron hasta aquí —dijo—.

"Sí, claro. ¡O tal vez se sintieron atraídos por el olor de un delicioso Enano!" (Luego añadió en sotto voce que tal vez a los goblins no les importaban los parásitos; su medio susurro cortó el aire como un disparo).

"¡¿GRGB?!"

El Goblin cayó del huargo desplomado, estrellándose contra el suelo, todo lo que había por encima de su cuello voló. Por la forma en que los animales detrás se dividieron a izquierda y derecha, saltando sobre su cuerpo, tal vez los Goblins realmente tenían el control de sus monturas. Por otra parte, incluso el Huargo, ahora sin jinete, continuó en línea recta, imperturbable por la pérdida de su jinete.

"¡¿WARRG?!"

La segunda descarga de la Alta Elfa Arquera lo remató. Sacó más flechas de su carcaj. "Ojalá estos jinetes fueran un poco más estúpidos..."

—¿Cuántos son? Preguntó Goblin Slayer desde el interior de la carreta, mirando hacia el campo.

"Tal vez diez de ellos, por lo que puedo ver. ¡Pero creo que podría haber más en la distancia!", fue la respuesta desde arriba.

Goblin Slayer gruñó suavemente. Odiaba los espacios abiertos. Las áreas confinadas eran mucho más fáciles.

"¡Um, aquí tienes...!" —dijo la sacerdotisa, sacando del equipaje su breve arco y un carcaj—. No sabía disparar, había aprendido a tirar, pero sería difícil desde un vehículo en movimiento. En cambio, se ocupó de asegurarse de que Goblin Slayer estuviera armado.

—Eso ayuda —dijo, tirando rápidamente de la cuerda del arco para comprobar el ajuste, luego clavando una flecha en el arco y tirando de ella hacia atrás—. Hizo un *crujido ruidoso y desagradable*, nada parecido al tintineo musical de los disparos de la Alta Elfa Arquera.

Su flecha voló sobre el campo en un arco bajo, atravesando la pata delantera de uno de los huargos con un *golpe*.

"¡¿WGGR?!"

La criatura gritó y arrojó a su jinete. A esta velocidad, saber cómo aterrizar de manera segura de una caída no ayudaría mucho, y los goblins no sabían cómo hacerlo en primer lugar. El monstruo aterrizó de cabeza, rebotó un par de veces y dejó de moverse, muerto.

"Esa es una, para empezar".

"Oye, no es un mal tiro," comentó la Alta Elfa Arquera, mirando dentro de la carreta (boca abajo). "No sabía que te vendría bien un arco".

—No tan bien como a ti.

"¡Bueno, naturalmente!"

La elfa rebosaba confianza. Desapareció por encima de la carreta, con la trenza rebotando detrás de ella como una cola. La Sacerdotisa alzó la vista, pero no había ni un hoyuelo en la cubierta del vagón; Su amiga, mucho mayor que ella, apenas parecía estar allí. Tal era el atletismo de los altos elfos que los humanos no podían esperar igualarlos.

—Oye, ayúdame a bajar —dijo ahora la Baturu—. Estaba agachada en la estrecha zona de equipaje, tratando de encontrar una manera de ponerse de pie.

—¿Ayudarte a bajar? —repitió la sacerdotisa, poniéndose en pie—. "¡¿Quieres pelear?!"

"¡Por supuesto que sí!"

Como si respondiera al grito de la Baturu (aunque, por supuesto, no realmente), una lanza de mano se acercó silbando al carro, aunque era un producto mal construido y un mal lanzamiento, que ni siquiera logró alojarse en la madera.

"¡GROOGB! ¡GORRRBBG!"

"¡¡WARGGW!!"

Un caballo de carga enganchado a una carreta no podía esperar igualar el ritmo de un huargo. Los Goblins, convencidos de que habían hecho la brecha con su propia habilidad, vitorearon y lanzaron lanzas al carro. La mayoría de ellos apenas alcanzaron el vehículo, y los que lo hicieron rebotaron en su mayoría. Pero unos pocos de repuesto rompieron la cubierta, sus puntas toscamente labradas destrozaron la carga.

Todavía...

Nunca se confió, nunca bajó la guardia, la Sacerdotisa respiró hondo y evaluó la situación con calma. "¡Incluso si nos atrapan, deberíamos ser capaces de manejarlos!"

"Nunca nos ganarían, ¡pero odiaría que pensaran que nos tienen huyendo!" —dijo la Baturu—. Su actitud era tan afilada y verdadera como una espada.

La sacerdotisa lanzó una mirada incierta alrededor del interior de la carreta. Goblin Slayer estaba murmurando: "Dos ... tres", mientras mataba a los goblins, haciendo retroceder a los perseguidores del grupo. La Alta Elfa Arquera se ocupaba de lo mismo. El Sacerdote Lagarto estaba manejando las riendas, instando al caballo a ir cada vez más rápido.

Era el Chamán Enano con quien finalmente se encontró a los ojos. Era lo suficientemente veterano como para saber que el lanzador de hechizos no tenía nada que hacer en este momento. En cambio, miró a la Sacerdotisa y a la Baturu como si les preguntara si tenían algo interesante para él. "¿De verdad crees que puedes hacerlo?", preguntó.

—Un perro desdentado no aúlla —replicó la Baturu con la agudeza de quien cree que la han insultado—. A los ojos de Sacerdotisa, su pequeño cuerpo (bueno, la pequeña parte *humana* de su cuerpo) parecía estar palpitando de vida. Una bola de fuego justo antes de volar, brasas brillando en el hogar: Por alguna razón, eso es lo que vio Sacerdotisa.

El Chamán Enano se pasó una mano por la barba blanca y luego llamó al líder de su grupo, que estaba ocupado disparando flechas desde debajo de la cubierta del carro. "Creo que es hora de dejar que la joven nos muestre lo que puede hacer".

"Hrm..." Goblin Slayer gruñó suavemente, mientras desataba otra andanada. No podía ser fácil calcular mentalmente dónde estarían un carro en movimiento y los huargos en movimiento en relación entre sí en unos segundos en el futuro: la pequeña flecha atravesó el pie de un huargo sin frenarlo.

Goblin Slayer suspiró. —¿Qué te parece?

"¡Dudo que haya muchos que puedan igualar a un centauro en la llanura abierta!" El Sacerdote Lagarto respondió con un aullido desde el asiento del conductor, donde tenía el destino del grupo literalmente en sus manos. Debió

de haberle molestado no poder ser parte de la pelea él mismo, pero aun así la emoción de la batalla corría por sus venas. Sin embargo, demostró ser un hombre lagarto muy racional, ya que, a pesar de su emoción, se resistió a tratar el carro como un carro. "Dicen que hay que probar un caballo para saber su calidad..."

—Muy bien —dijo Goblin Slayer—. En ese momento, no tenía idea de si era la elección correcta o no. Y no tenía sentido saber que habías tomado la decisión correcta solo más tarde. Él asintió. "Te cubriré".

"¡Excelente!" la Baturu exclamó y desenvainó su katana, saltando sobre el portaequipajes.

La Sacerdotisa se apresuró a acercarse, preparándose para ayudar a apretar los broches de su armadura, que había aflojado. "¡Te ayudaré...!"

"¡Te lo agradezco!"

La Sacerdotisa no reconoció la armadura, que provenía de la llanura y, más aún, pertenecía a un centauro. Pero seguía siendo solo una armadura. Podía encontrar la manera de cerrar un broche.

Había visto a los demás manejar su equipo mientras ella había sido parte de este grupo; Ella era más que capaz de ayudar aquí. Se apresuró de un lado a otro de la Baturu y, mientras tanto, la pelea continuó.

"Supongo que escuchaste eso," dijo Goblin Slayer por encima de su cabeza. "¿Puedes trabajar con nosotros?"

"¡Conviértelo en una orden, no en una pregunta!" La Alta Elfa Arquera respondió.

No hay problema, entonces. Goblin Slayer retrajo su arco y lo soltó al goblin más cercano.

"¡¿GORGB?!"

"¡¿AMGG?!"

Al mismo tiempo, una flecha con punta de capullo descendió y atravesó la mandíbula de arriba a abajo. El cadáver de la criatura se desplomó, lo que obligó a los jinetes que iban detrás a desviarse para evitarlo.

Una apertura.

"¡Listo!" La sacerdotisa llamó. La Baturu se puso en pie. El Sacerdote Lagarto registró todo esto desde su lugar en la delantera.

—¿Debo reducir la velocidad, entonces? —preguntó.

"¡Conduce como el viento, Maestro Lagarto!" La Baturu gritó, casi cayendo hacia atrás fuera de la carreta y golpeando el suelo corriendo. Fue increíble; No perdió velocidad en absoluto y ya iba a toda velocidad cuando sus cascos tocaron la tierra.

Solo un paso. Eso era todo lo que se necesitaba para estar un cuerpo por delante del enemigo, como si estuviera trazando las casillas a medida que avanzaba.

"¡Ja! *¡Ja! Su* risa atravesó el viento, que atrapó su cabello y su cola, haciendo que ondearan detrás de ella como orgullosos estandartes de guerra. Los músculos de su cuerpo equino trabajaban visiblemente, desgarrando el suelo, llevándola como si estuviera sobre un océano de hierba.

Era como un vendaval morado, un rayo de luz cerúlea que rasgaba el verde del campo. La sacerdotisa no podía apartar la mirada de ella. No era así como se veía cuando se afirmaba en el Gremio de Aventureros o cuando había estado charlando en el vagón. Entonces parecía viva, pero no viva. Ella no estaba donde *pertenecía.*

¿Quién iba a decir que alguien podía ser tan hermosa, nacida con el único propósito de correr por los campos? La Sacerdotisa nunca lo había sabido antes. Incluso el Chamán Enano dejó de beber su vino, y la Alta Elfa Arquera dejó que su mano aflojara en su arco.

En cuanto a Goblin Slayer... ¿Quién podría estar seguro?

“GOROOGB!”

“GBBGBR! GRROGBRRG!!”

Los Goblins, naturalmente, no apreciaban esas cosas. A sus ojos, el centauro era simplemente una presa tonta que había saltado directamente a sus garras.

¡Una mujer! ¡Una niña! Grande. Altamente comestible. Buena para jugar *. Buen equipo. Qué desperdicio.*

¡Despellejarla! Rómpele las piernas. ¡Cómo va a gritar! ¡Cómo va a llorar! ¡Qué divertido será!

¡Retrocede, yo lo haré! No seas estúpido; Ella es mía. Mia. Mia. ¡Mia! ¡Mia!

Los goblins solo piensan en sí mismos. Siempre asumen que son ellos los que obtendrán lo que quieran. Por lo tanto, el primer goblin no *pensó* mientras cargaba hacia su presa. El segundo goblin, tan inteligente (o eso creía él mismo), se contuvo, burlándose de su compañero por idiota.

Le salvó la vida.

"¡Hrrraaah!"

Un solo golpe de espada, la gran katana de la Baturu levantando un vendaval en el proceso. Era como el espadachín de la leyenda élfica, su corte era un rayo plateado que parecía poder cortar toda la hierba de las cuatro esquinas de un solo golpe. Tan agudo que era casi audible, que derribó al goblin del asiento de su montura.

"¡¿GROGB?!"

"WGRG?!?!"

La cabeza del huargo salió volando y el horrible rostro del goblin se partió en dos. ¿Qué habrá pensado el goblin "inteligente" al ver a su compañero convertirse en una fuente de sangre oscura?

Independientemente de lo que hubiera pensado que haría a continuación, nunca tendría la oportunidad de hacerlo.

"¡Yaaaaah!"

El segundo golpe llegó con un paso que parecía imposible a "caballo". Desde el nivel de los hombros, la espada cortó al goblin por la mitad en diagonal como un trozo de leña.

"GBBBRORGB?!?!"

"¡Ajá! ¡Yah!"

A la derecha, a la izquierda: la sangre voló en una tempestad mientras la Baturu se reía. Y mientras tanto, las flechas salían de la carreta, reduciendo el número de los goblins: esta batalla estaba casi terminada. Cada vez que la centauro hacía aullar su espada, los goblins, y sus huargos, se asustaban. Pero el susto no les permitía escapar.

"....."

Durante mucho tiempo, la Sacerdotisa no parpadeó; Al contemplar la vista, casi se olvidó de respirar. Sin una cabeza de caballo delante de ella que se interpusiera en el camino, la Baturu era capaz de luchar con mucha más eficacia que un humano montado, no es que la Sacerdotisa, sin formación en tácticas, pudiera saber cómo hacerlo. No habría importado si lo hubiera hecho.

La Sacerdotisa solo entendió esto: había muchos más luchadores capaces que la Baturu en el Mundo de las Cuatro Esquinas. El Guerrero pesado con su espadón. El Lancero con su arma de asta. Incluso el *goði* del norte y su espada relámpago. Y por puro poder destructivo, estaba la técnica secreta que había visto, solo una vez, de la Mujer Caballero. Sin duda, cualquier guerrero experimentado que viera pelear a Baturu habría visto lo mucho que aún le quedaba por crecer.

Sin embargo, estaban tratando con Goblins. Los monstruos más débiles del Mundo de las Cuatro Esquinas.

La Sacerdotisa, que había estado en muchas cacerías de goblins, nunca habría pregonado sus logros en esos esfuerzos. Arremangar tu tosca prenda y dominar a algunos goblins no era nada de lo que enorgullecerse.

Y, sin embargo, aun así, le seguía pareciendo hermoso.

—Eso parece —dijo la Baturu un momento después, sacudiendo la sangre de su espada y envainándola en su vaina—.

Su respiración era difícil; Su rostro estaba enrojecido y el sudor brillaba en sus mejillas. Ni siquiera echó un vistazo a los cuerpos esparcidos por el suelo mientras trotaba de regreso a la carreta. Levantó las piernas sobre el portaequipajes, tratando de subir al vehículo mientras seguía rodando.

"¡Te ayudaré!" Dijo Sacerdotisa, extendiendo la mano.

"Hrm..." la Baturu parecía algo insegura, mirando entre su gran mano y la de Sacerdotisa, que era más delicada pero ciertamente no solo bonita. Luego, lenta y vacilantemente, la estrechó, aunque su expresión permaneció indeterminada. "Gracias..."

"¡De ninguna manera!" Dijo la sacerdotisa y tiró con un "hup", aunque con su fuerza, era difícil decir cuánta ayuda era en realidad. No mucho, quizás, pero era importante.

"... Eso fue impresionante", señaló Goblin Slayer, sin preocuparse por los detalles.

La sacerdotisa ofreció un odre de agua a la Baturu, quien lo tomó, nuevamente vacilante, y comenzó a beber. Goblin Slayer las observó mientras guardaba su arco y sus flechas.

—Toma, bebe un trago —ofreció la Sacerdotisa, acercándose a él y ofreciéndole la cantimplora.

"Mm." Goblin Slayer lo tomó agradecido, lanzando una de agua a través de los listones de su visor. Después de una batalla como esa, incluso el agua tibia cortada con vino era indescriptiblemente satisfactoria.

"No es que quiera menospreciar tus logros..." Baturu, que debe haber estado sintiendo lo mismo por el agua, finalmente dejó escapar un suspiro,

rascándose la mejilla tímidamente. "Pero las hazañas de armas contra los goblins no son nada del otro mundo".

"Estoy completamente de acuerdo," dijo Goblin Slayer con la mayor seriedad, su casco estaba balanceándose hacia arriba y hacia abajo. Uno no debería pensar en términos de éxito cuando se trataba de batallar con goblins, ni él lo había hecho nunca.

¿Era simplemente una tribu errante? pensó. Miró fijamente los cuerpos, que ya habían desaparecido. ¿Debería detener el carruaje, regresar y comprobarlo? *No.* El tiempo apremiaba ahora. Tenía que priorizar la investigación en la Ciudad del Agua. Esa fue su decisión. *Si existe la más mínima posibilidad de que los goblins estén involucrados...*

Por supuesto, incluso Goblin Slayer se dio cuenta de que se trataba de una obsesión patológica, pero también sabía que, al mismo tiempo, era algo que tenía que guardar en su corazón.

"¡Oh! ¡No soy tan inteligente como para ser escéptico!", dices. ¡Eso no es decencia, es idiotez!". Recordó que su maestro le dijo mientras sonreía en medio de la nieve que soplaba. *"El hombre que se da cuenta de que puede ser peligroso y huye es el tipo inteligente, ¡el que decide que no le importa es el aventurero!"*

Goblin Slayer no podía afirmar que entendiera completamente esto. De hecho, ¿cuánto de lo que le había enseñado *podía* pretender entender? Aun así, estaba decidido a usar el poco ingenio y la poca habilidad que tenía para hacer lo que tenía que hacer.

Hazlo o no lo hagas. Eso era todo lo que importaba, y eso lo había aprendido hacía mucho tiempo.

"Nos apresuraremos a ir a la Ciudad del Agua," dijo Goblin Slayer. "También deberíamos cambiar las tareas de conductor y vigía".

—Entendido —replicó el Chamán Enano, levantando su corpulento cuerpo y dirigiéndose al banco del conductor—. —Oye, Escamoso —gritó, golpeando el hombro del Sacerdote Lagarto—. Se las arregló para intercambiar

ágilmente lugares con el enorme Hombre Lagarto. El chamán Enano podría haber tomado un pequeño sorbo de vino de fuego, pero el Dios del Vino miraría hacia otro lado en busca de un enano bebedor.

Ahora el Chamán Enano dijo: "Había oído rumores sobre las tropas de centauros, pero esto fue algo digno de ver".

—Lo único que lamento es no haberlo visto en absoluto, conduciendo como estaba —dijo el Sacerdote Lagarto, apretujándose bajo la cubierta de la carreta—. Sin embargo, no sonaba demasiado arrepentido. Enroscó la cola para evitar interponerse en el camino de Goblin Slayer mientras pasaba; Luego dejó escapar un suspiro, giró su gran cuello largo y puso los ojos en blanco alegremente. "¿Sería demasiado molesto si dijera que espero tener la oportunidad de ver tu habilidad con el arco algún día?"

—No es que esté enfadada por ello —dijo la Alta Elfa Arquera, que estaba tumbada cómodamente encima de la carreta—, pero parece que esta vez volverán a ser goblins...

No había sensación de que algo, ya fuera una lanza, una espada o una piedra ardiente, fuera a caer a través del cielo azul claro en ese momento. Pocos días después suspiró para sí misma, dándose cuenta de cuánta razón había tenido.

—¿Crees que ya han llegado a la Ciudad del Agua?

"Quizás..."

Estaban en la taberna del Gremio de Aventureros. Era demasiado tarde para ser "de mañana", pero demasiado temprano para ser de "tarde". La Chica del Gremio y la Chica Vaquera estaban compartiendo un desayuno tardío en una mesa redonda y hablando de un tema que tenían en común: noticias de *él*.

¿Desayunar? ¿Por qué no, de vez en cuando? Era un capricho que podían cumplirlo pocas veces.

"... En una aventura, por definición, no sabes lo que va a pasar", dijo la Recepcionista con una elegante sonrisa. Así que quién sabe, todavía podrían estar en la carretera o en campo abierto.

Asombroso...

Así era como la Vaquera siempre se sentía con esa sonrisa.

La Recepcionista tenía una figura equilibrada con su hermosa silueta, el cabello cuidadosamente peinado. El leve aroma del perfume. Cuando la Vaquera comparó eso consigo misma, todavía básicamente con su ropa de trabajo, no pudo evitar pensar:

¡No! No es un concurso, se dijo a sí misma. Sin embargo, parecía que no podía dejar de creer que las chicas de buenas familias eran afortunadas.

—No es tan bueno como piensas —dijo la Recepcionista, como si, además de todo lo demás, pudiera leer la mente de la Vaquera—.

Había dicho que había estado ocupada toda la mañana, aunque no *parecía* alguien que hubiera estado tan ocupada como para no poder detenerse a

desayunar. Se veía elegante sin esfuerzo, como si tuviera bellesa de sobra. No debe haber sido fácil mantener una apariencia como esa.

"Sé que no lo es", dijo la Vaquera, "pero no puedo evitar estar impresionada..."

—¡Podría decirte lo mismo!

¡Pasar toda la mañana sudando y trabajando en una granja! La Vaquera sintió que nunca podría hacer decir tal cosa.

Los dos se miraron y se rieron: ¡la hierba siempre era más verde del otro lado!

"Pero, quiero decir... Dejando a un lado esa cuestión..." La Vaquera hizo un gesto con su cuchara, dibujando un círculo en el aire (no muy femenino). "Has estado en bailes y esas cosas, ¿verdad? ¿Con disfraces?

"Mmm, supongo que sí. Puramente por razones sociales".

"Así que es como las asambleas a las que va mi tío..."

Bueno, eso nunca sonó como algo muy divertido. La Vaquera imaginó que los bailes a los que había asistido la Recepcionista eran básicamente una de esas asambleas, solo agregando el baile.

"Vas por ahí tratando de recordar quién es quién y cómo actúan, y te obligas a ser cortés con todos".

"Suena duro".

"Sí, bueno, desafortunadamente esas conexiones son la forma en que se hace el trabajo, así que no puedes quejarte todo el tiempo".

En la política y en los negocios, era difícil hacer algo sin algún tipo de vínculo con la gente con la que intentabas trabajar, y los nobles se encargaban de hacer que las cosas marcharan bien en la nación.

Así que ahí lo tenías. El bonito pecho de la Recepcionista se elevó con orgullo. "Me libré de todo eso tan pronto como pude, ¡convirtiéndome en una empleada del Gremio de Aventureros!"

"Ja, ja, ja. Sí, definitivamente creo que todo eso es bastante sorprendente".

Por un lado, la Vaquera nunca había tenido el coraje de escaparsola. Se preguntó si lo tendría ahora. No era que quisiera convertirse en una aventurera, quería ser una princesa. Lo había deseado desde que era pequeña.

Desde esa perspectiva, al menos...

"...*Rescata a la princesa*, ¿eh?", murmuró.

"Una aventura clásica", dijo la Recepcionista con una sonrisa.

Supongo que estoy un poco... celosa. de la Recepcionista con su sonrisa y de la princesa centauro cuyo nombre y rostro desconocía. Era solo una nube distante y flotante en su corazón, pero no se sentía muy bien.

Un "hmm" escapó de la Recepcionista. Sonaba tan parecido a *él* que la Vaquera levantó la vista a pesar de sí misma. "Es algo ordinario. Estaba pensando en venderlo...", dijo la Recepcionista.

"¿Qué? ¿Qué?" —insistió la Chica Vaca—.

"Hay un torneo de justas en la capital y, bueno, tengo una invitación".

"Tú, eh, ¿Enserio?" la Vaquera miró a media distancia, pensando. Realmente no conocía la palabra *justas*, pero tenía un leve reconocimiento de ello. *Venga, sí. Cuando éramos muy pequeños, dijo...* —¿Es esa cosa en la que los caballeros van todos *ba-ba-ba-ba!* ¿Y luego ¡*TUM!*? Es eso, ¿no?"

"Bueno, eso no es *todo*... Pero supongo que tienes la esencia". La Vaquera se alegró de haber recordado con exactitud lo que había dicho. Aunque no tenía ni idea de si sería remotamente interesante de ver.

Fue entonces cuando la Recepcionista dijo algo completamente inesperado: "Si quieres, ¿qué tal si vamos juntas?"

"¿Qué...?"

La Vaquera parpadeó y miró a su amiga. No parecía que estuviera bromeando. Esta invitación era en serio. La Vaquera abrió la boca para responder, pero las palabras no salían. Al final, no pudo reunir una respuesta. No dijo que quería ir, no dijo que no quería ir. ¡Y un vestido! ¿Qué haría ella con un... Bueno, no, espera, ¿ella tenía uno de esos? Básicamente. mmm...

"De todos modos, piénsalo", dijo la Recepcionista.

"... Mn", logró decir finalmente la Vaquera asintiendo con la cabeza.

La Chica del Gremio bebió lo que quedaba de té, luego dejó su taza sin siquiera un *tintineo* y se levantó de la silla. "Supongo que será mejor que vuelva al trabajo", dijo.

—Eh, eh —empezó a decir la Vaquera, asintiendo con la cabeza y observándola—. "¿Que tengas un buen día?"

Seguro. La Recepcionista del Gremio sonrió, elegante, por cierto. La Vaquera vio cómo la trenza rebotaba en su espalda mientras avanzaba. Movio los pies, incapaz de decir nada.

Era una hora extraña del día. La taberna estaba tranquila y no había nadie más, bueno, no del todo. Había otra clienta, una muchacha menuda y *delgada* de pelo negro que parecía sumida en sus pensamientos. Había varias rebanadas de pan negro barato en su plato, y las masticaba asiduamente, casi con voracidad. Parecía de las que picotean su comida, pero sus ojos mostraban una desesperación por comer más.

Un equipo nuevo, con solo unos pequeños rasguños, estaba apoyado en la silla, y alrededor de su cuello había una etiqueta de estatus.

—¿Eres una aventurera? La Vaquera preguntó.

"....?" La niña se asomó de su plato, limpiándose las migajas de pan de la boca y mirando rápidamente de un lado a otro antes de localizar a la

Vaquera. "¡Oh!", casi chilló. "Sí, sí, lo soy". Ella asintió, luciendo tímida y feliz en partes iguales.

Vaya, es adorable, pensó la Vaquera. Una joven que estaba ansiosa, seria y parecía estar avanzando hacia adelante. Tan diferente a ella misma.

"¿Te vas a ir a una aventura después de esto?"

"Oh, mmm, bueno ..." La muchacha se quedó casi sin palabras antes de dar una respuesta que no parecía ser una respuesta: "¡Estoy, eh, haciendo lo mejor que puedo!"

"Es un gran plan. ¡Mucha suerte!". La Vaquera lo dijo con un gesto, y una sonrisa como una flor floreció en el rostro de la niña de cabello negro. Ella asintió vigorosamente antes de meterse el resto del pan en la boca. Lo lavó con un poco de agua, tosiendo, y luego salió corriendo del edificio, sin dejar de hacer una reverencia a la camarera Padfoot, que estaba barriendo cerca de la entrada. Su mochila rebotaba a medida que avanzaba, y en su pecho había un amuleto, un ónix negro.

La Vaquera la miraba ociosamente. "Una aventura... Eh.

La verdad era que no sabía si eran divertidas. Pero, ciertamente, parecían tener *su* atención.

©Noboru Kannatuki

¡Encuentra a Silver Blaze!

"¿Te gustaría que te cuidáramos los cascos? Tenemos herraduras, si quieres.

"¡Esto es muy vergonzoso...!"

En el gran Templo de la Ley en la Ciudad del Agua, Goblin Slayer y su grupo fueron recibidos de la manera más hospitalaria. A pesar de que era de noche cuando llegaron, los clérigos les dieron una cordial bienvenida, dejando a la Sacerdotisa sin saber cómo expresar su agradecimiento. Sin embargo, lo que hizo que su corazón realmente diera un vuelco fue el baño del templo. Era más grande que cualquier baño que uno podría haber esperado en un templo en la frontera. Un espacio grande, hermoso, lleno de vapor cálido. A la sacerdotisa le pareció infinitamente maravilloso.

Al igual que la Dama Arzobispo.

Esa arzobispo, que estaba allí en el baño ahora. Cuando la Sacerdotisa recordó la última vez que habían estado juntas allí, sintió que su cuerpo se calentaba.

No se le ocurría un baño más grande que éste, excepto quizás el Gran Baño de la capital, que tenía su propio manantial que suministraba agua caliente.

En cualquier caso...

"Está bien. ¡Es genial! Claro, es un poco sorprendente al principio, pero es como un baño normal", insistió la Alta Elfa Arquera.

"¿Te lavarías el cuerpo delante de otras personas? Algo anda mal contigo...", dijo la Baturu. Estaban en el vestuario, y ella estaba actuando de una manera que hizo que la Sacerdotisa pensara en la Alta Elfa Arquera cuando acababan de conocerse.

La funcionaria del templo que había hecho la sugerencia sobre las herraduras no pareció inmutarse por la centauro; Tal vez estaba acostumbrada a tratar con personas de todos los ámbitos de la vida. Su momento de llegada debe haber sido bueno, ya que no vieron las vestimentas de ningún otro clérigo en el área de vestidores.

¡Así que no molestará a nadie si nuestro grupo está un poco animado!

La sacerdotisa dobló su ropa con cuidado, envolviendo su cota de mallas en un paño, y asintió para sí misma. La Alta Elfa Arquera se dio cuenta y sonrió con pesar. La Baturu les dirigió a ambas una mirada inquisitiva, pero no parecía importarle mucho.

—¿No toman baños en la llanura? —preguntó la Sacerdotisa.

"... Limpiar nuestros cuerpos es suficiente para nosotros", dijo Baturu.

Esta tierra de viento, hierba seca y campos abiertos, en la mente de la Sacerdotisa, de alguna manera la hizo pensar en el desierto que había visitado.

—De todos modos —prosiguió la Baturu, con el rostro enrojecido y la cola agitando ampliamente—, ¿quién dejaría que alguien más tocara sus pezuñas? ¿Los humanos *hacen* ese tipo de cosas?"

—Suena un poco como nuestras orejas—dijo la Alta Elfa Arquera, moviendo las suyas en tono demostrativo—.

"Nuestras orejas y colas también están fuera de los límites", agregó la Baturu, con sus propias orejas apoyadas en su cabeza.

Para ser justos, estaba un poco tímida a la hora de dejar que la gente viera mis tobillos cuando hacíamos el vino sagrado...

La Sacerdotisa miró de un lado al otro, se llevó un dedo pensativamente a los labios y luego asintió. "¡Bueno, sigamos adelante y entremos!" "¡Te sigo!" Dijo la Alta Elfa Arquera.

—¿Qué creen ustedes dos que están haciendo? —preguntó la Baturu.

Terminó como una pequeña pelea. No fue una pelea real: si la Baturu se hubiera movido para traer sus poderosas patadas a la ecuación, las cosas habrían terminado rápidamente. El hecho de que no lo hiciera significaba que estaba siendo considerada o que se estaba conteniendo con ellas.

De cualquier manera, estoy igual de contenta, pensó la Sacerdotisa.

Entre ellas, con muchas sonrisas y "vamos, ahora", ella y la Alta Elfa Arquera lograron persuadir a la Baturu para que se desnudara. Tenía la piel dorada, bronceada por el sol, y los músculos de sus brazos y piernas estaban tonificados y firmes. No era voluminosa, pero no obstante tenía un aspecto diferente al de la esbelta Sacerdotisa o a la escultural Alta Elfa Arquera. Su cuerpo, formado por y para correr por la llanura, tenía una belleza funcional; Habría sido una lástima, a su manera, esconderlo debajo de la ropa de baño. Por supuesto, eso solo ocultaría la mitad superior de ella: la mitad inferior seguía siendo un hermoso cuerpo equino...

©Noboru Kannatuki

Sabes, me pregunto...

¿Eran las mujeres centauros iguales *allá abajo* que las mujeres humanas? la Sacerdotisa se sonrojó ante su propio y crudo pensamiento.

"Hnnngh... Nunca me había sentido tan avergonzada...", dijo la Baturu, con los cascos golpeando el mármol.

La Alta Elfa Arquera sonrió como un gato. "¡Piensa en ello como un intercambio cultural!" Le gustaba mucho bañarse en estos días, y rápidamente estiró las piernas y se relajó. Era un gesto impropio de una princesa de los elfos, pero extrañamente, seguía siendo hermoso, tan encantador que podría haber sido una pintura.

La sacerdotisa no dejaba de mirar a la Alta Elfa Arquera por el rabillo del ojo mientras colocaba un paño (no el de su malla) en el suelo. "¿Funcionaría esto?", preguntó.

"Sí... Lo siento".

—En absoluto —dijo la Sacerdotisa—.

La Baturu se inclinó lentamente y se tumbó sobre la tela. La sacerdotisa bajó su pequeño trasero junto a la centauro, y las tres dejaron escapar suspiros de satisfacción.

Podían discutir y pelear, pero el aire caliente las relajaba de los núdos de sus cuerpos, liberando la tensión en sus músculos. Era agotador, traquetear en una carreta durante tanto tiempo. El sudor que rodaba por sus cuerpos, enrojecido por el vapor, parecía llevarse consigo la fatiga del día. A medida que se relajaban, sus corazones se aligeraban. Después de todo, el corazón y el cuerpo son inseparables, por lo que es difícil afectar a uno sin afectar al otro.

De ahí que la voz de la Baturu fuera lánguida cuando preguntó: "¿Pero por qué un baño, eh...?"

"Es importante descansar el cuerpo después de un largo viaje", dijo la Sacerdotisa, sonando igualmente relajada, y agregó: "Además, siempre se llega a ser mejores amigas compartiendo un baño". Eso era algo que había descubierto a través de la experiencia: que los momentos más fáciles para hablar eran justo antes de quedarse dormida o en el baño, en cualquier caso, cuando todo y todos estaban mezclados, ese era el momento perfecto.

—¿Qué te parece? —preguntó la Alta Elfa Arquera, con los ojos entrecerrados. —¿Empiezas a confiar en nosotras ahora?

"A decir verdad, no del todo", dijo la Baturu.

¡Lo cual es otra forma de decir que confía en nosotros lo suficiente como para decirnos que no confía en nosotros! Pensó la Sacerdotisa, y eso le hizo sonreír, a pesar de que la Baturu todavía parecía apagada.

La centauro miró a la Sacerdotisa dubitativamente y continuó. "¿No son los aventureros rufianes groseros de todos modos?"

"Rufianes groseros con el sello de aprobación del estado", bromeó la Alta Elfa Arquera.

—Pero *no* somos súbditos de vuestro rey —dijo la Baturu, con un tono aún agudo—.

La Alta Elfa Arquera, que tampoco era súbdito del rey, sonrió y se encogió de hombros; la Sacerdotisa, por su parte, ignoro el comentario. Entenderse no significaba decir siempre: *¡Oh, sí! ¡Tienes toda la razón!* Si así fuera, ¿cómo podrían un hombre lagarto, un enano, una elfa y un par de humanos ir juntos a cazar goblins?

—Supongo que no te debe haber gustado la idea de que tu princesa se convirtiera en una aventurera —sugirió la Sacerdotisa—.

"Eso... Fue su propia decisión honorable. No me corresponde a mí comentarlo", dijo la Baturu, lo que básicamente significaba que *no*. La centauro se apretujo la cara con una toallita, fingiendo secarse un poco de sudor de sus mejillas resplandecientes, y se frotó vigorosamente. "La única razón por la que

vine contigo fue para asegurarme de que realmente hicieras el trabajo, y no solo que me digas que seguías *buscando* mientras perdías mi tiempo y mi dinero". Ella las miró fijamente, con expresión dura, tensa. "Puedo imaginar a alguna manipuladora astuta tratando de llevar a cabo un plan así".

"Eh, muchos humanos no pueden distinguir entre ser inteligente y astuto", dijo la Alta Elfa Arquera.

La Sacerdotisa se sintió un poco atacada. Pero, ¿cómo se podía esperar que una Centauro o una Alto Elfa siguieran las leyes humanas de un reino humano establecido por un rey humano? Ya era bastante difícil incluso para otros humanos.

Lee toda la historia del Mundo de las Cuatro Esquinas y nunca encontrarás un lugar ideal sin problemas. Por lo tanto, ese no era un problema que la Sacerdotisa pudiera abordar. En cambio, miró hacia la estatua de la Deidad hermafrodita de la Cuenca y la del Dios Supremo sobre ella. No se trataba de una cuestión de leyes u orden, pero... compartía las mismas raíces. No había una respuesta sencilla, que era precisamente la razón por la que los dioses se la habían confiado a los oradores.

—Pero puede ser cierto, que nunca la encontremos —dijo la Alta Elfa Arquera, atrayendo a la Sacerdotisa de vuelta al momento presente—. Hizo un círculo ocioso en el aire con el dedo hasta que su dedo se posó junto a su mejilla; Su rostro estaba teñido de cierta frustración. "El dinero humano no crece en los árboles, ¿sabes?"

—"¿No es evidente?" la Baturu murmuró, trayendo una sonrisa inesperada a la cara de la Sacerdotisa. La clériga trató de disculparse con su amiga, que le estaba lanzando una *mirada de oh, qué*, pero ella no podía dejar de reírse.

—Pero, aun así —dijo la Sacerdotisa con orgullo, a pesar de que era todo lo que podía hacer para secarse las lágrimas de los ojos—, no dejaremos de buscarla hasta encontrarla. Eso es lo que hacen los aventureros".

"¡Sí!" —dijo la Alta Elfa Arquera, hinchando su modesto pecho—. "¡Así es!"

"¡Eep!" Exclamó la Sacerdotisa cuando se encontró de repente frente a su cuerpo mágicamente delicado, y las dos pronto comenzaron a parlotear. Sólo la Baturu permanecía resuelta y hoscamente en silencio.

§

"Dios mío... Pensar que aparecerías tan repentinamente. Me hubiera gustado hacer algunos preparativos".

—Ya veo.

Goblin Slayer había sido llevado a una de las cámaras más internas del Templo de la Ley. Los últimos rayos dorados de la luz del sol del día se derramaban entre los pilares de tiza, tallando rayas brillantes en los zarcillos púrpuras de la noche. En el jardín, una bestia sagrada blanca yacía en reposo, un pájaro posado en sus escamas. Podías escuchar atentamente, pero todo lo que oías era el temblor de la hierba y las flores en el viento y el burbujeo del agua.

Era un ambiente tranquilo y silencioso donde reinaba la serenidad.

La mujer que era la dueña de este lugar, con el cuerpo cubierto de curvas, se inclinó, formando curvas seductoras. Un muslo pálido asomaba por debajo de sus delgadas vestiduras, tan delicado y hermoso como el cristal. Demostró que había mujeres en este mundo tan hermosas que podían capturar el corazón de una persona simplemente por estar sentada allí. Una súcubo que buscaba una forma en la que encarnarse no podía encontrar mejor ejemplo.

No es que muchas súcubos desearan imitar a esta mujer si supieran las hazañas que había hecho.

La Doncella de la Espada frunció el ceño y frunció los labios hacia el hombre que estaba frente a ella como si fuera la más inocente de las chicas. "Me pones en un aprieto".

“Ya veo. Goblin Slayer asintió bruscamente y luego aceptó su invitación a sentarse frente a ella. Sabía que se trataba de un espacio personal que pertenecía a la Doncella de la Espada, la arzobispo que asumió la carga de la Orden en esta área; Había estado aquí antes. Siempre había sido un lugar purificado, pero hoy ese hecho se ve subrayado por su pulcritud.

La clériga se retiró a la entrada de la habitación con una reverencia; La Doncella dela Espada la saludo con un movimiento de cabeza. Luego se llevó la mano al amplio pecho, como para calmar los latidos de su corazón. —¿Puedo preguntarte qué te trae aquí hoy?

"Varias cosas," contestó Goblin Slayer, todavía formal. "Pero lo primero, Goblins".

"Dios mío..." La Doncella de la Espada sonaba como una joven que escuchaba una historia horrible. Se llevó una mano a las mejillas sonrosadas, y tal vez sus ojos bajo la venda se habían abierto de par en par por el miedo.

Goblin Slayer sabía que la reacción era sincera. Por lo tanto, eligió sus palabras cuidadosamente, pero no hizo ningún intento de ocultar nada. "En nuestro camino hacia aquí, fuimos atacados por Goblins. Tenían... huargos, o como se llamen. Eran tropas montadas".

—¿Una tribu errante, suponéis?

"No puedo estar seguro". No había tenido tiempo de investigar, o, mejor dicho, había priorizado llegar hasta aquí (corrigió obedientemente su propia comprensión de sus acciones). Luego preguntó, solo para estar seguro: "¿Han vuelto a aparecer Goblins por aquí?"

"¡De ninguna manera!" —exclamó la Doncella de la Espada, subiendo la voz un registro—. Los únicos que la habían oído sonar así eran la clériga que la atendía personalmente, los otros cuatro miembros del grupo de Goblin Slayer, y el propio Goblin Slayer.

La Doncella de la Espada miró al suelo como si se avergonzara de haberse dejado escuchar de esa manera. Una ondulación recorrió su cabello

dorado mientras negaba con la cabeza. "No... No ha habido nada de eso —dijo ella en voz mucho más baja, y luego levantó la vista como para calibrar su reacción—. Parecía estar mirando a través de la visera de su casco de metal, mirándolo suplicante. A sus ojos, ni la oscuridad de la noche ni las sombras hacían una pizca de diferencia. "No ha habido rastro de goblins en esta ciudad desde que te deshiciste de ellos por nosotros."

"Hrm..."

"Ha habido elementos malignos, por supuesto. Pero con eso, podemos..."

... arreglárnoslas.

No era una declaración de orgullo, con su posición y su poder, era un simple hecho.

Las fuerzas del Caos estarían desenfrenadas en cualquier ciudad tan grande como la Ciudad del Agua. Los agentes de los cultos oscuros se escondían en lugares oscuros, los demonios corrompían los corazones de las personas y los nobles desagradables hacían su propio tipo de travesuras.

El vicio estaba en todas partes, ya fuera en el desierto sin ley o un el asentamiento civilizado; simplemente toma una forma diferente en cada uno de esos lugares. ¿Cómo se puede alabar la valentía de quienes lucharon contra estas fuerzas y al mismo tiempo ridiculizarlas como incompetentes?

Goblin Slayer era consciente de que no sabía nada. Debe ser tan difícil simplemente estar solo, creer en los dioses, resistir el miedo a los goblins. La mujer que tenía delante había logrado cosas que él no podía soñar con hacer.

"Cualquiera que sea el caso", dijo, "si no son goblins, entonces está más allá de mí".

"Sí," contestó la Doncella de la Espada, agarrando la espada y la balanza. "Afortunadamente... y lo más lamentable es que...". Entonces un triste susurro escapó de sus labios. "No tendré que molestarte".

"No sé si está relacionado con el asunto que estoy persiguiendo, pero es un hecho que aparecieron goblins", le dijo.

"Voy a tener más precauciones. Si están en alguna vanguardia del Caos, podrían ser la señal de una sombra a punto de caer sobre la ciudad."

Una cosa estaba por encima de todas las demás: los goblins deben ser destruidos. En ese punto, este hombre y esta mujer estaban absolutamente de acuerdo. Asintieron el uno al otro. Aunque sólo la Doncella Espada se estremeció al ver cómo su asistente clériga suspiraba en privado para sí misma.

"Bueno", comenzó la Doncella de la Espada de mala gana, temerosa de expresar una pregunta tan desagradable, "si vas a estar aquí por mucho tiempo, debes necesitar un lugar para quedarte..." Luego murmuró: "Si no hay problema..." Sus pálidos dedos jugueteaban con el dobladillo de su vestido. El mismo dobladillo que los goblins habían rasgado. Todavía era hermoso, como sus ojos. "... Quizás, si no tienes ninguna objeción, te gustaría quedarte en este templo".

"Eso sería de ayuda," dijo Goblin Slayer, asintiendo con seriedad bajo su casco. Fue realmente afortunado de recibir la ayuda de otros. "Sé que es una gran imposición, pero si pudiéramos recurrir a usted para esto, se lo agradecería".

"¡Dios mío...!" Esta vez, sonaba como una joven noble recibiendo un poema de un hombre al que adoraba. "Si hay algo que pueda hacer, cualquier cosa, por favor no dudes en decírmelo". Bajó la cabeza, sonrojándose tan furiosamente que le daba vergüenza incluso dar un paso adelante.

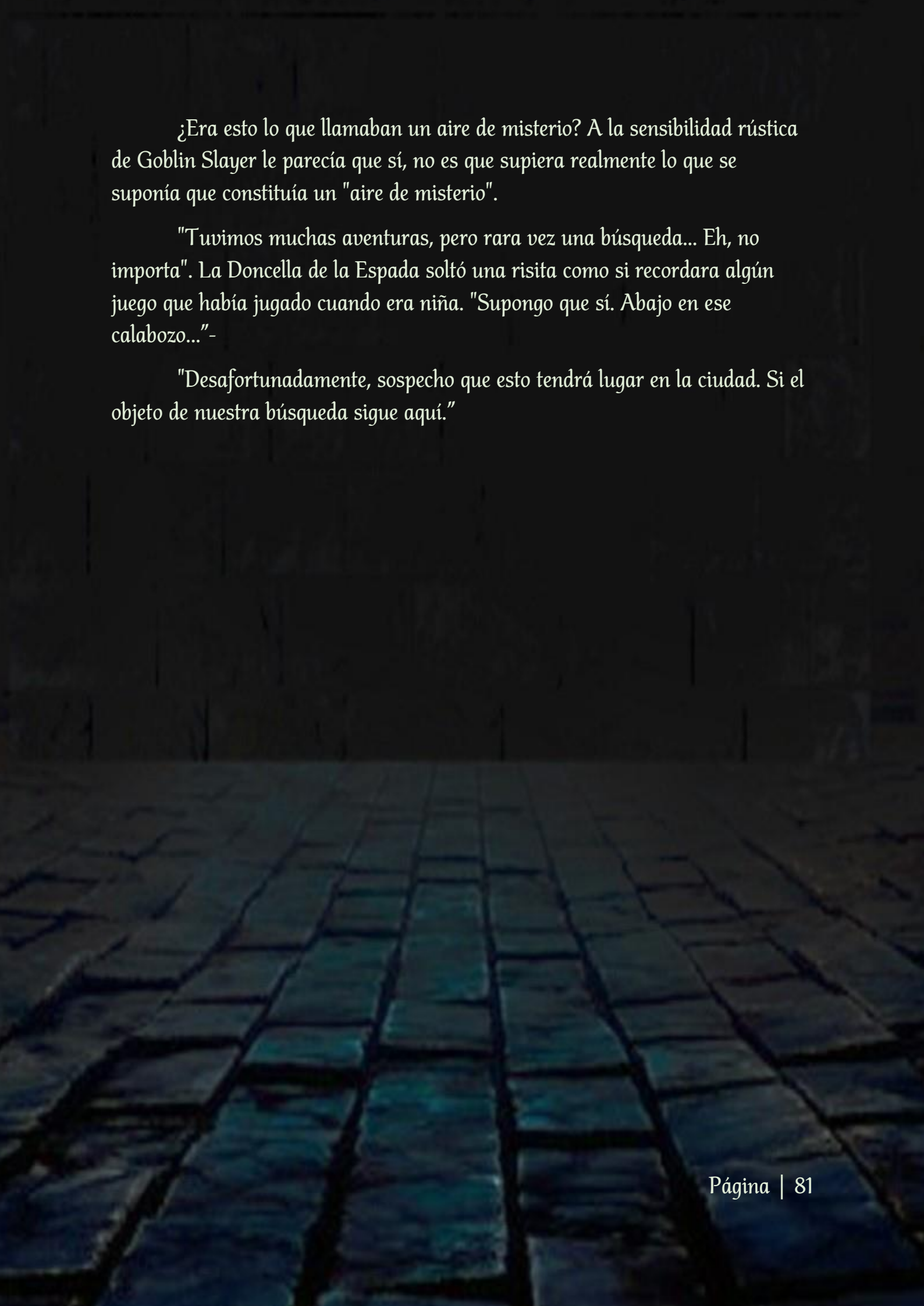
"Estoy buscando a alguien. Estoy en una aventura —aquí hizo una pausa y vaciló un largo momento—.

—¿Estás buscando a alguien? Murmuró la Doncella de la Espada, las palabras cayeron en el espacio crepuscular entre ellas. La clériga se movió silenciosamente, encendiendo una vela en un candelabro. La llama vacilante se mezcló con las últimas volutas del sol poniente e hizo bailar a las sombras.

¿Era esto lo que llamaban un aire de misterio? A la sensibilidad rústica de Goblin Slayer le parecía que sí, no es que supiera realmente lo que se suponía que constituía un "aire de misterio".

"Tuvimos muchas aventuras, pero rara vez una búsqueda... Eh, no importa". La Doncella de la Espada soltó una risita como si recordara algún juego que había jugado cuando era niña. "Supongo que sí. Abajo en ese calabozo..."-

"Desafortunadamente, sospecho que esto tendrá lugar en la ciudad. Si el objeto de nuestra búsqueda sigue aquí."



©Noboru Kannatuki

—¿Y a quién buscas exactamente...?

—Un centauro —dijo Goblin Slayer—. —Una princesa de su pueblo, me han dicho. Hermosa, con un mechón de pelo que le cae sobre la frente como una estrella fugaz".

"..."

La Doncella de la Espada se vio incapaz de responder de inmediato. Contemplaba la noche que se extendía sobre el jardín. La hora sombría había llegado tan repentinamente.

¿Podrían verse las estrellas y las lunas gemelas esta noche? Seguramente no. El aire se sentía demasiado húmedo para eso.

Después de un largo momento, se acercó a él con cautela. "Mentiría si dijera que no tenía una conjetura. Aunque no sé si te ayudará..."

"No me importa," contestó Goblin Slayer con decisión. "Debo investigar todo, una cosa a la vez".

"Sí, así es como eres..." Él también lo había sido en *aquel entonces*. Sus labios se suavizaron en una sonrisa como si estuviera compartiendo un secreto. "¿Conoces a Silver Blaze?"

§

Una nube de polvo se elevó cuando alguien dio el puntapié inicial, *¡zas!*—bajo el cielo azul. Hubo un destello de colores, figuras de colores, cargando hacia adelante tan rápido que eran casi borrosas.

¡Las doncellas del santuario!

Rojo, azul, verde, amarillo, marrón, negro: las hermosas doncellas estaban vestidas con vestiduras centelleantes de todos los colores. Tal vez a imitación del Dios del Comercio, el dios del viento, o tal vez de la Valquiria,

diosa de la victoria. Corrieron hacia adelante en línea a popa, estas mujeres tan queridas y tan hermosas que uno podía enamorarse de ellas a primera vista.

Esas extremidades inferiores que arrancaban la tierra, impulsándolas hacia adelante, no eran humanas sino equinas. Eran mujeres centauros, que corrían por el suelo con las piernas como alas.

Los espectadores abarrotados en el coliseo dejaron escapar un sonido colectivo de asombro. El hipódromo comenzó lo suficientemente ancho como para que los seis corrieran uno al lado del otro, pero después de una o dos curvas, dos de ellos uno al lado del otro era lo máximo que podían manejar.

Las doncellas presionaban y empujaban, hombro con hombro, compitiendo por avanzar o retroceder para conservar sus fuerzas.

Al frente había una joven delicada, con parte del cabello a un lado de la cabeza dividido hacia atrás. Había corrido al frente desde el momento en que comenzó la carrera, aunque era imposible decir en qué parte de ese pequeño cuerpo guardaba tanta potencia y fuerza. Su actuación parecía decir: si uno podía correr a tope desde el principio hasta el final, entonces la victoria estaba garantizada. Pero nada está garantizado.

Pisándole los talones había una joven blanca, no, moteada, que corría con facilidad. Si la dama de adelante corría a toda velocidad, esta chica parecía tener velocidad en reserva. Eso hizo que su sonrisa fuera aún más abrumadora, una sonrisa que decía que no había nada que disfrutara más que cortar el viento de esta manera. Era evidente que esta joven moteada era la estrella de este espectáculo.

A lo largo de la curva dos, la curva tres, los dos lucharon, ganando velocidad, amenazando con alejarse, pero había alguien detrás de ellas que se negó a dejarlas hacerlo. Una joven con una rosa amarilla en el cabello presionó hacia adelante, apretando los dientes. Si la contienda que se avecinaba era entre lo desenfadado y lo relajado, tal vez podríamos decir que representaba pura determinación.

Su atuendo, por lo demás lindo, estaba salpicado de barro, pero no le importaba; Parecía que sus pulmones iban a explotar, pero no les prestó atención. No fue el talento natural o el linaje lo que ayudo a esta chica mientras se lanzaba sobre las corredoras delanteras, sino un esfuerzo puro y sin adornos. Sus brazos trabajaban furiosamente, sus pezuñas la arrastraban hacia adelante; Siguió adelante, siempre adelante, pensando sólo en la victoria.

Doblaron la última curva y lo único que quedaba era la última recta. Quien pudiera adelantarse en este momento recibiría los laureles del ganador.

De repente, se escuchó un trueno por detrás. Una centauro vestida de hombre, una centauro bastante alta, que había estado apostada en la parte trasera del campo, de repente estaba haciendo un movimiento. Cada vez que sus pezuñas tocaban el suelo, la tierra volaba por todas partes y se escuchaba un estruendo.

Un paso, dos pasos, tres pasos, cada paso se comía la distancia a medida que se acercaba a las mujeres que iban delante. En un abrir y cerrar de ojos, era una carrera de cuatro caballos.

Viajando como un relámpago, la mujer vestida de negro dedicó una sonrisa momentánea a sus dignas oponentes. La dama de aspecto noble trató de ignorarla. La muchacha moteada le devolvió una sonrisa. La chica con la rosa amarilla en el cabello continuó empujando hacia adelante.

Cada vez que alguien se adelantaba, alguien más se acercaba a ellas. Corrieron una al lado de la otra, empujándose unas a otras, tratando de ganar ese paso que las pondría por delante. ¿Quién ganaría? Ni siquiera los dioses podían saberlo. La suerte estaba echada.

Era imposible pestañear; No había tiempo ni siquiera para respirar. Todos los ojos de la arena estaban fijos en la contienda. Todo en la arena ovalada en ese momento era para ellas, estas señoritas, las aurigae.

Y por último...

"*¡Ave César!* ¡Viva el rey!", exclamó la ganadora, su voz resonó ante los espectadores, que respondieron con vítores, colmándola de gloria.

§

"¡El rey! ¿Está aquí? —preguntó la Sacerdotisa.

"No. Es solo una tradición", dijo el Chamán Enano con facilidad mientras el confeti volaba hacia el cielo azul. Tenía carne de gato a la parrilla en una mano y una copa de vino en la otra. No apostaba, pero aun así parecía estar viviendo lo mejor de la vida.

Era un marcado contraste con la Sacerdotisa, que no podía superar la emoción de su primera carrera. "¡Increíble!" fue todo lo que pudo decir al principio, hasta que su pregunta sobre el rey finalmente salió. *Ave César,* oyó, pero cuando miró a los asientos de los nobles, no vio ninguna señal de la presencia real. Era comprensiblemente confuso para aquellos que no lo sabían.

Estaban en un coliseo ovalado; la Sacerdotisa había oído que había un lugar como este en la Ciudad del Agua, pero esta era su primera visita. La estructura estaba hecha de piedra pesada, con asientos que se levantaban piso tras piso, y casi todos estaban ocupados hoy. La Sacerdotisa nunca había visto tanta gente en un solo lugar, por no hablar de tanta emoción. Había oído hablar, por supuesto, de cómo las multitudes se emocionaban con las carreras de los centauros, pero...

Esto es simplemente ... ¡asombroso!

©Noboru Kannatuki

Se encontró a sí misma levantándose de la suave alfombra de junco debajo de su trasero más a menudo de lo que se sentaba en ella, ¡y decían que el Circo Máximo en la capital real era aún más grandioso que esto! Apenas podía imaginar lo que pasaría si una niña criada en el campo como ella fuera allí.

"A menos que me equivoque mucho, esas carreras comenzaron con carros de guerra, ¡y creo que el saludo se dio en medio de la carrera!" Dijo el Chamán Enano.

—Las carreras de centauros han sido bastante populares últimamente —dijo una joven sonriente, la que había invitado a el grupo—. Parecía contenta de estar allí con ellos y, de hecho, una vez había sido miembro de su grupo. Ahora era una próspera empresaria, era Comerciante. No la habían visto desde su aventura en el desierto.

Se había apresurado a aceptar la petición de la Doncella de la Espada, ¿cómo podía oponerse a llevar a estos queridos amigos suyos a ver toda la emoción en el coliseo?

"Tanto la Cuadriga como la Biga", dijo la Comerciante al grupo. "El saludo es la forma más reciente de una tradición que ha cambiado con el tiempo, una vez que incluyó canciones y bailes".

"Ustedes, los humanos, se apegan mucho a sus tradiciones, pero luego las cambian en un abrir y cerrar de ojos. No lo entiendo", dijo la Alta Elfa Arquera, aunque tenía un puñado de boletos de juego en la mano. El hecho de que no los tirara sugería que, o bien había elegido con éxito a un ganador, o bien no entendía para qué servían.

Por otra parte, tal vez era la ropa de moda (en la Ciudad del Agua) que ella y la Comerciante habían planeado usar (riéndose todo el tiempo). Para la Sacerdotisa, los atuendos parecían mostrar una cantidad vergonzosa de piel.

No me atrevo a mirarlas, pensó, más bien a pesar de sí misma, aunque al mismo tiempo, los atuendos parecían ser agradables y frescos en este clima caluroso. Por lo menos, ciertamente mostró el cuerpo saludable de la alta elfa con el mejor efecto, es decir, se veía muy bien en ella. *Tal vez yo también debería haber pedido uno,* pensó la Sacerdotisa, solo por un segundo, pero rápidamente se reprendió a sí misma, recordándose a sí misma que no era bueno desperdiciar dinero.

La Alta Elfa Arquera, por su parte, parecía estar pasando un buen rato como para preocuparse por su ropa, tal vez estaba atrapada en la emoción de la multitud.

—Ese atuendo te está sentando muy bien —comentó el Sacerdote Lagarto, asintiendo sombríamente con su larga cabeza, y luego dándole un mordisco a la carne de gato que tenía en la mano—.

"Oh, gracias," dijo la Alta Elfa Arquera, saludándolo con una sonrisa felina.

El Sacerdote Lagarto tragó saliva, parecía encontrar la comida bastante sabrosa. "Lo que más me intriga es la idea de una competencia entre carros de batalla", dijo, y luego murmuró: "¡Y cuánto mejor sería si hubiera queso!", lo que provocó una risa de su compañera Alta Elfa.

"Siempre me sorprende recordar que a ti te gusta tomar las riendas, ¿no?", dijo.

"Sí, me inspira una saga en particular que cuenta la historia de un hombre que lucha contra las falsas acusaciones de ser un asesino por medio de una carrera de carros contra su enemigo mortal".

"Ese ni siquiera es el *punto principal* de esa saga," añadió la Alta Elfa Arquera con una sonrisa irónica. "¡Además, esa es muy larga!"

"¡Nunca antes había oído hablar de un elfo que se quejara de que algo fuera demasiado largo!" Comentó el Chamán Enano.

"De todos modos, me alegro de que hayamos visto esto. Son muy rápidos, esos centauros". La Alta Elfa Arquera estaba de muy buen humor como para molestarse por la broma del enano. Se la podía escuchar decir "Te vere más tarde" a el Sacerdote Lagarto, así que tal vez realmente había ganado su apuesta.

"¡Dulce néctar!" —exclamó el Sacerdote Lagarto, golpeando su cola contra la tribuna, atrayendo miradas de sorpresa de los demás espectadores.

"..."

La Sacerdotisa miró a la guerrera Baturu, que no decía nada. Su rostro, aún joven, estaba pintado de disgusto. Había permanecido hosca y callada desde que partieron hacia la arena. La Sacerdotisa estaba tratando de decidir si decirle algo, pero antes de que pudiera llegar a una conclusión, Goblin Slayer dijo: "Entonces, ¿qué tiene que ver esto con la llamada Silver Blaze?" Su voz era fría, casi mecánica.

Debió de encontrar interesante la competencia, porque la había visto sin decir una palabra.

Cierto. La Comerciante asintió cortésmente y luego miró a su alrededor.

"Está bien," dijo Goblin Slayer. "Con tanta cháchara, sería aún más difícil para cualquiera escuchar lo que estábamos diciendo".

"Muy bien... Dijiste que este centauro que estás buscando es una mujer hermosa con una estrella plateada rayando su flequillo".

"Eso es lo que he oído," contestó Goblin Slayer, asintiendo. La sacerdotisa notó que miraba a la Baturu desde debajo de su casco. Las orejas de la niña centauro se torcieron, pero, por supuesto, no dijo nada.

"Silver Blaze es una de las competidoras aquí, alguien con exactamente las características que usted describe".

"Vaya."

"Una joven prometedora con unas piernas fantásticas. Todo el mundo estaba emocionado por saber qué tipo de competidora sería...", dijo la Comerciante antes de susurrar sombríamente, "pero luego desapareció a quién sabe dónde".

Algunos afirmaban —esto era solo una afirmación— que había sido la noche de la tormenta hace algunos días. Dijeron que un hombre sospechoso había llegado al dormitorio donde estaban los centauros que no había participado en la carrera, buscando insistentemente "calidad". Los lanistas, al ver que el hombre parecía un mal apostador, le echaron los perros encima y lo ahuyentaron.

Pero cuando todos se despertaron a la mañana siguiente...

"... Se dieron cuenta de que Silver Blaze no estaba en el dormitorio. También faltaba su lanista personal.

"¿Seguramente podrían simplemente haberlos buscado? ¿No los habrían encontrado rápidamente?

"Hicieron una búsqueda, pero... Desafortunadamente, no lograron localizarla".

Los otros lanistas inmediatamente comenzaron a buscar a Silver Blaze en un santiamén. Era, con mucho, la más hermosa de los centauros, muy distintiva. Deberían haberla encontrado fácilmente.

"Pero todo lo que encontraron fue el cadáver de su entrenador, tirado en las afueras de la ciudad, con el cráneo abierto".

Ahora, eso suena como el comienzo de una aventura, pensó la Sacerdotisa, y en realidad no estaba equivocada.

Goblin Slayer gruñó suavemente, y los otros miembros del grupo intercambiaron miradas pensativas.

—Está bien —dijo la Alta Elfa Arquera, parpadeando—. "Entonces, ¿ese apostador es el culpable o algo así?"

"Me temo que no lo sabemos", respondió la Comerciante. Sus palabras eran directas, pero su expresión era de ambivalencia y preocupación. Lanzó miradas a diestra y siniestra. "El apostador fue aprehendido de inmediato, pero juró de arriba abajo que no lo hizo..."

"¡Feh! ¡Lo mismo ocurre con todos los malvivientes!" —dijo el Chamán Enano, bebiendo un trago de su vino—. En la arena, ya se estaban preparando para la próxima competencia; La arena había sido limpiada y la tierra compactada de nuevo. —Pero usted tiene a su señora arzobispo por aquí, ¿no es así?

"Sí, pero no es como si ella estuviera personalmente involucrada en todas las investigaciones".

Lo que no quiere decir específicamente que ella no estuviera involucrada en este. Al fin y al cabo, esta era la Ciudad del Agua que cargaba sobre las rodillas del Templo de la Ley y que asumía la responsabilidad del Orden en la frontera. Con la Doncella de la Espada de pie frente a ellos, la de los All Star, los seis héroes tan amados por el Dios Supremo, no había nadie que pudiera llevar a cabo una treta así.

"Le pedimos a un clérigo del Dios Supremo que invocara el milagro de Sentir Mentiras", dijo la Comerciante.

—¿Y....? ¿Cómo había resultado? La Sacerdotisa estaba ansiosa por saberlo.

"No fue bueno. No me refiero al milagro; Estoy segura de que eso era bastante válido. El hombre insistió en que no sabía nada del incidente y que no tenía nada que ver con él, y esa parece ser la verdad".

"¿Así que todavía no tienes idea de quién lo hizo...?"

"No, y había pocas huellas, lo que ha significado muchos rumores circulando".

¡Tal vez fue obra de los pájaros! ¡No, apareció un demonio y se la llevó! ¿O tal vez algún otro agente del mal? Tal vez fue algún tipo de ladrón, un

doppelgänger o un snark. Durante mucho tiempo se había contado la historia del cazador que, en una noche, mató a seis monstruos que se habían disfrazado de personas para infiltrarse en la sociedad humana. Había algunas cosas en este Mundo de las Cuatro Esquinas que simplemente no admitían crédito.

"¿Alguien realmente cree que es obra del caballero de diamantes?" —preguntó la Comerciante, frunciendo el ceño. "La gente cree las cosas más estúpidas".

"Tal vez un dragón se la haya llevado a su cueva", bromeó el Sacerdote Lagarto, lo que le valió un "¡vamos!" y un golpe en el codo de la Alta Elfa Arquera (un golpe que apenas notó). En cualquier caso, era cierto que había muchas fuentes y fuerzas del Caos que se deslizaban por el Mundo de las Cuatro Esquinas, actores sospechosos y sospechosas más allá de los números.

"Incluso se habló de traer a un detective consultor de la capital", dijo la Comerciante.

"Detective consultor..." Eran la Arquera Elfa o la Sacerdotisa quienes murmuraban las palabras, encontrándolas desconocidas.

La comerciante se río y sonrió. "Ha habido uno solicitando trabajo recientemente".

Oh...

La Comerciante era capaz de sonreír a pesar de la dolorosa marca que aún tenía en la nuca, que a veces metía la mano por el pelo para rascársela. Verla mostrar tanto placer, como cualquier otra chica de su edad, trajo casi una sensación de salvación a la Sacerdotisa.

Se dio cuenta de lo precioso que era todo.

Fue esta constatación la que le impidió abandonar a la Baturu a su suerte. —Mi princesa nunca haría algo tan degradante —refunfuñó la centauro—. Sin duda, ahora miraba hacia arriba, con la mirada, incapaz de aguantar más. Estaba mirando directamente a los centauros que habían entrado en la arena momentos antes. Saludaban a la multitud que los vitoreaba,

pavoneándose, orgullosas y hermosas. O al menos, eso es lo que observaba la Sacerdotisa...

"¡Esas chicas están siendo exhibidas! ¿No tienen vergüenza?" — preguntó la Baturu.

"No creo que estén haciendo nada deshonroso," aventuró la Sacerdotisa, pero la Baturu parecía no estar de acuerdo. No importaba cómo trataran de ponerse de acuerdo, los humanos y los centauros eran simplemente diferentes, y a veces las cosas diferentes simplemente no coincidían. Podían caminar uno al lado del otro, pero nunca estarían del todo en sintonía.

"He oído que la propia Valquiria fue una vez una luchadora con espadas," dijo la Sacerdotisa.

"No conozco ni me importan tus dioses humanos," espetó la Guerrera Baturu, y no había mucho que la Sacerdotisa pudiera decir a eso. En cambio, la centauro continuó: "No tengo idea de quién es realmente esta Silver Blaze, pero mi princesa nunca se rebajaría tanto como para..."

"Si estás tan segura de eso, ¿te gustaría conocer a una de ellas?"

Fue la amiga de la Sacerdotisa, la Comerciante, quien lanzó este salvavidas. Miró a la Baturu a los ojos, tal como lo había hecho la Sacerdotisa, de hecho, la Comerciante había aprendido observando a su amiga. Incluso con su gran cuerpo equino, cuando estaba sentada, la guerrera centauro no era mucho más alta que una delicada hembra humana (la propia Baturu parecía un poco pequeña entre los centauros).

La Mercadera vio confusión mezclada con ira en los ojos de la Baturu. Ella ofreció una pequeña sonrisa. "No me refiero a Silver Blaze, por supuesto. Pero una de nuestras aurigae estaba cerca de ella.

"Al menos, debemos confirmar si esta Silver Blaze era la princesa centaura," dijo Goblin Slayer, con seriedad, y nada más, como siempre. Al mismo tiempo, sin embargo, parecía estar diciendo que una pelea a gritos aquí no resolvería nada.

La Baturu lanzó una mirada penetrante en dirección al casco de metal.

La Sacerdotisa, así como los otros miembros del grupo, sabían muy bien que Goblin Slayer quería decir única y exactamente lo que decía. Se miraron y sonrieron. Podían tratar de explicarlo, pero parecía probable que solo antagonizara más a la Baturu. Es mejor que las cosas sigan avanzando. Esa fue una excelente razón para dejar este asunto en manos del líder del grupo...

Excepto que en realidad no se da cuenta, ¿verdad?

Estaba realmente desesperado. Predicaba la importancia de la toma de decisiones rápidas, pero no creía que lo hiciera él mismo.

Goblin Slayer se quedó en silencio por un momento, aparentemente considerando la forma en que sus compañeros lo miraban. Cuando habló, sin embargo, lo hizo en el mismo tono imperturbable, con la misma decisión: "Muéstranos, si quieres".

§

Las doncellas que se reunieron en el jardín de la Valquiria y el Dios Comercio, los dioses del verdadero camino, corrieron a lo largo del hipódromo, iluminando el jardín con sus sonrisas. Vestían uniformes de entrenamiento de color oscuro, sus corazones eran tan puros y verdaderos como sus cuerpos. Corrían, hermosamente, el pelo de sus colas nunca despeinado, sus orejas puntiagudas nunca se echaban hacia atrás. ¿Qué podría ser más natural?

Ni que decir tiene que ninguna de estas jóvenes era tan grosera como para dejar que sus herraduras repiquetearan mientras corría.

El ludus de *los competidores*, sus campos de entrenamiento, estaba ubicado dentro del recinto de la ciudad acuática, no lejos de la arena.

La sacerdotisa respiró aliviada mientras se liberaba de la multitud de espectadores. Las góndolas surcaban el río mientras caminaban a su lado, y se sorprendió al descubrir que esto por sí solo era suficiente para calmarla.

El lugar al que los llevó la Comerciante era apropiado para ser llamado *ludus*, que también significaba escuela. Un edificio de techo rojo estaba rodeado

por cuatro lados por lo que parecían los muros de una fortificación, rodeando un patio interior. En su interior aguardaban herramientas de entrenamiento de todo tipo, e incluso había un hipódromo de prácticas.

"¡Muy bien, escucha! ¡Tienes que crear un reloj de arena dentro de ti! ¡Tienes que entender tu propio ritmo, qué tan rápido vas!"

—¡Sí, señor!

"¿Por qué estás tratando de salir al frente? ¡Quédate atrás y conserva tu energía! Todo el mundo se agota; ¡Vamos a seguir practicando nuestra carrera codo con codo!"

—¡Sí, señor!

—Muy bien, primero, tómate un descanso —dijo otra voz—. "Asegúrate de beber mucha agua. ¿Alguien se siente enfermo?

"¡Estoy bien!", respondió una persona.

"Creo que se me está cayendo una de las herraduras..."

"Asegúrate de asegurarla lo antes posible. Eso va para todas ustedes: si quieren ganar, ¡cuiden sus piernas lo mejor posible!"

"Oye, tu cola se ve un poco desaliñada".

—¡Oh! Lo siento..."

"Escucha, hasta los dioses nos están observando. Tenemos que estar presentables".

Se podía escuchar a los lanistas, que se distinguían por las espadas de madera que llevaban, instruyendo a las corredoras. Las centauros respondieron con vigor, derramaron sudor y todas empujaron y lucharon por cualquier cosa que pudiera hacerlas incluso una fracción más rápidas.

Lo que más sorprendió a la Sacerdotisa fue la presencia de otros centauros, no solo humanos, entre los lanistas. Aunque tenía sentido: los humanos solo tenían dos piernas; No sabrían correr con cuatro como un centauro.

—¡Ah, la pasión! Es de lo más admirable", dijo el Sacerdote Lagarto, sonriendo ante la escena. "Me vienen a la mente los cuarteles de entrenamiento de mi propio pueblo".

Continuó murmurando para sí mismo ("Los soldados que estarían uno al lado del otro deben ser del mismo cuartel o al menos de un lugar de capacidades similares") mientras la Comerciante se inclinaba tímidamente ante él. "Agradezco que lo digas. Las cosas finalmente van más o menos según lo planeado..."

Tener a un guerrero consumado como este hombre lagarto alabando el establecimiento era más que un honor para un humano. ¿Quién podría culpar a la comerciante si se permitiera una pequeña sonrisa? De hecho, era natural.

—Entonces*, ejem* —dijo el Chamán Enano, mirándola—, ¿este es tu lugar, entonces?

"Lo adquirí poco después de que comenzara a funcionar. Un conocido me lo vendió a precio de ganga, pensó que era mejor que ver el lugar en ruinas". Mirando hacia atrás ahora, podía ver que podría haber habido un elemento de afecto amistoso en el trabajo, pero solo mirando hacia atrás. Porque cuando una joven con cicatrices reapareció de repente y se dedicó a los negocios, el rechazo fue severo.

A menudo no bastaba con obtener beneficios y recuperar una inversión. La Comerciante estaba empezando a comprender que gran parte de la aversión a los juegos de los nobles no provenía de ideales elevados, sino de una pura falta de comprensión. Así fue que la misma multitud que vitoreó y celebró en el coliseo pateaba la arena proverbial a las personas involucradas mientras se alejaban. Entendió que no debía apegarse demasiado, obsesionarse demasiado, pero aun así...

"Sé muy poco de todo esto, pero he logrado llegar hasta aquí, afortunadamente", dijo.

Aun así, sentía que estaba justificada en cierta medida de orgullo, que esto no podía llamarse una mera diversión para ella.

"Claro, es fantástico. Al fin y al cabo, muchas cosas nunca salen según lo planeado". El Chamán Enano se río, mostrando los dientes. La Comerciante todavía se sentía bastante halagada.

Su toque de vergüenza era perfectamente natural, pero nada que los agudos ojos de La Alta Elfa Arquera pudieran pasar por alto... "¿Qué? ¿Qué? ¿Estás planeando hacer que los aventureros también compitan?"

—Ah, eso podría ser una buena idea —dijo alegremente la Comerciante—. "Después de todo, ese concurso de mazmorras resultó ser un éxito..."

"Oh, por favor, no lo hagas. Eso de correr, correr y pasar una meta no es una aventura. Ello solo estaría produciendo Orcbolgs en masa", bromeó la elfa. Esto provocó una carcajada de la Comerciante (una carcajada educada y aniñada).

El sujeto de la risa no mostró signos de estar molesto o interesado.

No sé qué pensar... La sacerdotisa también se encontró sonriendo, pero también un poco avergonzada; se movió incómoda. Su ansiedad por su propia inexperiencia aún no había desaparecido, pero no podía evitar preguntarse si ellos también la veían de esa manera. Aunque estaba muy feliz de ver a una de sus queridas amigas triunfar tan bien.

Sin previo aviso, Goblin Slayer habló. —Ahora —dijo, con un tono tan tímido como siempre—. – Sobre Silver Blaze.

—Oh, sí, por supuesto —dijo la Comerciante—. —Perdóname. Tosió, sus mejillas se enrojecieron y miró alrededor del área de entrenamiento. Sus ojos pronto se iluminaron en una persona en particular, y la llamó por su nombre, su nombre era Rayo.

Sí, Rayo: Era la Centauro que había aparecido con la rapidez de un trueno al final de la carrera anterior. Era encantadora y distinguida, con el pelo negro y la melena bien atada detrás de la cabeza en una sola trenza. Su figura era claramente visible cuando se acercó; La Sacerdotisa había tenido un presentimiento desde los asientos de los espectadores, pero ahora estaba segura:

Ella es... grande.

El pensamiento vino espontáneamente a su mente mientras miraba a la mujer centauro. Al igual que en la carrera, su atuendo reveló un cuerpo tonificado y entrenado. Tenía una mirada de determinación, y con la banda roja que llevaba, tenía el porte de un príncipe. Aun así, las curvas visibles debajo de su atuendo de entrenamiento eran inconfundiblemente femeninas; tenía un encanto muy parecido al de la Doncella de la Espada.

La centauro se acercó con un suave golpe de herraduras, y la Comerciante entabló una conversación amistosa con ella. "¿Ya estás corriendo? La carrera acaba de terminar".

"Simplemente me estoy enfriando. No me estoy exigiendo; No te preocupes".

—¿Cómo están tus piernas?

"No hay nada de qué preocuparse".

Si la Sacerdotisa sintió un toque de sorpresa, fue porque algo parecía estar mal en el andar de la centauro. Correr a toda velocidad debe suponer una carga sustancial para sus piernas.

Cuando la corredora notó que la Sacerdotisa miraba sus extremidades, se acercó y tomó su mano con facilidad, llevándosela suavemente a los labios.
—¿Puedo preguntarle en qué puedo ayudarla, mi señorita?

"¡Eep!" La sacerdotisa chilló cuando la apuesta centauro la saludó tan respetuosamente como si fuera noble.

Quiero decir... Por supuesto que me sorprendería, ¿verdad...?

"Queremos saber sobre Silver Blaze". La voz era la calma misma, y trajo un alivio vigoroso a la Sacerdotisa mientras hablaba en su nombre. Porque los ojos de la corredora habían brillado como un relámpago, tan irresistiblemente hermosos que la Sacerdotisa casi había sido absorbida por ellos. Podría haberlos contemplado durante toda la eternidad, arriesgando su vida. En cambio, se enamoró al instante, y eso solo parecía ser suficiente.

—¿Silver Blaze? Los ojos dorados parpadearon. "¿Eres fan de ella? ¡Me atrevo a decir que una podría ponerse celosa!" Su mirada se fijó en el enano, en el hombre lagarto, en la figura de la mugrienta armadura, y luego se detuvo a su lado. "¿Así que incluso una Alto Elfa está hechizada por nuestra Blaze? Estoy segura de que, si me vieran correr, podría influir en sus hechizos..."

—Te hemos visto —dijo la Alta Elfa Arquera, con una risita en la garganta—. "Y estabas hermosa, de verdad".

"Eres demasiado amable. Si lo deseas, podría sentirme movida a dar una demostración privada para usted..."

La Comerciante murmuró: *Muy bien, basta,* aunque no dijo nada. (*Algunas personas*, pareció añadir, *no tienen constancia.*)

En eso, los ojos relámpago de la corredora brillaron con picardía y sus labios se movieron seductoramente. "Oh, no te enojes. Mis dignos oponentes no me dejarán vivir si reciben toda la atención en la pista".

"No puedo creer esto. ¡Y tienes una carrera que correr!"

"Ah, ¿me van a echar por ser insolente?"

"No puedo, no puedo creer esto..." La Comerciante tenía la cabeza entre las manos, mientras que el corredor se reía a carcajadas. Era casi difícil saber si estaban bromeando o no. La corredora parecía libre y accesible, pero estaba claro que había más en ella que eso. Nadie que fuera simplemente frívolo podría aprender a correr como ella.

Otra voz habló: "No hay forma de que fuera la princesa..." Era la Baturu, mirando al suelo. Ella murmuraba, pero la corredora ciertamente la escuchó. "La princesa nunca desearía exhibirse en otra cosa que no fuera la hierba..."

"¿Hierba? ¿Te refieres al césped? Solo el Circo de la capital tiene eso: demasiados problemas para estar siempre replantándolo y manteniéndolo por aquí. La corredora trotó hacia el lado de la Baturu, arrodillándose ligeramente

para mirarla a la cara. "Si corres en césped, corres en la capital. Me encantaría probarlo yo misma algún día... ¿Pero tal vez crees que no debería?

"...!"

La Baturu respiró hondo, sus mejillas enrojecidas por la emoción. Las lágrimas brotaban de las comisuras de sus ojos. Ella levantó la cabeza y exclamó: "¡¿No te da vergüenza?! ¿Hacer...? ¿Lo qué haces...?

"Tengo mi modestia, por supuesto. Reconozco que estaba más que un poco nervioso la primera vez que corrí frente a una audiencia tan grande".

"¡Eso no es lo que quise decir!"

"Ja-ja-ja". Todos los gritos de la Baturu parecieron rebalarle por su espalda. Los ojos que crepitaban como relámpagos fijaron a la joven en su lugar. "Vengo de una larga línea de corredores. Como mis padres... Bueno, mi madre era anónima". Pero su padre, dijo, era un famoso corredor que había ganado muchos premios. Sus ojos se entrecerraron en una sonrisa; Sonaba francamente orgullosa de ello. "Así que te digo, en todas mis carreras, nunca he sentido vergüenza por la sangre que corre por mis venas. Ni una sola vez".

Para eso, ni siquiera la Baturu tenía una respuesta. En cambio, abrió la boca, luego la cerró y finalmente se mordió el labio, mirando al suelo. —Pero la princesa... —dijo—.

Cuando la corredora extendió la mano para pasarle suavemente la mano por el pelo, la Baturu no la apartó. Incluso mientras acariciaba la cabeza de la Baturu, los ojos relampagueantes de la corredora parpadearon en dirección a los otros aventureros. "Esta princesa... ¿era Silver Blaze?"

—No lo sabemos —dijo Goblin Slayer—. "Eso es lo que esperábamos averiguar".

"Mmm... ¿Podrías describirla para mí?

—Solo sabemos lo que hemos oído —dijo la Sacerdotisa, pero dijo lo que pudo en nombre de la guerrera Baturu, que no podía levantar la vista, ni siquiera podía hablar. Nadie en el grupo comentó las gotitas que se derramaban

de sus ojos al suelo frente a ella. Tampoco, por supuesto, la centauro de los ojos de relámpago.

—Esa descripción... sí, se parece a ella —dijo la centauro cuando le hablaron del mechón de pelo plateado que atravesaba como un cometa la frente de la princesa—. "Era una joven encantadora. Corria tan cómodamente. ¿Y era una princesa? Supongo que eso explicaría muchas cosas..."

—¿A qué te refieres? —preguntó la Sacerdotisa.

"Ella tenía... una nobleza en ella. La forma en que se comportaba era impecable. ¿Tiene sentido?"

"Ya veo..." La Sacerdotisa miró a la Alta Elfa Arquera, luego a la Comerciante, y pensó en la hermana del rey, que no estaba allí en ese momento. Comparadas con ella, la forma en que se comportaban era... bueno, era completamente diferente. "Sí. Eso tiene mucho sentido".

– ¿Ha dicho algo sobre cómo llegó a estar por estos lares? —preguntó el Chamán Enano.

Las orejas de la corredora de ojos de relámpago adoptaron un tinte incómodo. "Bueno, ella estaba con un *ludus diferente*. Y solo nos hemos visto en la pista un par de veces..." La centauro se llevó una mano a la barbilla, pensativa; Casi parecía una actriz interpretando un papel. Su otra mano nunca dejaba de acariciar suavemente la cabeza de Baturu, aunque era obvio que estaba pensando mucho. "Debo decir, sin embargo, que nunca pareció querer hablar mucho sobre su pasado. Siempre hablábamos de carreras".

—¿Pero seguro que has oído algo? —preguntó la Comerciante, tocando el flanco de la corredora en un gesto de intimidad. "Sé que siempre quieres charlar cuando ves a una chica nueva. Incluso si no te lo tomas en serio".

La respuesta no llegó de inmediato. Los gritos de las otras centauros que corrían por el patio interior resonaban de un lado a otro, mezclándose con las voces de los lanistas. Una ráfaga de viento particularmente fuerte agitó el polvo y el aire estancado del patio.

Después de un largo momento, algo pareció cambiar en esos ojos de relámpago. Se cerraron lentamente y la centauro exhaló. "Para que quede claro, lo que voy a decir no es ningún comentario sobre sus carreras. Quiero que lo entiendas".

"Nunca he visto correr a Silver Blaze," dijo bruscamente Goblin Slayer. "Y lo que no he visto, no puedo comentarlo".

Eso pareció satisfacer a la centauro. Algo parecido a una sonrisa entró en sus ojos. "Me dijeron que venía de un cochero".

—¿Cochero?

"Alguien que vende centauros para ganarse la vida. Engañan a sus víctimas con promesas de que las llevarán a algún lugar divertido y emocionante". Y una vez que los centauros están convencidos de que van a una alegre Isla del Placer, son vendidos como simples y estúpidos burros.

El precio de la ignorancia para un joven ingenuo que solo quiere alejarse de la manada y vivir en libertad siempre es grande. Aunque cualquier aventurero entendería que hay ciertas cosas que no puedes obtener si no te arriesgas.

"La venta de esclavos como tal no es ilegal", señaló la Comerciante y agregó en voz baja que algunas personas en algún *ludus* deben comprarlos sin saber de dónde vienen.

Una persona puede encontrarse esclavizada por muchas razones: puede ser capturada en la guerra o no pagar una deuda, o puede ser un castigo por un crimen. Todo lo que uno tenía que hacer era trabajar diligentemente hasta que hubiera comprado su libertad, no había ningún problema particular con eso. Sin embargo, en todos los tiempos y lugares había quienes abusaban del sistema.

"Esto suena cada vez más como una aventura urbana", dijo la Alta Arquera Elfa con un "hmm", aunque agregó en un susurro que no estaba emocionada por eso. Actuaba como si estuviera pensando en algo profundo e importante, pero el mundo humano siempre fue un lugar complicado y confuso para los altos elfos. Rápidamente abandonó cualquier intento real de deducir

algo, y en su lugar le dio una suave palmada en la espalda al líder de su grupo. "Creo que este es tu fuerte, Orcbolg. Todo este asunto me supera".

"Yo mismo no estoy muy bien informado en estas cosas".

¡Sí, claro! La Alta Elfa Arquera resopló de nuevo, pero ella también sintió como si se aferrara a la nada; todo era un misterio. Los miembros del grupo se miraron unos a otros, pero no hubo respuesta.

"Entonces, ¿cuál es tu presentimiento, esto tiene algo que ver con ese lanista asesinado y el secuestro?" —preguntó el Chamán Enano.

—Supongo que parece probable que lo mataran porque lo vieron tratando de secuestrarla —dijo la Sacerdotisa—.

"Debo señalar que, por el momento, no tenemos pruebas positivas de que esta Silver Blaze sea realmente la princesa que buscamos", dijo el Sacerdote Lagarto.

"No lo sabemos con certeza". El casco temblaba de lado a lado. "Pero tenemos información. Haremos lo que podamos".

Eso parecería implicar que este asesino de goblins tenía un siguiente paso en mente.

Bien por mí, entonces.

La Alta Elfa Arquera, satisfecha con esta conclusión por su parte, miró a la Baturu para ver si sus emociones exacerbadas finalmente comenzaban a disminuir. La pequeña centauro se frotaba los ojos; Lentamente levantó la vista para encontrarse con los ojos relámpago de la otra mujer.

"Entonces... Estás diciendo que la princesa estaba entre los que fueron engañados y.... y vendidos?"

"Me temo que no puedo hablar de eso con certeza. Todo lo que sé es..." La alta centauro estuvo a punto de quedarse callada, no porque algo oscuro se cernía sobre ellos, sino por compasión. Una vez más, pasó los dedos por el pelo

de la niña más pequeña. "Todo lo que sé es la gracia con la que corrió". Luego agregó: "Aunque es posible que no desees escucharlo".

—No —dijo la Baturu, sacudiendo la cabeza, con la melena agitada por ella—. "Ahora veo que corres con todo tu corazón. Yo misma lo vi, y aun así te menosprecié. Por eso, solo puedo disculparme".

"Está bien. Si una chica linda me habla, soy feliz sin importar lo que diga". La centauro con los ojos de relámpago sonrió ampliamente. La expresión encajaba perfectamente con sus rasgos galantes, pero también tenía una inocencia de niña. Era como una flor en flor, y en lugar de exudar madurez, te hacía darte cuenta de lo joven que era. "Si quieres limpiar tu conciencia, ¡ven a animarme! Me encantaría dedicar una victoria a una joven encantadora como tú".

"Yo... Ojalá no te burlaras de mí...", dijo la Baturu. El centauro podría ser aniñado, pero su comportamiento podría ser difícil de observar.

Ante la respuesta tartamuda de la Baturu (acompañada de un rubor en las mejillas), la sonrisa de la otra mujer se convirtió en algo más travieso. Incluso algunas de las chicas centauros que practicaban su carrera se habían detenido a mirar: era demasiado.

"¡Dios mío!" Dijo Sacerdote Lagarto, sacudiendo su larga cabeza con admiración, con los ojos en blanco. —¡Eres una hermosa dama! ¡Si fueras una lagarto, dudo que pudiera mantener mis garras alejadas de ti!"

La Alta Elfa Arquera hinchó las mejillas —¿qué estaba diciendo? — y le dio un puñetazo en el costado.

—Desgraciadamente —replicó la centauro, cerrando uno de esos ojos brillantes en un guiño—, yo misma soy partidaria de las muchachas hermosas.

Oh, por...

Esta vez fue el turno de la Comerciante de hacer pucheros de exasperación.

§

"Voy a salir un rato," dijo Goblin Slayer. —¿Qué vas a hacer? "¡Iré contigo!" Dijo la sacerdotisa con prontitud.

Acababan de regresar del ludus aurigae. El sol estaba bajando en el cielo, el crepúsculo se extendía por encima de sus cabezas. La noche se elevó como una ola, que pronto se tragaría la ciudad.

La Alta Elfa Arquera lo observaba desde la ventana, pensativa, una visión que podría haber sido una pintura por derecho propio. "Me quedaré aquí. Estoy bastante cansada —dijo, sus ojos de jade revoloteando hacia la esquina donde la Baturu estaba arrodillada—. "Y me gustaría tener una pequeña charla". —¿Estás segura de eso...? —preguntó la Sacerdotisa.

"¿De qué hay que estar segura? Es lo que es. No lo pienses más". La Alta Elfa Arquera saludó a la Sacerdotisa, quien asintió. En lugar de dejar a la Baturu atrapada con ella todo el tiempo, tal vez ayudaría que alguien más intentara hablar con ella de vez en cuando.

De hecho, estoy convencida.

Podría haber formas en las que una elfa pudiera entenderse con la Baturu y que una humana como ella no podría.

La conversación inspiró al Chamán Enano y al Sacerdote Lagarto a compartir una rápida mirada y un asentimiento. —Supongamos que será mejor que intentemos charlar con esos lanistas, ¿eh, Escamoso? Dijo el Chamán Enano.

"Mm, efectivamente. Creo que, si podemos encontrar un lugar para invitarlos a una bebida, deberían ser bastante comunicativos", coincidió el Sacerdote Lagarto. La Alta Elfa Arquera soltó una risita, parecía que solo quería comer algo, pero su risa no era nada maliciosa. Era el humor habitual entre los miembros del grupo de aventureros.

Goblin Slayer miró a su alrededor al grupo y luego dijo con sobriedad: "Muy bien. Confiaré en ti para que te encargues de las cosas".

Aunque había mucho que la Sacerdotisa aún no sabía, tenía la impresión de que así era como se desarrollaban las aventuras urbanas, en otras palabras, al igual que en una aventura normal, cada una tenía su propio papel que desempeñar.

Si lo pienso...

Se dio cuenta de que había sido lo mismo en su última aventura en la Ciudad del Agua (que había sido hace bastante tiempo), y la idea le hizo sonreír.

La ciudad se tiñó de crepúsculo. Las góndolas flotando perezosamente a lo largo de los canales. La golosina de hielo dulce y fría. De alguna manera, parecía que solo venía aquí en aventuras, y nunca había tenido la oportunidad de disfrutar de las vistas.

"Aun así, creo que el lugar parece más tranquilo que antes", dijo.

—¿Es así?

"Ajá." Ella asintió mientras caminaban por la carretera. "Es solo... una especie de sentimiento".

—Ya veo.

Probablemente fue porque habían sido capaces de expulsar a los Goblins. Eso fue sin duda, incuestionablemente algo bueno.

Había un ligero toque de suavidad en la voz de Goblin Slayer mientras caminaba a su lado, y eso hizo que los pasos de la Sacerdotisa fueran más ligeros.

Aun así, caminar por un nuevo camino en una ciudad que no conocía muy bien podía ser más confuso que adentrarse en una mazmorra. Dondequiera que mirara, había losas y edificios de piedra, y el burbujeo del agua venía de todas partes a la vez. Había estado tan ocupada caminando junto con Goblin Slayer que ya no sabía dónde estaba. Si le hubieran dicho en ese momento que volviera al Templo, no creía que hubiera podido hacerlo. El hipódromo también estaba en algún lugar de la ciudad, pero tampoco estaba

segura de dónde podría estar. En cambio, trabajó duro para seguir el ritmo de Goblin Slayer mientras caminaba por esos caminos.

Las sombras de los edificios que se avecinaban se hacían cada vez más largas, temblando a medida que se desvanecía la última luz del día.

"Entonces, mmm, ¿a dónde vamos?" —preguntó la Sacerdotisa.

—No lo sé.

"Tú... ¿No lo sabes?

Esa parecía ser la totalidad de su explicación. La sacerdotisa no pudo contener el ceño fruncido, y si la Chica Vaquera hubiera estado allí, probablemente habría sonreído irónicamente. Tal vez solo la Vaquera, esperando su regreso a la frontera, podría haber tomado esta respuesta con una cara seria.

—"Ah. No, eso no es lo que quiero decir," añadió Goblin Slayer, evidentemente reconociendo la preocupación de la Sacerdotisa. "Tengo puntos de referencia".

—¿Puntos de referencia?

Goblin Slayer señaló una raya de tiza grabada en la carretera, un pequeño símbolo. Parecería el garabato de un niño si no se lo hubieran dicho o no supiera lo que estás buscando.

¡Oh! De los restos de los recuerdos de Sacerdotisa, se presentó una idea. "¿Es eso del Gremio de Pícaros?"

"Es una señal," dijo Goblin Slayer. "Transmitida, o eso se dice, por el mismísimo Mago Gris."

El Gremio de los Picaros, una asociación de criminales. Una reunión de lo desagradable y lo solapado. La Sacerdotisa sintió que se ponía rígida. No era que le disgustara específicamente el Gremio de Pícaros, ya que la habían ayudado más de una vez.

Pero es... Es natural estar un poco nerviosa, ¿verdad...?

"¿Estás seguro de que no les importará que sigas su rastro?", preguntó.

"Me lo dirán si hay algún problema al respecto".

Sus palabras fueron breves, penetrantes, pero la Sacerdotisa dijo felizmente: "¡Entendido!" y asintió con entusiasmo. Porque eso significaba que solo tenía que seguirlo y confiar en él.

Con su experiencia, por supuesto, no tuvo que estudiar el símbolo en detalle, y mucho menos dibujarlo por sí misma. Tan pronto como lo vio, lo grabó en su memoria.

¿Qué habrá pensado Goblin Slayer mientras la Sacerdotisa lo seguía como un cachorro entusiasta? No era de los que se sentían incómodos con el silencio, por lo que su silencio reflexivo en ese momento significaba que estaba buscando las palabras.

Finalmente dijo: "No hay ninguna necesidad particular de que recuerdes ese símbolo. Este método no es necesario para todos los aventureros".

—¿No lo es?

"Lo necesitaba. Así que lo aprendí". Goblin Slayer tomó otra curva con su paso despreocupado, dirigiéndose a una intersección. No miró hacia atrás, pero la Sacerdotisa lo siguió obedientemente. "En cuanto a ti, sólo necesitas encontrar un explorador para que esté en tu grupo".

Su consejo fue muy breve: ¿se refería a alguien más que a él? La Sacerdotisa no entendió del todo. ¿Significaba que él se imaginaba que ella dejaría este grupo algún día?

Pero eso...

Parecía eminentemente razonable y completamente inimaginable al mismo tiempo. O espera, tal vez simplemente se refería a las veces que se había asociado temporalmente con otro grupo.

Hrm...

Sí, eso tiene que ser, se dijo la Sacerdotisa. Esta persona siempre decía lo que quería decir. No había significados ocultos detrás de sus palabras. La Sacerdotisa pensó que lo entendía.

"Sin embargo, debes ser consciente de que tales cosas existen", dijo.

La sacerdotisa respondió con seriedad: "Entiendo".

Parecía que se adentraban cada vez más en un callejón oscuro, pero cuanto más avanzaban, más animado parecía ser.

Me pregunto si nos estamos acercando a la calle principal.

Y así resultó que el lugar al que Goblin Slayer la había llevado no era un callejón sórdido. En cambio, era una parte de la ciudad que era sofisticada, bonita y tranquila, no muy diferente de la arena que habían visitado ese mismo día. Había elegantes posadas y restaurantes de los que emanaban los seductores aromas de la cocina elegante.

Más allá de esos lugares, había otro, un edificio tan grande y tan elegante que podría haber sido confundido con la mansión de un rey: El Casino.

§

Cuando entraron en el Casino, por un momento, la Sacerdotisa simplemente se detuvo y se quedó mirando. Todo era completamente nuevo para ella. Nunca había oído tintinear tantas monedas a la vez. Rápidamente se dio cuenta de que la fuente del sonido no era dinero real, sino pequeñas fichas que hacían su mejor imitación de la moneda. Aun así, debían de representar una suma mucho mayor de la que había visto reunida en un solo lugar en toda su vida.

Poblando el edificio había caballeros y damas de todo tipo, de todos los grupos étnicos, que vestían una vertiginosa variedad de trajes elegantes. Goblin Slayer la estaba llevando más adentro, pero los ojos de Sacerdotisa iban en todas direcciones a cada paso. Aquí había una mesa cubierta de fieltro verde, con astillas que se deslizaban de un lado a otro sobre ella; Allí se tiraban los dados. En otro rincón, había una pista de carreras lo suficientemente pequeña

como para caber sobre una mesa; Una mirada más cercana reveló que los jugadores estaban compitiendo con peones en forma de centauro. Dejaban fichas para hacer avanzar sus piezas, y de vez en cuando gritaban *"¡Ave César!".* sonoramente.

Tal vez siempre fue más emocionante hacer algo que verlo. Después de todo, los humanos no podían correr como los centauros.

Algunas personas lanzaban cinco dados con la esperanza de encontrar caras iguales; otros lanzaban tres calaveras. Otra partida que parecía estar cada vez más acalorada era una en la que dos peones con forma de espadachines se acercaban el uno al otro. Justo cuando pensabas que todos los peones debían ser fusileros con rifles repetidores en alto, también te dabas cuenta de que algunos peones eran hermosas diosas. Pero había una cosa que todos estos juegos tenían en común:

Eran todos ellos juegos de mesa longevos con una tradición y una historia.

Muchos de ellos, sin embargo, eran bastante extraños. La Sacerdotisa estaba particularmente intrigada por uno que trataba de tratar de obtener la mayor cantidad de botín posible de una mazmorra llena de trampas. Cuanto más profundo fueras, más tesoros podrías conseguir, pero más trampas habría, y mayor era la posibilidad de perderlo todo.

Otra cosa que hizo girar los ojos de la Sacerdotisa fue la profusión de mujeres jóvenes hermosas y muy expuestas. Por un segundo, pensó que eran Personas-Conejo, pero luego vio orejas humanas, u orejas de elfos o enanos, asomando por sus cabezas. Así que las orejas de conejo eran solo una especie de accesorio...

Ciertamente no podríamos traerla aquí, reflexionó la Sacerdotisa, pensando en la amiga que esperaba en el Templo mientras disfrutaba de la panoplia de juegos. Pero, de nuevo, algunas de sus otras amigas, como la Alta Elfa Arquera o la Comerciante, definitivamente se divertirían en este lugar. Incluso la Sacerdotisa prácticamente podía ver a la Baturu frunciendo el ceño ...

"... ¿Crees que tienen hnefatafl aquí? -dijo, al ocurrírsele la idea de repente-. Era el juego que había jugado —y disfrutado mucho— en el norte.

"¿Tienes curiosidad por estos juegos? ¿Te gustaría jugar?"

"Oh, no, no podría..." Agitó las manos vigorosamente. No esperaba tal respuesta de Goblin Slayer. Parecía que estaba a punto de darle algo de dinero para que se lo llevara a las mesas, ¿y en qué la convertiría eso, sino en una niña recibiendo su mesada?

Además...

Eran un aventurero con una armadura mugrienta, que caminaba a grandes zancadas, y una sacerdotisa con una capa polvorienta, que le seguía los pasos a través de un sofisticado lugar de entretenimiento. Miradas de desdén llegaron desde todas las direcciones, la Sacerdotisa notó una sensación de intimidación. Se dio cuenta de que no pertenecía a ese lugar, y agarró firmemente su sonoro bastón con ambas manos.

"Ejem, pero de todos modos... ¿No podríamos haber venido aquí desde la calle principal?

"La pregunta no es a dónde vas, sino cómo llegas allí", dijo Goblin Slayer. Era como un acertijo.

No, pensó Sacerdotisa, no era *como un* acertijo, era un acertijo. Habían tomado una ruta indirecta, siguiendo una serie de símbolos misteriosos para llegar allí, que tenía que ser algún tipo de señal. Porque he aquí...

"Saludos, estimado cliente", dijo un hombre apuesto con traje negro, presumiblemente un empleado del casino, que se acercó sin hacer ruido. La Sacerdotisa tenía suficiente experiencia de sus diversas aventuras como para adivinar que aquel hombre debía de haberse entrenado como explorador. Los saludó tan cortésmente como si fueran miembros de la familia real. "Por aquí, mi buen señor. ¿Y su amiga...?"

"Hrm," dijo Goblin Slayer, pero no respondió de inmediato. La sacerdotisa continuó agarrando su bastón y trató de ponerse de pie. Finalmente dijo: "Hoy quiero que te acostumbres a este lugar".

—¡Oh, sí, señor! —dijo Sacerdotisa, encantada de que no le hubiera dicho que esperara *aquí* o *que se quedara atrás*. En cambio, sintió que era una afirmación de que podía aprender mucho observando las cosas aquí. Ella se inclinó profundamente en una cortés despedida, y Goblin Slayer se alejó. El empleado se acercó a él y lo llevó a una zona trasera del casino.

Desde debajo de su casco, los ojos de Goblin Slayer revolotearon hacia el hombre del traje. —¿Sería tan amable de vigilarla?

—Pero, por supuesto, mi querido cliente. Tenía toda la intención".

—Por supuesto que sí.

Debería haber sido evidente que no hace falta decirlo. Pero en estos días, sintió que se encontró diciendo más y más cosas que podrían haber pasado desapercibidas. Después de todo, la chica lo había regañado tantas veces en el sentido de que, si no decía algo, su mensaje nunca llegaría.

Lo que implicaba...

Que estaba madurando, ¿no? ¿Creciendo? No estaba seguro, pero tal vez. Por lo menos, la niña ciertamente estaba aprendiendo y creciendo. Lo suficiente como para que hubiera dudado en llevarla aquí atrás. El lugar detrás del llamativo y esplendoroso local de juego. La habitación más recóndita al final del sinuoso laberinto de pasillos.

Valía la pena saber que existían lugares como este y cómo usarlos si los necesitabas, pero no más que eso.

El lugar era como una habitación privada en la parte trasera de un restaurante, silencioso y tranquilo, pero no había ni una sola ventana. Había mesas que parecían estar esperando comida y bebidas que podrían salir en cualquier momento, pero no había vasos en ellas.

Goblin Slayer se sentó a un lado de la mesa, el hombre de traje al otro. El hombre extendió su mano cortésmente y Goblin Slayer respondió mecánicamente.

"Ahora, buen señor, ¿por qué no se lo toma con calma? Diviértase".

"Gracias, lo haré. Ya que me has ofrecido una silla y una taza, me presentaré. Por favor, relájate".

"Agradezco que te presentes. Como puede ver, soy un hombre de poca etiqueta, y debo suplicarle su indulgencia.

Y estoy vestido para los negocios, como puedes ver, así que debo suplicar *tu* indulgencia.

—No, no, debo insistir en que te relajes.

"No, *relájate* ".

"Bueno, si insistes, entonces lo haré, agradecido. Espero que no te importe que me relaje primero".

"Debes disculpar mi apariencia incivilizada. Vengo de un pueblo pionero en la frontera occidental; Mi maestro fue el que monta barriles y mi profesión es matar goblins".

"Creo que es la primera vez que nos vemos. Con disculpas, hablaré en nombre de la señora. Soy el dueño de La Sirena".

"Gracias por aceptar mi presentación. Por favor, levante la cabeza".

—Por supuesto, querido señor, pero levante *la* cabeza primero.

"Eso sería problemático".

—Al mismo tiempo, entonces.

"Eso es aceptable".

"La petición se hace humildemente, entonces".

Fue un intercambio cuidadoso y ritualizado. Saludos rápidos, pero siempre educados, intercambiados con toda preocupación por la cortesía. Después de un momento, ambos levantaron las manos y se miraron a la cara.

"Me sorprende que sintieras que esto requería la atención personal del dueño," dijo Goblin Slayer.

"Uno nunca desearía arriesgarse a parecer grosero con un aventurero de rango Plata," contestó el hombre, escudriñando el casco de Goblin Slayer lo suficiente como para que no fuera descortés. "Y mucho menos el alumno de Saqueador, el que monta barriles".

"Mi maestro...", comenzó Goblin Slayer y luego se corrigió a sí mismo. "Mi maestro es mi maestro. No busco tomar prestada su influencia".

"¿Acaso uno no usa todo lo que puede?"

"Lo agradezco, pero si desgastara su nombre hasta el punto de que ya no pudiera usarse, me gritaría por ello".

—Muy bien, entonces. La sonrisa cortés del hombre nunca flaqueó. "Tú eres el que tiene el afecto de nuestra Señora, la Doncella de la Espada, el que mató a los goblins en las alcantarillas de la ciudad, mi querido cliente".

Goblin Slayer gruñó en voz baja, no le hacía mucha gracia que se dirigieran a él de ese modo. Lo llamara como lo llamara, era un nombre demasiado grandilocuente para él. No era un famoso maestro de la espada.

"¿Pueden serte útiles nuestros corredores?", preguntó el hombre.

"No, estoy aquí para obtener información," contestó Goblin Slayer.

"Vendemos eso, por supuesto".

"Estoy buscando una centauro perdida. Está relacionado con un..." Goblin Slayer miró hacia el espacio vacío como si esperara encontrar la palabra allí. Al menos era más fácil de recordar que el nombre de un monstruo. "... un cochero.

—Ah. Silver Blaze". El empleado del casino, no, del Gremio de Pícaros, asintió con complicidad. "Sí, nosotros también estábamos preocupados por ella. Los jugadores tenían una gran debilidad por ella".

Aplaudió, llamando a alguien. Un momento después, una mujer joven con un atuendo que no parecía para nada pícaro apareció en la puerta con comida. Platos característicos de la Ciudad del Agua: pescado y camarones que habían sido cocidos al vapor o fritos o algo en aceite. También había vino de uva. El hecho de que ambas copas se sirvieran de la misma jarra fue sin duda un gesto de buena voluntad por parte del Gremio de Pícaros. Goblin Slayer, sin embargo, rechazó silenciosamente la bebida.

"Estoy en medio de un trabajo", explicó. Además: "He oído que después de que esto termine, mi grupo comerá juntos".

"Perdónanos. Por supuesto que sí. Si me disculpas, entonces... El empleado bebió un pequeño sorbo de su propio vino, lo suficiente para mojarse los labios. "Da la casualidad de que los centauros de carreras desaparecen con cierta regularidad. No es tan raro como se podría pensar". Esta fue su explicación:

A veces, un corredor que estaba reescribiendo los libros de récords era secuestrado y desaparecía como forma de atentar contra los negocios de su amo. O un centauro podía estar en tránsito cuando su lanista era asesinado, y aparecía vendido a alguien de la zona. O puede que un ludus quiebre y sus centauros huyan por la noche, o que los pongan como garantía en la hipoteca y se los lleven a todos de un plumazo a alguna parte.

No había nada inusual en que los centauros se vieran envueltos en disputas humanas de esta manera. Y, por supuesto, había traficantes de esclavos que podían involucrarse ilegalmente en medio de todo. Sí, existían, pero...

"Pero todo eso no es algo que les suceda solo a los centauros. Incluso si su difícil situación parece atraer un tipo particular de gente compasiva".

—Entiendo.

¿Qué se suponía que debían hacer, impedir que los centauros corrieran? No fue posible. Eran personas que habían nacido para correr. Si los habías visto, vivaces y hermosos mientras corrían por la arena, lo sabías. Aunque muchos de ellos nunca llegaran a la cima, el coliseo seguía siendo un lugar de honor y de sueños.

Decirles a los centauros que no vuelvan a correr nunca más, ¿no sería aún más cruel que secuestrarlos? Sería como decirle a un aventurero que no se vaya a aventuras porque son peligrosas. Sí, probablemente había algunos entre los corredores que habían sido vendidos como esclavos. Pero había aventureros que se habían dedicado al oficio por falta de otra opción. Nadie tiene derecho a poner en entredicho el camino de otra persona en la vida. Incluso Goblin Slayer podía entenderlo.

"Sin embargo, no estoy aquí para preguntar por el cochero o quién secuestró a Silver Blaze", dijo.

"Hoh", respondió el hombre del traje.

"Si fuera una pregunta que pudiera responderse preguntando, Silver Blaze ya estaría en la arena compitiendo".

"Estoy totalmente de acuerdo".

"Es por eso que estoy aquí en esto..." Allí, Goblin Slayer se detuvo. Todavía dudaba en pronunciar la palabra *aventura*. En cambio, dijo: "Lo que quiero saber es sobre... goblins".

Ten Cuidado de Tus Contactos

"¡Senpai! ¡Senpai! ¡Tienes que intercambiarte conmigo!"

—¿Quién, yo...?

La elfa pelirroja sonaba particularmente desconcertada cuando las otras chicas entraron corriendo en el cabaret. La elfa llevaba un traje de cuero muy revelador, orejas de conejo que se balanceaban sobre su cabeza e incluso una cola blanca hinchada en su trasero. Acababa de mirarse en el espejo, el momento más inoportuno.

Incluso yo tengo que admitirlo...

Su cuerpo no era muy atractivo. Pero estaba trabajando, así que no había opción.... Si había un resquicio de esperanza, era que parecía agradarle al chico que había estado trabajando con ella durante tanto tiempo.

En cualquier caso, la razón del rubor en el rostro de la aventurera que servía al Dios Supremo no eran los disfraces.

"¡No estoy segura de poder soportar que me vean de esta manera...!"

"No puedo decir que tener este aspecto sea motivo de preocupación", dijo otra chica que había sido arrastrada a la habitación. Las orejas blancas flotaban por encima de su cabeza, también, pero no llevaba guantes: el pelaje de sus piernas y brazos desnudos demostraba que era una Mujer-Conejo de verdad.

Había saltado por el casino con tanto entusiasmo que a la elfa le preocupaba que pudiera tropezar con un cliente.

Sin embargo, demostró que podía esquivar a la gente con sus grandes reflejos.

La elfa pelirroja no pudo evitar quedar impresionada, aunque no creía que hubiera estado en el negocio tanto tiempo como para justificar que la llamaran "Senpai". Se cubrió la cara con una discreta tos.

©Noboru Kannatuki

Intentando sonar como la más experimentada y digna de confianza con la que podían contar los demás, dijo: "¿Qué pasa? ¿No te dijo el último cliente que le siguieras?".

"Sí, pero...

"Sólo era un chico joven. ¿Os peleasteis?"

"Sólo estaba descansando en la parte de atrás. ¡Olvídate de él! Hmph!" La clériga del Dios Supremo se cruzó de brazos, su voz se volvió aguda en un intento de ocultar su vergüenza.

Estaba bastante segura de que era un grupo de tres personas, pensó la elfa, pasando las páginas de su cuaderno mental. Un guerrero, una clériga y una muchacha de la tribu de los conejos que presumiblemente era exploradora o guardabosques. La seguridad del casino. Un grupo de aventureros de la frontera, contratados temporalmente.

Consigue a alguien local, y es muy probable que ellos mismos sean clientes. No querrían que dieran ningún beneficio a alguno de los otros jugadores. Así que no era raro buscar de vez en cuando personal de seguridad de los Gremios de Aventureros de fuera.

En fin, eso es lo que he oído.

Desde esa perspectiva, ella misma era una especie de irregular. La elfa pelirroja sonrió. " ¿Y entonces? ¿Intentó conseguir algo? Podrías haber llamado a uno de los guardias...".

"Era un amigo mío..."

"...Oh." Esa era la única respuesta que podía dejarla sin palabras.

Quiero decir, supongo que entiendo cómo se siente...

A la elfa le pasaba lo mismo; si aquel hombre se hubiera presentado aquí como un cliente, sin saber que ella estaba por allí, no estaba segura de

cómo habría reaccionado ante él. Ni siquiera tenía que ser él. Si hubiera aparecido cualquiera de sus otros amigos, la clériga del Dios del Conocimiento o aquella criatura blanca, se habría quedado paralizada. Por suerte (pensó), cada uno estaba ocupándose de lo suyo en ese momento, así que no había ninguna posibilidad de que tropezaran con ella.

"Es sólo un trabajo. No es que estés haciendo nada malo. Y supongo que me alegraría encontrarme con una chica mayor que conociera aquí", dijo la chica conejo.

"Supongo... Es cierto que garantizar la equidad en el juego es uno de los deberes del Dios Supremo". Pero esto, afirmó la clériga, era totalmente diferente del atuendo que se llevaba durante el ofertorio en el festival de la cosecha.

"¿Ah, sí?", dijo la muchacha, moviendo alegremente las orejas. "Bueno, de todos modos, ¡tengo hambre!"

"Parece que lo tenéis difícil".

La elfa pelirroja murmuró un motivador "¡vale!" y se levantó del espejo. "Puedes comer los dulces aquí en la sala verde. Yo saldré por ti".

"¡Hurra! Muchas gracias".

"Lo siento, Senpai. ¡Muchas gracias...!"

Estaba bien. Estaba bien. La Senpai (le escocía un poco que la llamaran así) se despidió de la chica con un gesto de disculpa y salió del vestuario. De todas formas, tenía que salir, pensó, pero se abstuvo de decírselo a las demás chicas.

En cualquier caso, ataviada con su traje de Conejita (¿por qué se vestían así aquí?), se preparó para dar el primer paso hacia el casino.

En cuanto llegó a la pista, sintió la mirada colectiva de todo el casino clavada en ella.

Esta todo bien... Solo mantente centrada, se dijo a sí misma.

Al fin y al cabo, se trataba de un lugar de diversión: probablemente el 80 por ciento de los ojos estaban fijos en algún juego. Los juegos eran elegantes, sociales; Nadie tuvo que apostar su vida o su sustento. De todos modos, las damas y caballeros bien ataviados probablemente estaban más interesados en la persona que colgaba de su brazo y, además, la elfa era solo una entre muchas chicas "conejo".

Necesito verme como si perteneciera aquí.

Corretear por ahí con aspecto ansioso solo serviría para llamar la atención sobre ella. Con un rasguño de los desconocidos tacones altos en el suelo, la elfa pelirroja se puso en marcha, con su elegante pecho a la cabeza.

Bien, ahora, ¿dónde estaba el asiento del cliente que le habían ordenado que encontrara? Creyó recordar el número; estaba... Oh, ahí estaba ella.

Acurrucada había una muchacha vestida de clériga que parecía claramente fuera de lugar, no tanto asustada sino profundamente interesada en lo que la rodeaba; Se sentó en una silla provista para que la gente tomara un descanso y miraba con avidez todo lo que sucedía a su alrededor. Había un sonoro bastón colocado sobre sus rodillas, que estaban en una fila perfecta. Una sacerdotisa de la Madre Tierra. Una aventurera, sin duda. Cabello dorado. Linda.

"Espera..."

—¡Vaya!

La elfa nunca había imaginado que la aventurera en cuestión pudiera ser alguien que conociera, pero vio el destello de reconocimiento en el rostro de la otra joven mientras estaba sentada parpadeando.

"Eh, nos conocimos en el este, ¿no?", dijo la clériga.

"Sí, me apetece verte aquí. Una aventurera, ¿verdad? La elfa pelirroja de alguna manera logró evitar que su rostro se moviera y sonrió en su lugar. No estaba segura de sí se estaba sonrojando de vergüenza, esperaba que el

maquillaje, que usaba solo en raras ocasiones pero que usaba hoy, la ayudara si lo estaba.

Supongo que, en cierto modo, facilita las cosas.

Sabía que no tendría que preocuparse por ninguna regla de etiqueta desconocida con esta persona. Dando un suspiro privado de alivio, se sentó junto a la sacerdotisa. "¿Vienes a divertirte?", preguntó.

"No, negocios. Oh, mmm, no yo personalmente, quiero decir. Un miembro de mi grupo ".

"¿Oh, sí?", dijo la elfa pelirroja con timidez. Puede que sonara desinteresada, pero creía tener una idea bastante clara de lo que estaba pasando. Al fin y al cabo, cuando se encontraron en el desierto, ella había estado en *esa tienda*. Muy parecido a lo que hacía ahora.

Supongo que tienen tratos con el hampa.

Bueno, ella también. Tal vez era natural, o inevitable, que se volvieran a encontrar.

—¿Qué te trae aquí, si me permites preguntar...? —dijo la Sacerdotisa.

"Supongo que también se podría decir negocios. Esto y aquello".

La elfa pelirroja sonrió ambiguamente. No era mentira, no realmente. De todos modos, no creía que la mayoría de los clérigos fueran lo suficientemente desconfiados como para ir por ahí blandiendo Sentir Mentiras a todo el mundo, incluso como un farol. ¿Cómo podía un clérigo que ni siquiera confiaba en la gente confiar en los dioses? Eso era doblemente cierto en el caso de su amiga la clériga.

Al mismo tiempo, los agentes necesitaban ser capaces de domar sus obsesiones privadas.

Y en términos prácticos, los gastos son un verdadero problema...

Inevitablemente, a un hechicero le costaba mucho dinero colocar las cartas en su mano, incluso si un loto negro no era lo primero que dibujaba.

"... Este lugar es realmente impresionante —dijo la Sacerdotisa, absteniéndose cortésmente de indagar más en la situación personal de la elfa mientras echaba un vistazo al Casino—. En algún momento, una enorme tina de vidrio llena de agua había sido sacada de algún lugar dentro del edificio. "Nunca había visto una caja tan grande hecha de vidrio. ¿Es eso lo que llaman... ¿Un acuario?

"Sí. Una bailarina Sirena va a hacer un espectáculo. La actuación de esta noche debería comenzar en unos minutos".

"¡Guau...!"

Por eso llamaron a este lugar La Sirena, la elfa pelirroja respondió. Continuó con la conversación insípida mientras dejaba que sus ojos escudriñaran a la clientela. Buscando... Buscando...

Cualquier cosa fuera de lugar.

Alguien que normalmente no venía aquí, como esta Sacerdotisa. Pero a diferencia de ella, alguien poco refinado, descortés, cuyo único atributo distintivo serio era su dinero. Alguien embriagado por el placer del mero hecho de poder venir aquí.

"... ¿Así que tienes una misión en la Ciudad del Agua?", preguntó la elfa.

"¡Ajá! Aunque, eh, no estoy segura de cuánto puedo decir al respecto".

Mientras la elfa observaba, la charla continuó. Un poco de charla mientras buscaba entre la gente.

Es una verdadera ayuda, en cierto modo.

Habría sido terriblemente extraño, después de todo, que una de las camareras disfrazados de Conejo se quedara sin hacer nada, mirando a los clientes. Ciertamente le gustaba más esto que caminar como si no tuviera nada que hacer. No sabía qué las había reunido aquí, si el destino o el azar, pero estaba agradecida...

"Básicamente, estamos buscando a alguien que fue secuestrado".

—Secuestradores, ¿eh? Las orejas de la elfa pelirroja se echaron hacia atrás por reflejo. "Son una escoria. Lo más bajo de lo más bajo".

“Er...?”

—¡Oh! No te preocupes por mí. Lo siento. ¡No puedo soportar eso!" La elfa se reprendió a sí misma, tratando de hacer pasar todo el asunto con una sonrisa. La tendencia de su odio a los traficantes y secuestradores a aparecer en un abrir y cerrar de ojos era nada más y nada menos que una vulnerabilidad que podía ser explotada.

Tengo que acumular ese karma.

Al igual que la muchacha, la que ahora la miraba con... ¿era eso sospecha? No, algo más cercano a la preocupación genuina. Tal vez cuando esta mision terminara, la elfa podría encontrar su camino en un templo de la Madre Tierra.

Vio aparecer en un rincón de la habitación a un hombre con un fuerte brillo en los ojos, y asintió brevemente en su dirección.

"¡Oh, está empezando!", dijo la Sacerdotisa.

Con una floritura, las luces del casino se apagaron, la oscuridad descendió sobre el lugar. En su lugar, hubo un chorro de agua del tanque en el escenario, acompañado de una exclamación de los espectadores.

La elfa pelirroja, ignorando totalmente todo esto, se reprendió a sí misma y se puso en orden. Nadie a su alrededor se habría dado cuenta de que las sombras junto a sus pies se retorcían y se deslizaban antes de salir al exterior. Y, desde luego, no habrían visto que las sombras tenían forma de algún tipo de bestia; no, estaban demasiado embelesados con el espectáculo del escenario.

Ahora todo lo que tenía que hacer era no apartar los ojos del hombre. No podía relajarse, pero el primer acto estaba llegando a su fin...

—¡Vaya!

"...!"

Entonces, cuando la Sacerdotisa gritó de repente, los hombros de la elfa pelirroja temblaron de sorpresa. ¿Se había fijado en ella? Ese fue su primer pensamiento, pero cuando miró a la Sacerdotisa, encontró a la joven mirando hacia algún lugar que nunca habría predicho, es decir, hacia un aventurero de aspecto desaliñado y distraído con un casco de metal barato.

¿Salió de la habitación interior?

Pero, pensó, eso significaría... pero la elfa pelirroja desechó la idea. Entre gatos y espías, la curiosidad probablemente se había cobrado al menos 50.000 vidas en el Mundo de las Cuatro Esquinas.

"Um, me temo que tengo que irme", dijo la Sacerdotisa.

"¿Sí? Mantente a salvo ahí fuera".

Por lo tanto, la elfa le deseó buena fortuna a la sacerdotisa mientras se disponía a irse. Un comentario personal.

Una agente que acechaba a través de las sombras de la ciudad y una aventurera que se movía audazmente a través de los hexágonos del Mundo de las Cuatro Esquinas: a veces pueden tener propósitos cruzados, pero otras veces pueden trabajar juntas.

—Creí ver a tu amigo trabajando por aquí —dijo la Sacerdotisa, añadiendo con nostalgia que le hubiera gustado saludarle, pero que parecía que estaba ocupado.

La elfa mostró una sonrisa torcida. "Le daré tus mejores deseos".

"Te lo agradecería. Um, adiós, entonces..." La Sacerdotisa se alejó varios pasos, pero luego se dio la vuelta, con el rostro enrojecido por la preocupación, y preguntó: "¿Por qué están todas vestidas como conejos de todos modos?"

—Por favor —dijo la elfa, cubriéndose la cara—, no preguntes.

¡Acaba Con La Mente Maestra!

—¿Averiguaron algo? —preguntó la Alta Elfa Arquera mientras dejaba que la brisa soplara agradablemente a través de su cabello después de haber hecho su viaje a través del campo. El cielo estaba despejado y azul, excepto por unas pocas nubes blancas que flotaban como pelusa de diente de león.

Los aventureros estaban justo afuera de la puerta principal de la Ciudad del Agua, donde se habían reunido después de una noche de recopilar información.

—En el caso de este lanista —dijo el Sacerdote Lagarto, enroscando la cola mientras se inclinaba hacia la Alta Elfa Arquera—, parece que estaba bastante necesitado de dinero.

—Podría ser una rica veta de investigación —dijo el Chamán Enano, en verdad, una frase apropiada para un enano—. "Pero no significa exactamente lo que Escamoso está insinuando. Parece que nuestro hombre vivía por encima de sus posibilidades.

—¿Hmm?

"Sí, sabes que no puedes hacer crecer un árbol de dinero plantando una moneda en el suelo, ¿no es así?"

Las orejas de la elfa se echaron hacia atrás: *¡Qué grosero!* Sería descortés a estas alturas hablar del sentido económico de los Altos Elfos.

La Sacerdotisa, que conocía demasiado bien los hábitos de gasto de la elfa, sólo pudo emitir una risita ahogada. "Así que la cuestión es de dónde sacaba el dinero, ¿no?", dijo, mientras miraba a Goblin Slayer, que permanecía en silencio. "Supongo que cuadraría si tuviera algún tipo de negocio paralelo...".

Basándose en su visita al *ludus,* tuvo que decir que no parecía un trabajo muy fácil, aunque parecía que a los lanistas se les pagaba razonablemente...

"Si *todavía* no era capaz de mantenerse al día con su propio estilo de vida, realmente debe haber estado viviendo a lo grande", coincidió la Alta Elfa Arquera, quien solía comprar juguetes y dejarlos en su habitación. Sonreía como si la hierba bajo sus pies fuera la cosa más maravillosa del mundo; Parecía una niña encantada mientras caminaba, pateando con los pies por el campo.

Semejante libertad, una belleza tan llamativa que podría ser un cuadro, pertenecía exclusivamente a los elfos. No había duda de que esta joven era más encantadora cuando estaba en la naturaleza, pensó la Sacerdotisa mientras le susurraba a la Alta Elfa Arquera: "¿Cómo te fue anoche?"

"Se fue, supongo. Solo charlamos un poco", respondió, riendo de una manera que hizo que sus largas orejas se agitaran.

Lanzó una mirada significativa en dirección a la Baturu, que estaba aprovechando al máximo el campo abierto. Ya no parecía deprimida como el día anterior, pero su expresión seguía siendo dura. Los labios de la joven centaura estaban dibujados y miraba al frente, aparentemente a la espalda del mugriento aventurero que iba en silencio a la cabeza del grupo. Solo las orejas de equino en su cabeza, giradas hacia afuera para que no se perdiera nada, delataban que estaba escuchando su conversación.

"... ¿Crees que vendió a mi princesa para salir de sus problemas de dinero?", preguntó.

"La única persona que podía decirnos eso con certeza terminó con la cabeza abierta", dijo el Chamán Enano. "¡Incluso si hubieran traído un nigromante, no habría ayudado mucho!" Se echó a reír.

Entonces, también, los buenos nigromantes ayudan a las almas de los muertos a regresar al gran ciclo. La idea de que resolver disputas en el mundo

de los mortales ayudaba a los espíritus a superar su apego a sus vidas era algo que los vivos se decían a sí mismos.

"Aquí pensé que Cortabarbas nos llevaría a inspeccionar la escena, pero tal vez no..."

—No —dijo el hombre que los había traído a todos hasta aquí y que no había dicho una palabra hasta ese momento—. "Estoy buscando cualquier señal de goblins."

Los aventureros intercambiaron miradas. Uno puede imaginar expresiones que decían: *"Santo cielo" o "lo sabía."*. Un sentimiento que todos compartían, una combinación de exasperación, familiaridad, afecto y cansancio.

Baturu, la única persona que no había reaccionado, agarró la empuñadura de su katana y gritó: "¡Pero la misión es averiguar a dónde fue la princesa!"

"Exactamente," dijo Goblin Slayer, su respuesta fue breve y tan aguda que fue casi dolorosa. "El cochero, la motivación del asesino del lanista, no creo que estas cosas estén relacionadas con lo que le sucedió a Silver Blaze".

Se podría argumentar que esa fue una opinión bastante escandalosa. Los aventureros volvieron a mirarse unos a otros; incluso la Baturu parecía no saber qué decir a esto. Finalmente, la Alta Elfa Arquera habló en nombre de todos ellos, sonando irritada. —¿Qué quieres decir exactamente con eso?

—"Quiero decir lo que he dicho".

"No sabemos qué quisiste decir con lo que dijiste; ¡Por eso te lo preguntamos!".

"Hmph." Goblin Slayer resopló en voz baja, luego intentó dar una nueva voz a sus pensamientos. "Al menos, no creo que el hecho de que la princesa centauro haya sido secuestrada esté relacionado con su desaparición en esta ciudad".

—Desde luego, sería bastante indirecto —dijo el Sacerdote Lagarto con tono servicial—.

Comenzó a torcer los dedos de su mano escamosa, contando: "Primero la engañan para que abandone su rebaño y la venden a la competencia, luego le matan a su lanista y la secuestran de nuevo".

Cuando lo dijo de esa manera, sonaba improbable. El Chamán Enano bebió un trago de vino para poner en marcha su ingenio, y luego, con el aliento cargado de alcohol, dijo: "Incluso si quisieras negociar por ella dos veces, debe haber una mejor manera". Incluso ese supuesto sabio enano se habría dado cuenta de eso, aunque para ser justos, eso era solo una historia, y los enanos odiaban la forma en que todos pensaban que todos eran iguales.

La Sacerdotisa se llevó un dedo a los labios y, sintetizando lo que todos los demás habían dicho, comentó: "Si vas a hacer un plan, cuanto más simple sea, más probable será que funcione". Era una chica inteligente. Inexperta, tal vez, pero siempre dispuesto a aprender de los que están más avanzados en el camino. "Si se hubiera escapado, se habría ido a algún lugar de la ciudad o habría regresado con su gente. Como no hizo ninguna de las dos cosas, sabemos que fue secuestrada..." Ese era el don de la educación, esa capacidad de pensar con calma a través de una idea y encontrar la respuesta. —Ya veo. Sí, definitivamente son goblins, entonces".

—Oh, dioses... —gimió la Alta Elfa Arquera, con cara de incredulidad—.

La Guerrera Baturu pateó la hierba con enojo. "¡¿Qué estás diciendo?! ¡Mi princesa...!

"Una chica, sola, desaparece fuera de la ciudad. Hay goblins errantes en la zona," dijo Goblin Slayer, exponiendo implacablemente los hechos. Y concluyó: "Se puede suponer que fue secuestrada por ellos".

§

La escena del crimen era tan anodina que nunca habrían sabido dónde estaba si no se lo hubieran dicho. Hierba, barro: la lluvia se había salido con todo y ya no había rastro del asesinato ni del secuestro.

Eso no impidió que Goblin Slayer se pusiera a cuatro patas y hundiera una mano en la maleza. "Si la arzobispo no está al tanto de ningún goblin, dudo que el Gremio de Aventureros tenga más información." Las visitas al coliseo y al *ludus* habían sido inestimables para establecer la identidad de Silver Blaze como la princesa centauro, pero para los propósitos de su búsqueda, no tenían absolutamente ninguna necesidad más que esa. "Por eso probé en el hampa. No tenían nada que decirme sobre los goblins, pero sí oí hablar de un hechicero sospechoso.

—¿Un hechicero, dices? —preguntó el Chamán Enano.

"Sí," contestó Goblin Slayer. "Uno inmortal, supuestamente, que vuelve a la vida sin importar cuántas veces lo maten. Esta persona ha aparecido en la frontera occidental recientemente, o eso dicen".

"Inmortal". El chamán enano olfateó sin evidente interés. – ¡Mi Barba!.

Nunca había habido un ejemplo de inmortalidad real en toda la historia del Mundo de las Cuatro Esquinas. Incluso los Altos Elfos acaban muriendo. Tampoco la resurrección era un asunto sencillo. Se contaba en una de las sagas, que afirmaba que un gran héroe había resucitado por un milagro de los dioses, un verdadero milagro. Pero eso fue todo.

La inmortalidad, tal cosa no existía, no podía existir. Aquellos que afirmaban que los muertos vivientes eran inmortales eran tontos. Los muertos vivientes, después de todo, habían resucitado precisamente porque habían muerto primero.

"No sería la primera vez que nos encontramos con goblins sirviendo a gente como ellos".

Por lo menos, una tribu errante de goblins había aparecido de repente en la frontera occidental, y una chica había sido secuestrada cerca de una ciudad. Alguien más podría haber mirado más de cerca, investigado más a fondo, observado más antes de hacer una deducción. Pero para este hombre, todos los caminos llevaban a los goblins.

"Está resuelto," dijo Goblin Slayer con convicción.

"... ¿Es esto realmente una aventura urbana?" —preguntó la Sacerdotisa.

"Sí, creo que esto ya no cuenta...," dijo la Alta Elfa Arquera cubriéndose la cara y esperando corregir cualquier malentendido que la Sacerdotisa pudiera tener sobre la naturaleza de las aventuras urbanas. Sin embargo, dudaba que fuera a ayudar mucho. La niña estaba siendo envenenada progresivamente.

¡Malditos Goblins! ¡Otra vez!

¡Una viruela sobre el destino y el azar! (Lejos esté de un alto elfo murmurar algo tan grosero como eso, *¡Gygax!*)

"¡Ni siquiera tienes pruebas!", replicó ella.

"Aquí está", dijo Goblin Slayer, presentando sus hallazgos en la maleza: estaba sosteniendo algunos excrementos de animales. En concreto, el estiércol de lobo, o más precisamente, el de un huargo.

La Alta Elfa Arquera frunció el ceño furiosamente, ofreciendo un comentario muy corto y probablemente no muy cortés en el elegante lenguaje de su pueblo. La sacerdotisa no tenía ni idea de lo que había dicho; En lo que a ella respectaba, sonaba tan bonito como una canción o un poema.

"... ¿Por qué nadie se dio cuenta de esto antes?" —preguntó la Baturu, acercándose trotando y mirando el estiércol.

"Presumiblemente porque estaban buscando las marcas de los cascos de un centauro o las huellas de una persona, no goblins".

"¿Entonces la princesa realmente fue secuestrada por goblins?"

—No lo sé.

Incluso Baturu reconoció el estiércol de los huargos. Así que tal vez este hombre, este hombre desaliñado, no estaba simplemente vendiendo humo. Si lo hiciera... bueno, una alta elfa y esta sacerdotisa nunca habrían seguido a una persona así.

"Es por eso que estoy tratando de averiguarlo. Y luego, eventualmente, mataré a todos los goblins".

La Baturu nunca había visto los ojos escondidos detrás de la visera del casco de metal, no podía imaginar cómo se verían, pero vio a la Alta Elfa Arquera entrelazar sus brazos detrás de su cabeza, aceptando esta declaración (con cierta molestia). Y vio a la Sacerdotisa agarrar su sonoro bastón con firmeza, mirando hacia el horizonte. Esas cosas las entendía.

—¿Hay algún problema con eso? Preguntó Goblin Slayer.

La respuesta de la Baturu fue: "... No".

§

Así fue como los aventureros se encontraron en el campo una vez más, a pie, con sus mochilas a la espalda. Ningún carro o carruaje sería lo suficientemente flexible para sus necesidades cuando deambulaban por la llanura abierta, sin saber a dónde iban, por lo que en su lugar se encontraron usando este medio de transporte más clásico, sus propios dos (o en el caso de la Baturu, cuatro) pies. Una tradición entre los aventureros desde que se pusieron por primera vez su brillante cota de malla y comenzaron a explorar.

El grupo se puso en marcha, avanzando sobre la cuadrícula y los hexágonos del Mundo de las Cuatro Esquinas.

"... ¿A dónde vamos exactamente?"

"Estamos buscando goblins".

El intercambio entre Baturu y Goblin Slayer tuvo más de frustración y disgusto que de pregunta y respuesta...

La luz del sol que caía ininterrumpidamente sobre el campo era casi tan brutal como la del desierto. Al menos no tenían el calor reflejado de la arena.

Brutal podría ser, pero para los aventureros, no fue difícil. Los elfos, los enanos e incluso los hombres lagarto no estaban hechos para caminar largas

distancias: el hecho de que pudieran abrirse camino a través de la hierba, vigilantes todo el tiempo, era uno de los regalos de su larga experiencia.

En una situación como esta, eran los humanos los que tenían la ventaja abrumadora. Podían sudar, podían respirar con dificultad, pero podían caminar en silencio. En términos de velocidad o fuerza pura, es posible que no se comparen con otras personas, pero...

"Dicen que los humanos nunca se rinden. Pero supongo que tal vez se tomen un descanso de vez en cuando —dijo la Alta Elfa Arquera, un poco exasperada—.

Pero ella soltó una risita, mirando a la Sacerdotisa desde atrás mientras la joven avanzaba frente a ella. Parecía tan delicada y frágil, pero allí estaba. Hizo feliz y triste a la Alta Elfa Arquera al mismo tiempo. Al menos la Sacerdotisa estaba empezando a entender la palabra de advertencia de su "hermana mayor".

"... ¿Estás bien?" —preguntó la Sacerdotisa, tratando de cubrirse volviéndose hacia la Baturu a su lado.

"No hay problema... en absoluto...", dijo la centauro con los dientes apretados. Provenía de un pueblo nómada; Caminar un poco no era nada nuevo para ella, pero una marcha constante de casi diez *li* era otra cosa. El puñado de breves descansos que habían tomado en el camino no fueron suficientes para compensar la creciente fatiga.

"Bueno, mejor no nos excedamos. Tenemos que estar listos para pelear si es necesario". El verdadero trabajo estaba por llegar, como bien sabía el Chamán Enano. Le tendió algo a la Baturu: un albaricoque seco, que tenía en la palma de la mano. Ahora bien, ¿de dónde había sacado eso?

"Gracias..."

"¡No lo menciones!"

La mirada de la Baturu, espinosa al principio, se había suavizado a lo largo de sus días de trabajo juntos. O tal vez realmente se sentía así de débil, en cualquier caso, tomó la fruta con gratitud.

"¡Ooh! ¡Yo también, yo también!" —exclamó la Alta Elfa Arquera—.

—¿Qué eres, una niña? —espetó el chamán enano—.

La elfa objetó que no había razón para oponerse, y amablemente le dio un poco de albaricoque, mientras él mismo tomaba un trago de su vino.

El sol pronto pasaría por encima de sus cabezas y comenzaría su descenso hacia el horizonte. El Sacerdote Lagarto, que había estado estudiando su camino a través del cielo, gritó a su guía: "¡Milord Goblin Slayer, me atrevo a decir que colapsar de agotamiento aquí no nos servirá de nada!"

—Mm —dijo Goblin Slayer, deteniéndose—.

La sacerdotisa se detuvo a su lado, con su bastón tintineando en sus manos. —¿Vamos a acampar?

"Parece que es el momento".

La sacerdotisa se había acostumbrado a viajar más de lo que jamás hubiera imaginado durante sus días en el templo. La Ciudad del Agua, la Capital Real, la Montaña Nevada, la Aldea de los Elfos, el Desierto, el Mar del Norte y muchas mazmorras y ruinas antiguas, había estado en todas ellas. Pero entre esas experiencias... *¡Casi nunca anduvo por campo abierto!*

Qué pensamiento tan extraño. Ella sonrió; Qué cosa tan extraña darse cuenta en este momento. Y, sin embargo, a pesar de su falta de experiencia en el campo propiamente dicho, en algún momento había adquirido el instinto de comenzar a armar el campamento antes de que oscureciera.

¿Y él? —se preguntó—. ¿Había vivido Goblin Slayer muchas aventuras como esta?

Todavía sin saber la respuesta, un murmullo se le escapó a la Sacerdotisa: "Nunca encontramos a los goblins".

"Lo haremos," dijo Goblin Slayer, mirando a través del mar verde, a cada una de las cuatro esquinas a su vez. Dijo en voz baja: "Eventualmente, vendrán a nosotros".

§

A su debido tiempo, llegó la noche. Las lunas se elevaron en el cielo, brillando en rojo y verde, mientras que, en el suelo, la luz provenía de la hoguera crepitante. Cada uno de los aventureros hizo lo que creyó que era mejor, descansando o vigilando. Los lanzahechizos dormían mientras el guerrero y la guardabosques se encargaban de hacer guardia. La Alta Elfa Arquera tomó la primera guardia, diciendo que quería poder dormir una vez que se acostara, en lugar de ser despertada en medio de la noche.

Era otra fase de otra aventura, un suceso perfectamente ordinario que se repetía muchas veces en el Mundo de las Cuatro Esquinas. Sin embargo, era una situación desconocida para aquellos que no eran aventureros. La Baturu, con su cuerpo de caballo, se movió incómoda sobre la manta que le habían tendido en lugar de una cama.

Era natural, por lo tanto, que *se* acercara a la centauro arrodillada. "¿No puedes dormir?" —preguntó la sacerdotisa, en voz baja para no molestar a su amiga de guardia.

"....." Hubo un silencio muy largo, después del cual la Baturu finalmente respondió: "No... Entre mis *ulus,* mi gente, siempre poníamos tiendas de campaña bajo las cuales dormíamos".

"Creo que las tiendas de campaña serían demasiado para nosotros..."

"No me refiero al tipo de tiendas que usan los aventureros. Nuestros *gers* son nuestras casas". La Baturu sonrió levemente. Explicó que se erige un poste en el centro de la tienda, se construye un techo, todo se roda con un marco y luego se cubre con tela. "Tiene un techo y una puerta adecuados. Los muebles también. Incluso una estufa".

"¡Una estufa...!" La Sacerdotisa se encontró parpadeando. Nunca había visto una tienda de campaña como esa. Deben ser muy grandes. ¿Y cómo podrías llevar una estufa a todas partes? No podía imaginarlo.

La Baturu volvió a sonreír ante el asombro infantil de la Sacerdotisa y miró hacia el cielo. "Por eso lo encuentro... Es difícil relajarse bajo las estrellas".

"Yo también. Mi corazón no dejaba de latir la primera vez". La Sacerdotisa hundió sus rodillas en su pecho, acercándose a la Baturu.

¿Cuándo había sido la primera vez que acampó? ¿Tal vez cuando todos se habían ido a las ruinas antiguas?

El viento a través de la llanura era frío, y el frío solo se intensificaba con el brillo de las lunas y las estrellas. Pero el cuerpo de la centauro estaba caliente, pensó la Sacerdotisa, dejando escapar un suspiro de satisfacción. Entonces, por fin, recordó que había traído el odre. —¿Te apetece un trago?

"Mn... Sí, por favor".

A la Baturu se le cayeron las orejas y tomó la cantimplora con sorprendente disposición. Antes de llevarse nada a la boca, vertió unas gotas en el dedo medio de su mano derecha. Arrojó las gotas al cielo, a la tierra, y solo entonces bebió con pasión.

—¿Qué fue eso? —preguntó la Sacerdotisa. Había visto a la Baturu hacer un gesto similar antes de que empezaran a comer.

"Mmm", respondió la Baturu y pensó por un segundo. "Un acto de gratitud, supongo que se podría decir. A los cielos y a la tierra". Ella sonrió tímidamente, como si se esforzara un poco por encontrar un buen resumen. "Es una costumbre nuestra. Es más fácil de hacer que de explicar".

"Ah..."

Así era para la Baturu lo que la oración era para ella, reflexionó la Sacerdotisa con un movimiento de cabeza. En última instancia, así era la fe. No tenerla sería como no respirar: no sería capaz de pensar, ni siquiera sobreviviría.

Al menos, ese es el ideal, pensó la Sacerdotisa. No es que se hubiera acercado a eso.

"Mm...," gruñó la Baturu, tendiéndole el odre a la Sacerdotisa.

"Oh, mmm", dijo la Sacerdotisa, luego completo con un, "muchas gracias ...¿si?", mientras aceptaba la cantimplora.

"No creo que tengas que darme las gracias. Es tuya".

"... Así es".

La Baturu soltó una risita —¡esa Sacerdotisa no tenía remedio! — y la Sacerdotisa se rascó la mejilla avergonzada. Sin embargo, por alguna razón, no se molestó demasiado cuando le señalaron su pequeña metedura de pata.

Tomó un trago de agua, que estaba mezclada con un poco de vino. *Glug, glug.* La Baturu estudió el rostro de la Sacerdotisa a la luz de las lunas, las estrellas y el fuego. "¿Por qué te convertiste en una aventurera?", preguntó, y su pregunta se escuchó entre los crepitares del fuego.

"¿Por qué...?"

"No tiene sentido para mí. Tampoco por qué mi hermana mayor se iría, ni por qué una princesa se iría a una ciudad".

Eran las palabras de alguien que se había quedado atrás. La Sacerdotisa nunca había oído nada igual.

"Si lo que quiere es pelear, hay batallas. Tenemos nuestras guerras. ¡Hay gloria que ganar!". Tenía amigos; Tenía una familia. Tenía su trabajo diario y sus alegrías y tristezas. Podían mudarse con frecuencia de un lugar a otro, pero el lugar donde ella *vivía* nunca había cambiado. —La llanura es un buen lugar —dijo la Baturu, contemplando el oscuro océano de hierba que se extendía sin cesar bajo el cielo nocturno—. Cada vez que soplaba el viento, una ola pasaba a través de él, acompañada de un susurro como el susurro del mar. "Esta es mi patria. ¿No era suficiente para ella?

"Bueno..."

"Anoche, escuché que incluso tu princesa elfa se fue de su casa". La Baturu le estaba haciendo una pregunta a la Sacerdotisa y, sin embargo, era casi como si estuviera hablando consigo misma. "¿Es... de verdad tan malo?"

"Estoy... No estoy segura —dijo la Sacerdotisa en voz baja, presionando su mejilla contra sus rodillas—. "No soy princesa y no soy tu hermana".

"... Tienes razón. Por supuesto que no".

La voz de la Baturu parecía un poco más suave. Tal vez era porque la Sacerdotisa no había dicho que era porque no era un centauro. O tal vez porque no había expresado alguna simpatía fuera de lugar o sentimiento de compañerismo. Ni siquiera la Sacerdotisa podía estar segura.

"Pero la razón por la que continuamos esta aventura es porque..."

¿Porque lo entendemos?

¿Podría decir eso? La sacerdotisa abrazó sus rodillas y susurró las palabras. No era una aventurera lo suficientemente consumada como para afirmar que lo entendía. Había otros con más experiencia que ella. Todos los que componían su grupo, por ejemplo.

¿Qué pasa con Goblin Slayer?

¿Y él? ¿Por qué había elegido este camino que había recorrido, este camino que lo había llevado a este punto? Ella no lo sabía.

Sabía por qué seguía matando goblins. Creía que era lo que tenía que hacer.

La Sacerdotisa creía lo mismo.

Proteger, curar, salvar. Las enseñanzas de la Madre Tierra, que le habían sido inculcadas desde pequeña, y que le sirvieron de guía para su vida.

¿Por qué era una aventurera, entonces?

Había una respuesta.

Tenía que ser...

"Porque quiero vivir aventuras". Esa fue la

única razón.

—¿Quieres seguir...? Ahora era el turno de la Baturu de parpadear sorprendida.

La Sacerdotisa estaba segura de que su amiga de orejas largas, que montaba guardia, debía ser capaz de oírlos, y eso era un poco embarazoso, pero no dudó cuando habló. "Quiero decir, ¡nunca tienes idea de lo que va a pasar!"

Ni siquiera había soñado que podría luchar contra un dragón. Nunca pensó que podría hacerse amiga de una *húsfreya* en el mar del norte. O que conocería a amigas preciosas como la Alta Elfa Arquera, o la Comerciante, o la Hermana del Rey (incluso si se había enfadado mucho con la hermana real la primera vez que se conocieron).

No todo eran cosas buenas, había habido muchas cosas malas, incluso desgarradoras. ¿Dónde estaría ahora si hubiera podido seguir viajando con su primer grupo? Incluso ahora, la pregunta le provocaba un hormigueo en el pecho cada vez que cruzaba por su mente. Y, sin embargo, si hubiera dejado de aventurarse entonces...

"No estaría hablando con una princesa centauro, ¿verdad?"

"... No soy una princesa —dijo la Baturu después de un momento—.

"Para mí, pareces tan noble como una".

Era una joven de una buena familia marcial del pueblo centauro. En términos humanos, eso la convertiría en algo así como la hija distinguida del linaje de un caballero.

Eso es suficientemente princesa para mí, sin duda, pensó la Sacerdotisa. Qué diferente de ella misma, criada en un orfanato del templo, sin conocer nunca los rostros de sus padres. Aunque para ser justos, solo cuando era extremadamente joven había creído que su situación era desafortunada.

El hecho de que alguien como ella estuviera aquí, con tantos amigos y conocidos, fue gracias a las aventuras.

—Por favor, no te burles de mí —dijo la Baturu, con las orejas echadas hacia atrás—. Sus labios estaban fruncidos, pero ¿tal vez el rojo de sus mejillas era por el reflejo del fuego?

"¡Je, je! No te estoy tomando el pelo".

"¡Lo estas! ¡Estoy segura de que lo estás haciendo...! Puedo verlo en tu cara —afirmó la Baturu, con el ceño fruncido—.

La sacerdotisa solo se río. "Te prometo que no lo estoy haciendo".

Realmente deberían dormir un poco, pero allí estaba ella, charlando toda la noche con una amiga. Algunos podrían ridiculizar esto como falta de vigilancia o arrogancia, pero una aventura que no tuvo al menos un momento como este no era una aventura en absoluto. Una charla simple e inocente, eso es lo que era.

Pero había quienes en el Mundo de las Cuatro Esquinas no permitían ni siquiera esas indulgencias simples.

La Alta Elfa Arquera fue la primera en notarlos. —Mn... —gruñó, con las orejas crispadas—; Luego buscó rápidamente su arco.

Su enfoque nunca se le escapaba a Goblin Slayer. "... ¿Goblins?", preguntó, poniéndose en pie con un movimiento que no era particularmente ágil pero que estaba muy practicado.

La Arquera de los Altos Elfos asintió con la cabeza al Asesino de Goblins mientras comprobaba que los cerrojos de su equipo estaban apretados. "Bueno, esto apesta".

—Muy bien.

"¡No, todo está *mal*!"

—Estoy de acuerdo.

La Alta Elfa Arquera resopló. Lo peor era que lo decía en serio.

La sacerdotisa, que ya se había dado cuenta de la situación, estaba ocupada despertando a los lanzadores de hechizos.

"¿Hrm...?" El Chamán Enano gruñó mientras lo sacudían de un sueño.

"¡Creo que hay enemigos...!", dijo.

"¡Bueno! ¡Pues bien!" —exclamó el Sacerdote Lagarto, percibiendo el olor de la batalla—. La forma en que todo su gran cuerpo temblaba al levantarse era como un dragón poniéndose de pie. "Dios mío, pero la llanura se enfría por la noche. ¿Tienes algo para calentar la sangre?

—Si con eso te refieres al vino, sí, tengo un poco —dijo Sacerdotisa con una risita, sonriendo con un toque de ansiedad—.

Incluso en la batalla, siempre era bueno tener algo de reserva, al menos lo suficiente para algunas bromas amistosas. Tal vez no pudiera hacer lo que su amigo caballero había hecho, pero al menos podría intentar imitarla.

—¿Cuántos, Orejas Largas?

"El aullido de los huargos hace que sea difícil saberlo..." El chamán Enano estaba hurgando en su bolsa de catalizadores mientras se levantaba, mientras que la Alta Elfa Arquera movía las orejas e intentaba responder a la pregunta que le había lanzado sobre la hierba. —¿Más de tres, creo? Y definitivamente menos de diez".

—¿Ni siquiera puedes contar tan alto? Dijo el Chamán Enano.

A esto le siguió un "¡Cállate, Enano!". Pero, comprensiblemente, ambos hablaron en voz baja.

El hedor de las bestias les llegaba con el viento, una combinación de inmundicia y suciedad.

—Supongo que sabías que esto sucedería —dijo el Sacerdote Lagarto, exprimiendo un poco de vino de la cantimplora—.

"Lo sospechaba," contestó Goblin Slayer con un movimiento de cabeza. Detrás de su visera, sus ojos brillaban a través del campo, a través del océano de hierba, un brillo ardiente como la mirada de un animal salvaje.

Para el enemigo, no debían parecer más que idiotas lo suficientemente estúpidos como para acampar en campo abierto.

"Estos son lo suficientemente tontos como para atacar un carro a plena luz del día," señaló Goblin Slayer. "Nunca se habrían perdido una fogata encendida por la noche".

—No puedo creerlo —dijo la Alta Elfa Arquera frunciendo el ceño—. —¿Quieres decir que éramos el *cebo*?

—Sí.

"Increíble..."

"Pero hay buenas noticias," dijo Goblin Slayer. "Parece que todavía no tienen suficiente".

Ya sea que estuvieran buscando sacrificios vivos, trabajadores o *diversiones*, un centauro evidentemente no era suficiente para satisfacer sus necesidades. Si el enemigo aún no había logrado su objetivo, significaba que existía la posibilidad de que Silver Blaze siguiera viva. Y como esa probabilidad no era cero, se había convertido, ambiguamente, en buenas noticias.

"... ¿Qué debo hacer?" —preguntó la Baturu. Estaba con su armadura completa, su espada en la mano. Puede que no estuviera acostumbrada a las aventuras, pero sabía cómo luchar. Estaba nerviosa, pero no asustada.

—Guarda tus fuerzas —dijo Goblin Slayer, que había desenvainado su propia espada de una extraña longitud—. "Hay algo que necesitaré que hagas".

—¿Y qué es eso...?

"Te lo diré cuando llegue el momento".

Con eso, la conversación cesó. No es que hubieran sentido ningún aura, o intención asesina, o como quisieras llamarlo, pero la larga experiencia les había dado una idea de lo que sucedería y cuándo.

Hubo un instante en que los goblins acortaron la distancia con su presa.
Los aventureros estaban listos, uno a cada lado del fuego.
De la oscuridad salió un poderoso hedor. Un susurro de la hierba.
El crujido no fue causado por el viento. Era alguien, algo. La sacerdotisa tragó saliva, solo un poco, y entonces el enemigo se abalanzó sobre ellos.

“GROORGB!!!!”

Los Goblins salvajes salieron saltando desde la hierba alta.

§

“WAROOGB?!”

Es bastante fácil responder a algo que has anticipado por completo. Goblin Slayer se zambulló debajo del huargo saltarín y lo atravesó el corazón. Su espada, clavada entre sus huesos, podría haber matado a la criatura, pero no mató su impulso. Permitió que la velocidad no disminuida del cuerpo del animal, que caía detrás de él, le permitiera desenvainar su espada.

"¡Ese es uno...!"

"¡¿GBBROG?!"

Saltó sobre el goblin, que cayó del huargo muerto, clavando su espada de revés en el globo ocular del monstruo. El goblin dio algunos espasmos patéticos, pero su alma ya no estaba en este mundo.

—¿Cuántos? Preguntó Goblin Slayer.

"¡Yo diría que ocho más!" —gritó la Alta Elfa Arquera mientras soltaba la flecha de su arco—. Se deslizó por el suelo, pero justo cuando se desvaneció en la oscuridad de la maleza, rebotó hacia arriba.

"¡¿WARG?!"

"GBBOG?!?!"

Dos gritos. El único disparo había atravesado la montura y a su jinete directamente a través de sus barbillas. La Alta Elfa Arquera se lamió los labios. —¡Yo diría que dieciséis en total, quedan catorce!

"¡Muy bien...!"

Los aventureros rodearon el campamento por los cuatro lados, con la Sacerdotisa y la Baturu en el medio, junto al fuego. Sin embargo, en lo que respecta a los goblins, todavía superaban ampliamente en número al enemigo. Los abrumarían y aplastarían. Era la única idea que tenían.

Por lo tanto, no estaban coordinados en absoluto. Cada uno estaba desesperado por ser el primero, lanzándose hacia adelante, dejando atrás a sus camaradas más estúpidos. O podrían dejar que sus idiotas compañeros avanzaran, usándolos como carne de cañón mientras ellos, los inteligentes, se detenían para agarrar el botín.

Los goblins venían volando hacia los aventureros, por lo general con uno de estos dos pensamientos egocéntricos en sus cabezas.

"¡Me estoy absteniendo de los milagros por ahora!" Dijo la Sacerdotisa, lanzando una mirada en cada una de las cuatro direcciones y agarrando su bastón mientras estaba lista junto al fuego. Era angustioso no poder ver en la oscuridad, pero las aventuras tenían que ver con diferentes roles. En ese momento, mantener la posición con la Baturu era lo correcto.

—Si se acercan demasiado, contaré contigo —dijo la Sacerdotisa—.

"...Por supuesto", respondió la centauro, asintiendo con un dejo de tensión. "Déjamelo a mí".

"Estoy haciendo todo lo que puedo para extender la alfombra de bienvenida con mis flechas", dijo la Alta Elfa Arquera, desatando una lluvia de rayos literal mientras hablaba. "¡Pero los jinetes serán de lo peor si logran pasarla!" Ella frunció el ceño.

—¿Quizá sea hora de un pequeño hechizo, entonces? Dijo el Chamán Enano. Metió la mano en su bolso y sacó un pequeño frasco de aceite. Sin

pensarlo dos veces, lo arrojó al campo. *"Hadas, hadas, nunca se detengan, ¡lo que olvidaron, se lo devuelvo justamente! ¡No necesito dinero en efectivo, pero hazme feliz!"*

Tan pronto como entonó el conjuro, ¡he aquí! El aceite fluía sin cesar de la jarra. Pronto la fragante sustancia estaba por todas partes alrededor del campo, un parpadeo grasiento en la oscuridad.

"GOROGGB?!?!"

"¡¿WAGGRG?!"

Los goblins se lanzaron a la carga sin miramientos, sólo para ser descabalgados, es decir, derribados. Los desafortunados cayeron de cabeza y murieron con el cuello doblado en direcciones antinaturales. Los goblins relativamente afortunados intentaron ponerse en pie, pero sin mucho éxito, ya que resbalaban y se deslizaban por el suelo aceitoso.

"Dicen que se supone que es aceite curativo", dijo el Chamán Enano, lanzando una moneda hacia el frasco para detener el flujo de aceite. En el instante en que la moneda tocó el suelo, sorprendentemente, el flujo de aceite se secó.

"Ojalá pudiera prenderles fuego," dijo Goblin Slayer.

"¡Oh, *por favor,* no lo hagas!" La Alta Elfa Arquera gimió.

Mientras los goblins se movían como si se estuvieran ahogando, fueron atravesados por la daga de Goblin Slayer o las flechas de la Alta Elfa Arquera.

Sin embargo, hubo algunos afortunados que lograron cruzar el mar de petróleo o simplemente evitarlo por completo, ¿o fue la inteligencia de sus huargos la que actuó? Lo único que parecía seguro era que no era el legado de ninguna habilidad especial de los goblins.

Un huargo tuvo muy mala suerte: tuvo la desgracia de saltar sobre el Sacerdote Lagarto.

"¡Debo aplaudir tu espíritu!"

"¡¿WARGGGGG...?!"

Los colmillos de la criatura fueron a por su garganta, pero no se cerraron. En cambio, se encontraron atrapados por dos manos escamosas y desgarrados, con dientes y todo.

"¡¿GBBB...?! GREEKB?!?!"

El goblin en la silla de montar dio unos cuantos golpes con una lanza oxidada, pero no fue suficiente para molestar al Sacerdote Lagarto, que gritó: "¡Eeeeyaahhh!" y partió al huargo en dos antes de que pudiera emitir otro sonido. La piel y la carne se rasgaron con un chorro de sangre, y los órganos internos se esparcieron por todas partes.

"¡GROOGB! ¡¡GOBBGRGBB!!" El goblin que se tambaleó en medio de todo esto aulló sin comprender, 80 por ciento por ira hacia su huargo, 20 por ciento por burla al aventurero que no lo había matado.

"¡Eres mío!"

"GOROGB?!?!"

Así se dejó a merced de algo que no era ni lo uno ni lo otro:
La Baturu, partió su cráneo como leña con su katana. Los sesos y la sangre brotaron de su cabeza cuando la Baturu reanudó una postura preparada. De sus labios se oyó un murmullo: "Verdaderamente asombroso..."

"¡Ja, ja, ja! ¿Te refieres a mi fuerza? ¿O tal vez los pequeños trucos de nuestro chamán?

"¡Ambos!"

"¡Ja, ja, ja!" La alegre risa del Sacerdote Lagarto resonó en el campo oscuro. Sonaba como el rugido de un dragón y era suficiente para asustar a los huargos, pero no a los goblins. Los huargos nunca habían pensado en los goblins como sus amos y, de hecho, eran más inteligentes que ellos.

"¡WARG! ¡¡WWAAAAAARG!!"

"WARGGGGG!!"

Sin dudarlo, se sacudieron a sus jinetes y, literalmente, dieron media vuelta y corrieron por el campo abierto. Eso dejó solo un puñado de goblins en la hierba. Y la mitad de ellos se revolcaban en el aceite.

"... Hrmph," gruñó Goblin Slayer mientras apuñalaba tranquilamente a uno de los rezagados hasta la muerte. "Nunca pensé que una batalla con goblins en un campo abierto sería tan fácil".

"¿Qué esperabas? No hay muchos", dijo la Alta Elfa Arquera.

Parecía un desperdicio usar sus flechas en ellos ahora. En su lugar, sacó una daga de obsidiana y se dedicó a degollarlos, aunque frunció el ceño mientras lo hacía. No importaba cuántas veces lo hiciera, nunca se acostumbró a esta forma profesional de matar. Al menos esta vez, fue el resultado de una batalla propiamente dicha.

“GOORGB...!!”

La batalla podría haber terminado, pero eso no significaba que se la perdería, ya que uno de los goblins aceitosos logró ponerse de pie.

¡Estos goblins! ¡No saben cuándo rendirse...!

La Arquera Alta Elfa dio un "tsk" poco femenino y rápidamente cambió su daga por su arco.

—No lo mates —dijo bruscamente Goblin Slayer—. "Apunta a un punto no vital".

—¿Qué? La arquera elfa gritó con incredulidad mientras soltaba la flecha, pero, aun así, el disparo fue justo donde ella quería.

"GOBG?!?!"

La criatura aulló y cayó al suelo con una flecha en el hombro, luego inmediatamente se levantó y comenzó a correr. El tiro con arco de la alta elfa era tan sublime que podría haber pasado por un hechizo mágico.

Al goblin nunca se le pasaría por la cabeza que se le hubiera *permitido* vivir. ¡No, la estúpida elfa había fallado su disparo! A la Alta Elfa Arquera le molestaba que estuviera vivo para regodearse.

—Creo recordar que dijiste algo así una vez, Orcbolg...

Antes. Es curioso oír decir eso a una alta elfa, pensó la Sacerdotisa con una sonrisa. La Baturu la miró inquisitivamente, tras lo cual ella tosió y dijo: "No es nada". Luego comenzó a asegurarse de que todos los goblins a su alrededor estaban realmente acabados (una vez la había sorprendido un goblin que simplemente se hacía el muerto), pero encontró tiempo para preguntar: "¿Vas a perseguirlo?"

"Sí. Espero que corra directamente a su nido en busca de ayuda. No pensará en nada más". Goblin Slayer asintió, luego se volvió hacia la Alta Elfa Arquera y la Baturu. "Quiero que ustedes dos vayan tras él. Pero no dejes que se fije en ti".

La Alta Elfa Arquera parpadeó y, con un dedo largo y pálido, se señaló a sí misma y luego a la centauro. "¿Nosotras dos?", preguntó.

"Una Guardabosques y una mensajera. Una alta elfa debería ser capaz de ver en la oscuridad. Una centauro puede correr rápidamente". El casco de metal barato se volvió para mirar a la Baturu, y a la centauro, le pareció que estaba diciendo: *Puedes hacer eso, ¿verdad?* "Quiero que averigües dónde se esconden. Silver Blaze puede estar allí".

"...!" Con una fuerte inhalación, la Baturu se mordió el labio con fuerza y asintió. "¡Muy bien...!"

"¡Está bien, vamos!" La Alta Elfa Arquera golpeó suavemente a Baturu en lo que equivalía a su flanco, y luego las dos se fueron, tan rápidas como el viento, corriendo tras el goblin.

No hace falta decir que la velocidad de un centauro no tiene igual. Ni siquiera un alto elfo puede seguir el ritmo de uno en campo abierto. Pero si el centauro va lo suficientemente despacio como para evitar levantar los cascos, eso es otro asunto, o si va deliberadamente al ritmo del elfo.

Sin duda era esto último, pensó la Sacerdotisa mientras las veía desaparecer.

—Al menos, hemos confirmado que el enemigo está aquí —dijo el Sacerdote Lagarto, golpeando el suelo con la cola para sacudirse parte de la sangre que le había salpicado—. "Lo suficiente como para que un centauro no los satisfaga. Los pequeños monstruos deben estar hambrientos y sedientos".

—Sí. El casco de Goblin Slayer asintió lentamente hacia arriba y hacia abajo. Así eran los goblins.

Esperaba que una batalla contra los goblins en campo abierto fuera más difícil. No creía que fuera a perder, pero sí que le llevaría más tiempo. Fue una suerte excepcional que hubieran limpiado a estas criaturas tan rápido como lo habían hecho.

"Sin embargo, agotamos un hechizo. Deberíamos descansar hasta que las chicas vuelvan".

– ¿No crees que va a entrar a la carga? Dijo el Chamán Enano, pero su tono dejaba claro que no creía que ella lo hiciera. Recogió el frasco que había tirado y lo limpió con cuidado antes de volver a colocarlo en su bolsa. Por extraño que parezca, la moneda que había lanzado no se veía por ninguna parte.

—No lo hará —dijo Goblin Slayer—.

"Me parece justo. Supongo que tiene a Orejas Largas con ella".

"Mm." El casco de metal asintió, y por encima de su barba, los ojos del enano brillaron. Era un secreto a voces que, por muy desinteresado que pudiera parecer este hombre, depositaba una sorprendente cantidad de fe en sus camaradas. El hecho de que hubiera empezado a mostrarlo exteriormente, aunque fuera un poquito...

Si esa tonta elfa lo supiera, no haría más que mostrar arrogancia.

Así que el Chamán Enano decidió guardar silencio al respecto y saborearlo como guarnición de su vino. Hablando de eso, agarró la bebida que

tenía en la cadera y bebió lujuriosamente en honor a su triunfo en la batalla. ¿Sorprendente? Entre un enano que no ha bebido y uno que sí lo ha hecho, es mucho más probable que el segundo prevalezca en combate.

"Oye" dijo Goblin Slayer, "¿no se siente mal que no se te confíe nada?"

La sacerdotisa parpadeó. Las palabras parecían estar dirigidas a ella. Invocaron algo que ella le había dicho hacía mucho tiempo, en una montaña en invierno.

"¡Sí!", respondió ella, inflando su pecho plano y sonriendo. "¡Así es!"

§

Era casi el amanecer cuando Goblin Slayer captó el sonido de los cascos.

"¿Cómo les fue?", preguntó.

Los lanzadores de hechizos estaban ocupados descansando, en particular el Chamán Enano, que se sentó a meditar en una postura de loto. El hombre que estaba agazapado, vigilándolos, podría haber sido tomado por una armadura destartalada. Era difícil incluso saber si estaba despierto o dormido, hasta que la armadura habló.

La Baturu miró fijamente la escena por un segundo mientras llegaba, o tal vez era una mirada de tensión por la batalla que estaba por venir. —Los encontramos —dijo con voz dura—. "Los llevaré a ellos. Síganme".

No estaba lejos. Con Baturu a la cabeza, el grupo se movió rápidamente sobre el campo a la luz gris del amanecer. Oleadas de luz violácea rodaron, acompañadas por el susurro de la hierba mientras se movían.

No usaron antorchas. La noche podía ser la amiga de los goblins y no había necesidad de revelar deliberadamente su posición. Después de todo, el campo abierto no era el interior de una cueva.

Yaaawwwn.

¿Cómo podría un bostezo escapar de la Sacerdotisa en un momento como este? Había descansado bien... aunque sea brevemente. El Chamán Enano

parecía imperturbable, tal vez había una diferencia por cuánto habían entrenado. En cuanto al Sacerdote Lagarto, bueno, no sabía exactamente cómo era cuando estaba cansado.

De repente, la Sacerdotisa se encontró mirando al hombre de la mugrienta armadura de cuero que seguía en silencio detrás de la Baturu. No había dormido en absoluto, pero sus movimientos parecían tan bruscos como siempre. "... ¿Estás bien?", preguntó.

"No hay problema", dijo. "Puedo dormir con un ojo abierto".

La Sacerdotisa ni siquiera estaba segura de sí estaba bromeando o no.

—Acelera el ritmo, Orcbolg —gritó de repente la Alta Elfa Arquera desde entre el mar de hierba—.

—Ah —dijo—.

Tal vez era cierto que los elfos eran parientes de los rheas, de los que se decía que eran espíritus de la hierba y los campos, ya que la Sacerdotisa apenas podía distinguir a la Alta Elfa Arquera en la llanura. Se mezclaba muy bien con la maleza.

"Lo siento. Pensé que los estaba guiando bastante rápido..." la Baturu estaba abatida, con las orejas caídas.

—No me refería a ti —dijo la Alta Elfa Arquera con una leve sonrisa—. Sus ojos nunca se apartaron de la distancia restante.

—¿Dónde están? Preguntó Goblin Slayer.

"Puedes verlo".

Cuando el amanecer comenzó a despuntar en el horizonte, pudieron ver cómo se elevaba ante ellos: una forma oscura y triangular. Hizo que la Sacerdotisa pensara en la antigua tumba del rey de la que se hablaba en el país desértico. Fuera lo que fuese, no parecía natural, pero ¿quién construiría algo así en un campo abierto como este? Estaba hecho de innumerables rocas apiladas unas encima de otras, de modo que parecía una pequeña montaña.

"¿Qué es eso?", preguntó.

"Un *obo*," contestó Baturu. "Un montón sagrado de piedras. Los transeúntes amontonan piedras a medida que avanzan, rezando por un viaje seguro. A lo largo de cientos o miles de años, la pila crece".

"Miles de años..."

"Prueba de que los centauros han estado aquí".

La sacerdotisa parpadeó y luego echó un nuevo vistazo al montón. Tal vez había sido una pequeña colina para empezar, o un monolito. Fuera lo que fuese, la gente que cruzaba esta llanura se había detenido allí. La pila de piedras, colocadas una encima de la otra, era como una pila de pensamientos y esperanzas de los centauros que pasaban.

"A veces las llamamos piedras de tabaco", dijo Baturu con una sonrisa. "Porque se parecen al tabaco que fuman los rheas".

Pero por el momento, la pila no era tan inocente. Horribles criaturas del Caos se podían ver a su alrededor. Criaturas de piel verde y ojos dorados que miraban con rencor al sol entrante.

Goblins.

Estaban allí. Al menos diez o veinte, rodeando las piedras. La forma en que las sombras cambiaban sugería que debía haber más entre las rocas.

Con un sonido de lujuria de batalla que retumbó desde el interior de sus grandes mandíbulas, el Sacerdote Lagarto sonrió, mostrando sus colmillos. — Con mi gracia, pero estos diablitos no conocen el respeto, ¿verdad?

"O el hechicero que los controla es un blasfemo, más bien," dijo el Chamán Enano enojado, molesto porque estaban tratando de contaminar el viento, que era el regalo del Dios del Comercio, el santo patrón de los viajeros. "Entonces, orejas largas. ¿Sabes dónde está este supuesto hechicero inmortal o quien sea?

"En el punto más alto, sospecho. La cima misma de la montaña". Las orejas de la elfa se crisparon, balanceándose hacia arriba y hacia abajo. "¿No lo oyes? Es algún tipo de voz extraña o.... algún canto".

La Sacerdotisa trató de escuchar. Apenas podía distinguir algo en el viento, un zumbido débil, difícil de describir y de significado incierto. Palabras que maldecían a los dioses, maldecían al mundo y deseaban la catástrofe en todas las esquinas.

La Sacerdotisa sintió que algo frío atravesaba el centro mismo de su ser, su pequeña figura parecía congelarse. Era lo mismo que sintió cuando vio a los goblins con su horrible risa. Esta era la oración arquetípica de los seres que pensaban únicamente y siempre en sí mismos. En otras palabras...

"... Es un ritual, ¿no?" Dijo la Sacerdotisa.

"Significa que no es demasiado tarde", fue la brusca evaluación de Goblin Slayer.

No tenía ningún interés en absoluto en qué tipo de ritual podría estar llevando a cabo este hechicero inmortal o quienquiera que fuera. Lo que le importaba era que esta persona estaba usando goblins. Y el hecho de que, si el ritual todavía estaba en curso, entonces el sacrificio todavía estaría vivo.

Muy bien: Sus pensamientos pasaron al siguiente paso.

Cómo matarlos.

Se agachó entre la maleza, estudiando a los goblins a la luz de la mañana. "¿Puedes dispararles?", preguntó.

—Si mis flechas pueden alcanzarlos —dijo la Alta Elfa Arquera, encogiéndose de hombros—. Los elfos disparaban sus arcos no con habilidad, ni con el ojo, sino con el espíritu. Ella estaba indicando que golpear un objetivo distante como tal no era un desafío en absoluto. Ni el viento, ni la distancia, ni la diferencia de altura podían impedir la flecha de un alto elfo. Pero eso no significaba que no hubiera problemas. "Esa princesa o quien se supone que sea

debe estar cerca, ¿verdad? Me preocupa un poco que intenten usarla como escudo".

O también considerar la posibilidad de que los objetivos puedan estar usando amuletos de desviación de misiles.

Si uno no temía los resultados de un error crítico, entonces no era una aventura. Pero un aventurero que no considerara las posibles consecuencias de tal fracaso no viviría mucho tiempo. El destino y el azar siempre acompañaban estos esfuerzos.

Goblin Slayer gruñó suavemente. —¿Qué te parece?

"Terreno que es fácil de defender y difícil de atacar", dijo el Sacerdote Lagarto. Si uno tuviera que preguntar qué personas eran las más versadas en tácticas y estrategia en el Mundo de las Cuatro Esquinas, la respuesta tendría que ser los hombres lagarto. Aunque era Sacerdote, el Sacerdote Lagarto seguía siendo uno de ellos, y su mirada sobre las rocas de tabaco era perspicaz. "Sin embargo, creo que sus medidas defensivas reales son bastante pobres".

—¿Lo crees? —preguntó la sacerdotisa, ladeando la cabeza.

"Por un lado, no parece haber ninguna fortificación," contestó el Sacerdote Lagarto, asintiendo. Con una garra afilada, comenzó a trazar un diagrama simple en la tierra, un gran círculo, rodeado por una panoplia de pequeños puntos a cada lado. "Si uno tuviera, digamos, veinte soldados y los dividiera en partes iguales, serían cinco por lado. En términos de fuerza de combate..."

—Está más o menos igualado —concluyó la Sacerdotisa, asintiendo con seriedad—.

Era como un juego de hnefatafl. Durante sus partidas, la Sacerdotisa había sido encargada del bando defensor, y sabía lo difícil que había sido mantener a raya a los atacantes y permitir que su rey escapara.

En este momento, el objetivo del enemigo era realizar un ritual sobre la piedra del tabaco. En otras palabras, si podían hacer que los defensores

pensaran siquiera en huir, significaría que el objetivo del enemigo había sido neutralizado. Y eso significaba...

"Esta situación podría ser un poco mejor para nosotros de lo que pensaba". Claramente, la Sacerdotisa había absorbido la experiencia como una esponja, una cosa tras otra. El Sacerdote Lagarto sintió que, dentro de esta joven, débil y modesta muchacha, había visto un dragón, y no había nada más maravilloso que eso.

"Si seguimos adelante, será bastante fácil salir. La única cuestión es cómo subir la colina con la mayor rapidez".

"Hrm..." Llegó el suave gruñido desde debajo del casco. —¿Cómo están tus hechizos?

—Muy bien —respondió el Chamán Enano, que había descansado más que suficiente para recuperar el único hechizo que había usado—. Le dio unas palmaditas en la bolsa que tenía a su lado. "Un montón de catalizadores, también".

Por lo tanto, estaban bien abastecidos de recursos mágicos. Los enemigos eran goblins. Cosas estándar. Por mucho que no le gustara pelear en campo abierto.

Aun así, es mejor que tener que luchar solo.

"Puedo considerarte parte de nuestro número, ¿verdad?" Preguntó Goblin Slayer en medio de sus consideraciones. Estaba hablando con la Baturu.

Agarró la vaina de su katana y frunció los labios. —¿*Y ahora* lo preguntas? Casi sonaba a bravuconería, a medio camino entre actuar duro y montar un espectáculo. Sin embargo, no había duda en sus ojos; Sostuvo el mugriento casco de metal con firmeza en su mirada. "He venido hasta aquí para rescatar a la princesa".

Goblin Slayer asintió. Bien. Eso estaba bien, entonces.

"Prepara un Guerrero Diente de Dragón. Necesitaremos toda la ayuda que podamos conseguir", dijo.

"Por supuesto. ¡Muy bien!" El Sacerdote Lagarto respondió de inmediato. Sacó varios colmillos de dragón, afilados y terribles, de su bolsa y los arrojó al suelo. *"¡Oh cuernos y garras de nuestro padre, iguanodón, tus cuatro miembros, se convierten en dos piernas para caminar sobre la tierra!"*

Los colmillos comenzaron a burbujear e hincharse, hinchándose a medida que se entrelazaban en los huesos hasta que un guerrero se paró en el suelo frente a ellos.

"Bueno... ¡Eso... ahora!" Dijo la Baturu, con los ojos muy abiertos ante el poder de los nagas. "Eso es increíble".

"¡Je, je!" Por alguna razón, la Alta Arquera Elfa se río entre dientes, inflando su modesto pecho. "Genial, ¿verdad?"

—¿De qué estás tan contenta, yunque? El Chamán Enano refunfuñó, enviando a la arquera desde las alturas de la satisfacción directamente a "¿qué dijiste?"

Estaban en marcha. Bajaron la voz, pero la discusión continuó como de costumbre. La sacerdotisa solo pudo reírse ante la evidente confusión de la Baturu. Estuvo bien. En realidad, esto significaba que no había ningún problema. Si podías comportarte de esta manera, significaba que la aventura iría bien.

—Muy bien, Goblin Slayer, señor. ¿Empezamos? —preguntó la Sacerdotisa.

"Sí. Por el momento, es su crepúsculo. La guardia estará más relajada que en medio de la noche". Y añadió: "Además, incluso un hechicero inmortal morirá si lo empujas desde una colina lo suficientemente alta".

§

"Hmph."

Hablando de ese hechicero, sintió algo; Sintió como si una mosca hubiera pasado volando por su cara. Por capricho, miró hacia el cielo del amanecer, del color de la sangre seca.

Bueno, tal vez no era del todo exacto decir que "él" miró hacia arriba. Los seres supremos no tenían necesidad de cosas tales como el género.

Una mosca era de poca importancia para el ritual que lo llevaría a ese punto. Aun así, a veces ocurrían accidentes: una sola mosca podía hacer que un complicado hechizo de "Portal" saliera mal. El hecho de que el hechicero le prestara la más mínima atención era una señal de su seriedad, de su compromiso.

"... ¿Qué pasa?", dijo, tomando un respiro para recuperar su conciencia de las profundidades de la meditación.

Desde la colina sagrada conocida como piedra de tabaco, se levantó y miró hacia afuera. Entre la disposición irregular de las rocas, las sombras se retorcían y retorcían caóticamente, hasta el pie de la montaña.

La horda de goblins, con la que el hechicero había unido fuerzas en contravención de toda moral humana, estaba bajo el desprecio del hechicero. Estúpidos e ignorantes, pero orgullosos y arrogantes. Tontos inútiles e incompetentes. Todo lo que el hechicero desdeñaba estaba allí delante de él. Por esa razón, no podría haberle importado menos lo que les sucediera a los goblins que le servían. Simplemente no le interesaba. De la misma manera que el propio hechicero tenía escaso interés por cualquier otra persona en el Mundo de las Cuatro Esquinas.

"..... ¿Cómo se atreve a mirarme de esa manera?"

Solo había una cosa que desagradó al hechicero: la chica, colocada como ofrenda en el centro del diagrama mágico que el hechicero había tallado.

Era un centauro. Sus ropas habían sido arrancadas violentamente, de modo que ahora cada centímetro de su piel desnuda estaba expuesta al viento.

Y, sin embargo, las burlas de los goblins, sus miradas crueles, no pudieron humillar a esta joven. Porque sus hermosas curvas y su feminidad no eran las únicas cosas que tenía. En algún lugar de su interior, bajo las ondas que recorrían su cuerpo con cada respiración, había una fuente de vida que no podían apagar. Sus ojos eran tan brillantes y claros como los de una muñeca de

porcelana, y su cabello castaño era tan sedoso que parecía obtener un brillo dorado incluso en la brumosa luz del amanecer.

Sobre todo, estaba el cometa plateado que atravesaba su cabello.

Cualquiera le habría servido, pensó el hechicero.

Y, sin embargo, solo ella lo haría. Si pudiera tomar el resplandor de su vida en sus manos, entonces todo iría bien.

No sabía su nombre, ni quién era, pero ella no miraba al hechicero. Sus ojos apuntaban en su dirección, es cierto, pero no lo percibieron.

—¿Tú también te burlas de mí? —refunfuñó sombríamente el hechicero, el que había alcanzado la inmortalidad.

""

No hubo respuesta. Tal vez la chica centauro no quiso responder.

Le dirigió otra buena mirada y luego se quejó. Le ahorró un pequeño resoplido. "Bueno, no importa. Con el tiempo vivirás dentro de mí, y lo entenderás, lo desees o no".

Antes, cuando había dicho que viviría cien, mil años, todo el mundo se había reído de él, pero ahora todos estaban en el suelo. No quedaba nadie que recordara el nombre del niño que había sido ridiculizado en la Academia de los Sabios.

Luego estaban los aventureros que habían venido a matarlo, alegando que no existía la vida eterna. Sus nombres también habían caído en el olvido, y así estarían durante mucho tiempo. Se convirtieron en una parte más de *su* historia, una cosa más con la que había lidiado en su larga y terrible carrera. Casi indigno de su atención, pero, aun así, sintió cierto placer por el resultado. Siempre era bueno saber que su valor estaba aumentando.

No importaba lo que le pasara a nadie más. Por ejemplo, ¿a quién le importaba si los goblins estaban gritando y ladrando en este momento?

"Hoh..."

Tenía razón: había una mosca. Cogió su bastón y miró a los goblins que clamaban. Balbuceaban inútilmente, agarraban sus armas y corrían de un lado a otro. Un rincón particular de la colina rocosa parecía ser la fuente de la conmoción.

Malditos tontos.

Esa era la estimación que el hechicero tenía de cualquier asesino que viniera a intentar quitarle la vida. Había muchos que habían tratado de impedir sus intentos de vida eterna, por celos o tal vez por ignorancia. Sin duda, había llegado a haber más de esos tipos, pensó. ¡Qué tontos eran estos aventureros!

Bueno, deja que los goblins los destrocen y se coman sus entrañas. Las mujeres podrían tener sus vientres contaminados primero, pero a la larga, encontrarían el mismo destino que los hombres, en una olla de goblins. No era una pérdida real. Con el tiempo, a todo el mundo le toca perder, pero no les había pasado en la primera tirada.

Y yo, yo usaré todo eso para ascender cada vez más alto, pensó el hechicero.

—¡A por mí, aventureros!

Empuñando su bastón, se paró imperiosamente por encima de los repugnantes intrusos, mirándolos. El viento que soplaba a través del aire antes del amanecer llevaba el hedor de la muerte. Respiró hondo, llenando sus pulmones con el, y, sin importarle que no hubiera nadie que escuchara su pronunciamiento, dijo: "¡Creo que me entretendré contigo por un tiempo!"

Todavía no sabía que los aventureros venían detrás de él.

§

"ARGOOOOOOOO!!" aulló el Guerrero Diente de Dragón mientras saltaba sobre los goblins.

Mientras tanto, los aventureros se abrieron paso rápidamente alrededor del otro lado de la piedra de tabaco. —Porque los diablillos son como un banco de peces, ¿sabes? —dijo el Sacerdote Lagarto, agachándose tanto que casi se

puso a cuatro patas mientras aceleraba—. Era la única forma en que podía esperar ocultar remotamente su enorme cuerpo entre la maleza. "Tírales un bocado y se apresuraran a tomarlo".

Incluso si hubiera algún individuo más grande presente, podrían tomar el control, pero no el mando.

Y, en efecto, los goblins estaban ocupados acudiendo en masa al bocado —el enemigo— que se les había proporcionado.

"GOROGB?!?!"

"GOROG! GBBROBGBGR!!"

No estaba claro si estaban impulsados por el miedo a los goblins que gritaban de manera importante o simplemente por interés propio.

—No todos —dijo Goblin Slayer—. Concluyó, sin embargo, que no importaba. "Voy a matar a todos los goblins".

No le importaba especialmente por qué ese goblin en particular estaba en la parte posterior de la piedra de tabaco. El monstruo estaba allí tendido con una lanza oxidada en la mano, incluso dejando escapar un bostezo. Un rayo en la punta de un brote a través del cerebro puso fin a su aburrimiento.

"¡Vayan, os cubriré!" —gritó la Alta Elfa Arquera mientras el goblin caía al suelo sin hacer ruido.

Goblin Slayer y el Sacerdote Lagarto no respondieron, a veces era mejor dejar que sus acciones hablaran por ellos. Pegándose a la pared de la piedra de tabaco, avanzaron, y en un abrir y cerrar de ojos subieron otro nivel. El *obo* era más o menos como una escalera; simplemente tenían que seguir subiéndola.

"¡Uno...!"

"¡¿GBOOB?!"

Un goblin que se dio cuenta de los intrusos debajo de él encontró su garganta cortada y murió ahogándose en su propia sangre. Otro que se dio la

vuelta al oír el estertor de muerte de su compañero fue aplastado por la cola del Sacerdote Lagarto.

"GOOBGBBG?!?!"

—¡Creo que se han fijado en nosotros! —dijo el Sacerdote Lagarto—.

"Como si me importara," contestó Goblin Slayer. "No importa lo que hagan".

Movieron sus peones, por así decirlo, al siguiente nivel, trabajando en perfecta sincronía. Se podía ver el pequeño cuerpo del Chamán Enano ganando el nivel recién asegurado detrás de ellos. "¡No sé porque no hacen que el lanzador de hechizos vaya primero!", se quejó.

"No hay otra opción. ¡Eres el más lento y torpe!" Dijo la Alta Elfa Arquera, y tenía razón. Si simplemente quisieran llegar al nivel más alto, ella sería la más rápida. Sería difícil para un arquero asegurar terreno fresco. No es que los goblins fueran rival para un alto elfo, pero era una simple cuestión de sus respectivas fortalezas. En todas las eras y en todas las épocas, siempre ha habido un lugar para el soldado de infantería que empuña un hacha.

"¡Vamos, tú también!", gritó la elfa.

"¡Correcto...! ¡Arriba!"

La Sacerdotisa se aferró a las rocas, abriéndose paso detrás del Chamán Enano. Delicada, pequeña y, a pesar de haber aumentado un poco de volumen, no muy musculada, no era muy grande ni poderosa. Aun así, había pasado varios años aventurándose de esta manera, y había empezado a acostumbrarse. Sus movimientos eran apenas refinados, pero ascendía por las rocas sin dificultad.

"Oh..." Y luego miró hacia atrás. Debería haberse dado cuenta.

"Hrk... ¡Hrnn...!"

Detrás de ella, la Baturu se esforzaba por las rocas, tratando de arrastrar su cuerpo equino colina arriba. La Sacerdotisa vio que era el mismo problema que habían tenido con la carreta.

No lo dudó. —¡Aquí! —dijo, extendiendo la parte inferior de su sonoro bastón—.

La Baturu miró desde el bastón a la Sacerdotisa (que a su vez parecía bastante seria). Finalmente dijo: "... Gracias... ¡Eso ayuda!" Luego agarró el bastón y se subió por las rocas.

Por supuesto, la Sacerdotisa por sí sola no podía soportar el peso de la centauro. —¡Bien, ahí! Fue todo el músculo empaquetado en el pequeño cuerpo del Chamán Enano lo que marcó la diferencia. Un observador desinformado probablemente no habría sabido que era el músculo y no el vino lo que le había dado a su cuerpo las fuerzas que poseía.

"Oye, ¿quién iba a decir que los enanos podrían ser útiles?" —bromeó la Alta Elfa Arquera—.

"¡Menos hablar, más escalar!" El Chamán Enano le gritó a la elfa que se reía.

La Alta Elfa Arquera, por su parte, saltó por la ladera rocosa con tanta facilidad como si estuviera saltando sobre las piedras planas del río. Incluso mientras avanzaba, se preparó y soltó otro disparo.

"¡GOBBG! ¡¡GOBBGB!!"

"¡¡GORGBGORRG!!"

Tal vez estos goblins no se habían dado cuenta de lo que estaba sucediendo en el frente, o tal vez pensaron que estos aventureros serían presas más fáciles que el Guerrero Diente de Dragón. O tal vez el aroma de tres mujeres jóvenes simplemente atrajo a los goblins como moscas a la miel.

Ser un yunque no es suficiente para mantenerlos alejados, reflexionó el Chamán Enano mientras agarraba el hacha de batalla en su cadera y se preparaba para luchar. —¡No te preocupes por nosotros aquí abajo, Cortabarbas! —gritó—.

Goblin Slayer, naturalmente, no respondió. Era problemático tener que preocuparse por otras cosas que no fueran él mismo. Fue útil poder dejar que otras personas se ocuparan de ello.

"¡¿GRG?!"

"¡Tres... y cuatro!" Se enfrentó al goblin blandiendo un garrote desde su izquierda con su escudo, golpeando a la criatura hasta matarla; con su mano derecha, barrió con su espada.

"¿¡GOOGBBG!?"

No era necesario golpear un punto vital en esta situación. El goblin cayó, con la espinilla acuchillada, aullando mientras rebotaba por los escalones. Aunque sobreviviera a la caída, no volvería a subir arrastrándose. Goblin Slayer ni siquiera tuvo tiempo de echar un vistazo atrás para ver si la criatura estaba muerta. Mientras se agarraba a la roca con la mano izquierda y empezaba a elevarse, lanzó una estocada con la espada de la mano derecha.

"¡¡¿¿GOBBB???!?"

"¡Cinco!"

Un goblin que había estado intentando retirar la piedra se encontró con la entrepierna destrozada por la espada y se desplomó, retorciéndose. Goblin Slayer soltó su espada, dejando que al monstruo cayera con ella. Tenía muchas más armas.

"¡Seis...!"

"¡GOB! ¿¡GOBGRGB!?"

Goblin Slayer cogió sin dudarlo una roca y se la estampó en la cara a un goblin. Aplastando su nariz y clavándose en su cerebro. Aunque no fuera lo suficientemente grave, la criatura desde luego no volvería a ponerse en pie.

Dejó a un lado la roca, que arrastraba hilos de sangre, y agarró en su lugar el garrote del goblin. Una vez más, sin dudarlo un instante, pateó al goblin que se retorcía por el borde de la escalera.

"¡Hrah!" Se pudo ver la gran figura del Sacerdote Lagarto corriendo por los escalones de piedra que había asegurado, las garras de sus manos y pies arañando la piedra, los miembros como troncos manteniéndolo firme mientras avanzaba. En un abrir y cerrar de ojos, ya estaba en el siguiente nivel.; Era un asunto sencillo. "¡GOBBGB!"

"¡GRGB! ¡¡GGBOORGB!!"

Los goblins se abalanzaron sobre él, uno por el lado derecho y otro por el izquierdo, cada uno de los cuales gritaba que harían algo más que observarlo. Cada uno de ellos pensaba lo mismo: que el estúpido moriría, pero el inteligente (el propio pensador, naturalmente) aprovecharía ese momento de oportunidad para acabar con el hombre lagarto.

"¡Shaaaa!"

¿Crees que los goblins tuvieron tiempo de darse cuenta de lo ingenuos que habían sido?

Uno de ellos se encontró con la garganta arrancada; el otro fue golpeado contra la roca por un golpe de la enorme cola del Sacerdote Lagarto.

"¡¿GOBBGB...?!"

"¡Hmph!" El Sacerdote Lagarto sacudió con fuerza su gran cabeza, y luego soltó al goblin que se retorcía. La criatura se tambaleó por el espacio, la sangre la acompañó mientras salía de las fauces de Sacerdote Lagarto. "¡Uno desearía poder lavarse el sabor de la boca!", declaró.

"¡Hay queso esperándote cuando lleguemos a casa!" La Alta Elfa Arquera clamó. Se había trepado por las rocas, o en realidad, parecía como si las rocas la hubieran empujado hacia arriba.

"¡Ah, esa es una recompensa por la que vale la pena luchar!" —dijo el Sacerdote Lagarto, retorciendo la cola—.

La Alta Elfa Arquera desató una lluvia de fuego de cobertura, arriba, abajo y por todas partes, abriendo un camino para los dos de la primera fila.

No quiero sugerir que los tres de atrás simplemente se estaban relajando mientras tanto.

"¡Vienen desde abajo!" El hacha silbó. "¡Y más de ellos a cada minuto!" El Chamán Enano abrió el cráneo de un goblin y luego lo pateó, manteniendo a las chicas a salvo.

La sacerdotisa estaba tratando de observar todo mientras ayudaba a la Baturu con la escalada. Derecha, izquierda, abajo: dejó el área de arriba a los demás, pero quería saber qué estaba sucediendo en el campo de batalla. Afortunadamente, la luz del amanecer había llegado hasta allí, y el sol derramaba sus rayos sagrados sobre su posición.

—Al menos no pueden montar sus huargos aquí arriba —dijo la Sacerdotisa—.

"¡Esas cosas no tienen suficientes extremidades para ello!" La Baturu sonrió. ¿Era una broma de centauros?

La Sacerdotisa también sonrió. Ella no lo entendía del todo, pero quien pudiera sonreír durante una aventura estaba ganando.

Además...

Se alegró de que la Baturu no estuviera sufriendo demasiado mientras se concentraban en la subida.

Con demasiada frecuencia, en las aventuras, sentía que no era capaz de ser útil. Pero cada uno tenía sus fortalezas y debilidades; Así era el mundo. A la Sacerdotisa le gustaba pensar que lo entendía. Y así...

"¡Cuidado, vienen de arriba!"

... y así, incluso cuando escuchó el grito de la Alta Elfa Arquera, presagiando las sombras que volaban sobre su cabeza, la Sacerdotisa no tuvo miedo.

—Goblin Slayer, señor —dijo—.

"¡Srm...!" El hombre que acababa de aplastar a un goblin con un garrote respondió volviéndose hacia ella.

Las enormes sombras que amenazaban con tragarse a los aventureros provenían de un puñado o más de grandes rocas. Tal vez los goblins las habían dejado caer, o tal vez era obra de ese hechicero inmortal o de quienquiera que fuera allá arriba. Realmente no importaba; Los aventureros tenían que hacer algo al respecto o "irían a los 14", es decir, a su muerte.

Incluso mientras seguía pensando, su brazo estaba en movimiento, balanceándose mecánicamente, lanzando el garrote.

"GBBOR?!?!"

Un goblin que ahora tenía un garrote enterrado en la cara cayó hacia atrás, agitando los brazos y las piernas. Su grito de muerte fue ahogado por el estruendo de las piedras, y la Sacerdotisa no lo escuchó. En cambio, escuchó una sola frase, despreocupada, casi mecánica: "Te dejaré esto a ti".

"¡Entendido...!" Agarró su sonoro bastón y lo elevó en alto, enfocó su espíritu y alzó su voz para que pudiera llegar a los dioses en los cielos. *"¡Oh Madre Tierra, abundante en misericordia, por el poder de la tierra concede seguridad a nosotros que somos débiles!"*

El milagro le fue concedido. Una barrera invisible que brotaba del mismísimo corazón de la mismísima Madre Tierra interceptaba silenciosamente las piedras. La deidad había escuchado y concedido la plegaria de su piadosa joven seguidora.

Atraídas por el muro de luz, las piedras volaron en todas direcciones. Los goblins atrapados en el caos cayeron mientras intentaban escapar o fueron aplastados.

"¡Está bien, vamos!" Dijo la Sacerdotisa con nueva determinación, extendiendo su bastón a la Baturu de nuevo.

—Bien —dijo la Baturu con un rápido movimiento de cabeza mientras agarraba el bastón y empezaba a trepar por las rocas—. "Debo... *Ejem,* tengo

que decir —prosiguió, escogiendo sus palabras—, eso fue... una exhibición de lo más impresionante".

"No fui yo". La sacerdotisa infló su modesto pecho con orgullo. "Fueron todos mis amigos, ¡y la Madre Tierra!"

§

"¡Malditos insectos...!"

¿Se refería a los aventureros o a los goblins? Ni siquiera el hechicero estaba seguro. El caos en la piedra de tabaco y sus alrededores ya estaba mucho más allá de lo que podía permitir. Los goblins parloteaban incesantemente, y el ruido de las armas lo ponía de los nervios. Pero lo que el hechicero inmortal encontró más insoportable que cualquier otra cosa fue la mirada de la mujer centauro, la forma en que ella seguía mirándolo, completamente en silencio.

""

No importaba que estuviera atrapada en la cima de una montaña, con la creciente luz del sol exponiendo su desnudez y humillación para que todos la vieran. Aun así, ella lo miraba fijamente con sus ojos claros, como si él ni siquiera estuviera allí.

"¿Qué pasa? ¿Crees que tienes algo que decir, chica?

Pero la "chica" no respondió. Incluso cuando el hechicero se acercó, la agarró por la barbilla y la obligó a mirarlo. Parecía tan inerte como una muñeca con forma de centauro, pero sintió su calor en la palma de su mano. La ardiente conflagración de la fuerza vital de un centauro, mucho más caliente que la de cualquier humano. Lo encontraba profundamente desagradable, como tocar mugre o suciedad.

"¡Hmph!" Apartó la cabeza como si estuviera tirando un puñado de barro. Ella cayó postrada, aunque su tamaño y fuerza eran muy superiores a los de él. ¿Había empezado a consumirse? Su piel parecía drenada de sangre, luciendo pálida incluso bajo la luz del amanecer.

Un pensamiento pasó por la mente del hechicero: un recuerdo de los cuentos de los caballeros blancos. Doce caballeros con la balanza en alto habían puesto fin al verano de los muertos. Pero fue el orgullo del nigromante lo que resultó ser el movimiento decisivo: creyendo que tenía asegurada la victoria, se había encontrado con que las tornas se habían vuelto en su contra por el poder de la balanza en el último suspiro. Presa del pánico, trató de tomar prestado el poder de un demonio, solo para perder su alma.

¿Qué piensa ella, que yo soy igual?

No era posible. A él no le pasaría. ¿Acaso ese nigromante no se había destruido a sí mismo? Este hechicero era diferente. No era como los demás.

Porque si yo fuera...

Entonces sería como aquellos que se habían burlado y ridiculizado de el, y eso era simplemente inimaginable.

El bastón que el hechicero sostenía en la mano crujió audiblemente. "... Nunca envíes goblins a hacer el trabajo de un hombre —refunfuñó, suspirando mientras escuchaba a los monstruos aullar y morir—. "Iré a lidiar con esto yo mismo, y lo haré rápidamente".

Mientras se iba, murmurando para sí mismo, la muchacha con el cometa en la frente lo observaba atentamente. No hacía nada. No decía nada. Como si ni siquiera estuviera allí.

§

"¡Ahí está, arriba!" el Sacerdote Lagarto gritó.

"Bien," dijo Goblin Slayer con un movimiento de cabeza mientras pateaba a su decimosexto goblin de las rocas.

Comparado con la "montaña escalada" y el Peñasco Supremo que su maestro le había obligado a superar en solitario, este ascenso era sencillo. Incluso él podía hacerlo, afortunadamente.

Es agradable saber que incluso yo puedo lograr algo.

—¿Crees que se ha fijado en nosotros? Preguntó Goblin Slayer.

"Con el jaleo que hemos montado, me sorprendería mucho que no lo hubiera hecho", dijo el Sacerdote Lagarto desde la siguiente roca, trepando con la cola enroscada.

—Me parece justo. Goblin Slayer buscó en su bolsa de objetos una poción de resistencia y tiró del tapón. "El problema son los goblins. Y si Silver Blaze está o no ahí arriba".

"¡Sé que milord Goblin Slayer no considera que se pierda el tiempo mientras se dedica a matar goblins!" El Sacerdote Lagarto bromeó, y luego, casi como una ocurrencia tardía, arrojó una daga a Goblin Slayer. Estaba oxidada y astillada, pero aun así era muy utilizable. "Equipo de goblins, ¿pero tal vez valga la pena?"

Goblin Slayer agarró la daga, revisó la hoja y asintió. —Es una ayuda —dijo, guardando el arma en su funda—. "Viene de este *obo*. No está mal".

Un trago, dos. Bebió la poción a través de los listones de su visera, tratando de restaurar su resistencia perdida. Era extraño la facilidad con la que ayudaba a que la sangre fluyera a sus brazos y piernas. "La única duda es si esta Silver Blaze es de hecho la princesa centauro".

"Quienquiera que sea Silver Blaze, ella está ahí arriba... Aunque también lo está ese hechicero del que todo el mundo estuvo hablando —dijo la Alta Elfa Arquera, saltando a su lado como una hoja arrastrada por el viento—. Avistar a un elfo en un entorno natural era muy difícil, incluso aquí en un montón de rocas. Al menos, nadie dudaba de sus habilidades como guardabosques. Agarró otra flecha con punta de brote de su carcaj, sus orejas temblaban. "No hay goblins ahí arriba con él. Está diciendo algo, pero creo que solo está quejándose. ¿De qué crees que está hablando?

"No me importa".

"Awww, hazme caso". La Alta Elfa Arquera sonrió, pero era obvio que tampoco tenía ningún interés especial en eso. En lo que se centraba no era en el hechicero, sino en la otra persona. Mientras revisaba la cuerda de su arco con

la mayor seriedad, dijo en voz baja: "Tenemos que ayudar a la chica. De eso se trata esta aventura, ¿verdad?"

"Aventura..." Por un segundo, sonó como si fuera la primera vez que Goblin Slayer escuchaba la palabra. —Sí, supongo que de eso se trata.

"Lo siento... por hacerlos esperar...", resopló Sacerdotisa, llegando tardíamente a la plataforma de roca.

La Baturu, aferrada al bastón de la Sacerdotisa y asistida por el Chamán Enano por detrás, apareció después. La joven centauro no prestó atención a su propia fatiga, sino que dijo entre jadeos: "¡¿Está la princesa allí?!"

"No sabemos si es tu princesa o no, pero creo que la mujer llamada Silver Blaze está ahí arriba". La Alta Elfa Arquera trazó una línea desde la frente hasta la nariz con el dedo índice. "Tiene el pelo castaño, excepto por un lugar aquí que parece una estrella fugaz blanca. Es muy bonita, sorprendentemente.

"¡Esa es ella! ¡Estoy segura de ello!"

La Baturu parecía a punto de volar hacia su princesa, pero la Sacerdotisa la detuvo. Se le ocurrió preguntarse si lo que estaba haciendo era grosero con la centauro, un pensamiento no muy pertinente.

"Tienes que calmarte", dijo. "Primero tenemos que pensar en un plan para rescatarla". Sabía, por sus experiencias cazando goblins, lo peligroso que podía ser un rehén. La Baturu podría estar resoplando y ansiosa por irse, pero la Sacerdotisa, de pie a su lado, se golpeó los labios con un pensativo "hmm" y consideró. "Tal vez podríamos ponerlo a dormir".

"Entiendes que nuestro oponente es un lanzador de hechizos de alto nivel, ¿verdad?" dijo el Chamán Enano, que finalmente había ganado el estante de roca con ellos. Tomó un trago teatral de su vino y dijo. "Podríamos intentar lanzarle Estupor, pero lo más probable es que se resista".

"¿Usaste ese hechizo en un dragón y no puedes hacer que funcione en un pequeño hechicero?"

"¡Los yunques no pueden hablar, orejas largas!" —espetó el Chamán Enano—.

Sin embargo, el hecho de que no tuviera un contraargumento real significaba que estaba admitiendo que simplemente había demasiada diferencia de fuerza. De todos modos, antes, habían estado en un lugar de arena y tierra, por lo que los espíritus de arena habían sido particularmente poderosos.

La Alta Elfa Arquera soltó una risita triunfal. Miró hacia la cima de la colina, con las rocas a la espalda. "Bueno, suponiendo que no tenga ninguna barrera de desvío de flechas, definitivamente puedo golpearlo desde aquí".

"... A veces me he enfrentado a brujos así —se oyó una voz tranquila desde el interior del casco—.

—¡Ja! —dijo la elfa de orejas afiladas, mirándolo y dándole un codazo—. —Te refieres a la búsqueda que emprendiste sin mencionarla.

"No había necesidad de mencionarlo".

"¡Es una cortesía común que tus amigos sepan lo que estás haciendo!"

Ya veo. Hubo un breve asentimiento, pero eso parecía ser una preocupación aún mayor que Goblin Slayer tenía por el tema. Y comenzó: "Hay una serie de movimientos posibles. Amordazarlo, cegarlo. Acaba con él antes de que pueda entonar un hechizo".

Era como enfrentarse a un goblin chamán.

"Entiendo lo que quieres decir," dijo la Sacerdotisa, asintiendo. En ese caso, estaba claro lo que tenía que hacer. – Iremos juntos, entonces.

—Supongo que me quedaré atrás —dijo el Chamán Enano—. No todo se decidiría con el primer movimiento. Fue una señal de lo serio que era esto que incluso volvió a poner el tapón en su vino. "Es posible que necesitemos Control de caídas, si el yunque se derrumba".

—Cuidado, o *puede que lo necesites tu —respondió la Alta Elfa Arquera, mirándolo fijamente, pero tenían cosas más importantes en sus mentes que una pequeña discusión en ese momento.*

Eso rompió la tensión. Lo único que quedaba era la batalla. Una flecha estaba preparada en el arco de la Alta Elfa Arquera.

El Sacerdote Lagarto señalaba con un dedo con garras uno a uno a la vez, un gesto extrañamente sombrío: "Sofocarle los cinco sentidos, acabar con el enemigo de un solo golpe, rescatar a la princesa". Sus ojos reptilianos giraron, abarcando a cada miembro del grupo por turno. "Para estas tareas, uno desea un guerrero que pueda acortar distancias de un solo salto".

"Lo haré yo", se ofreció la Baturu sin dudarlo. Agarró con firmeza su katana, cerró los ojos y respiró hondo. Dejando que sus emociones intensas corrieran por todo su cuerpo, repitió: "Lo haré. Para rescatar a la princesa, por eso vine aquí".

"Entonces está resuelto," dijo Goblin Slayer con un movimiento de cabeza. Todavía sostenía la botella vacía. "Vamos".

§

Un silbido de aire señaló el comienzo de la batalla.

"¡Hrm!" El hechicero se volvió, casi por reflejo apuntando su bastón en la dirección del sonido, pero no vio ningún enemigo. En cambio, lo que vino rebotando a lo largo de las rocas fue... —¿Una botella vacía?

"¡Oh Madre Tierra, abundante en misericordia, concédenos paz para aceptar todas las cosas!"

Por lo tanto, le tomó un movimiento, un breve momento, darse cuenta de lo que realmente estaba pasando: y fue un retraso crítico. En el momento en que se entonaron esas palabras de oración, toda su voz fue robada.

¡Esclava de los dioses del Orden! ¡Maldita perra!

Las palabras de su maldición, sin embargo, nunca tomaron forma. En cambio, algo atravesó el brazo derecho del hechicero.

"¡Ngh...!"

Inhaló bruscamente; Tenía un dolor punzante y un espasmo en los músculos físicos del brazo. Mientras intentaba recuperar el control de su bastón, descubrió lo que parecía ser una rama que crecía de su brazo.

No, era una flecha élfica. ¿Dónde estaba el arquero? No, no, había cosas más importantes...

La forma en que abrió mucho los ojos, buscando al enemigo, no podía llamarse un error de cálculo...

Lo que entró en su visión fue un aventurero de aspecto absolutamente patético. Un casco de metal barato, una armadura de cuero mugrienta. Un escudo pequeño y redondo en su mano izquierda. Y en su derecha... *¡¿Una piedra?!*

El hechicero estaba a punto de ahuyentar el proyectil con su bastón cuando de repente cayó una espesa nube de humo negro. Si hubiera habido algún sonido en este espacio, sin duda se habría oído el grito quejumbroso del hechicero. Porque el dolor era intenso y, mientras tuviera un cuerpo de carne con ojos y nariz, era inevitable. Se agitó como si alguien le hubiera clavado una espada en el ojo.

¡Maldito seas...!

El hechicero dibujó una figura en el aire con los dedos de su mano izquierda. Hubo un destello, una Palabra Verdadera, una palabra de verdadero poder, activándose, reescribiendo la lógica misma de las cuatro esquinas...

"¡Hoooooaaarrrghhh!"

El grito rasgó el aire, acompañado del golpeteo de cascos, procedente de fuera del silencio. O tal vez fue el temblor de la montaña lo que le hizo pensar que debía de haber un ruido: la chica centauro corría así de fuerte.

Lo puso todo en ese momento, en ese segundo, en ese golpe de espada. Sus pezuñas hendían la roca bajo sus pies, sus piernas volaban como el viento. Su espada desenvainada, al alzarla, captó el sol ascendente, brillando como el

oro. Aunque el hechicero nunca en su vida había sentido que tales cosas fueran hermosas.

"...?!"

Por eso, mientras lanzaba su grito sin voz, sólo sentía ira, resentimiento y odio. Cuando la espada lo cortó por la mitad, la sangre salpicó el bello rostro de la muchacha, mancillándolo. ¡Te lo mereces! dijo su mirada, hasta el amargo final, incluso cuando su cuerpo se desplomó como una muñeca de trapo.

La Baturu no le dedicó al cadáver ni siquiera una mirada, sino que corrió hacia adelante.

—¡Princesa! —exclamó, y el sonido volvió con otra ráfaga de viento—. Su voz era audible mientras se apresuraba hacia adelante.

Era demasiado grande el llamarla amiga, demasiado distante para ser llamada hermana mayor. *Lealtad* era una palabra demasiado fría, *amor* demasiado trivial. Pero cuando ella dijo esas preciosas palabras, hubo un sonido de respuesta, un "ah" como el suave ruido de un laúd siendo acariciado.

La estrella plateada se movió en su cabello. Los ojos miraban a la chica. Al verla dijo:

"Ah... Viniste. Ya veo. Sí, viniste... Viniste por mí".

Silver Blaze abrazó suavemente a la chica que corrió hacia ella, cayó de rodillas y se aferró a ella. ¿Cuánto tiempo le habrán parecido a la Baturu estos últimos días y meses?

"Es gracioso... Tantas lágrimas. ¿Qué voy a hacer contigo? Yo soy la que aparentemente está siendo rescatada". Unos dedos pálidos se extendieron, limpiando suavemente los ojos de la niña.

La cabeza de la Baturu se levantó. Se frotó los ojos rojos y dijo: "Me alegro mucho de que estés a salvo. Estoy muy, muy contenta..."

"No te preocupes". Silver Blaze, o tal vez deberíamos decir la antigua princesa de los centauros, sonrió tímidamente. "Estaba tan concentrada en la siguiente carrera que ni siquiera me molestó".

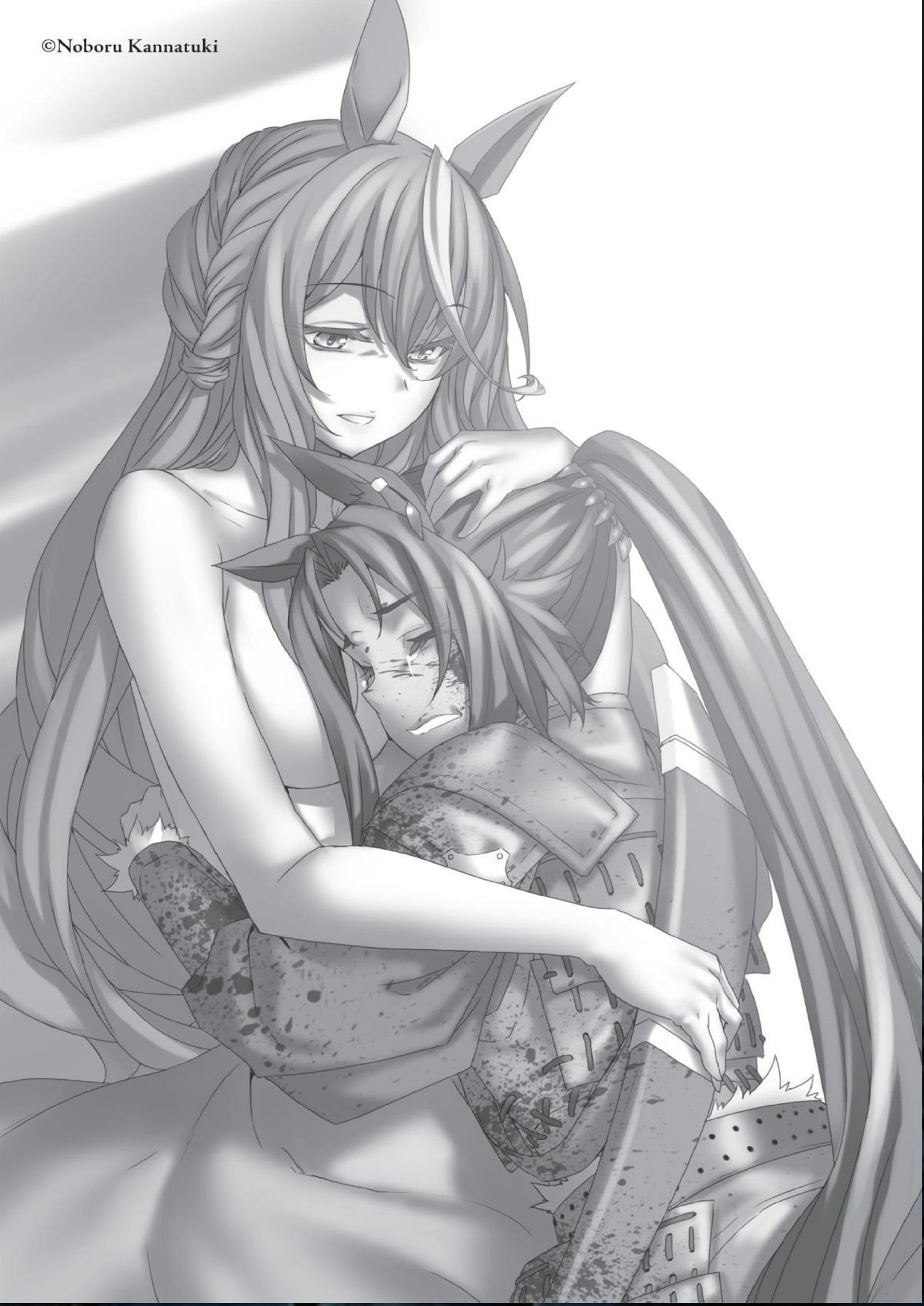
§

"Lo siento. ¿Podrías prestarme algo para ponerlo sobre mis hombros? —preguntó Silver Blaze. Había hecho bastante frío y empezaba a temblar.

Estaban en la cima de la colina al amanecer. Probablemente era la luz del sol y la alta temperatura corporal de la centauro lo que le había permitido resistir.

La Baturu miró a su alrededor, pero lo único que pudo encontrar fue la capa del hechicero muerto. Difícilmente podía hacer que la princesa usara *eso*. Solo estaba tratando de decidir qué hacer cuando...

©Noboru Kannatuki



"¡Um, puedes usar esto, si no te importa!"

La sacerdotisa se acercó trotando, quitándose su propia capa. Sin embargo, estaba desconcertada, sin saber dónde colocar la prenda, sobre la parte humana del cuerpo desnudo de la princesa o sobre la parte del caballo. La pálida y hermosa carne humana era la parte que la Sacerdotisa encontraba particularmente descuidada, pero eso no quería decir que la mitad del caballo de la princesa no fuera hermosa. Tampoco era algo que debiera ser expuesto, para ser visto por todos y cada uno.

Además, una humana como la Sacerdotisa no sabía qué parte ayudaría a un centauro a sentirse más cálido. Finalmente, después de muchas dudas, la Sacerdotisa simplemente le tendió la capa a la princesa.

"A-aquí..."

"Gracias."

Silver Blaze la tomó y se la puso con una sonrisa tan amable que uno nunca hubiera imaginado que había sido prisionera hasta hace unos momentos. Solo entonces pareció registrar a las personas que la rodeaban. Parpadeó, lo que enfatizó sus largas pestañas, y luego dijo: "*Ejem.* Todos debéis ser aventureros, ¿verdad? Lamento mucho haberlos puesto en semejantes problemas".

"Esa era la misión", le dijo Goblin Slayer. "No es un problema".

—Supongo que debería darles las gracias, entonces... —dijo Silver Blaze en voz baja—. Su rostro de repente adquirió un aspecto serio. "¿Es demasiado tarde? ¿Podemos llegar a la carrera? ¡Es la más grande! No tengo un buen sentido del tiempo aquí".

"¡Princesa, no debes trabajar demasiado...!"

—Puedes dejar de llamarme princesa —dijo Silver Blaze—. De alguna manera se las arregló para ponerse de pie, y la Baturu se apresuró a sostenerla.

No parecían amo y sirviente, ni amigas, ni hermanas, ni siquiera amantes. Lo que existía entre las dos no era nada tan simple ni tan claramente definido.

Pero la Sacerdotisa pensó: *Hay una intimidad entre ellas.* Eso estaba claro y, sospechaba la Sacerdotisa, que eso era suficiente.

"Ella es... Especial, ¿no? Comentó la sacerdotisa.

—¿Tú crees? —dijo la Alta Elfa Arquera, con las orejas palpitando—. —¿No es así como son las princesas?

Una sonrisa ambigua fue la única respuesta que ofreció la Sacerdotisa.

En cualquier caso, aún no había terminado todo. Incluso se podría decir que apenas estaba comenzando.

"¿Cuál es el estado de los goblins?" —preguntó la Sacerdotisa.

—Uno sospecha que no se dan cuenta de la situación —dijo el Sacerdote Lagarto, poniendo los ojos en blanco alegremente y asomando la cabeza para asomarse al campo—. "Todavía están hambrientos de batalla. De hecho, parece que piensan que nos tienen acorralados".

"Sí, y vienen a por nosotros enseguida. Un montón de carne de cañón —dijo el Chamán Enano, tomando varios tragos de vino de fuego para animarse—. "Estamos justo en el medio de su red. ¿Cómo quieres manejar esto, Cortabarbas?

"Esto es realmente ideal. Podemos eliminarlos a todos de una sola vez".

"Sí, tienes razón, tienes mucha razón".

La respuesta no provino de ninguno de los aventureros, que rápidamente prepararon sus espadas, garras, arcos y bastones de sonido, frente a la fuente de la voz: la capa negra hecha jirones que habían desechado. Mientras miraban, una sombra pareció extenderse desde él, erguido hasta los pies fantasmales.

Goblin Slayer inmediatamente blandió su espada, pero la sombra era más rápida.

"La supervivencia es consumida por los pecados de la vida, y la vida es consumida por las fauces de la muerte".

"Hngh... ¡Ah! Baturu se desplomó de rodillas.

"¡Oye!" Dijo Silver Blaze, instintivamente gritando el nombre de la Baturu, sosteniéndola.

"Estoy... hngh... F-bien..." La Baturu trató valientemente de ponerse de pie, pero sus piernas estaban débiles y temblaban. Su rostro estaba tan pálido que las salpicaduras de sangre, que se habían vuelto secas y negras, volvieron a verse rojas.

"¡Oh, no...!" —exclamó la sacerdotisa—. Era una especie de maldición. Podía ver los músculos del cuello de la Baturu sufrir espasmos.

"¡¿Qué acaba de pasar?!" Dijo la Alta Elfa Arquera

Casi en el mismo momento, El Sacerdote Lagarto clamó: "¡Ya veo! ¡Así que este es el hechizo de Drenaje Vital!"

Drenaje Vital: un hechizo mágico ejercido por nigromantes que permitía al lanzador robar energía vital de otra persona. La habilidad había comenzado como un canto de alabanza a la vida, que llevaba a los leones jóvenes cautivos hacia el futuro. Pero esto era otra cosa: alguien al borde de la muerte robando la vida a alguien joven y vital.

"¡Eso no es natural! ¡es Inhumano!" El Chamán Enano se enfureció. "¡¿Es ese el verdadero secreto de la inmortalidad?!"

"... ¿La vida de alguien que, en el transcurso de un siglo, no logrará nada y será olvidado? ¡Cuánto más significativo es que esa vida se convierta en una piedra fundamental de *mi* inmortalidad!"

El manto ya no descansaba sobre una sombra, sino sobre una forma humana definida: el nigromante estaba recuperando su identidad de hechicero. Apenas parecía alguien que hubiera sido cortado en pedazos apenas dos momentos antes.

Sacó con desdén la flecha de la mano de su bastón, la partió por la mitad y la tiró. "Han trastocado mis planes... pero también me trajeron unos regalos. ¡Una centauro aún más joven y además la vida de una Alta Elfa!"

Abrió la capa con una floritura, y la Sacerdotisa no pudo contener un grito de terror.

Porque había caras.

Rostros de personas. Humanos, elfos, enanos, rheas, padfoots incluso elfos oscuros. Eran jóvenes y viejos, hombres y mujeres; Lo único que tenían en común era que todos se retorcían sobre el torso del hechicero. Era un espectáculo que sólo podía haber sido creado por algún demonio, algún poder demoníaco alejado de cualquier camino moral.

Peor aún, los rostros parecían estar vivos, o atrapados en vida. Estas personas ahora existían solo para alimentar la vida del hechicero. Uno podría haberse vuelto loco fácilmente ante semejante revelación.

La Baturu, tan pálida que apenas podía ponerse de pie, se apoyó pesadamente contra Silver Blaze. Estaba consumida por la comprensión de que pronto sería uno de esos rostros.

"No sé quién eres ni de dónde vienes, pero te lo agradezco", dijo el hechicero. "Ustedes son la prueba de que incluso el más desaliñado y patético de nosotros puede hacer algo que valga la pena".

Goblin Slayer no dijo nada. No tenía ningún interés en esto. Ni siquiera pensó que era él mismo a quien llamaban "*desaliñado*" o *"patético"*.

Simplemente estaba hurgando en su bolsillo.

¿Qué tengo en el bolsillo?

Recordó el cacareo del rhea en medio de la ventisca de la caverna helada.

Sus propios preparativos. Los miembros de su grupo, los hechizos de los miembros de su grupo. Esta situación. La fuerza del oponente. Supongamos que... Sí. ¿Qué había dicho el hechicero?

"No sé quién eres ni de dónde vienes".

Eso fue todo. Y si este hechicero, quienquiera que fuera, no reconocía a Goblin Slayer...

... Entonces tampoco sabe cómo actuaré.

"Entonces," murmuró Goblin Slayer, "parece que puede ser útil que tu rostro sea bien conocido."

Nunca antes se había preocupado particularmente por eso, pero en realidad podría haberlo ayudado en este momento.

Hizo algunos cálculos mentales rápidos, luego preguntó: "¿Todavía te sobra algo?"

"¿Hrm? Ah, sí —dijo el Chamán Enano, brevemente sorprendido por la pregunta sin contexto—. Rebuscó en su bolsa de catalizadores y sus ojos se abrieron de par en par. La sonrisa que se dibujó en su rostro entonces era como la de un niño tramando una travesura. —Sí, claro que sí.

La expresión en el rostro de Sacerdote lagarto cuando vio esto era seguramente el equivalente del hombre lagarto de un niño travieso. —¿Tienes un plan, entonces?

"Sí," dijo simplemente Goblin Slayer. "Siempre lo tengo".

¡Acorrala Al Asesino!

"*Mis hombros siempre se ponen tan rígidos*", pensó el hombre mientras salía del casino. Comenzó a frotarse los omóplatos mientras caminaba sin rumbo.

No fue la ropa inadecuada lo que le molestaba, fue la ridícula espada que tenía que llevar todo el tiempo. Era muy pesada. Si tan solo hubiera podido usar una espada de madera pintada de plata.

Pero los padfoots la olfatearían en un segundo.

El olor a pintura sería obvio para ellos, y su tapadera sería descubierta. Así que la espada era lo que se podría llamar un gasto necesario.

Aparte de eso, ese tipo es tan estúpido como para conseguir un producto excelente...

Gracias a eso, sintió un calor en el pecho; El casino era un lugar de buenos recuerdos para él. Incluso estaba agradecido.

El alcohol que recorría su cuerpo lo dejo agradablemente cansado. Caminó, sus pies se sentían ligeros y agitados. Fue agradable. Tomó un trago de la botella de alcohol que había "tomado prestada" de ese grande, estúpido y engreído padfoots.

En realidad, el hombre había sido actor en otra vida. Y también (si queremos ser precisos) un aventurero fracasado. Era el colmo de la estupidez, en su opinión, arriesgar la vida para ganar algo de dinero, como se hacía cuando se estaba de aventura. Era mucho mejor ganar dinero *fingiendo* ser un aventurero. Y si ibas a hacer eso, entonces era más fácil con unos estúpidos padfoots que con cualquiera otra raza.

Con el tiempo, se dio cuenta de que los padfoots, especialmente los centauros, eran mucho más valiosos en sí mismos que la tarifa de admisión que estaban pagando.

Era una profesión oscura, con la que no había tenido nada que ver durante su tiempo como aldeano o aventurero, pero sus conexiones de sus días como actor estaban resultando muy útiles. Tanto los hombres como las mujeres se vendían bien, tanto a hombres como a mujeres, y ¿qué le importaba a él si se los llevaban para que fueran corredores o para que los llevaran a la cama?

Al fin y al cabo, no es que los estén cazando por deporte. Bueno, tal vez eso era lo que algunos clientes querían hacer con ellos, pero si lo hacían, ¿y qué? No era asunto suyo. *A los aventureros les gusta asumir la responsabilidad de sí mismos, ¿verdad?*

Iba de tribu en tribu, contando historias de aventuras con todo el brío que podía reunir, engañando a los estúpidos jóvenes y luego llevándose a los tontos. Convencía a los niños ignorantes para que firmaran contratos que los convertían en esclavos y luego los vendía, ese era su negocio ahora. Un comercio perfectamente respetable, del que no podía haber quejas. O al menos, eso creía el hombre.

Sus productos normalmente no sabían leer ni escribir, pero si podía hacer que firmaran un contrato, eran suyos.

Hablando de eso...

Su bolsa empezaba a sentirse un poco ligera. Había celebrado demasiado por su reciente y exitosa negociación comercial.

Bueno, que así sea. No era del tipo ahorrador. Si se lo ganaba, lo gastaba; si lo gastaba, tenía menos; Y cuando no tenía suficiente, volvía a "generar ganancias".

"Tengo que decir que no se ve una tan buena como esa muy a menudo..."

El tipo de centauro del que podrías enamorarte a primera vista. Una mujer joven que parecía pasar todo el tiempo en el campo mirando a lo lejos. Era tan encantadora que incluso este hombre, que había visto unas cuantas padfoots en su tiempo, pensó que tal vez nunca volvería a ver otra igual.

Huesos excelentes, lo que significaba músculos excelentes. Esta centauro había sido como un instrumento musical perfectamente afinado.

Lo primero que pensó fue en vendérsela a uno de los proxenetas, la gente que vendía jovencitas a los burdeles. Normalmente, los proxenetas enviaban a los centauros a casas de mala reputación en las afueras de la ciudad, lugares apenas mejores que establos, pero esta chica era diferente...

Esta es una oportunidad de ganar dinero de verdad, había pensado el hombre. Necesitaba un lugar que tratara con la aristocracia. Pagarían el peso de la chica en oro por tenerla.

Entonces, ¿por qué no lo había hecho? ¿Qué lo había detenido?

"¡Me encanta correr!" Eso era lo que le había dicho la muchacha, recordó, mientras se dirigía con él a la Ciudad del Agua, sin saber cuál era su destino. *"No me refiero a correr para luchar o incluso para sobrevivir, solo correr".*

Bueno, muy bien. El hombre había decidido venderla a uno de los *ludi* que entrenaban a los corredores. Realmente no le importaba, siempre y cuando obtuviera un precio decente. En cuanto a la muchacha, podía correr hasta la muerte por todo lo que a él le importaba.

Había hecho que su bolsa se abultara, y el Mundo de Cuatro Esquinas no era más pobre por ello.

¿Y ahora qué hacemos?

El hombre deambulaba sin rumbo fijo, buscando un lugar nuevo donde trabajar, con un estruendo que sonaba distante en sus oídos.

Pensó en el pequeño alboroto que parecía haber causado y consideró la importancia de no apuntar a demasiados centauros seguidamente. Tal vez una chica conejo sería buena opción. Como la que había estado saltando por el casino. Podía venderla como una linda compañera para alguien. Tenía el pelaje blanco...

O espera, ¿era rojo? ¿Sus orejas eran puntiagudas? No me acuerdo... No podía hacer que su mente borracha funcionara. *Bueno, no importa.*

"¡Chico, los aventureros estúpidos son lo mejor del mundo!"

"¡Sí, deberíamos estar agradecidos!"

El hombre se detuvo en seco. De repente se dio cuenta de que no había nadie alrededor. Estaba en un callejón sombrío. Ni siquiera sabía cómo había llegado hasta allí. Se había sentido como si estuviera siguiendo un hilo.

Las voces venían de detrás de él. No las reconoció. Inspiró hondo y luego soltó el aire...

"Al fin y al cabo, el Gremio de Aventureros baila al son del gobierno. Has ido demasiado lejos".

Apenas oyó el susurro, el hombre se encontró volando hacia la derecha del callejón. Sintió un golpe. Un impacto. Entonces algo rasgó su capa y su brazo izquierdo, que se iluminó con un dolor ardiente.

"¡Gygax!" Exclamo el hombre.

Ya estaba metiendo la mano en los pliegues de su ropa. Era un pequeño truco que había aprendido durante su tiempo como aventurero, no muy impresionante, pero... *... ¡Es suficiente para salvarme la vida!*

"¡¿Qué quieres?! ¡¿Dinero?!", exigió.

—Wizball —replicó el asesino, el agente—. El hombre no sabía lo que significaba. Su agresor llevaba una gorra de estilo militar que ocultaba su rostro.

El hombre arrojó la daga que había sacado sin siquiera mirarla, pero fue repelida por una especie de pequeño cilindro que su atacante sacó. En ese momento, sin embargo, el hombre ya estaba corriendo. Necesitaba distanciarse. Dobló la esquina, hacia cualquier lugar, siempre y cuando no fuera en línea recta.

"¡¿Hnnngh?!", exclamó mientras su tobillo se enredaba en una sombra. Se desplomó hacia delante sin ceremonias, con los ojos muy abiertos.

... ¡Esa no es mi *sombra!* Se dio cuenta.

Parecían las fauces de una bestia que se asomaba desde la oscuridad y lo mordía alrededor de su tobillo. Trató de soltarse, pero fue inútil: no puedes zafarte de una sombra.

Entonces, mientras forcejeaba, el hombre oyó pasos. Levantó la vista y vio los ojos de un murciélago brillando en la noche.

"Mancillar el nombre de los buenos aventureros ha sido ir demasiado lejos. Ellos son algo así como nuestros padres". susurró suavemente una voz. Sonaba más joven de lo que esperaba. "Esto no es como falsificar una etiqueta de rango o algo así".

"¡Y una mierda!", gritó el hombre, mirando fijamente a los extraños ojos del agente. "¡Para tu información, no he matado a nadie! Yo, yo sólo...

"Vendía vidas por dinero. Así se llama".

Déjalo ya. Con esas palabras conecto el cañón del cilindro con la cabeza del hombre y gatilló. El sonido fue pesado, sordo, duro, más parecido al crujido de una nuez que al de su cráneo agujereado.

El sonido señaló el final. El hombre dio un gran respingo y se quedó sin fuerzas. El espía empujó el cuerpo con el pie hacia una esquina del callejón y soltó un suspiro. "Lo siento. No esperaba que reaccionara tan bien".

"Oye, cubrirte es mi trabajo".

La voz definitivamente provenía de una o dos esquinas más allá del callejón. Una elfa pelirroja apareció casi en silencio, excepto por un par de chasquidos de su lengua. Al oír el sonido, la sombra se elevó de los pies del muerto, del cochero, y se acercó a ella en forma de un animal salvaje. Le dio unas palmaditas en la cabeza y luego permitió que su propia sombra se superpusiera con ella, las dos se fusionaron.

"Además, no quiero dejar viva a gente como él", dijo, con una voz lo suficientemente fría y aguda como para apuñalar a una persona. Al espía le sonaba como si estuviera diciendo que le hubiera gustado poder hacerlo ella misma.

Conocía su situación, más o menos. Podía adivinarlo. Él estaba involucrado, más o menos. Esa fue exactamente la razón por la que...

"Esa es mi función. Terminar el trabajo...", dijo con calma. Luego agregó: "Regresemos", y comenzó a caminar.

La muchacha parpadeó confundida antes de decir: "Sí, claro", y corrió tras él.

No hablaron.

Atravesaron los sombríos callejones y las sombras de la gran ciudad. Se oyó un estruendo lejano. Pasos de todo tipo. Las luces de la ciudad no les llegaban.

Pronto llegarían a su carruaje, sus amigos los estarían esperando. El espía sacó un cigarrillo de su bolsillo y la muchacha sacó un encendedor sin siquiera preguntar. Él se inclinó y ella se puso un poco de puntillas. Hubo un silencio y se iluminaron con la luz del encendedor.

"¿Cómo te fue a ti?, ¿*'Te es imposible domar un mundo al revés*?"

"No puedes huir de tu destino".

El leve y dulce olor del humo de las bayas de goji se mezcló con el aroma de la pólvora, del fuego y la sangre seca, y luego desapareció. La chica pelirroja miró a los ojos del joven que era un espía. La luz de murciélago había desaparecido.

Él sonrió, los bordes de su boca se curvaron y dijo: "Te ves bastante tentadora..."

"¡Ay, detente!" La muchacha se cubrió el uniforme con la capa, pero las orejas de conejo seguían flotando sobre su cabeza.

¡Dèjaselo A Un Aventurero!

"¡No temáis el frío de la muerte, porque no sois más que carne, sólo un trozo de carne!"

Fue el hechicero inmortal (bueno, así se llamaba a sí mismo) quien tomó la iniciativa. Su bastón brilló con un relámpago mortal mientras dispersaba la formación de los aventureros. Era lo más básico de lo básico cuando se trataba de responder a una bola de fuego, pero hacía que fuera difícil cubrirse entre sí. No podían estar en todas partes a la vez. De todos modos, la dispersión no tenía sentido frente a un hechizo que golpeó todo el escenario.

"¡¿Qué hacemos al respecto?!" —preguntó la Alta Elfa Arquera, con las orejas temblando ligeramente por el frío de la muerte que pudo esquivar por un centímetro. De todos modos, ya habían bajado por la ladera de la colina, por lo que había algunos obstáculos entre ellos y el hechicero, pero no era un terreno seguro. Sus oídos eran lo suficientemente agudos como para captar el sonido de los goblins que se abrían paso por la piedra de tabaco desde abajo.

"¡GOROGGBB!"

—¡Nadie te ha invitado! —dijo, apartando de una patada (con gracia de Alta Elfa) a un goblin que intentaba tomarle el tobillo. La criatura fue saltando colina abajo, su cuerpo se retorcía y se rompía a medida que caía, pero solo fue el primero. Más y más goblins llegarían pronto a la cima.

Así que la Alta Arquera Elfa no se privó de sus flechas, aunque no le quedaban tantas, mientras disparaba cuesta abajo. "¡No tenemos mucho tiempo para jugar con este tipo!", gritó. Como sea que lo llamen. Echó una mirada significativa hacia la colina, más allá de los obstáculos.

"¿Qué pasa, aventurera? ¡Creo que te falta algo de ferocidad!"

El problema básico no era el número de vidas que tenía el hechicero, las caras que se retorcían mientras se regodeaba. No, era el hechizo con el que había alcanzado a la Baturu.

¡No tiene sentido matarlo si ella también muere! --pensó La Alta Elfa Arquera

Podían intentar huir, pero no había garantías de que consiguieran escapar antes de que la maldición surtiera su efecto mortal. Sin embargo, la elfa tampoco creía que eso significara que estaban acorralados, sin opciones.

Orcbolg había dicho que tenía un plan. Sin duda haría algo. Además...

"Nos encargaremos de esto... ¡De alguna manera!"

Su mejor amiga, la que había sido gravemente influenciada por ese bicho raro, también estaba allí, gritando. Se podía ver a la Sacerdotisa apoyando a Silver Blaze, que estaba apoyando a la Baturu, todas ellas entre las sombras de rocas más distantes.

"*Tonitrus... oriens... ¡iacta!* ¡Levantate, Trueno Mortal!"

Pudo chillar cuando el espantoso miasma pasó a su lado, pero no tuvo miedo. Miró de cerca a la Baturu, que respiraba entrecortadamente, con la piel pálida. Tenía la cara salpicada de sangre y respiraba con dificultad. Incluso en ese momento, estaba claro, su vida estaba siendo drenada.

"¿Podrás... podrás ayudarla?" Silver Blaze miró suplicante a la Sacerdotisa, apretando la pequeña mano de la centauro. La expresión de su rostro era tan sincera, tan vulnerable, que su peso resultaba casi doloroso. La Sacerdotisa se dio cuenta de que tenía un nudo en la garganta.

Se necesitaría mucho coraje para decir lo que estaba a punto de decir. Hubiera sido maravilloso si alguien, alguien más capaz que ella estuviera aquí en este lugar. Pero solo estaba ella. Ella era todo lo que tenían.

Así que la única opción... ¡es que lo haga yo!

"Por favor", comenzó, "¡Déjaselo a un Aventurero!

La voz de la sacerdotisa se elevó a medida que avanzaba, hasta que se convirtió en un grito, para que todos los dioses pudieran oírla, para que *él* pudiera oírla.

Luego miró al frente con firmeza, decidida. "... ¡Necesito tiempo!"

"Está bien," respondió Goblin Slayer inmediatamente desde su lugar varios obstáculos arriba. "Te dejaré el momento a ti".

—¡Sí, señor!

Todo lo que tenía que hacer, entonces, era lidiar con los goblins. Eso hizo que las cosas fueran muy sencillas para él.

Goblin Slayer pateó una piedra de debajo de su pie y observó cómo caía. No, no era exactamente observar, sino más bien asegurarse.

"GROGB?!?!"

"¡¿GOB?! GOBBGRBG?!?!"

El guijarro chocó contra otras piedras a medida que avanzaba, hasta que el desprendimiento de rocas atrapó a varios goblins. Eficacia confirmada.

Ya había visto que no había lanzadores de hechizos entre los goblins que se aproximaban; Si ese hechicero tuviera algún sentido común, no querría que ningún otro usuario de magia le sirviera, y mucho menos uno goblin.

Si también podían usar la magia, significaría en la mente de los goblins que eran tan buenos como él.

En la medida de lo posible, eso convertía a este hechicero en un mejor comandante de los goblins de lo que había sido ese elfo oscuro (creía que lo era; no lo recordaba).

Los goblins, que se movían a su antojo, no eran oponentes poderosos, pero eran lo más peligroso que había aquí. Si el grupo podía lidiar con ellos, ellos podrían manejar el resto de alguna manera.

"Dejen caer algunas piedras sobre ellos, lo que puedan encontrar, para ralentizarlos", ordenó Goblin Slayer.

—¡Ah, el trabajo físico! ¡El territorio de los Enanos y los Hombres Lagarto!" —dijo el Sacerdote Lagarto—.

"Y yo que pensaba que se suponía que éramos lanzadores de hechizos", respondió el Chamán Enano, pero eso no le impidió mover los brazos con un "¡allá vamos, pues!" y desprender una roca con su hacha. Una roca que el Sacerdote Lagarto agarró y lanzó...

"GOGBBGB?!?!"

"¡¡GRGG!! ¡¿GOGB?!"

Los goblins iban dando tumbos por todas partes, atrapados por la piedra, aplastados por ella, o bien entraban en pánico a pesar de que no corrían ningún peligro particular por ello. Aquellos que tenían la vista lo suficientemente aguda como para alejarse de la roca que se aproximaba se encontraron atravesados por flechas con punta de brote que venían volando desde direcciones imposibles.

Puede que no fueran demasiados goblins en comparación con los que les acechaban, pero eso no era problema, ya que les daba tiempo, y tiempo era lo que necesitaba la Sacerdotisa.

Mientras tanto, el hechicero vestido de negro observaba a los aventureros que luchaban con tranquilidad. "¿Una niñita como tú puede deshacer un hechizo como el mío? ¡Eres todo palabrería!"

¿Cuántos años tenía la Sacerdotisa? ¿Quince? ¿Un poco más? Las palabras de una niña tan pequeña nunca bastarían para contrarrestar el orgullo del hechicero.

Sin embargo, es una señal de mi magnanimidad que no me enoje por ello.

El frío toque de la muerte que una vez sintió había enfriado la pasión de sus pensamientos y le había aportado cierto desapego. Incluso en el caso extraordinariamente improbable de que la muchacha rompiera su maldición... ¡Bueno! ¡Sería algo digno de ver!

Lamentaría que esta niña amada por la Madre Tierra terminara siendo nada más que un vientre andante para los goblins. Sin embargo, en comparación con la Alta Elfa, solo podía añadir gotas al océano de su vida.

El hechicero soltó una risita. *Si no puedes romper la maldición, pasarás tus últimos días entreteniendo a mis goblins.*

Podría vivir una noche, dos a lo sumo. Los que no servían para nada no merecían más.

"Muy bien. Me gustaría que lo intentaras. No interferiré contigo", dijo el hechicero. En lugar de eso, apuntó con su bastón al hombre desaliñado que había salido de detrás de una de las rocas. Sí, un hombre desaliñado, muy parecido a los que se decía que acechaban en la más infame de las mazmorras.

Los ojos bajo el casco, sin embargo, apenas miraban al hechicero. Bien podría haber sido una piedra al borde del camino.

¡Malditos sean todos! pensó el hechicero. Todos lo trataban de esa manera, lo trataban como a un niño tonto que no merecía su tiempo. Pero ahora, ahora lo verían. Él estaba aquí y los aplastaría. ¿Quién era el que había puesto su mano sobre la inmortalidad? ¡No las miserables masas ignorantes, sino él!

"*Sagitta... inflammarae... ¡Raedius!* ¡Vuela, oh flecha de fuego!" El hechicero dejó que sus emociones fluyeran en palabras de verdad, la energía brotó de su bastón.

Mientras corría, Goblin Slayer sacó una piedra de su bolsa y la arrojó.

"¿Cuántas veces crees que tus pequeños trucos van a funcionar conmigo?", preguntó el hechicero.

No creía que fuera a funcionar. Pero el gas lacrimógeno bloquearía la visión del hechicero, y eso sería suficiente.

El proyectil de Goblin Slayer se encontró con el rayo de llamas en el aire, la bomba de gas estalló en una nube de polvo rojo. Un rayo cayó donde Goblin Slayer había estado un instante antes, rompiendo una roca, y la nube de polvo resultante solo lo ayudó. Se escondió detrás de ella mientras estiraba la

mano libre y agarraba un arma en particular: su cuchillo arrojadizo recién restaurado y perversamente doblado. Goblin Slayer no entendía exactamente quién se suponía que era este hechicero, pero parecía un oponente contra el que no debía contenerse.

En cualquier caso, tiene un valor diferente.

Lanzó solapadamente, desde la izquierda, el cuchillo que describía un gran arco mientras volaba.

"*Magna... nodos... ¡Facio!* ¡Forma, protección mágica!"

El cuchillo no fue suficiente para cortar la protección mística del Campo de Fuerza.

Pero es suficiente.

Había obligado a su oponente a usar un hechizo. Era exactamente lo que esperaba, y el hecho de que el cuchillo no llegara al enemigo no era culpa del arma. Goblin Slayer recuperó el cuchillo arrojadizo con la cuerda que había atado a él y comenzó a trotar de nuevo. No se imaginaba a sí mismo lo suficientemente profesional como para asestar un golpe rápido y decisivo, incluso si primero había hecho retroceder al enemigo con un golpe de una cadena con púas.

"¡Ja! ¡Así que resulta que todo lo que sabes hacer es huir con el rabo entre las piernas!"

El hechicero estaba gritando algo, pero Goblin Slayer no estaba escuchando. Nunca había sido necesario.

Es un chamán goblin que habla el lenguaje humano.

Eso, en la mente de Goblin Slayer, era todo lo que era. Y si es así, entonces Goblin Slayer podría ganar tiempo contra él tan bien como contra cualquier goblin. Y si ganaba el suficiente tiempo...

Entonces los aventureros más capaces podrán hacer algo.

§

"Uff... hah..."

La sacerdotisa también había desterrado de su mente todos los pensamientos extraños. En ese momento, para ella, las cuatro esquinas consistían enteramente en la luz del amanecer y en su amiga sufriente.

El pequeño pecho de la sacerdotisa se agitó hacia arriba y hacia abajo mientras aspiraba el aire del amanecer hacia sus pulmones y luego lo dejaba salir gradualmente de nuevo. Tomó dentro de sí la fuerza sagrada que saturaba el mundo, ciclándola a través de ella, acumulándola.

"Hh... Hngh..."

La sacerdotisa rozó suavemente la mejilla de la Baturu, contaminada como estaba por la sangre oscura, y cerró los ojos. *Me alegro de que no sea mi primera vez*, pensó. ¿O sí? Tal vez esa primera vez, había sido más capaz de despejar completamente su mente. Ahora sentía una punzada de ansiedad. No pudo evitar preguntarse si podría hacerlo. Eso no representaba ninguna falta de fe en los dioses, sino una falta de fe en sí misma.

Pero eso lo convierte en una falta de fe en la bendita Madre Tierra.

Una sombra de duda sobre si oiría siempre la voz de sus fieles.

No, no. Tengo que parar esto.

No era bueno dejar que su mente corriera en círculos.

Los pensamientos aleatorios nunca desaparecerían por completo. En cambio, cuando los notaba, cada vez, tenía que volver al camino original. Proteger, curar, salvar. Repitió esos tres mandamientos al compás de su respiración, y luego los repitió de nuevo. Cuando vio surgir algo más, regresó. Una y otra vez, repitiendo el proceso.

Mientras lo hacía, de repente, llegó un momento en que su mente se aclaró. El momento en que su alma estaba en su máximo esplendor.

Está bien.

La Madre Tierra era una diosa amable y gentil. Y *él* estaba luchando y ganando tiempo por ella.

Y yo soy una aventurera.

La sacerdotisa oró.

"¡Oh Madre Tierra, abundante en misericordia, por favor, por tu reverenciada mano, límpianos de nuestra corrupción!"

Ningún dios dejaría de responder a la plegaria de un personaje orante. Ninguno de los jugadores en el cielo traicionaría a los personajes orantes de abajo. Mientras los personajes se involucrarán en aventuras, sus "jugadores" estarían con ellos.

Nunca se podía estar seguro del éxito, pero se podía saber que los dados del Destino y el Azar siempre rodarían. Por lo tanto, la Sacerdotisa había cometido errores antes, había sido perdonada y su oración había traído la salvación. La misericordiosa Madre Tierra respondió a su piadosa discípula causando el milagro de Purificar.

"Oh... Ah..."

La Baturu parpadeó varias veces ante una agradable sensación de humedad en su mejilla. La rozó con los dedos para descubrirla brillando dorada a la luz de la mañana.

Era agua.

Un agua más clara y pura de lo que había visto en su vida. La sangre que había sido impregnada con la corrupción de la maldición maligna ya no existía en este mundo. Así que, naturalmente, la maldición que se había basado en esa sangre como catalizador también desapareció.

Me alegro de haber llegado a ella antes de que se secara la sangre.

Entonces las cosas podrían no haber ido tan bien.

"Esto es increíble...", se maravilló la Baturu.

"La Madre Tierra es realmente increíble," dijo la Sacerdotisa, dejando escapar un suspiro privado de alivio. —¿No te lo dije? Ella sonrió.

Con eso, la Sacerdotisa había agotado sus milagros. Si quería que sucediera algo más, tendría que hacerlo ella misma. Así, modestamente, pero triunfalmente, hinchó el pecho y gritó:

"¡¡Ahora!!"

§

—No puedo creerlo... —gimió el hechicero ante la extraña sensación que de repente asaltó su cuerpo. No sabía lo que había hecho la niña, pero ¿era posible que realmente hubiera roto su maldición?

No, no podía suceder. Tal cosa era imposible, o eso creía. Porque si hubiera imaginado lo contrario, el pensamiento orgulloso que siguió nunca podría haber surgido en su mente.

Pero, ¿me importa? ¡Ja!

Pensó en todas las muchas vidas que había enterrado dentro de sí mismo por el poder del demonio. ¿Y cuántas vidas tenía ella? Una. Sólo una. Podía capturar esa vida.

"...!"

Respiró hondo, pero antes de que pudiera empezar a recitar nada, Goblin Slayer se estaba moviendo. Su mano derecha brilló, y una espada que había sacado del *obo* cortó el aire.

Vino de no sabía dónde; La había tomado de la mano de un goblin, era un arma de todos modos. Si la concentración del lanzador de hechizos se rompe y la protección de su magia se desvanece, entonces sería perfectamente capaz de hacer su trabajo.

"¡¿Gah?!"

La hoja oxidada y maltrecha se alojó en el pecho del hechicero, que retrocedió dramáticamente. No murió, por supuesto. Esta no era una de las

espadas forjadas por ese pueblo antiguo para sepultar a los jinetes negros. Solo lo apuñaló y apenas disipó la magia que lo mantenía unido. Incluso mientras la llama de su vida se consumía y vomitaba sangre, volvió a ponerse en pie.

Sin embargo...

"Hadas, hadas, nunca os demoréis: lo que habéis olvidado, ¡lo devuelvo con justicia! No necesito dinero, ¡pero hacedme feliz!"

El Chamán Enano no iba a dejar que se saliera con la suya. Volvió a arrojar su jarra al suelo, y el interminable aceite comenzó a manar. El aceite perfumado que las hadas habían olvidado, y que era tan valioso precisamente porque no significaba nada en términos de valor en el mundo real, fluyó como un mar sobre la cima de la colina.

"Hrn... ¡Hgh! Grrr!"

Resbalaba, tropezaba, caía: el hechicero dejó escapar un grito humillado mientras se tambaleaba entre las olas de aceite.

"¡¿Cómo podría esta broma infantil...?!"

Trató de sacar la espada de su pecho, pero sus manos se deslizaron fuera de ella. Su cuerpo se deslizó de tal manera que no podía ponerse de pie. Lo único que podía hacer era aferrarse a su bastón para no dejarlo caer.

Pero, ¿y qué? ¿Qué es todo esto para mí?

No podía perder la vida. Un poco de aceite, unas pocas caídas, ¿y qué? ¿Pensaban...?

"¡Oh, orgulloso y extraordinario brontosaurio, concédeme la fuerza de diez mil hombres!"

Los ojos del hechicero se encontraron con la visión de un aterrador naga, un hombre lagarto que corría hacia él, aprovechando al máximo la fuerza que había tomado prestada de sus antepasados.

—¡Eeeeyaahhh! —gritó el hombre lagarto, las garras de sus pies perforando la película de aceite para rasgar la roca, empujándolo hacia adelante sin siquiera temblar.

Cuando el hechicero se dio cuenta de que este monstruo se dirigía directamente hacia él, gritó algo. Tal vez fue un hechizo. Tal vez una maldición. Tal vez una simple imprecación. O tal vez no tenía ningún significado.

Sea lo que fuere, los aventureros nunca lo oyeron, porque en el instante siguiente, una cola, llevada con toda la fuerza y velocidad del lagarto, desintegró la mandíbula del hechicero y lo lanzó por los aires.

"...?!?!?!"

Entonces las olas de aceite lo arrastraron por la piedra de tabaco, haciéndolo rebotar en todas las rocas a su paso. Ni siquiera podía gritar, y cualquier intento de resistencia sería inútil. Si hubiera podido sacar la espada y clavarla en una roca, podría haber sido capaz de detener su caída, pero el aceite que lo cubría de pies a cabeza no se lo permitió.

Cada vez que golpeaba una piedra, sentía que se rompía un hueso o que un órgano interno estallaba, destrozando su cuerpo.

El tiempo transcurrido hasta que finalmente tocó el suelo del Mundo de las Cuatro Esquinas le pareció una eternidad.

§

"¡Mmm! Me atrevo a decir que todavía está vivo".

"Es inesperadamente tenaz".

El Sacerdote Lagarto y Goblin Slayer miraban hacia abajo, hacia donde el hechicero se había convertido en una mancha oscura en el suelo. Con prácticamente todos los huesos y músculos de su cuerpo destrozados, incluso alguien con inmortalidad tendría problemas para volver a levantarse.

Ese ogro (¿es eso lo que era?) también afirmaba ser inmortal, pero esto es algo diferente.

Goblin Slayer gruñó en voz baja. De hecho, había tantas cosas que no sabía sobre este mundo.

"Bueno, nunca deshicimos su inmortalidad real", dijo el Chamán Enano mientras lanzaba una moneda por el aire. —¿Qué esperabas? La moneda se ensució en cuanto cayó en el océano de aceite. El aceite desapareció de inmediato, casi como por arte de magia, y únicamente quedó la moneda de oro, inservible "Creo que debo señalar que en realidad aún no hemos terminado con esto", agregó el enano.

Eso era cierto.

"¡GROGB! ¡¡GBBOGBRG!!"

"¡¡GOGGBRGBBGR!!"

Ahora que ya nadie les tiraba piedras, el avance de los goblins se reanudó sin obstáculos. Claro, las flechas ocasionalmente eliminaban a uno de ellos, pero todos los demás asumieron que las víctimas eran las especialmente estúpidas.

" ¡Maldición! ¡¿Cómo es que acaban siendo goblins otra vez?!" Rugió La Alta Elfa Arquera, mientras disparaba tres flechas en un abrir y cerrar de ojos...

Uno no podía evitar estar de acuerdo con ella. Los goblins parecían hormigas pululando por el suelo. Luego estaba el hechicero, que seguía retorciéndose a pesar de haber sido aplastado contra la tierra.

El tiempo no era amigo de los aventureros. A cada momento, el final se acercaba. La muerte se acercaba incluso mientras permanecían de pie y pensaban.

Pero eso no significa nada.

Era solo otra forma de decir que seguían vivos.

La Sacerdotisa, que estaba flanqueando a la Baturu con Silver Blaze, asintió. Si todavía estaban vivos, entonces todo lo que tenían que hacer era hacer todo lo que pudieran hacer mientras pudieran hacerlo.

El sol se había asomado por completo sobre el borde del tablero, brillando en las cuatro esquinas.

Estaban en un *obo*. Estaban rodeados por una horda de goblins. Rocas. El ataque anterior. Usando el terreno.

¿Qué haría Goblin Slayer? La sacerdotisa se preguntó.

¡Ah! Sí. Ella lo sabía.

"¡Vamos a destrozar este lugar!"

Sin dudarlo, Goblin Slayer dijo: "Es exactamente lo que pensaba hacer".

§

La Alta Elfa Arquera miró al cielo, aunque no sirvió de mucho, ya que la Madre Tierra ocultaba su rostro. "Arrrgh... ¿Cómo puede pasar esto?"

"Oh, um, por supuesto que entiendo que este es un cúmulo de Obo muy de gran importancia y muy valioso", dijo rápidamente la Sacerdotisa. "Pero este suelo sagrado ha sido profanado, y no puedo purificarlo yo sola..."

Por no mencionar que, aunque hubiera podido, había agotado todos sus milagros. Como clériga, simplemente no tenía lo que se necesitaba. Quizás la Doncella de la Espada, una de las famosas All Stars, hubiera sido una historia diferente, pero simplemente no era posible pedirle que viniera hasta aquí para hacer una purificación en este momento.

"Pero, dicho esto, no sabía cómo derribarlo..."

"Déjame encargarme de eso". Goblin Slayer no lo dudó. De hecho, parecía que probablemente ya tenía algo en mente.

Todo el grupo sabía muy bien lo que este hombre iba a hacer.

—¿Pero crees que sería... algo bueno destruir este montículo? El Sacerdote Lagarto aventuró.

—Es cierto que muchos de nosotros no sabemos mucho sobre la fe de los centauros —dijo el Chamán Enano, sin olvidar de mojarse la lengua con lo

que quedaba de vino—. Era entonces cuando comenzaba la verdadera diversión: cuando caían, no les quedaban fuerzas, ni siquiera vino. Tal vez deberíamos preguntar a nuestras bellas damas.

"Personalmente, me sentiría mejor reconstruyéndolo desde cero". La expresión de Silver Blaze era demasiado ambigua para esbozar una sonrisa triste, pero demasiado clara para imaginar que no estaba pensando en el asunto. Luego pasó una mano suavemente por el cabello de la joven centauro apoyada en su costado. "Sin embargo..."

—¿Princesa? La chica que solo unos momentos antes se había recuperado de su palidez miró a Silver Blaze con sorpresa.

"He dejado este lugar atrás. Eres tú, que todavía vives en la llanura, quien debe decidir".

"....."

Durante un momento muy, muy largo, la Baturu no respondió. Se mordió el labio, con expresión dura, y miró, no exactamente a la tierra ni exactamente al cielo.

Podían oír el parloteo de los goblins que se acercaban. Oler el débil olor a sangre que aún quedaba. Y sentir el viento que les presionaba.

El viento. El viento soplaba.

Allí, bajo el cielo del amanecer, el viento corría hasta los confines más lejanos de la llanura.

Ahhh...

Ahora se dio cuenta de que la princesa no tenía intención de volver a casa.

Eso, para ella, se sintió como una respuesta. Le dijo lo que debía elegir.

"... Hazlo. Por favor. Derribalo".

Su veredicto fue así de breve. La Baturu miraba directamente a la Sacerdotisa y Goblin Slayer. Al casco barato con los cuernos rotos. Ella todavía no sabía qué expresión tenía la cara debajo de él.

No, no lo sabía, pero sabía que el hombre la aceptaba a ella y a su petición.

¿Qué la hizo pensar eso?

—Está bien —dijo el casco, asintiendo de un lado a otro sin perder un segundo—. —Lo haré.

Rápidamente, con calma, casi mecánicamente, comenzó a explicarles el plan que había urdido en su cabeza. Las orejas de la Alta Elfa Arquera se fueron cayendo cada vez más a medida que hablaba, mientras que la Sacerdotisa asintió y dijo: "Ya veo".

En cuanto a Silver Blaze y la Baturu, aún no parecían entender la situación...

"A mí, todavía me queda un milagro. Si quieres —dijo el sacerdote guerrero de los hombres lagarto, enroscando la cola con la ansiosa anticipación de la batalla próxima—.

Si estaba tan emocionado por pelear, el Chamán Enano difícilmente no podría inventar alguna travesura propia. "Supongo que será mejor que yo también dé un paso al frente. No tiene sentido derribar esta cosa si caemos nosotros mismos con ella".

Dice el refrán que tres cabezas juntas son tan buenas como el Dios del Conocimiento, pero *estas* tres cabezas eran como niños traviesos planeando una broma.

Dicen que tres mocosos traviesos juntos pueden incluso ahuyentar a la parca, reflexionó la Alta Elfa Arquera. "Es porque *ustedes* dos nunca lo detuvieron que esta pobre chica terminó contaminada por Orcbolg."

"¡No creo que esté contaminada...!" La sacerdotisa protestó, luchando débilmente contra el abrazo compasivo que le dio la Alta Elfa Arquera.

Los cinco podrían haber estado parados en medio de una zona de batalla, pero prácticamente parecía que se estaban divirtiendo. Tal vez eso era parte de lo que significaba ser un aventurero. O tal vez eso era lo que significaba que esto era una aventura.

La Baturu solo pudo parpadear.

Ahora lo veo...

De hecho, esto era algo que no se veía en la llanura.

§

"¿Estás seguro de que esto es... ¡¿Es posible?!" La Baturu casi gritó. Sostenía una cuerda enrollada alrededor de una de las rocas en la cima de la colina.

Ah, la cuerda: ¡Nunca salgas de casa sin ella! El gancho de agarre estaba firmemente asegurado a la roca, mientras que los miembros del grupo sostenían el otro extremo.

"Si puedes ganar haciendo lo imposible o lo ridículo, entonces no hay ningún problema...", dijo la Sacerdotisa, como si fuera la cosa más natural del mundo, mientras tiraba del nudo para asegurarse de que estaba firme.

La Alta Elfa Arquera golpeó a Goblin Slayer en el costado con el codo.

—Hrm —gruñó —.

"¿No podrías enseñarle algo más *útil*?", dijo. Luego agregó a regañadientes: "Por supuesto que, ahora es un poco tarde".

Goblin Slayer gruñó de nuevo. "Eso es útil, ¿no?"

—Sí, supongo que sí. La Alta Elfa Arquera lo sabía. Suspiró resignada, luego soltó una risita (no sin una nota de cariño) y agarró la cuerda. --¿Por qué no decirle algo a ella también, entonces?

Allí estaban el Sacerdote Lagarto y el Chamán Enano, preparados al máximo. Frente a ellos estaba Silver Blaze, con la Baturu a su lado, con aspecto

ansioso. Lo más extraño era que Silver Blaze, la antigua prisionera, parecía ser la más vigorosa de todos.

Goblin Slayer se quedó un momento pensativo y luego dijo: "He oído que los ciervos pueden hacer esto. ¿Sería difícil para los centauros?"

"... ¡Lo haremos, de acuerdo!" —exclamó la Baturu, recién vigorizada, prácticamente enseñando los dientes—. El mensaje era claro: *no te burles de mí.*

Naturalmente, no había tenido la menor malicia en mente; Había querido decir única y exactamente lo que había dicho. Aun así, nadie podía esperar que un centauro se quedara callado cuando se comparaba su especie con la de los ciervos.

Por su parte, Silver Blaze se rió: "¡Ja, ja, ja!" —como si se estuviera divirtiendo de verdad y se agarró con fuerza a la cuerda. "Entonces tendremos que correr lo más rápido que podamos".

"¿Eh? ¡Espera! ¡¿Princesa...?!"

"¡No he corrido en *días*! ¡Necesito volver a practicar!" Sonaba como una niña emocionada por su primer juego, y eso trajo un suspiro de alivio a la Sacerdotisa.

La cuerda estaba asegurada. El grupo estaba reunido. Y los otros dos...

Parece que van a estar bien.

Una vez que hubo comprobado todo, la Sacerdotisa se volvió hacia Goblin Slayer y asintió.

—"Muy bien." Goblin Slayer agarró la cuerda que tenía sujeta en la cadera y se apoyó sobre sus pies "¡Cuando quieras!"

En ese momento, el Chamán Enano trepó a la roca con sus brazos y piernas rechonchos. Podría haber deseado una roca lo suficientemente grande como para que todos pudieran montar, pero no se podía tener todo. Incluso si el Sacerdote Lagarto hubiera logrado colocar su gran corpulencia en la parte

superior de la piedra, llevar dos centauros allí arriba habría sido terriblemente complicado.

"Tienes que trabajar con lo que tienes", pensó el Chamán Enano. Luego golpeó la gran roca con la palma de la mano y bebió las últimas gotas de vino de su jarra. "¡Listo para rodar, Escamoso!"

Allí, en la cola figurativa del grupo, atado a la cuerda como el resto de ellos, estaba el Sacerdote Lagarto, que bramaba: *"¡Oh mis antepasados que duermen bajo capas de roca, con todo el tiempo que se ha acumulado sobre ustedes, guíen este objeto!"*

El sonido fue como un derrumbe. Conmovida por la oración del Sacerdote Lagarto, la gran roca que yacía en la base de todas estas piedras que se habían apilado durante incontables siglos se dobló y se desmoronó bajo el vasto peso del tiempo. El *obo* se convirtió en una enorme pila de pudín que se derrumbaba por su propio peso. Las rocas que formaban la piedra de tabaco, acumuladas durante tanto tiempo, se esparcieron en todas direcciones, levantando una nube de polvo. Una piedra chocaba con otra, la rompía, la hacía añicos y la lanzaba rodando en otra dirección.

Para alguien que lo observara desde la distancia, probablemente no habría parecido tan rápido, pero esa era una ilusión creada por el tamaño de las piedras. Si estabas justo en medio de eso, sabías exactamente lo rápido que estaba sucediendo.

La lluvia de piedras era como una tormenta; Eran como grandes martillos de guerra y terribles espadas. Si fueras absorbido por la vorágine, serías destrozado, hecho pedazos; Perderías la vida sin dudarlo. Y todo estaba sucediendo demasiado rápido como para huir de eso...

"¡Salgan, gnomos, y déjenlo ir! Aquí vienen, ¡miren hacia abajo! ¡Denles la vuelta a esos cubos, vacíenlos a todos en el suelo!"

Sin embargo, los aventureros, y la gran roca a la que estaban atados, volaron a una velocidad imposible. Sí, volaron. No rodaron, sino que salieron disparados hacia abajo, deslizándose.

"¡Ay! ¡Vaya, vaya, vaya!"

De repente, la Sacerdotisa se encontró dando pataditas con las piernas, intentando apresurarse junto a la roca. Por supuesto, la base se estaba cayendo debajo de ella a medida que avanzaba; Era como apoyarse en la ladera y saltar. Porque, en efecto, los aventureros atados a la roca estaban, como la propia roca, bajo la influencia del hechizo Control de caída del chamán enano.

La sacerdotisa se aferró a su gorra para que no saliera volando, concentrándose solo en no caer.

¡Esto se parece mucho a...!

Cuando habían esquiado por la montaña nevada o cuando habían cabalgado a lomos de la manta de arena.

¡¿Vamos a morir aquí?!

Esto le pareció lo suficientemente peligroso como para traerle a la mente ese pensamiento, lo que lo hizo aún más sorprendente cuando escuchó la risa de las hadas invisibles.

Ah, pero... No tengo tanto miedo.

No tenía tanto miedo como cuando se enfrentó al dragón rojo, o en las alcantarillas de la Ciudad del Agua, o en esa primera aventura...

De alguna manera, la idea le hizo sonreír. Aunque se tratara de una sonrisa tensa por una cierta dosis de terror.

"¿Es... todos... ¡¿Están bien?!"

"Orcbolg... ¡Tiene que ser el idiota más grande...!" La Alta Arquera Elfa le gritó, lo que la Sacerdotisa interpretó como que estaba bien. Incluso con las puntas de sus largas orejas presionadas firmemente contra su cabeza, la alta elfa se las arregló para lucir elegante mientras se deslizaba. La sacerdotisa ni siquiera podía imaginarla cayendo sin ceremonias colina abajo.

"¡Agh! ¡Vaya! ¡Argh!"

En contraste, la expresión en el rostro de la Baturu podría resumirse, en una palabra: *desesperación*. Apretaba los dientes: no estaba acostumbrada a trepar rocas, y mucho menos a deslizarse por ellas.

Por otra parte, ninguno de ellos estaba exactamente acostumbrado a esto. ¿Cómo podrían estarlo? De todos modos, la Baturu siguió corriendo: si se detenía, moriría. De todos modos, tenía a su amiga, Silver Blaze, a su lado. La Baturu vio a la Sacerdotisa mirarlos, pero no tenía los medios para gritar. Se conformó con mirar a los ojos a la clériga y asentir. Eso fue suficiente para la Sacerdotisa.

"Goblins... ¡Adelante!" Silver Blaze gritó en ese momento. Vio las sombras verdes acechando a lo largo del camino de la piedra rodante. "¡Todavía hay muchos...!"

"¡No serán un problema!" Goblin Slayer bramo.

El primer enemigo con el que hicieron contacto fue un goblin que acababa de terminar de escabullirse de la pelea anterior. Se había deslizado una corta distancia, pero, feliz o infelizmente, había logrado detenerse junto su arma a un costado. Eso, sin embargo, no cambió el destino que le esperaba.

"¡Hmph!"

"GROORGB?!?!"

Cuando Goblin Slayer se precipitó junto con la roca, literalmente pateó a la criatura hacia su perdición.

"¡¿GBBGR?! GBGBGRRROGB?!?!"

El monstruo se deslizó en diagonal, rompiéndose los huesos, desgarrando su carne y muriendo al poco tiempo.

Tampoco ese goblin fue el más desafortunado de ellos.

"¡¿GBBO?!"

"GOBOOB?!?! GBOGOBOGOB?!?!"

Varios de los otros se convirtieron en carne de cañón para la lluvia de piedras que caían. Sus estertores de muerte ni siquiera llegaron a los oídos de Goblin Slayer, porque el gran e incesante estruendo ahogó sus gritos, los sonidos de sus carnes desgarrándose y sus huesos rompiéndose.

"¡Seguid adelante!" Gritó Goblin Slayer. Ahí iba otro. Había intentado agarrarse a la roca con la esperanza de escapar. "¡Si las rocas caen sobre nosotros en el momento en que lleguemos al fondo, todo esto habrá sido en vano!" La grava repiqueteó en el casco metálico. Es de suponer que los oídos de los elfos o los centauros podían captar los tintineos individuales de las piedras al salir volando.

La sacerdotisa, del mismo modo, sintió que las rocas le picaban a través de la gorra. No tuvo el coraje de levantar la vista.

"¡Solo vigila de cerca cómo está nuestra cuerda!" —bramó el Chamán Enano—. "¡Si se rompe, estamos acabados!"

"¡Bien...!" La Sacerdotisa no sabía si él podía oírla; apenas podía oírse a sí misma ni a nadie más. Todos empujaban tan fuerte como podían. Pisoteando goblins, corriendo, pensando sólo en sobrevivir.

La Sacerdotisa pensó en los miembros de su grupo. Pensó en todos ellos volviendo a casa juntos. Pensó en sus amigos.

Todos esos pensamientos llenaron su cabeza, de modo que se olvidó por completo del hechicero.

§

"Vaya... ¡Ah!

Hablando del hechicero: fiel a su pretendida inmortalidad, seguía adelante a pesar de que todo su cuerpo había sido aplastado. Yacía allí en la tierra donde había sido aplastado, tratando desesperadamente de poner sus extremidades en un estado funcional, sufriendo. Si alguien fuera aplastado por un gigante, y luego colgado de su cuello, podría comenzar a comprender la intensidad de su dolor.

Maldito... aquellos... ¡Aventureros!

Ignorantes, bastardos sin valor, totalmente por debajo de la comparación con él. Sin embargo, gente como ellos había logrado interferir con su gran yo, habían sido capaces de hacerle tropezar. Eso no era tolerable. Se vengaría.

Necesitaba reparar su carne y tejer sus huesos lo más rápido posible y ponerse en marcha de nuevo... odiaba cada minuto, cada segundo que pasaba. Cuando recuperara la compostura, esos bárbaros no serían nada ante él.

Incluso en este punto, el hechicero no había aprendido nada, no veía lecciones en lo que había experimentado. Del mismo modo que siempre había culpado a los demás de todas las burlas que había soportado. En cierto sentido, tal vez no se equivocó al hacerlo. Muchos son los que señalan y se ríen de alguien simplemente por albergar grandes ambiciones.

Pero el hechicero se había olvidado por completo de todas las cosas que él mismo había hecho. No recordaba cuántas esperanzas y sueños de la gente había pisoteado para llegar a donde estaba. Ni siquiera era consciente de ellos. Simplemente había asumido que todo existía solo para él. Eso era soberbia, y era su punto ciego.

Y entonces la soberbia tomó la forma de un inmenso peso adormecedor y una cascada de cascotes.

"Oh, ahh... Ahhh...?!?!"

El hechicero no entendía lo que había pasado. Sólo sintió caer sobre él un tremendo peso que destrozaba la carne y los huesos que tanto le había costado reparar. Se había esforzado tanto por utilizar los últimos destellos de vida que quedaban en él para volver del abismo, sólo para ser repelido por las piedras.

El hechicero se encontró incapaz de mover un dedo, incapaz de respirar.

¿Por qué nunca se le había ocurrido que ser inmortal no significaba ser invencible, y que la inmortalidad no era la eternidad?

¿Por qué se había conformado con hacer de la inmortalidad su meta? Sí, había cosas antiguas en el Mundo de las Cuatro Esquinas, como los reyes de los muertos, que habían desafiado a la muerte para vivir para siempre. Quizás, si hubiera buscado algo más, el hechicero habría tenido la oportunidad de apuntar aún más alto.

Pero cualquier oportunidad de pensar se extinguió cuando una roca aterrizó sobre su cabeza, aplastándola y esparciendo sus sesos por las cuatro esquinas, dejando solo un trozo de carne que ya no sabía lo que era.

§

Casi antes de darse cuenta de lo que estaba ocurriendo, la Sacerdotisa se encontró de pie en medio de una nube de polvo. Sus pies estaban en tierra firme. Su cuerpo estaba entero. Los goblins se habían ido.

¿Y los demás...?

"No sé si era inmortal o qué, pero si lo enterramos, no volverá".

Ah, ahí están.

La sacerdotisa respiró aliviada al ver al hombre parado tranquilamente allí. Goblin Slayer estaba a salvo. Cubierto de polvo y suciedad, sí, pero siempre estaba sucio de todos modos.

Todos los demás también estaban allí.

"Porque no era como un goblin", añadió Goblin Slayer. El hechicero, afirmó, era mucho más fácil de tratar.

La Sacerdotisa supuso que Goblin Slayer ya estaba pensando en los goblins que habían sido aplastados o tal vez en cómo ocuparse de los que se habían escapado con sus huargos. El Chamán Enano, sentado en lo alto de la roca y lamentándose de que se le hubiera acabado el vino, gruñó: "Dale un siglo o dos y volverá arrastrándose, sospecho".

"Entonces no me importará".

—"Sí, pero podría importarme a mí", ---dijo La Alta Elfa Arquera, recostándose contra la roca y mirando los restos del obo con un suspiro. Luego se encogió de hombros, sonriendo como diciendo: "Estas cosas pasan". "¡No puedo creer que saliéramos a rescatar a una princesa centauro... y acabáramos luchando contra goblins!". ¡Lo predije! Soltó un sonoro gemido, seguido de un suspiro...

"... ¿Preferirías haber sido atacada por un dragón? Silver Blaze preguntó con seriedad.

"Creo que ya también me he hartado de los dragones". La Alta Elfa Arquera se echó a reír.

Creo que ahora lo entiendo, pensó la Sacerdotisa. Las princesas eran así: libres, testarudas, como el viento. Compartió una mirada con la Baturu. La Sacerdotisa creyó entender ahora lo que había entre la guerrera y Silver Blaze. Algo muy parecido a lo que la unía a ella y a la Alta Elfa Arquera.

"... Tendremos que empezar a apilar las rocas de nuevo", dijo la Baturu y sonrió. Una sonrisa como el viento que sopla, sin nada de la tensión que había llenado su rostro hasta ese momento. Una sonrisa natural que demostraba que podía aceptar lo que le deparaba el futuro. "Muchos centauros y otros viajeros pasan por aquí. Estoy segura de que *el obo* se levantará de nuevo con el tiempo".

—¿Crees que deberíamos un grabado o algo así? Preguntó la sacerdotisa en broma y se rió. "Ya sabes, algo que diga: '*Cuidado, porque aquí yace sellado un malvado hechicero*".

"Y entonces, dentro de cien años, los incautos, creyendo que la advertencia es mera superstición, lo desenterrarán y volverá a la vida". El Sacerdote Lagarto enseñó alegremente sus colmillos, aunque no había nada alegre en lo que estaba diciendo.

Alegremente comenzó a desatar la cuerda. —Te ayudaré —dijo la Alta Elfa Arquera, acercándose a él—. Sus delicados dedos eran mucho más

adecuados para este trabajo que las largas y afiladas garras de un hombre lagarto. "Los humanos actúan así, ¿no?", dijo.

"Y así es como las semillas de la aventura nunca se agotan en el Mundo de las Cuatro Esquinas", añadió el Chamán Enano. ¿Qué podía hacer una humana como la Sacerdotisa sino sonreír con pesar?

—No vale la pena preocuparse por eso —dijo Goblin Slayer en voz muy baja, como un deseo, como una oración—. Que sea un siglo; Que sean dos. Que sea un milenio. Cada vez que suceda, si sucede, entonces cuando llegara ese momento, solo...

"Déjaselo a un aventurero".

§

Los vítores en la arena de la Ciudad del Agua hicieron aplaudir a la multitud en las gradas. El premio de ese día era uno grandioso, que llevaba el nombre de una baronesa que había sido paseada desnuda por la ciudad, una vez, para castigarla por imponer impuestos aplastantes. El concurso tomó su nombre porque, según la historia, ella misma había sido una centauro.

—No es que eso sea particularmente creíble —dijo la Comerciante con un brillo en los ojos—. "Pero esto es un festival, no un libro de historia, y es una buena excusa para divertirse".

Estaban en las gradas del hipódromo, en los mejores asientos, donde se sentaban los nobles. El puesto estaba sombreado por un techo; Se podía ver todo el recorrido a la vez, y había almohadas suaves para sentarse, un lugar para relajarse y ver una carrera. Naturalmente, solo las amigas más queridas de la Comerciante fueron invitadas allí.

Hoy, para la ocasión, les ofreció dulces preparados con cacao, el llamado "frijol de los dioses".

—Y para colmo —dijo—, hoy es...

"¡El día en que Silver Blaze haga su gran regreso!" La Alta Elfa Arquera terminó, añadiendo un "gracias" mientras cogía uno de los caramelos marrones

y se lo metía en la boca. Inmediatamente descubrió una dulzura que iba desde su lengua hasta la punta de sus orejas, acompañada de una leve corriente subterránea de amargura. No se parecía a ninguna fruta que hubiera probado en el bosque. El azúcar era realmente algo mágico, tal vez incluso diabólico.

Temblando, la Alta Elfa dejó escapar un suspiro. "¡Increíble...!"

—Hrm —comentó la Baturu, recogiendo ella misma una de las golosinas—. —¿Te refieres a esta cosita?

—Me refería a esa princesa tuya —dijo la Alta Elfa Arquera—. "Pero a los caramelos también".

Todavía con un aspecto algo dubitativo, la Baturu se llevó el caramelo a la boca, tras lo cual sus orejas se irguieron, la dulzura la asaltó como lo había hecho con la Alta Elfa Arquera. La conmoción pareció viajar hasta la punta de su cola antes de disminuir unos segundos después.

La Baturu dejó escapar un suspiro como si fuera a derretirse, y luego miró a lo lejos. "Sí. La princesa... es realmente increíble".

Había bajado la mirada por encima de la enorme multitud que llenaba todos los asientos de las gradas de los espectadores. Luego miró a los centauros que corrían por la pista con el mayor compromiso.

Los gritos ensordecedores. Las jóvenes corrían como el viento, moviéndose tan rápido como podían.

Habría ganadores y perdedores. Era una competencia seria, eso era necesario. Pero todos los corredores serían agasajados por la multitud, se les daría su merecido.

Sin embargo, solo la princesa, a la que llamaban Silver Blaze, podía atraer a una multitud de este tamaño. La Baturu estaba segura de que, si lo hubiera intentado toda su vida, no podría haber hecho lo mismo.

"Entonces, ¿qué vas a hacer después de esto?"

La inesperada pregunta de la Alta Elfa Arquera sacó a la Baturu de su ensoñación. —Es una buena pregunta —dijo, pero la respuesta estaba resuelta hacía mucho tiempo—. Supongo que volveré a la llanura. Necesito informar a mi hermana mayor, ¿sabes? Aunque parece que no está muy contenta —añadió la Baturu con una sonrisa irónica—.

La Alta Elfa Arquera estuvo de acuerdo de todo corazón. "¡Las hermanas mayores nunca lo están!"

"Sí. Una está agradecida por ellas, ¡pero pueden ser un verdadero dolor de cabeza!"

Los dos asintieron con la cabeza, compartieron una mirada y luego se rieron como niñas.

Así es, recordó tardíamente la Comerciante. La elfa era la hermana menor de algo así como la emperatriz de los elfos. No había olvidado exactamente ese hecho, pero simplemente había sido mucho más consciente de ella como amiga. Y también, aunque solo sea una o dos veces y solo en aventuras bastante extrañas...

Una compañera de viajes.

Sí, tal vez se le permitiría llamarla así también.

La Comerciante se llevó una mano al pecho, haciendo que su alivio fuera claro para cubrir su vergüenza. "Todo ha terminado bien. Eso es lo más importante para mí", dijo. Y era totalmente cierto. Ciertamente, era importante para aquellos involucrados en el negocio del entretenimiento. No había garantías de que sus propios centauros no se hubieran visto envueltos en ciertas cosas. Y si hubiera resultado ser una cuestión de amaño de carreras o algún tipo de trampa... *Bueno, me alegro mucho de que no haya sido así.*

Cualquier cosa que ensombreciera el entretenimiento afectaría las ganancias.

Y la disminución de las ganancias reduciría el valor de los centauros de carreras. La gente estaría menos emocionada de verlos correr. Desde la antigüedad, ha habido quienes sintieron que la incapacidad de generar

ganancias demostraba que uno no valía nada. Esta joven comerciante lo entendía dolorosamente bien.

Había oído que el detective que supuestamente había sido contratado también estaba satisfecho con el resultado. Cuando se enteró de lo que había sucedido, supuestamente dijo algo acerca de que se estaba haciendo justicia.

Si ese hechicero realmente fue sellado...

Y con el criado que había matado al lanista aprehendido, bien estaba lo que bien acababa.

—Supongo que con eso termina todo —dijo la Comerciante como para tranquilizarse, y sonrió—.

Fwwwooo. El calor de la abarrotada arena se vio mitigado por una agradable brisa. El agradable viento no hizo más que avivar aún más el entusiasmo y la alegría de la gente.

"Este pueblo, estas competiciones, aventuras... Al final, no tienen mucho sentido para mí", dijo la Baturu en voz baja. "No sé por qué están tan emocionados, y no sé por qué mi hermana mayor y la princesa dejaron nuestra patria". Pero, aunque no entendía del todo... "Veo que hay algo aquí que no tenemos en la llanura".

—Sí —convino la Comerciante—.

"Sí... Creo que tienes razón. La Alta Elfa Arquera asintió.

Habían intentado aventurarse porque querían encontrar algo que faltara en su casa noble o en su hogar en el bosque. Habían perdido algunas cosas y ganado otras. Cosas que seguramente nunca habrían ganado si simplemente se hubieran quedado en casa.

Pero no todo el mundo buscaba perseguir tales cosas en sus vidas. Para la Baturu, esta aventura fue un suceso extraño e inusual. Ciertamente no era una aventurera, no era alguien que se ganara la vida aventurándose.

"Pero", dijo Baturu, "he encontrado algunas cosas que compartimos".

—¿Cómo cuáles?

"El viento". La Baturu miró a su amiga, luego pasó por delante de ella, más allá de los asientos de los espectadores, donde podía ver el gran cielo que se extendía. Una ráfaga acariciaba su mejilla, jugaba con su cabello, bailaba a su paso. "El viento sopla aquí, como lo hace en mi casa. Así que todo está bien". La Baturu sonrió, la misma sonrisa relajada que les había dedicado a la piedra del tabaco, abierta al futuro. "Por lo tanto, volveré. Y no es como si mi hermana mayor o la princesa nunca volvieran a casa mientras vivan, ¿verdad?

Y cuando regresaran, La Baturu estaría allí para darles la bienvenida en ese campo abierto con su brisa alentadora.

El cielo era el mismo cielo en todas las Cuatro Esquinas; El viento era el mismo viento. Y si había cosas que no podías encontrar en casa, bueno, también había cosas que solo podías encontrar en casa.

—Cada uno tiene su propio camino por recorrer —dijo el Chamán Enano, que había estado escuchando en silencio hasta ese momento, más concentrado en la carrera y en su vino—. Guardó un boleto de apuestas entre los pliegues de su túnica, con una expresión de satisfacción que sugería que había elegido un ganador. Luego sonrió, mostrando sus blancos dientes. "Mientras sigas por ese camino, podrás caminar con la cabeza bien en alto".

Es cierto

Fue la Comerciante quien asintió con la cabeza ante las palabras del Chamán Enano. Ella no creía que el camino por el que una vez había caminado estuviera equivocado. Puede que se cayera y se hiriera, pero se puso en pie y se levantó, y eso la había traído hasta aquí. Era por eso que tenía este momento-y con este momento estaba supremamente satisfecha.

----"¿Hmm?" La Alta Elfa Arquera dijo, mirando al Sacerdote Lagarto. "¿Aún no lo has probado?". Su atención ya se había desviado de la conversación, fijándose en las golosinas que había traído la Comerciante.

"Nuestra gente usa esto como un estimulante..."

"Tiene leche de vaca, así que es más o menos como el queso, ¿no?"

"Tiene sus similitudes, pero también sus diferencias-mm, pero esto sí es néctar. ¡Néctar!"

Al parecer, le gustó.

Incluso con un enorme hombre lagarto sentado junto a una centauro, había mucho espacio en los asientos nobles. La Alta Elfa Arquera miró a su alrededor con mucho interés. Vio que incluso el aventurero de aspecto extraño entre ellos causaba verdadera consternación.

"Siento haberles hecho esperar", dijo al llegar.

Era totalmente comprensible que las personas que ocupaban esos asientos de primera se quedaran boquiabiertas. De hecho, probablemente merecieran un premio por haber conseguido mantener un modesto gesto de sorpresa, dado que alguien que parecía un Armadura Viviente se estaba abriendo paso entre ellos. La Comerciante no pudo reprimir una sonrisa y les hizo un gesto de "no pasa nada".

—¡Llegas tarde, Orcbolg! Dijo la Alta Elfa Arquera.

—Todavía no ha empezado, ¿verdad?

—"Bueno, no", admitió, pero de todos modos infló las mejillas con indignación. ---Goblin Slayer tomó eso como el final de la conversación y se dirigió a un asiento al azar.

----"¿Qué tal ha ido?" preguntó la Comerciante, ofreciéndole una copa y sirviéndole cortésmente un poco de vino. -----"¿Dijo que podías tomarlo?"

"Cuando se haya corrido la carrera, me han dicho", dijo él, con su habitual respuesta breve. “Eso" no era nada especial en sí mismo, pero se trataba de Silver Blaze.

Debe haber muchos que lo quieren.

Pero si hubiera alguien aquí que pudiera conseguirlo, seguramente no sería otro que estos aventureros.

"He oído algo acerca de que es un amuleto de buena suerte... Realmente no lo entiendo". Tomó un trago de vino como si fuera agua.

¿Dónde miraban sus ojos detrás de ese casco de metal? Parecía estar mirando hacia los asientos de los espectadores, observando a la multitud vitorear a los centauros, como si aclamara a grandes héroes. Los observaba esperar expectantes a Silver Blaze.

Finalmente, gruñó suavemente, asintió y dijo: "Entiendo que tu princesa es bastante increíble".

—Sí. La Baturu también asintió. "¡Estoy absolutamente de acuerdo!"

Su princesa era increíble. Pronunció las palabras con el mayor orgullo.

Entonces hubo una tremenda ovación. Otra carrera había terminado, otro ganador se había hecho. El vencedor sería coronado de gloria, mientras que los perdedores serían felicitados por su gran esfuerzo, ya que no había nadie allí, ni uno solo, que no hubiera dado lo mejor de sí mismo.

---"¿Estás solo?" Preguntó la Comerciante, agachando la cabeza. ---"¿Y la chica?"

Goblin Slayer asintió. "Dije que preguntaría lo necesario para el informe de la búsqueda".

§

Por muy bulliciosos que fueran los vítores de la multitud, aquí se sentían terriblemente lejos. Aquí había un túnel que conducía al campo de batalla, bajo los asientos de los espectadores. Era un lugar al que sólo podían ir los que aún no eran vencedores, pero tampoco vencidos. Estaba aislado de la luz del sol, iluminado por unas pocas velas.

Casi parece una mazmorra, pensó la Sacerdotisa y luego se río para sí misma.

Ella misma había estado en una mazmorra propiamente dicha sólo una o dos veces. Sin embargo, la sensación de tensión previa a la batalla en este lugar era muy parecida a la que se siente en un laberinto subterráneo.

Se quedó de pie entre los ecos de los gritos de arriba, que llegaban como olas a la orilla. Una corredora cubierta de honor, su esbelto y hermoso cuerpo vestido con coloridas prendas. Una única estrella fugaz cruzaba su frente: Silver Blaze.

Estaba con los ojos cerrados, parecía distante, mientras esperaba su gran carrera, pero eso no significaba que no estuviera preparada. Era como un arco antes de que se le colocara una flecha, tensa como una cuerda.

Así, la Sacerdotisa, la única que quedaba allí, dudó mucho en hablarle, pero finalmente dijo: "Lo siento... No estaba segura de sí sería mejor antes o después de la carrera. Pero no pude evitar pensar... Realmente sentí que debía hablar contigo".

"Sí... Por supuesto". Silver Blaze parpadeó varias veces, apartando la mirada de la nada. "Está bien. Probablemente sea mejor antes de correr. Sí, definitivamente es mejor".

La Sacerdotisa creyó entender lo que Silver Blaze quería decir, más o menos.".

—Yo...

—He estado pensando en muchas cosas —dijo la Sacerdotisa, interrumpiendo a la centauro, con la esperanza de haber entendido bien—.

Silver Blaze no respondió, pero hizo un gesto que podría haber sido de diversión o su forma de decir que no estaba interesada. A la Sacerdotisa no le importó de ninguna manera. De todos modos, no había estado buscando una respuesta. "En cualquier caso..."

Le había dicho que el secuestro del cochero y la desaparición de Silver Blaze no tenían nada que ver, y ella estaba segura de que era cierto. Si el cochero hubiera tratado de vender Silver Blaze con la vista puesta en obtener

ganancias, todo el asunto no habría explotado de la manera en que lo hizo. Silver Blaze seguramente habría reaparecido en una arena u otra, con su mechón plateado oculto con tinte para el cabello o algo así. También existía la posibilidad de que el cochero hubiera matado a Silver Blaze cuando el asunto comenzó a salirse de control.

"Pero ya que estás parada aquí, obviamente no lo hizo". La Sacerdotisa se llevó un dedo a los labios pensativa.

Eso, sin embargo, aún dejaba una pregunta: ¿Era el hechicero inmortal quien había matado al lanista? ¿O fue obra de unos goblins que pasaban por allí y que habían visto a la bonita chica centauro y asesinaron a su escolta sin pensárselo dos veces?

Sin embargo, si fue asesinado por goblins...

Entonces la Sacerdotisa no habría esperado que dejaran el cadáver en un estado identificable. ¿Porque era un hombre? Difícilmente. La Sacerdotisa recordó la horrible muerte de aquel guerrero que tan bien conocía. Era simplemente la forma que tenían los goblins de disfrutar atormentando a sus presas, haciéndoles daño.

Ya fueran goblins o hechiceros, el cadáver no habría quedado tan intacto como estaba.

Está bien, está bien. De acuerdo. Así que, si no fue el hechicero, y no fueron los goblins, y no fue el cochero...

"Solo había otra persona allí con ese lanista", dijo la Sacerdotisa.

"..."

Silver Blaze no respondió de inmediato, pero miró sus pies, revisándolos como un aventurero a punto de irrumpir en la cámara de una mazmorra. Y luego dejó escapar un suspiro suavemente, algo parecido a un suspiro de resignación.

"Una de mis amigas tiene las pezuñas mal, pero nunca lo dice. "Siempre corre con todas sus fuerzas. Con un sonido como un relámpago".

—Ah —dijo Sacerdotisa, recordando—.La encantadora centauro de la carrera del otro día, a quien habían conocido en el *ludus*.

Cuando vio la expresión de Sacerdotisa, Silver Blaze asintió brevemente. "Tiene un poder tremendo en sus piernas, pero también un cuerpo grande. Sus pezuñas no pueden soportar la tensión".

—Bueno...

"Pero eso no le impide correr".

También había muchos otros corredores. Los que corrían a toda velocidad, compitiendo por la victoria. Aquellos que simplemente no amaban nada más que correr. Aquellos que estaban totalmente comprometidos con un deseo ardiente de victoria. Silver Blaze habló de ellos uno por uno, habló de todos aquellos contra los que había corrido. Tenía la misma mirada que la Sacerdotisa cuando pensaba en los amigos del pasado y del presente.

Así fue, le dijo Silver Blaze, así fue que...

"Pensando en ellos, finalmente no pude soportar la idea de dejar que una carrera se quedara en nada solo por algunas apuestas".

Esa es probablemente toda la verdad de esa noche.

Incluso la Sacerdotisa, algo ingenua sobre el mundo, podía entenderlo, más o menos. Alguien desesperado por dinero había tratado de cortarle las piernas a Silver Blaze en un intento de manipular el resultado de la carrera. Bastaba con observar el furor que supuso su desaparición, y la pasión que ahora se exhibía, para comprenderlo: las piernas de esta hermosa centauro, forjadas en herramientas con el único propósito de correr, valían su peso en oro.

Silver Blaze miró a la Sacerdotisa y comprendió que todo había sido comunicado. La sonrisa que le dedicó a la joven en ese momento era casi translúcida: era un deseo fugaz y el conocimiento de que ese deseo nunca se haría realidad.

"Entonces... ¿Qué vas a hacer?", le preguntó.

"¿Yo? Nada, en realidad —respondió la Sacerdotisa sin dudarlo—.

Los ojos de la centauro se abrieron de par en par. Sus orejas, que habían estado erguidas, se movieron y su cola se agitó. El lenguaje corporal no podría haber sido más claro: no entendía lo que quería decir la Sacerdotisa.

La sacerdotisa sacudió la cabeza lentamente e infló su modesto pecho con orgullo. "Soy una aventurera que vino aquí para rescatar a una princesa centauro y exterminar a algunos goblins".

Todo lo demás eran especulaciones, sin pruebas. Fuera lo que fuera lo que pudiera haber sucedido entre Silver Blaze y algún lanista con una deuda que pagar, la Sacerdotisa no lo sabía. Tal vez el detective que supuestamente habían convocado a la ciudad no hubiera dejado pasar el asunto, pero no veía la necesidad de seguirlo.

Un interrogatorio en nombre del Dios Supremo usando el milagro de Sentir Mentiras podría haber encontrado un delito criminal. Pero, ah, sí. La Sacerdotisa sintió que estaba mal tener que llevar ese peso. Que algo así te agobie mientras intentabas correr.

"Eres Silver Blaze. La princesa de esa joven y la de esta arena... corredora". La misión de la Sacerdotisa era proteger, curar y salvar. Incluida esta hermosa mujer que había nacido para correr. Porque *su* misión era...

"Por lo tanto, creo que deberías correr".

"....."

Al igual que la Sacerdotisa había elegido seguir el camino de un aventurero, Silver Blaze había elegido venir aquí, había llegado hasta aquí para correr.

Hubo un silencio muy largo por parte de Silver Blaze, quien respiró hondo, llenando su pecho, y luego lo dejó salir de nuevo. Luego, con sus cuatro patas, golpeó el suelo con un sonido de resolución.

—Muy bien —dijo ella—. "Seguiré corriendo. ¿Será eso suficiente?"

Claro. La sacerdotisa asintió. *Sí*, pensó, *eso será bueno.*

La expresión de Silver Blaze ya no era traslucida; Ahora un fuego ardía en sus ojos. Iba a librar la contienda de su vida con sus compañeras, las que corrían con ella. Así que la Sacerdotisa oró por Silver Blaze, oró por su victoria, la centauro que estaba allí de espaldas a la Sacerdotisa, mirando galantemente hacia la pista de carreras.

Entonces ella dijo: "¡Oh!" Sonaba tan tonto.

Silver Blaze, cogida por sorpresa, volvió a rozar con sus pezuñas y luego se detuvo. Se dio la vuelta y había confusión en su rostro. —¿Hay algo más?

"Oh, no... Um..." La sacerdotisa se sonrojó furiosamente y trató desesperadamente de pensar qué decir. Argh, esto no la estaba llevando a ninguna parte. Pero no tendría sentido si no siguiera adelante.

Estaba claramente avergonzada, claramente vacilante, pero no obstante se las arregló para mirar a Silver Blaze a los ojos y dijo: —¿Crees que podría tener una de tus herraduras...?

Silver Blaze parpadeó con sus hermosos ojos y luego sonrió. "Sí, creo que sí. Me aseguraré de poner mi mejor suerte en ella". Entonces Silver Blaze comenzó a caminar, como una brisa fresca, hacia la arena bañada por el sol.

©Noboru Kannatuki

La sacerdotisa dejó escapar un largo suspiro mientras la veía irse, luego giró sobre sus talones y partió con un trote rápido. Después de todo, quería volver a los asientos de los espectadores lo más rápido posible. No podía faltar.

La animaron a seguir adelante los vítores que provenían del público en algún lugar por encima y detrás de ella, el sonido de una multitud dando la bienvenida a un héroe.

§

"¡Bueno, eso suena como si fuera un dolor de cabeza!" —dijo el Lancero con una risita no muy simpática—.

—Créeme, hermano, lo fue —gimió el Guerrero Pesado, apoyando la barbilla en el codo—.

Estaban en la taberna del Hacha, y la taberna estaba ocupada y bulliciosa, como todas las noches. Tal vez incluso más de lo habitual. Por lo menos, la camarera centauro, una de las estrellas del establecimiento, lucía una sonrisa particularmente encantadora esta noche. Sus cascos sonaban ligeros en el suelo, y cada vez que pasaba por delante de la mesa del Guerrero Pesado, le lanzaba una mirada significativa.

El Lancero observó cómo el Guerrero Pesado le devolvía el saludo, y su sonrisa se hizo aún más amplia, y un poco más mezquina. "Oye, ¿estás *seguro de* que fue un malentendido?"

"Oye, cállate. ¿Quién te crees que soy yo, *tú*?

"Oh, para mí no es un malentendido".

El Guerrero Pesado volvió a apoyar la barbilla en el puño, preguntándose por qué el Lancero parecía pensar que eso era algo de lo que sentirse orgulloso.

Pero tengo miedo de que, si abro esa puerta, pueda salir un carroñero.

Los aventureros podían adentrarse en las guaridas de los dragones, había que cortejar el peligro y luego estaba el “peligro de cortejo”. Y además...

Una joven es feliz, ¿y qué es mejor que eso?

El alboroto que había causado la chica centauro Baturu había sido un pequeño dolor de cabeza, pero al final, había ayudado a que esta situación se resolviera. Gracias a ella, había nacido la aventura en el Mundo de las Cuatro Esquinas.

Ya sabes lo que dicen: "Los dioses conocen la aventura y saben que no tiene fin". Aunque la gran mayoría no amenace al mundo en general'".

"¡Vaya! Alguien ha estado dándole a los libros".

"He estado estudiando mi cerebro en los últimos días. Nada de aventuras".

El Guerrero Pesado era la viva imagen de un hombre al que la Mujer Caballero había estado apretando las tuercas. Ni que decir tiene que al lancero le pareció un acompañamiento bastante gratificante para su bebida. Él mismo acababa de volver de una aventura, y la cerveza no podía saber mejor. Bueno, tal vez lo hubiera sido si la Bruja y la Chica del Gremio hubieran estado allí, pero eso no era desacreditar a un par de hombres que compartían una buena bebida juntos.

Había, sin embargo, una cosa que podría haberle molestado.

"¿Dónde está nuestro hombre?" preguntó Spearman, arrancando un trozo de carne ahumada con los dedos y metiéndoselo en la boca. Estaba perfectamente cocinada. "He visto a la chica centauro por ahí, así que también debe de haber vuelto, ¿no?"

"Está donde siempre". El Guerrero Pesado cogió un poco de sal con los dedos y la espolvoreó sobre las patatas cocinadas en aceite. El aceite y la sal siempre hacían una combinación deliciosa. "Hizo su informe y se escabulló a casa"

"Bah. ¿Dónde está la camaradería?"

"Sabes que así es como trabaja". El Guerrero Pesado se rió entre dientes, luego levantó una mano para convocar a la camarera.

—¡Yendo! —se oyó una voz acompañada de ágiles golpes de cascos—.

"La tarifa actual es una bebida", ¿eh? ¡Pfah! Pensó el Guerrero Pesado, resolviendo en privado agarrar al tipo por sus solapas de metal y arrastrarlo hasta aquí algún día.

"Ah, bueno. Puedo imaginar el tipo de historias que contaría", dijo el Lancero encogiéndose de hombros mientras pedía otra cerveza. "Goblins".

—¡Y nada más!

§

"Había goblins".

—Oh, ya veo.

"Iban montados en perros".

—Ah, te refieres a los huargos. ¿Y cuántos eran?

—Una tribu entera, quizás.

"¿Había algo más? Quiero decir, además de goblins".

– Buena pregunta.

"..."

"Había un hechicero".

Goblin Slayer terminó su informe, todavía sin estar seguro de qué era tan divertido.

Esta era la Recepcionista del Gremio con la que estaba tratando. Su pluma se deslizó a toda velocidad por el papel de piel de cordero con más rapidez y facilidad que de costumbre. Ni siquiera pareció darse cuenta de la forma en que su colega en el asiento de al lado la miraba con abierto asombro.

En cuanto a Goblin Slayer, apiló las palabras sin descanso, con calma, como siempre lo hacía.

Sin embargo, no era precisamente una situación complicada. Silver Blaze, la princesa centauro, había ido a la Ciudad del Agua para convertirse en corredora. En las afueras de la ciudad, había sido atacada por goblins. Simplemente los había perseguido y matado, y rescató a Silver Blaze en el proceso.

En lo que a él respecta, ese fue el incidente en su totalidad.

"Ciertamente me alegro de que resultara como resultó", dijo la Recepcionista con una sonrisa.

Sí. Goblin Slayer asintió muy seriamente con la cabeza. "Estoy feliz de que la chica que secuestraron estuviera a salvo".

"No es de eso de lo que estoy hablando", dijo la Recepcionista. No, de eso no. Ordenó sus papeles, se aclaró la garganta y continuó. "De lo que estoy contenta es... Bueno, sé que sigues cazando goblins todo el tiempo...

"... pero parece que te estás divirtiendo".

El significado de las palabras era algo opaco para Goblin Slayer. Incluso mientras salía del Gremio de Aventureros, con la puerta abriéndose tras él, y caminaba hacia la calle poco iluminada, no lo entendía realmente.

¿Divertido?

¿Quién? Bueno, él, por supuesto.

La Chica del Gremio parecía sonreír con especial alegría por algo, y eso, en su opinión, era bueno.

El camino de vuelta a la granja era siempre tan largo y tan corto. De algún modo, nunca era lo suficientemente lejos como para que su embotado ingenio pudiera ordenar sus pensamientos.

—¡Oh! ¡Bienvenido a casa!"

Así fue que, un poco antes de lo que le hubiera gustado, la encontró ofreciéndole su saludo habitual. Tal vez estaba en el proceso de devolver las vacas al establo, o tal vez acababa de terminar. La joven que había pasado todo el día en una labor que inducía al sudor no mostraba signos de fatiga, allí al atardecer, sino que se limitó a sonreírle.

Ella lo saludó con un amplio saludo, a lo que Goblin Slayer respondió con un movimiento de cabeza. "Sí. He vuelto".

Corrió hasta la valla y caminaron a ambos lados, como siempre hacían. La tarde descendía rápidamente, las sombras del crepúsculo se deslizaban hacia la noche. Pero algo era diferente de lo habitual.

"¡Hup! Vaya..." Algo inspiró a la Vaquera a saltar sobre la valla. Sin embargo, ya no era una niña y se tambaleaba inestablemente bajo su peso. Más rápido de lo que él pudo extender una mano para estabilizarla, recuperó el equilibrio. "Solía ser tan fácil, ¿eh?", dijo con una risita.

Se rascó la mejilla con algo de vergüenza. Luego se puso en marcha, saltando de un poste de una valla a otro como si estuviera pisando escalones. Caminó a su lado, mirándola, aparentemente muy por encima de él.

Son todas cosas que no entiendo.

Incluso las cosas que pensaba que habían tenido sentido para él cuando era niño, las cosas que había sido capaz de hacer, ahora no podía manejarlas en absoluto. Se suponía que la gente debía crecer y cambiar, pero ¿cuánto había crecido o cambiado realmente?

—¿Y qué? ¿Te ha ido bien en la aventura?

—Sí.

"La... princesa, ¿verdad? ¿La centauro? ¿Estaba bien?

—Sí.

—Entonces me alegro.

—¿Es así?

"¡Claro que sí!"

—Ya veo.

La Chica Vaquera agitó los brazos y las piernas como un payaso mientras se abría paso a lo largo de la valla. De repente, Goblin Slayer recordó el peso en su bolsa de artículos. Bueno, no lo había olvidado exactamente, pero le había costado juzgar cuándo sería el mejor momento para dárselo.

Sabría qué hacer con un goblin: tomar la iniciativa y hacer el primer ataque.

Dioses, pero esto era muy difícil.

"¿Eh?", dijo mientras serpenteaba. Parecía perpleja. —¿Oyes un traqueteo?

"Mmm..."

Se detuvo y pensó, luego rebuscó en su bolso mientras la Vaquera lo observaba desde arriba. Sacó una herradura sencilla, de un plateado mate. Se la tendió y la Vaquera la cogió, parpadeando, para luego mirarla fijamente. Le dio la vuelta y en el reverso encontró grabado, en caracteres fluidos y bonitos, un nombre que no reconoció: Silver Blaze, y una fecha reciente.

Había una cosa que definitivamente entendía sobre el objeto: que era un recuerdo que él le había traído y que transmitía sus sentimientos.

"¡Esta es una herradura muy fina!", dijo.

"Mantendrá alejada la mala suerte".

"¡Bueno, gracias!"

Cuando llegaran a casa, tendría que colgarla sobre la puerta.

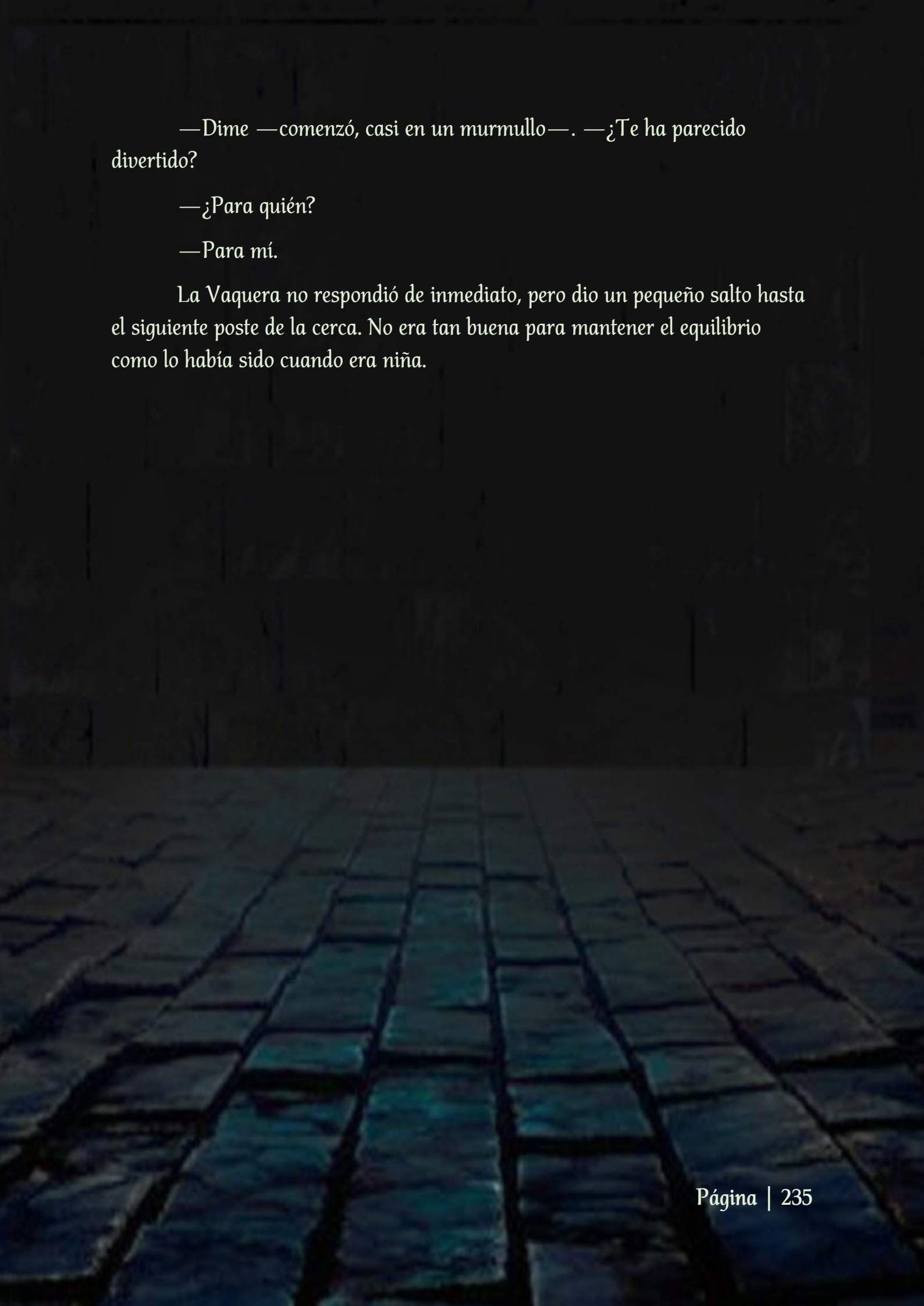
Apenas se lo había prometido, echó un vistazo y vio que él ya no estaba. Miró hacia atrás y lo descubrió detenido de nuevo en la oscuridad cada vez más profunda. Podía sentir que sus ojos la miraban desde debajo del casco, observando su reacción.

—Dime —comenzó, casi en un murmullo—. —¿Te ha parecido divertido?

—¿Para quién?

—Para mí.

La Vaquera no respondió de inmediato, pero dio un pequeño salto hasta el siguiente poste de la cerca. No era tan buena para mantener el equilibrio como lo había sido cuando era niña.



©Noboru Kannatuki

Supongo que, porque he crecido, pensó.

La idea le pareció un poco vergonzosa y un poco decepcionante, pero también había rastros de felicidad en ella.

Agitó un poco los brazos, dejando que su cuerpo hiciera lo necesario para mantener el equilibrio. Respondió a su pregunta con una pregunta propia: "¿Te has divertido?"

"Yo...", dijo él, "no estoy del todo seguro".

"Vale, bueno... ¡Hup!". Justo cuando estaba a punto de perder el equilibrio por completo, de alguna manera se las arregló para saltar sobre la propia tabla de la valla. "¿Hubo algún momento que te hizo pensar, Eso es bueno?"

"Hrm...," gruñó suavemente Goblin Slayer.

Cuando lo recordó, de hecho, había varios.

Encontrarse con el dragón rojo en el desierto, por ejemplo. O el hecho de que el concurso de exploración de mazmorras había ido tan bien a pesar de toda la conmoción. El hecho de haber podido visitar los mares del norte. Y una vez incluso había rescatado a una princesa centauro.

Y también...

—En mi grupo —dijo, con la lengua todavía tropezando con la palabra—, hay una clériga de la Madre Tierra.

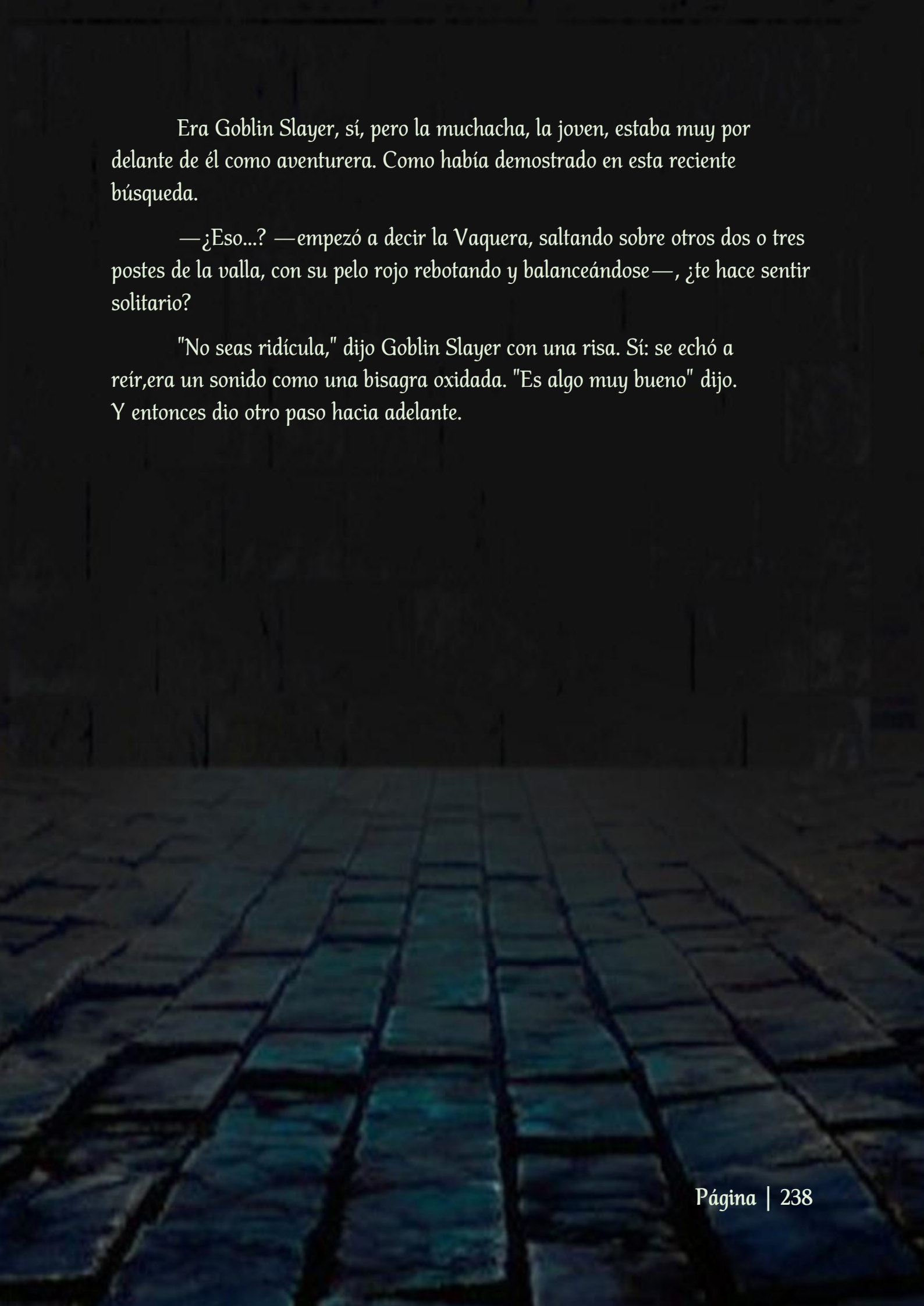
"¡Ajá! La chica, ¿verdad?

"Mm." El casco de metal de aspecto barato asintió, la borla andrajosa ondeaba con la brisa de la tarde. "Ha crecido mucho. Creo que se ha convertido en una buena aventurera. No añadió en voz alta: *No como yo.*

Era Goblin Slayer, sí, pero la muchacha, la joven, estaba muy por delante de él como aventurera. Como había demostrado en esta reciente búsqueda.

—¿Eso...? —empezó a decir la Vaquera, saltando sobre otros dos o tres postes de la valla, con su pelo rojo rebotando y balanceándose—, ¿te hace sentir solitario?

"No seas ridícula," dijo Goblin Slayer con una risa. Sí: se echó a reír,era un sonido como una bisagra oxidada. "Es algo muy bueno" dijo.
Y entonces dio otro paso hacia adelante.



EPÍLOGO

¡Hola, Kumo Kagyu esta aquí! ¿Te gustó *Goblin Slayer* Volumen 15?

En esta historia, los goblins aparecieron en la llanura abierta, por lo que Goblin Slayer tuvo que matarlos.

Puse todo mi empeño en escribirlo, ¡así que espero que te hayas divertido!

Hay varias ideas e imágenes recurrentes en este volumen, ya sea ¡César! las carreras de "caballos", o Sherlock Holmes. Y en el centro de todo está "¡Déjalo en manos de los aventureros!"

Este libro es lo más cerca que he estado de hacer una "repetición de RPG de mesa".

La princesa centauro secuestrada y los aventureros que se aventuran de aquí para allá para traerla a casa. Las luchas tribales, los escuadrones de asesinos, los rivales románticos, etcétera, etcétera. Esta no es una saga heroica, sino una historia de aventuras a cabo y rabo, del tipo que aprendí por primera vez a través de la *brujería.* Ojo, de los libros de "la Brujería". Sin embargo, fueron los juegos de rol de mesa los que me mostraron el placer de un grupo que te acompañaba, charlaba y bromeaba, arruinaba las cosas, pero aun así seguía adelante. Puede que no implique el destino del mundo, puede que al final ni siquiera te haga ganar mucho, pero no deja de ser una aventura.

He vivido innumerables aventuras en el pasado, y siempre pienso que son cosas buenas. Bueno, está bien, a veces terminas en el espacio multidimensional o mueres en los 3.000 mundos alternativos a la vez, pero aun así...

En cualquier caso, ¡las aventuras en el Mundo de las Cuatro Esquinas no tienen fin! Esta es solo una de ellas.

Me complace decir que se ha lanzado un suplemento para el juego de rol Goblin Slayer. Es emocionante saber que mis lectores pueden disfrutar del Mundo de las Cuatro Esquinas por sí mismos.

En ese sentido, este es otro libro que pudo ser creado solo con la ayuda de muchas personas diferentes. Todo el mundo en la redacción, Kannatuki manejando las ilustraciones, Kurose haciendo el manga, y todos los de la red de distribución. Por no hablar de mis amigos y de todos los que leyeron este libro.

Muchas gracias a todos.

En el próximo libro, los goblins aparecerán en la capital real, ¡así que Goblin Slayer tendrá que ir a matarlos! ¡Te sorprenderá!

También hay muchas otras cosas de *Goblin Slayer*, incluida una segunda temporada del anime. Estoy trabajando duro para asegurarme de que las cosas sigan llegando a ti de manera oportuna, así que espero que disfrutes de todo lo que hay ahí fuera. ¡Hasta la próxima!

Editado por La Visionaria (ESP)

Traducido por El Antimal (ARG)

----------Volumen 16 en traducción----------